

Eduardo Rabasa

El hotel de los corazones rotos



Galaxia Gutenberg

EDUARDO RABASA

El hotel de los corazones rotos

Galaxia Gutenberg

Índice

México, Distrito Federal, a comienzos de 1999

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27



© Lizbeth Ibarra

Eduardo Rabasa

(Ciudad de México, 1978) estudió Ciencias Políticas en la UNAM. Es autor de las novelas *La suma de los ceros* y *Cinta negra*, y del libro de cuentos *El destino es un conejo* que te da órdenes. Ha publicado ensayos, entrevistas y cuentos en diversas revistas como la *Revista de la Universidad, Vice, La Tempestad y Nexos*. Ha formado parte de las antologías de escritores *México20* y *Bogotá39*, y es autor desde hace más de diez años de la columna semanal «Intersticios», en el periódico *Milenio*. En 2002 fue uno de los fundadores de Editorial Sexto Piso, donde se desempeña como editor desde entonces.

México, Distrito Federal, comienzos de 1999.

A sus veintiún años Bruno Bolado no ha logrado terminar la preparatoria abierta y pasa sus días en una nada alcoholizada, fantaseando con escribir una radionovela titulada *El hotel de los corazones rotos*. Hasta que un día se topa con lo que parece ser una botarga de Elvis Presley colgada a bordo de un microbús y decide seguirle los pasos, sin imaginar el agujero hacia un submundo turbio que está por conocer. De la mano de un sujeto llamado el Agallas, que lo envuelve en una trama de delirio, paranoias y venganzas de la que Bruno no alcanzará a saber ni cómo entró ni dónde se encuentra la salida.

Poco tiempo después su mundo se pone aún más de cabeza cuando se enamora de Milena, una enigmática estudiante de Letras Inglesas en la UNAM que escribe su tesis sobre Sylvia Plath. Cuando estalla la huelga estudiantil, sus vidas paralelas se alejan otro tanto, pues mientras Milena participa en la defensa de la educación pública y gratuita, Bruno no se atreve a confesarle su identidad clandestina, ni tampoco sus labores ayudando a unos amigos a bordo de una ambulancia falsa que recorre la ciudad en busca de heridos para trasladar al hospital.

El hotel de los corazones rotos es una delirante y conmovedora historia de iniciación hacia los rincones más oscuros de uno mismo, que a menudo dicen más de quiénes somos que la fachada de normalidad que se planta ante el mundo exterior.

> «Una novela redonda, lena de personajes memorables [...] tiene tal velocidad que hacía tiempo que no leía cosa igual.»

Juan Bonilla

«Una novela dotada de una mirada incisiva y lúcida que ilumina un universo narrativo al mismo tiempo distópico y dolorosamente real que, sin embargo, no puede oponerse a las poderosas transformaciones del amor.»

Claudina Domingo

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2025

© Eduardo Rabasa, 2025
por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 979-13-87605-38-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Liz

Lo que los demás llaman no-ficción a mí me parece muy ficticio.

Heinrich Böll,
Opiniones de un payaso

México, Distrito Federal,

a comienzos de 1999

1

Caminaba un día cualquiera hacia el metro Copilco después de haber ido a inscribir exámenes a las oficinas de la prepa abierta, cuando de pronto me pareció ver por el rabillo del ojo a un muñeco de Elvis Presley de tamaño humano, colgado del tubo de la puerta delantera de un microbús que se desplazaba como por espasmos en el tráfico de la ciudad. Obviamente me dio un chingo de curiosidad y empecé a seguirlo por la banqueta, tropezándome a veces con los bordes irregulares, por no poderle quitar la mirada de encima al Elvis que iba en el pesero hacia quién sabe dónde. Hasta que lo que parecía ser una botarga con su figura bajó el pie que llevaba apoyado en los escalones del microbús, se soltó del tubo del que venía agarrado, y se metió caminando despacio por las callecitas de Pedregal de Santo Domingo.

Sin pensarlo mucho lo fui siguiendo a una distancia prudente, dando algunas vueltas por las calles como si estuviéramos en un laberinto, hasta que con la mano metida como en un guantote rosa tocó el timbre de un edificio descascarado, donde parecía que los tres niveles de la fachada hubieran sido construidos por etapas. Se veía colgada una lona con un letrero que anunciaba: «Agallas y Asociados», sin ofrecer mayor información que unos teléfonos a los que como nunca terminé por llamar, tampoco nunca me los aprendí. Pero en ese primer momento yo no tenía la menor idea de en lo que estaba por adentrarme. El caso es que Elvis se metió y yo me quedé

parado como menso en la calle, pensando ahora qué chingados debía hacer, cuando al poco rato salió por la misma puerta un chavo bien flaquito, que yo sabía que era el mismo que hace unos minutos traía puesto el disfraz. Me acerqué a ver los botones de los timbres y en el de hasta arriba a la derecha había junto un cartoncito donde con plumón le habían puesto la misma mamada esa de lo de Agallas y Asociados. Otra vez sin dudarlo apreté el timbre y casi al instante me espantó el sonido que hacen las puertas cuando alguien las abre con algún pinche dispositivo desde dentro. Sí dudé un poco antes de entrar así nomás, porque de seguro pensaban que era el mismo chavo que acababa de salir y que se me había olvidado algo, o una cosa del estilo, y por eso habían abierto ya sin preguntar quién era. Pero pues chingue su madre, ya había llegado hasta ahí, ni modo que no me metiera a averiguar qué onda con el muñecote de Elvis.

Al entrar hacia la derecha había una puerta entreabierta, de esas que son como de metal y en la parte de arriba enmarcaba un cristal gris opaco donde venía rotulada otra vez la leyenda rara de lo de Agallas y Asociados. Entré dando un ligero toquido por protocolo y en el departamento con una sala bastante vacía, salvo por una mesa de madera y un sillón con su tele enfrente, a un lado estaba también abierta la puerta donde se veía un hombre sentado detrás de un escritorio. Avancé hasta él y hasta en esa posición pude ver que era un señor más bien chaparrito, como de unos cincuenta y tantos, o algo así, aunque en realidad se veía al mismo tiempo como entre más joven y más puteado. Tenía la cabeza completamente rapada y creo que eran los ojos medio rasgados los que le daban ese aire como de vivacidad.

Sin que pareciera que me prestaba demasiada atención, a manera de saludo me preguntó qué chingados quería. La botarga de Elvis estaba colgada de un clavo de la puerta de lo que parecía ser un baño, y creo que primero nada más la señalé sin decirle nada más. Se me quedó viendo unos segundos y vi clarito cómo se relajó toda su postura, como diciendo ah-no-mames-si-vienes-por-eso-no-hay-pedo, y me invitó a sentarme en la silla de enfrente.

Al principio me preguntó mis generales sin hacerme mucho caso, casi como si fuera como una entrevista de trabajo, que pues en el fondo es más o menos lo que era, y me dijo sin ofrecerme más detalles que si me interesaba el trabajo de la botargueada con el Elvis, creo que así exactamente lo expresó, lo podíamos platicar. Lo malo era que ese día andaba muy ocupado, así que por favor me pedía que regresara yo al siguiente sábado por la mañana (creo que ese día era martes o miércoles), ahora que ya sabía cómo llegar. Pero pues ya que estaba ahí pensé que debía intentar sacarle un poco más de información para saber qué onda, y pues ver si debía de regresar o mejor ya no:

–Pero entonces, señor Agallas, si me contrata, ¿a qué me dedicaría exactamente?

Creo que fue con esa frase, o alguna parecida, con la que di el primer paso hacia ese submundo que yo todavía no imaginaba lo que me traería.

–No me digas señor, chavo, que me haces sentir todo pinche viejo. Mis valedores me dicen Agallas a secas. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

–Bruno. Bruno Bolado, don.

El que parecía que de alguna manera estaba en proceso de ser mi nuevo jefe estaba sentado detrás de su escritorio lleno de papeles desordenados y unos arrugados, vasos vacíos, o casi vacíos, adornitos baratos como unos duendes de cerámica, o una de esas bolas de cristal que si las agitan simulan echar nieve y otras chucherías del estilo. Adoptando desde ese primer encuentro ese aire filosófico que yo llegaría a conocer bien, el Agallas le dio unos jalones al cigarro sin filtro que acababa de prender con los restos del anterior, y señaló hacia el bulto colgado de un clavo en la puerta de madera. Y según lo que recuerdo me empezó a echar uno de los rollos sin sentido en los que fui descubriendo que era un maestro para envolverte:

–A ver, chavo. Si al final nos entendemos y te contrato, ahora sí que esa será tu nueva identidad. En primer lugar, pues claro que el chiste es entretener, que al fin y al cabo de eso se trata el chou. Pero pues ora sí que tampoco todo es diversión, y el chiste es infiltrarse para después acomodarle al enemigo el chingadazo donde más le duela. Pero pues para eso primero hay que conocerlo bien, por dentro y por fuera. Que tengamos como un mapa de todos sus puntos débiles. Irlo cansando como los buenos boxeadores, con golpes al hígado que casi ni se notan. Ah, pero cómo duelen los canijos. Y después...

Pum. El Agallas pegó un manotazo en la mesa, con el que al mismo tiempo apresó una hoja de papel. Como para tranquilizarse él mismo, la abrió para leer lo que sea que ahí dijera, y me volteó a ver con una sonrisa cómplice:

–La venganza se sirve bien pinche fría, chavo.

Obviamente que yo no entendía nada de nada, ni sabía qué decir, así que según yo nos quedamos callados unos momentos. Y luego me acuerdo de que como si mi mirada fuera la toma de una película, primero abarcaba una superficie mayor de la habitación, sin enfocarse en nada en específico, y luego se fue como concentrando en el bulto que colgaba de la puerta, que fue agarrando más precisión. Era tal cual un muñeco de tamaño humano. Como de felpa. Su pelo negro remataba en un copetazo. Su cara rosada transmitía una imagen alegre, de eterna juventud. Estaba vestido con un traje negro de dos piezas, con estrellas amarillas en la parte de los brazos y piernas. Sus zapatos también eran negros, como si fueran de charol. No mames, creo que pensé. Hasta en versión botarga el rey del *rock and roll* sigue siendo el rey.

Y el sujeto que se nombraba como Agallas volvió a prender un nuevo cigarro con los restos del anterior. Todavía sacando humo por nariz y boca, comenzó a decir, como a manera de despedida de ese primer encuentro, que de alguna forma sentó alta la vara para el delirio y lo zafado de todos los demás, y de lo que se vendría después con él y con la botarga de Elvis, que por el momento nos veía a los dos muy calladita, con su sonrisa de eterna juventud:

–Vas a ver que ya que te lo pongas, dejas de estar al mando. Créemelo, chavo. Yo sé lo que te digo. Estos ojitos rasgados lo han visto chingos de veces. Y además tú con esos ojazos azules y tu greña negra larga, que la verdad te verías menos mugrosón si te la cortaras un poco, pero ese es otro boleto. Pero a lo que voy es que hasta por adentro de la botarga vas a estar en sintonía con el personaje. Vente el otro sábado y llega desayunado para que traigas fuerzas suficientes. El chou está por comenzar.

Me dio un apretón de manos seco que creo que representaba algún tipo de acuerdo. Cuando salí de la oficina volví a ver la puerta con las letras negras rotuladas sobre un cristal como de esos opacos: Agallas y Asociados. Su departamento estaba en la planta baja, así que rápido salí del edificio descascarado, todavía como a medio construir. Ya sobre la calle Ahuanusco, del Pedregal de Santo Domingo, eché un último vistazo a la lona colgada de la fachada gris en donde también se anunciaba el nombre del supuesto despacho de quién sabe qué. Agallas y Asociados. Me puse a caminar hacia el metro Ciudad Universitaria, para tomarlo de regreso a mi casa. El camino entero fui fantaseando sobre en qué chingados iba a parar esto que había según yo empezado no como simple casualidad, sino como alguna señal del destino.

2

Unos meses después, que sobre todo ahora en el recuerdo duran menos de un segundo, Milena se marchó sin que yo pudiera impedirlo. ¿Había sido en parte lo que siempre me explicaba como azar, o esta vez sí fue estrictamente la necesidad? Todavía intenté que su mamá me dijera adónde se había ido, a ver si podía ir a buscarla. Pero por más que le rogué no me quiso decir ni madres. ¿Lo pude haber visto venir con los sucesos de esas últimas fechas? Pues seguramente sí. Pero pensé que sólo andaba bajoneada por la situación que enfrentaba y por su tendencia a ver el lado filosófico y existencial a las cosas. Ahora sí que era parte de su vocación. ¿Cómo era que decía? Que al final una parte de nuestra relación perduraría en sus cartas. Que a lo mejor iban a ser parte de una novela. Una novela escrita como en formato de diario íntimo. Una serie de cartas de unos de sus yoes a otros de sus yoes. O algo así me acuerdo que dijo varias veces. Cuando vino a decirme que se iba me dejó una carta de despedida, que creo que sólo me dejó más confundido. Desde entonces la he leído y releído como buscándole un significado oculto, que nomás no he logrado encontrar. Me la dejó junto con una caja de fotocopias de muchos más papeles con entradas de sus diarios, con el cuento de fantasmas que alguna vez me contara de viva voz, y otras cosas más.

Y pues supongo que como era un poco obvio, cerraba la carta con unos versos. Unos versos muy tristes, de esos que te desgarran el

alma. Unos versos de Sylvia Plath.

> Morir
> Es un arte, como todo lo demás.
> Lo hago excepcionalmente bien.
>
> Lo hago para sentirlo como el infierno.
> Lo hago para sentirlo como real.
> Supongo que podría decirse es mi llamado.

Claro que para llegar ahí todavía faltaba que sucedieran muchas cosas que cuando las repaso en mi cabeza me imagino todos los puntos específicos donde según yo pudieron haber sido distintas. Que pues claramente no lo fueron, o no estaría entonces uno imaginándose que hubieran sido distintas. Como si la súbita entrada y salida de Milena en mi vida, y también la participación tanto mía como de los demás personajes de la historia estuvieran ya fijadas por una especie de guion que ahora ya sólo puede cambiar en mi imaginación. Y pues no sé si también eso en el fondo forme parte del mismo guion, el chavo que se tortura repasando en su cabeza los sucesos de la obra de la que él mismo formó parte. O el chavo que intenta recordar cada detalle para ver si puede escribir al fin la radionovela con la que lleva años fantaseando, «El hotel de los corazones rotos». Pero de que Milena se había ido, se había ido, y ya sólo me quedaban sus distintas versiones, que entre más radiantes y fieles a la original se aparecían, más me recalcaban que a lo mejor ya sólo así volvería a verla de allí en adelante.

3

El día que conocí en persona al Deivid a mi papá le estaba dando un preinfarto o algo así. Era un viernes en la tarde. Estábamos como de costumbre por aquella época sin hacer gran cosa, bajándonos mano a mano unas cubas servidas de una patona de Bacardí que amenazaba con terminarse antes de que cayera la noche. El Pavo iba a sacar una fiesta donde podríamos empedarnos de a grapa con esas típicas cubas medio calientes, preparadas en tambos gigantes. Pero pues mejor eso que el ansia de quedarse en la casa ya sin chupe, a mendigar mermelada al frasco para untársela a huevo a un pinche pan o tratar de juntar moneditas por ahí para ir al Oxxo por un Lonchibón o algo para llenar la panza.

Sonaba como siempre el cómpact pirata con los éxitos del Príncipe de la Canción. Mi papá ya andaba pedo y alternaba entre sus bromas de gigoló cincuentón en decadencia, que se empeña en llevarse con sus hijos de 20 y 18 años como si fueran sus cuates, y la millonésima falsa anécdota de cuando él y su amigo el Acuamán le habían metido supuestamente de contrabando a José José una botella al hospital, mientras se recuperaba de no sé qué calamidad ocasionada por sus excesos.

–No, señor, lo hubieran visto ahí caminando con su brandy por los pasillos de ese hospital todo pipiris nais. Las enfermeras se quedaban de a cuatro cuando lo veían en su bata que le dejaba el culo de fuera, con el suero conectado a la vena, arrastrando la

chingadera esa con las rueditas. «Saluuuuud, amiga», las saludaba el muy cabrón, cagándose de la risa.

Como si nosotros no hubiéramos visto mil veces también la película donde el Príncipe se actuaba a sí mismo en esas andanzas. Cada vez mi papá nos volvía a señalar, como si fuera una increíble hazaña, el personaje de cuál de los amigos malas influencias de José José supuestamente estaba basado en él.

Ese día se encontraba tumbado en el sillón deshilachado de la sala. Me acuerdo que desde esa hora se sobaba el pecho y estaba más blanco que de costumbre. No soltaba la cuba ni quince segundos, mientras veía en su tabicón Nokia los mensajes que le mandaba la señora de billete que fuera su novia en turno, a la que le sacaba lana en ese momento. Dizque era la exesposa de un político muy importante, un diputado o senador o algo así.

–Señor, señor, sálveme de la Cocodrila, sálveme de la Cocodrila.

Me repetía lo mismo cada vez que volvía a mirar su celular. De verdad que me supercagaba los huevos que me tratara como si fuera su cuate y no su hijo mayor.

–Sí, señor, no se preocupe, yo lo salvo.

Para no entrar en conflicto ya mejor le contestaba con una sonrisa amarga que fingía para ahogar las ganas de reventarle un chingadazo en el mero hocico por mamón.

You ain't nothing but a hound dog
Cryin' all the time

En eso llegó al departamento el Pavo, hiperactivo como siempre, acompañado de su cuate el Deivid, de quien nos había hablado muchas veces. Yo ahí aún no lo sabía, pero acabaría jugando un

papel importante en todo lo que pasó después, porque era el cabrón que había acondicionado una camioneta jodidísima como falsa ambulancia, con todo y su equipo de radio para interceptar señales policiacas de accidentes de coches, atropellados y demás. Llegaban en putiza al lugar de los hechos, con batas de paramédicos, y levantaban a los heridos para llevárselos al hospital más cercano. Y pues claro que en el camino procuraban chingarles todas sus pertenencias. Cuando la situación lo permitía, todavía tenían la desfachatez de cobrarle una lana por el servicio a los familiares. Y lo peor es que seguramente alguna vida sí salvaban. El Pavo nos había contado unas anécdotas superpunks. Obviamente, la tira se los había torcido varias veces en la maniobra, pero no era nada que el relojito o un anillo o el celular del accidentado no hubieran podido jamás solucionar.

–Buenas noches, señor Bolado.

El Pavo siempre saludaba a mi jefe con esa mezcla de formalidad y desenfado que volvía irresistible al cabrón.

–Le presento a mi cuate el Deivid. Disculpe que no nos quedemos un rato, pero dejé el Tsuru estacionado en la banqueta, sobre el mero eje vial. Y ya ve que la pinche grúa pasa a cada rato.

–Señor, señor. No chingue y sírvase una cuba.

Aunque mi papá se veía más moribundo con cada minuto que pasaba, como que todavía tenía fuerzas para incitarlos a la peda. El sudor le pegaba cual engrudo sus escasos pelos a la mollera, y pasaba los sorbos de su propia cuba con unos labios ya casi blancos. Se sobaba el pecho en círculos con la parte baja de una mano, dándose golpecitos periódicos, como si quisiera desapendejar al corazón que amenazaba con hacer un cortocircuito.

–Bueno, si usted lo dice, pues ya qué.

El Pavo procedió a sacar de la alacena los últimos dos vasos amarillos de plástico medio limpios para servirse su trago y el del Deivid. Jalaron unas sillas para formar un círculo alrededor de la mesita de la sala. Yo ya traía la oreja pegada a la respiración jadeante de mi papá, a quien ahora se le notaba clarito el esfuerzo para aparentar normalidad.

–Señor, señor, la Cocodrila me sigue chingando. Ayúdeme, señor.

Al tiempo que la risa nasal del Pavo festejaba alguna ocurrencia del Deivid, yo veía a mi papá irse apagando como una veladora ya muy desgastada.

–¿No traes tu ambulancia, verdá?

Ya más preocupado le hice la pregunta al Deivid, por si hacía falta llevar a mi papá a algún hospital o algo así.

Con gesto de susto, tan sólo negó con la cabeza y apuró otro trago a su cuba.

El Príncipe seguía sonando de fondo cuando salió mi hermano el Yorch de la habitación en la que compartíamos litera. Llevaba su camisa roja de franela con los botones abiertos, encima de la camiseta con la portada del *Nevermind*, la del bebé flotando en el agua frente al billete de un dólar. Se quitó un audífono del Discman en el que obviamente sonaba también Nirvana, para preguntar qué chingados pasaba.

–A mi papá le está dando como un infarto o algo así. Yo creo que vamos a tener que llevarlo al hospital.

Pareció que hasta el Príncipe guardó silencio un momento, a la expectativa de lo que vendría después. O quizá tan sólo se trataba de una pausa entre canciones. El Pavo y el Deivid se levantaron cuba

en mano para apresurarse hacia la fiesta y no seguir atestiguando nuestro drama médico familiar.

–Bueno, mi Bruno, nosotros le vamos llegando. Avísame si necesitas cualquier cosa.

El Pavo anunció su despedida ya de camino a la puerta.

Cuando ya la habían cerrado pasó el Yorch sin mirarnos, diciéndoles apresurado:

–Espérenme, cabrones. Yo sí voy con ustedes a la peda.

Y salió en chinga sin siquiera despedirse.

No sé bien a cuento de qué, pero me vino a la cabeza pensar qué haría el mánager de Elvis, el coronel Parker, si su pupilo estrella estuviera en un estado similar. Pues hacer que le inyecten algo y subirlo al escenario, creo que me contesté yo solito. Pero pues obvio que yo no tenía un ejército de doctores a mi disposición. Así que mejor me serví la última cuba que se podía exprimir a esa botella, ya sin hielos y apenas un poco de Coca, para meditar sobre las distintas opciones.

Well, you ain't never caught a rabbit
And you ain't no friend of mine.

En esas andaba hasta que mi papá cerró los ojos, todavía empapado de sudor, y me quedé mirándolo otro rato para asegurarme de que siguiera respirando, escuchando en repetición al Príncipe. De seguro este soponcio se debía a que llevaba como siempre varios días enfiestando, durmiendo quién sabe dónde con quién sabe quién, estresado por su eterno negocio en curso que ahora sí iba a cuajar y ahora sí nos iba a sacar de pobres. A lo mejor justo hoy se había llevado la decepción de que siempre no, porque

el culero de tal o cual se lo había chingado a la mala. Me bajé lo poco que quedaba de la botella de Bacardí mientras me terminaba de asegurar de que fuera una falsa alarma, y ya igual bien pedo yo también, me tambaleé hasta mi cuarto para tirarme a descansar en la litera de abajo a la que llamaba mi cama.

4

Milena solía explicarlo más o menos de la siguiente manera. Según Nietzsche, cuando el tirador tiene los dados en la mano y los agita antes de lanzarlos, están presentes todas las posibilidades para que salga cualquier combinación. Aunque por razones que para ella ya más bien tenían que ver con temas místicos (pero esa es otra discusión), si bien el doble seis nos parece particularmente especial, de buena o mala suerte, según la tirada que esperábamos obtener, en realidad es igual de probable que un mediocre dos/tres (que sería técnicamente distinto de un tres/dos, pero esa es también otra discusión). El caso es que ese azar, decía Milena con esa voz y gesto de asombro suspendido que le producían esas pequeñas revelaciones que la fascinaban, al momento de tirar los dados y plasmarse una combinación específica, se convierte en necesidad. Entonces, cuando no se han tirado los dados existen todas las posibilidades, pero ya que se tiran y sale una, esa y sólo esa era la que podía salir. Y aquí creo que ya más bien Milena le añadía de su cosecha a la teoría de Nietzsche, cuando decía que incluso si por ejemplo pudiéramos analizar la posición inicial de los dados, las volteretas que daban al ser agitados, la fuerza con la que son lanzados, la fricción con la superficie en la que rebotan, y el resto de las numerosas variables físicas que permitirían estudiar su trayectoria, podríamos hacer como un mapa causal que reflejara justamente el misterioso paso del azar a la necesidad.

Y aunque uno no sea conocedor de física, todos somos en cierta forma dados. Con el tiempo nos damos cuenta, a veces ya muy tarde y sin remedio, de cómo nos agitábamos antes de ser arrojados en la tirada de no sé quién, moviéndonos despreocupados hacia el resultado donde iba a terminar por cargarnos la chingada justo donde más duele.

El primero de uno de esos días fatídicos se me figura que fue un sábado, que pintaba para en teoría ser como cualquier otro. Aunque la tirada de dados de mayor escala reservaba un plan distinto, en ese punto en el tiempo y en esta triste historia las pequeñas tiradas cotidianas parecían más o menos sonreírme. Digo más o menos porque pues siempre incluso en lo bueno hay dificultades, pero yo me sentía tan radiante como cuando Elvis había dejado la pequeña disquera local de Memphis, Sun Records, para pasarse al monstruo de RCA y preparar su irrupción en el panorama a gran escala.

El chiste es que en ese momento Milena era algo parecido a mi novia, aunque ese término no le gustaba por todo lo que le parecía que englobaba, y yo fantaseaba en secreto con nuestros planes a futuro. Obviamente que alguien con su inteligencia, como para estudiar la carrera de Letras Inglesas en la UNAM, que de seguro iba a terminar por triunfar como escritora, no iba a querer andar toda la vida con alguien que estaba terminando apenas a los veintiún años la prepa abierta, que se ganaba un dinerito (sin decírselo) animando eventos disfrazado con una botarga de Elvis Presley, que se sacaba también en secreto otro dinerito extra, ayudando a un amigo ganapán en su estafa de la falsa ambulancia. Pero yo me la sacaba diciéndome que todo eso sería algo temporal. Además, en cuanto al tema de la ambulancia el Deivid me había lavado el cerebro con sus

teorías de Robin Hood y de que si los heridos pudieran agradecernos propiamente, claro que nos darían sus carteras y sus relojes por haber contribuido a salvarles la vida.

Y me la sacaba doblemente recordándome que mi plan era convertirme en locutor de un programa de radio matutino, llamado «El hotel de los corazones rotos». Sería uno de esos programas donde comentan las noticias y ponen música y en realidad el locutor se convierte con el tiempo en un conocido íntimo que acompaña en los coches y en los taxis y en sus casas las vidas de sus miles de radioescuchas. Casi como si fuera parte de sus familias. Era cosa de terminar de afinar bien la idea, acabar la prepa abierta y apersonarme en la estación que quedaba sobre el mismo eje que la casa, Radio Educación, y pedirles mi oportunidad. Y entonces sí dejaría atrás la botargueada y la ambulanceada sin necesidad de que Milena se enterara de que había pasado por esas profesiones tan vergonzosas, para poder ofrecerle una versión futura de mí que estuviera a la altura de ella. Digo, aunque su amor al final no cuajó, pero pues Elvis tampoco le contaba todas sus andanzas y aventuras a su primer y más puro amor, la Dixie Locke, precisamente porque sabía que ella era más buena y le rompería el corazón saber que hay veces donde no queda más remedio que entregarse por un rato al lado oscuro. Y también supongo que los que nacemos siendo dados de casino rascuache no podemos soñar con lo que sueñan los dados de establecimientos de mayor categoría.

El caso es que el Deivid, el Pavo y yo andábamos dando vueltas ya hacia el final de la tarde con unas cheves en la ambulancia, cazando la señal de la radio pirata para ver si acaso salía algún trabajito. Yo había tenido llamado ese día para animar la inauguración de una

pequeña mueblería ahí por Copilco, que el dueño creo que también era amigo o conocido del Agallas, o algo así, y no me dio tiempo de pasar a dejar a la casa la botarga. Y además ahora veo que creo que me aliviaba un poco la culpa andar mejor así disfrazado, como si en realidad no fuera yo el que andaba en esas ondas con ese par de cabrones. Y pues porque en el fondo hasta ese momento todo esto era también más como en plan desmadre. Pero la idea era quitármela en chinga si surgía algo, y pues a la mera hora de la acción ya no dio tiempo.

Tras oír no sé qué códigos y una dirección que no entendí, el Deivid dio un volantazo que casi nos mata, y alcanzó a salirse de Insurgentes, justo a la altura del estadio de C.U. Al parecer habían atropellado a un chavo afuera del lugar donde vendían las micheladas gigantes, muy cerca del estadio, donde se juntaban estudiantes de la UNAM a ver los partidos de los Pumas cuando jugaban en algún lugar de visitantes, sólo que ahorita jugaban todos de visitantes porque ya había estallado hacía un rato la huelga estudiantil de la UNAM. Nos paramos en chinga para que el Deivid y el Pavo masticaran unas Halls de menta y se pusieran las batas de paramédico para poder trepar ellos dos al chavo a la camilla, pues les pareció que era mejor evitar que en plena calle una botarga de Elvis le anduviera prestando primeros auxilios a un herido. La verdad no me acuerdo bien si se me fue el pedo de quitarme la botarga en ese momento, o también medio que me pareció chistoso estirar la liga y que en esta ocasión el Elvis la hiciera también de paramédico. Sabrá Dios, o el azar o quién sabe quién.

Pero el caso es que amparados por esa pinche suerte que acompaña siempre a dados de la calaña del Deivid, la cosa iba

saliendo de maravilla. Lograron entre los dos subir al chavo al que una combi le había acomodado un santo madrazo y sangraba abundantemente de la cabeza, pero no había perdido el conocimiento ni dejado de sentir las piernas ni los brazos, así que todo pintaba que iba a salir bien. Obvio el herido se sacó de onda ya en la ambulancia, cuando vio que Elvis le intentaba limpiar torpemente la herida con alcohol, pero yo creo que por el putazo pensaba que estaba alucinando o algo por el estilo.

Pero pues pronto el que más bien empezó a alucinar o a tener una pesadilla de la que desperté abruptamente unos meses después fui yo. Cuando pude ver al chavo con más detenimiento me di cuenta de que se trataba del Fredy, el amigo floripondio de Milena que escribía poesía conceptual y estudiaba con ella en la Facultad de Filosofía y Letras. De seguro que iba caminando por la calle entre sus nubes de poesía y no se fijó que venía echa la chingada la combi que lo aventó. Pero pues no era que yo le estuviera haciendo alguna maldad. Al contrario, le ofrecía mis cuidados y le iba tarareando «Don't Be Cruel» para darle ánimos, pero pasó por mi mente que de alguna forma Milena pudiera justo en ese instante estar contemplando la escena. Sabía que me mandaría a la chingada ahí mismo y para siempre. Ahora sí que sin anestesia.

Entré en pánico y no lo pensé dos veces cuando en el primer semáforo abrí la puerta trasera de la ambulancia y me eché a correr por el Eje 10. Ya a los pocos días me enteré por separado tanto por el Pavo como por Milena que el Fredy se había recuperado sin mayores broncas, pero pues corrió como pólvora por toda Ciudad Universitaria el chisme de que Elvis primero lo había ayudado y luego se había dado repentinamente a la fuga. Yo obvio fingí

sorpresa cuando surgió el tema en la plática con Milena, y la botarga estaba bien guardada en el clóset de mi casa, para mantener a salvo el secreto de mi doble identidad. Pero por más que nos engañemos con las posibilidades del azar y no sé cuánta mamada, como bien me dijo tantas y tantas veces Milena, la necesidad es tan cabrona que juega con nosotros y nos permite soñar, para que cuando por fin se presente con todo su rigor, nos recuerda sin piedad nuestra condición de simples dados ilusos, con pretensiones de libre albedrío.

5

La segunda ocasión que fui a la oficina del tal Agallas, el sábado siguiente al primer encuentro, como él me lo había indicado, en realidad fue guiado por la misma imagen que la primera vez seguí como si me hubiera hipnotizado. Sólo que ahora era como si siguiera a la imagen que se había quedado alojada en mi mente. Nada más que en esta segunda visita llegué a la oficina (que parecía también ser su casa) de la calle Ahuanusco por el lado contrario de la vez anterior. Porque pues la otra vez la botarga de Elvis se había bajado del pesero en la avenida que pasa junto al metro Copilco, el Eje 10, para meterse hacia la derecha en las callecitas. Pero ya que había yo visto el camino, me quedaba mejor llegar por el lado del metro Ciudad Universitaria, bajar las escaleras, cruzar el tianguis que delimita lo que son dos mundos distintos, y entrar por ese costado a Santo Domingo, que ahí luego luego te deposita justo en la calle Ahuanusco. Llegando por ese lado tuve que caminar como unas tres cuadras, igual entre los puestos callejeros y numerosos changarros de abarrotes, papelerías y cafés internet, hasta llegar al edificio de tres pisos como inacabado, donde colgaba la visible lona de Agallas y Asociados.

Volví a tocar el timbre y a entrar por la misma puerta hacia la misma oficina, donde estaba otra vez detrás de su escritorio el hombrecillo al que aunque no había visto de pie, se veía que era muy chaparrito. Seguían ahí los mismos duendes de cerámica y la

bola de cristal donde cae nieve y el Agallas fumaba su mismo cigarro sin filtro en cadena, mientras se tomaba algo que pronto supe era su típico brandy con CocaCola caliente y ya casi siempre sin gas. Esa vez no me ofreció uno, a diferencia de todas las siguientes, y con un dedo nervioso sólo me señaló que tomara asiento en la silla del otro lado del escritorio. Casi sin decir agua va, se arrancó a soltarme uno de esos rollos interminables que la verdad luego por lo pinches zafados que eran resultaban fascinantes, y que se me quedaban grabados como si en mi cabeza se repitieran una y otra vez con esa voz aguardentosa y de ultratumba tan característica del Agallas. O más bien se me quedaba grabada mi propia versión, también por eso que dicen de que al final uno oye lo que quiere oír. Y luego ya de pinche ocioso cuando llegaba a mi casa trataba de apuntar lo más posible de lo que pudiera acordarme, que según yo luego me iba a servir de material para lo de escribir la radionovela y no sé qué. Pero me estoy adelantando, que todavía no me toca contar sobre esa parte.

El caso es que como siempre en el fondo se me acabó grabando mi propia película de esas conversaciones, yo creo que inevitablemente poniéndole algo de mi propia cosecha, o algo así como lo que pasó a ser el Agallas que se quedó alojado en mi cabeza. Como después fue lo mismo con la botarga de Elvis, que ya hasta hablaba solita en mi cabeza sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. O con Milena también, aunque en ese caso sus pláticas y su voz y su risa se acompañaban siempre de su hermosa imagen, justo riendo, o viendo el horizonte con gesto pensativo, para de pronto volver a romper en una carcajada.

Pero ya me desvié de nuevo. El chiste fue que ese día de mi segundo encuentro con el Agallas me empezó a contar de sopetón un rollo que mezclaba su propia biografía con la misión existencial de la botarga de Elvis Presley que colgaba tranquila del clavo de la puerta de su baño, como si esperara su turno para entrar en acción. Y pues ahora sí que, palabras más, palabras menos, así me introdujo a su extraña vida y forma de ver y estar en el mundo:

–No, chavo, si yo te contara lo que estos ojitos de alcancía han visto, me cae que no me lo creerías. Mira, a mí me gusta ser derecho y decir las cosas como son. Por eso la parte de las apariencias se las dejo a mis achichincles.

Y volteaba a vernos a mí y a la botarga, como para recordarnos nuestro papel de achichincles suyos. Aunque yo seguía sin saber en achichincle de qué estaba por convertirme. Pero el Agallas proseguía:

–Así que pues te lo digo de entrada que yo sí le metía bien duro a la piedra. Era como mi religión. Y así como primero me lo dio todo, luego también me lo quitó de un solo madrazo. Pero ahí fue que conocí lo que era la bondad. Y me abrió los ojos. Después todavía le di otro rato a la piedra, en lo que terminaba de darme cuenta de cuál era mi misión, y pues ora sí que en beneficio del chou me asocié con el mero rey del *rock and roll*, y aquí nos tienes despachando desde este lujoso corporativo, esperando con paciencia el día del juicio final aquí en esta realidad, cuando por fin se haga justicia y les toque su caída a los ojetes.

Todas las veces que he repasado estas cosas en mi cabeza, con ligeras variaciones pero se terminan repitiendo casi casi igual: cuando acaba de decir esto el Agallas interrumpe la narración de su

propia vida para echarse a reír sin emitir sonido, como la risa esa asmática que tenía el perro de las caricaturas, el Pulgoso. Y siempre lo veo también envuelto en la cortina de humo de su cigarro. Y hasta confieso que en parte dizque para lo de la radionovela y en parte quién sabe para qué, he grabado en la grabadorcita culera de mi papá mis propias versiones, con todo y la voz aguardentosa del Agallas, la risa, la tos de asmático y toda la cosa.

Ahora que lo pienso y que le he dado Play a las escenas como diez mil veces en mi cabeza, como si fuera una de esas obras de teatro que al mismo tiempo que son iguales cada noche, los actores también les van cambiando algunas cosas. O algo así me contó Milena de una corriente teatral que quería combinar la repetición con la improvisación. Pero el caso es que creo que yo también desde ese primer rollo que me soltó el Agallas me metí en su delirio, porque al ver la botarga de Elvis todavía sin saber bien qué haría yo en su interior, empecé a pensar que era la oportunidad que yo necesitaba, ahora que estaba por cumplir los 21 años (¿quién sabe oportunidad para qué, verdad?), y pensaba que si era mucha coincidencia como para que no fuera destino, y cosas del estilo. Y pues obvio que pensé, todo pinche exagerado, en la oportunidad que le ofreció el legendario productor Sam Phillips casi que a mi misma edad a Elvis, cuando lo dejó grabar un par de canciones ahí en su estudio de Sun Records, cuando sólo era un joven camionero de Memphis, que ni cantaba ni tocaba la guitarra particularmente bien.

–Entonces primero me encontraba en la cresta de la ola, chavo. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

–Bruno, don...

–Don Luis. Luis Miguel Gutiérrez, servidor y amigo. Pero nadie me dice así. Todos me llaman el Agallas. Luego te platico por qué. Nomás para que le midas.

–Perfecto, don Agallas.

–Nomás Agallas. ¿Tons en qué estaba? Ah, sí. Te decía que me encontraba en la cresta de la ola. En ese entonces trabajaba como brazo derecho de un notario muy picudo, el notario Gómez, que aunque no se la espera, ya pronto me las va a pagar el muy ojete. ¿Aunque sí sabes que la palabra de un notario tiene validez legal, verdad, chavo? Es como si fuera la mera ley. Tons hay que andarse con cuidado. Pero pues yo me empecé a ganar la confianza de los clientes más dicharacheros, que con tal de ahorrarse una feria le entraban a un chanchullo donde yo lograba que se facturara lo menos posible, y me pagaban a mí una parte por fuera. Y así todos bien contentos. Ora sí que era el puro paraíso.

La verdad también reconozco que además de mi propio delirio de que si esto era una señal y no sé qué, pues obviamente también por momentos como que veía la escena desde fuera y me preguntaba qué chingados hacía ahí con un viejo loco adicto a la piedra, que tenía una botarga de Elvis colgada de la puerta del baño de la oficina de una mamada llamada Agallas y Asociados, que hacía quién sabe qué. Pero más que echarme para atrás, esa parte turbia, la verdad, me fascinaba. Y me la sacaba diciéndome que si lo del destino y que iba a tener material para mi radionovela (cosa que era totalmente cierta) y cosas del estilo. Pero estaba como hipnotizado por la situación y por ese pinche personaje que si te dijeran que vivía en una alcantarilla bajo el suelo, sin problemas se lo hubiera uno creído.

–Y es que la piedra es bien canija, chavo, y pues te pide entrega absoluta. Y pues total de que para aprovechar la energía que me daba, antes de que me fuera a empezar a tirar los dientes, que convenzo a la Jarocha, mi esposa de aquel entonces, de que nos metiéramos a la onda esa de los *swingers*. No hombre, ahí sí que agárrate. No sabes la vida que nos dimos. Conocimos en el ambiente a un locutor de radio de los más picudos. Y que nos caemos bien desde el principio. Ahí nos íbamos con él y una de sus colaboradoras a un departamento en Acapulco. Él no llevaba a su esposa, pero de todos modos hacíamos el intercambio. Era un cuate de primera en todos los sentidos. Que carne asada, que chupe, que coca, que mota. Todo de puro lujo. Me cae que fueron los mejores meses de mi vida. El puro cotorreo y la pura diversión.

Conforme iba escuchando esas mamadas y desvaríos también empecé a voltear a ver al Elvis ahí colgadito, que finalmente, aunque de momento no se moviera, era el único otro testigo de esas locuras que me contaba el tal Agallas. Era como si con su sonrisota él también me diera su aprobación de estar en el lugar correcto a la hora correcta. Y se me figuraba ya desde ahí como si me dijera que ya lo bajara de la puerta y me le metiera dentro, para que nosotros también pudiéramos empezar nuestro propio cotorreo. Así de zafada empezó la cosa desde ese mismo día. Con su particular forma de hablar, el Agallas continuaba contándome su vida, y desde ese día me quedó también muy claro que con este sujeto era imposible conocer dónde quedaba la frontera entre el delirio, la fantasía y la realidad, y dónde empezaba uno y terminaban las otras.

–Pero pues ya sabes que todo lo que sube tiene que bajar. El notario se las empezó a oler de que yo me lo andaba transando y

que me pone un cuatro, y que caigo redondito. La verdad que me la dejó barata, porque te digo que ya con su palabra es como si fuera la mera ley. Y me pudo haber mandado directo y sin escalas al tambo. Pero nada más me corrió sin liquidarme. Cuando me sacó de su oficina casi que a empujones, con sus gorilas a sueldo ahí parados para lo que se ofreciera, me gritaba que ya me había yo cobrado a lo chino. Pero ya se acerca el momento de que me las pague. Y para eso tú y aquí mi Elvis me van a ayudar, chavo.

Yo no sé si era a propósito, pero el Agallas hacía unas pausas dramáticas en ciertos puntos culminantes de sus historias. Prendía otro cigarro y se quedaba viendo el cochinero de su escritorio, rumiando sus propias palabras, repitiendo en su cabeza esos episodios con los que claramente estaba muy obsesionado.

–Nombre, chavo, casi como si las desgracias se hubieran puesto de acuerdo, que a los pocos días la Jarocha me deja por otro cuate al que habíamos conocido en el ambiente de los *swingers*. Y pues ora sí que toqué fondo y que me pongo a vender mis muebles, porque yo lo único que quería era seguirme drogando. Y pues que le empiezo a hablar a los clientes que conocía de la notaría, y algunos sí me prestaron algo de dinero. Luego a mis conocidos. Hasta que ya bien pinche erizo que le marco al locutor este bien famoso que te decía. No te voy a decir su nombre, chavo. No lo voy a venir a balconear tantos años después, y menos cuando me alivianó en mi peor momento. El caso es que lo fui a ver a la estación de radio y que termina su programa y me ve ahí sentadito en uno de los pasillos. Como que se quería hacer pendejo, pero le digo: «¿Qué no te acuerdas de mí, fulano?». «¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién eres?», me dice. «Soy Luis Miguel», le digo. Y me dice: «Ah, ¿cómo estás? ¿Qué

me cuentas de nuevo?». «Mal», le digo, «fíjate que tuve un problema en la notaría y necesito dinero». Que se mete la mano a la bolsa, chavo, ahí mismo en la estación de radio. Traía uno de esos prendedores de metal para sostener su dinero. Se veía bonito el metal, como de oro, y traía un signo de pesos encima. Que saca todo el dinero que traía en el pantalón y que me lo da. Yo estaba bien tronado y lo único que quería era seguirle metiendo a la piedra. Que le doy un abrazo y me voy a desayunar a un VIPS. Llevaba días casi sin comer. Todo lo demás del dinero lo dejé para la piedra. Nunca se me va a olvidar el paro que me hizo ese fulano.

Luego como que el Agallas se volvía a quedar pasmado, casi sin moverse. Agarraba en una mano la bola de cristal esa de la escena de Navidad y la agitaba para que la brillantina le cayera encima a un muñeco de nieve. Y con el humo del cigarro que lo envolvía me recordaba como si fuera una película de detectives, o más bien hasta de fantasmas. Volteaba hacia mí y se me quedaba viendo fijamente, pelando sus ojos rasgados, como si no supiera quién chingados era yo o qué chingados quería. Y luego consultaba la hora en su reloj Casio negro y me decía ya con un tono como de querer acabar su propia historia y que me largara de ahí:

–Luego cuando se me acabó la lana sí toqué fondo, y pues no me quedó de otra más que dejar la piedra. Pero esa es una historia para otra ocasión. Ahorita lo importante es que sepas que esta oficinucha y esta imagen de burócrata todo traqueteado son una fachada. Vas a ver lo que se viene. Pero ahorita ya vete, que se te hace tarde para tu primera misión. Ponte de una vez el traje del Elvis y ahorita te paso el discman donde viene el repertorio, con su micrófono y su bocina. Pero nomás no me los vayas a perder. Nos contrataron para

amenizar la fiesta de la Nariz Atómica. Ahí vas a comenzar tu entrenamiento. Aquí en este papelito está la dirección del convivio.

6

Bajé la botarga de Elvis de su clavo y entré al baño de la oficina del Agallas para meterme en ella por primera vez. Como creo que ya mencioné, llevaba puesto un traje negro con estrellas doradas en el pantalón y en el pecho, sólo que en este caso obviamente era de una sola pieza, y traía un cinturón rojo con una hebilla dorada, que simbólicamente dividía a la chaqueta del pantalón. Me acuerdo de que cuando iba a empezar a meter los pies comparé mis tenis Adidas negros todos madreados con sus elegantes zapatotes de supuesto charol. Donde terminaban las mangas de la chaqueta comenzaban unos como guantes rosas menos gruesos que el resto del disfraz, yo creo que para que quien lo llevara puesto pudiera tener mejor movilidad y control en las manos. Y no sé si como parte de todo ese rollo delirante al que ya me había metido el tal Agallas, cuando estuve adentro del traje que se ponía uno como si fuera un mameluco, sentí que se apretaba a mi cuerpo, casi como si fuera una nueva capa de piel.

Antes de ponérmela sostuve un rato enfrente de mí la cabezota, como para examinarla bien antes de convertirme yo en ella, o algo así. Y pues así como Elvis desde joven presumía abiertamente que se tardaba mucho tiempo en peinarse, en esta versión le habían hecho con mucho cuidado su copete y sus patillas. Obviamente la cabeza tenía hoyitos para poder ver por los ojos, que eran de un azul muy parecido al de mis propios ojos, y también tenía sus

hoyitos en la nariz y orejas, pues ahora sí que para que quien estuviera adentro pudiera respirar y oír lo mejor posible. La sonrisota de la boca también tenía un hueco en la tela negra que separaba a las dos hileras de dientes, yo creo también para que uno pudiera hablar o hasta tomarse algo con un popote o algo así.

Me puse la cabeza de Elvis agachando la mía, como si estuviera dando un paso importante o algo por el estilo, que pues en un sentido sí lo estaba dando, ¿verdad? Y cuando alcé la cabeza y vi mi reflejo en el espejo medio oxidado de los lados, sí pensé en la dualidad en la que me estaba metiendo. Por adentro no sabía ni qué onda ni qué hacía ahí, ni mucho menos qué iba a pasar ahora, pero nada de esto importaba, porque hacia afuera se proyectaba la eterna sonrisa entre arrogante y burlona que le habían puesto a este Elvis de felpa. Creo que como por instinto me puse a hacer frente al espejo algunas de sus famosas poses de karateka y tirar golpes al aire, como si me estuviera metiendo en el papel o algo así.

Cuando salí del baño ya con la botarga puesta el Agallas ya no estaba en su oficina, que yo no sé si por la distancia que me daba ahora ver sólo por los orificios de los ojos de la botarga, me pareció más desordenada y cochina que antes. Creo que hasta había moscas caminando por los vasos con restos de su brandy con Coca, que yo creo llevaban ahí incluso varios días. Me había dejado ahí la bocina que tenía una estructura con tubos para que se pudiera arrastrar con rueditas, y el discman que me había dicho. Salí a la calle con el papelito con la dirección en mano para ir a mi primer trabajo en el oficio de botarga. Al parecer me tocaba amenizar el festejo del cumpleaños dieciocho de algún chico al que apodaban la Nariz Atómica.

Con la dirección venía un croquis y toda la cosa. El convivio era sólo a unas pocas calles de distancia. Agarré hacia la derecha en la calle Ahuanusco y fui siguiendo el croquis como si fuera un laberinto. Iba pensando si el cumpleañero sería pariente de mi nuevo jefe, y si el Agallas se habría adelantado y allá lo iba a ver. El sol a punto de ponerse y el cielo rosa de la ciudad hacían que las callecitas asimétricas de Santo Domingo justo parecieran más como un laberinto, sólo que aquí en vez del minotauro que en las películas o documentales de la tele pasan que dizque vivía atrapado en uno, era más bien una botarga de Elvis Presley que jalaba una bocina con rueditas para ir a un festejo de cumpleaños.

La verdad que nadie me ponía mucha atención. A lo mejor el Elvis de peluche del Agallas ya era un viejo conocido de esos lugares. Sólo los típicos rucos pedotes que se la pasan echando caguama afuera de la tienda de abarrotes local se cagaron de la risa al verme pasar y me gritaron las típicas frases que según son muy ingeniosas, para cagarse más de la risa con sus propios chistes cebos. Yo ni les hice caso y mejor seguí caminando con la vista puesta en el croquis. Luego de todavía doblar dos que tres veces por las callecitas chuecas siguiendo el camino señalado en el mapa con flechitas, ya cuando estaba cerca de la X que marcaba el festejo vi un zaguán metálico rojo a medio abrir, de donde se escuchaban gritos, aplausos y jolgorio, y supe que ahí mero era el festejo del cumpleaños dieciocho de la Nariz Atómica.

Crucé la puerta levantando un poco la bocina con ruedas para que librara la barra de metal de la parte de abajo. Ahí luego luego estaba el festejo. Había más o menos unas veinte sillas puestas de espaldas a la puerta de entrada, ocupadas por personas de distintas edades,

como si fuera un festejo familiar, que entre risas, gritos y aplausos veían un espectáculo que había al frente de lo que era como la cochera de la casa. Al fondo había amontonados muebles viejos y aparatos electrónicos que se veían como descompuestos, cubetas y materiales de construcción. Y enfrente de todo eso, como si fuera un escenario, había un payaso de cabellos, zapatos y tirantes rojos, con un micrófono en la mano, que compartía el escenario con tres chavos que escuchaban divertidos sus indicaciones.

–Y ahora, amiguitos, la última etapa de nuestra competencia es volver a actuar la escena, pero ahora de reversa. Aquí nuestro amado público asistente y el cumpleañero, la gran Nariz Atómica, decidirán con sus aplausos quién se gana el premio al mejor actor. Digo, obviamente después de mí, el payaso Cachiplum, amigo de todos los niños, y sobre todo de sus mamás. ¡Luces, cámara, acción!

Creo que un poco como me pasaba con la voz del Agallas, cuando veía lo que apuntaba ya luego en mi casa, según que para escribir mi radionovela o algo así, oía en mi cabeza la vocecita como de corneta del payaso Cachiplum, que la verdad lo que sí es que el cabrón traía cagada de la risa a toda la concurrencia.

Pero el chiste es que luego de su pequeño discurso se acostó en el piso de concreto y empezó a retorcerse mientras con los brazos se agarraba el abdomen, como si se cubriera una supuesta herida. Uno de los chavos lo miraba como parte del desarrollo hacia atrás de la escena donde antes le habían clavado un supuesto cuchillazo al payaso Cachiplum. Otro daba vueltas como loco con los brazos levantados, haciendo un sonido de «uuuuuuuuuuuuu» que subía y bajaba de intensidad, como si fuera la sirena de una ambulancia. Pero una ambulancia que como toda la escena iba de reversa,

alejándose en vez de acercarse al payaso acuchillado, que pues justo también se paraba en reversa y se agarraba a madrazos en reversa con el tercero de los chavos, sólo que ahora el cuchillo imaginario en vez de entrar salía de su abdomen. Al igual que el chavo que la hacía de ambulancia, el que la hacía de observador casual pegaba unos gritos de auxilio provocados por la madriza y la cuchillada, pero como sus gritos eran como al revés, también hicieron que el público se cagara de la risa. Y ya como final espectacular, el payaso Cachiplum salió de la escena haciendo el *moonwalk* con sus pinches zapatotes rojos, y ahí ya de plano el público se puso de pie para aplaudir todo el espectáculo.

Yo me había ido desplazando por el espacio de un lado de las sillas hasta quedar parado junto al escenario, sin que nadie pareciera ver nada de raro con la llegada de una botarga de Elvis, que pues tampoco era algo tan extravagante para lo que ya estaba pasando ahí de por sí. Cachiplum y el festejado, la Nariz Atómica, que pues supongo como era de esperarse sí tenía una pinche narizota, dirigían un aplausómetro, para que el público decidiera cuál de los tres chavos que la habían hecho de extras se llevaba el premio al mejor actor:

–Pues no sé cómo la veas tú, mi Nariz, pero creo que el respetable público declaró ganador aquí a nuestro amigo que la hizo de ambulancia.

También cagándose de la risa, la Nariz Atómica le levantó el brazo al chavo ganador, y hubo otra ronda de aplausos de los asistentes. Cuando se fueron apagando, Cachiplum volvió a su papel como maestro de ceremonias:

–Amiguitos, y mamás de mis amiguitos, por fin llegó el momento que todos estábamos esperando. Es mi gran placer dejarlos ahora en la compañía del mismísimo rey del *rock and roll*. El gran, el único, el inigualableeeee...

Cuando en eso un ruco grandote y panzón, con la cara toda hinchada y caminando medio chueco por la peda que se cargaba saltó al escenario para interrumpir al payaso:

–Pérate, payaso –le dijo mientras le daba ligeros manotazos en el pecho con el dorso de la mano.

–Yo soy el mejor amigo de mi compadre, que nos invitó a este festejo de mi ahijado. Hoy se nos hace hombre, pero yo lo conozco desde que era una pinche naricita recién nacida.

El compadre pedote hizo como una pausa para que los invitados se rieran de su chiste que se veía llevaba planeando todo ese tiempo, pero pues nada, si acaso se oyó por ahí alguna risita forzada, de seguro de sus familiares más cercanos. Pero o le valió madres o ni se enteró de si sus chistes causaban o no gracia, porque primero anunció que él había pagado las cheves para el festejo, como si eso le diera el derecho de hacer lo que le diera su chingada gana, y luego seguía interrumpiendo los esfuerzos de Cachiplum por continuar con la variedad, o sea conmigo en mi versión botarga. El compadre se puso bien necio con pedirle al payaso que nos diera otra «media hora chingona», que él pagaría, y a cada intento del payaso por intervenir le volvía a dar el manotazo en el pecho con su correspondiente «Pérate, payaso».

Cachiplum aguantaba vara de los golpes y los albures fallidos del compadre («¿De a cómo traes el pitomate, payaso?» «A mí se me hace que te encanta la vergolaga»), como con una risa fingida que

parecía hacerlo encabronar más. La cabeza del compadre estaba tan cerca de la del payaso que parecía que en cualquier momento le iba a reventar un cabezazo. La Nariz Atómica había intentado calmar a su tío y llevárselo de ahí, pero lo habían mandado a la chingada con un empujón. Se hizo como un silencio donde se oía hasta cómo el viento agitaba la lona que habían puesto sobre la cochera por si llovía. Creo que todo el mundo estaba a la espera de cuándo se iba a salir de las manos la tensión entre el compadre y el payaso Cachiplum.

Sin pensarlo mucho le puse Play al discman que me había dado el Agallas y de volada empezaron a sonar las primeras notas del contrabajo de «Don't be Cruel», y pues me puse a caminar como al ritmo de la música hacia la parte donde estaban amontonadas las cosas, y toda la atención se vino sobre mi persona, que justo hacia fuera no era tanto mi persona, sino la de la botarga con la figura de Elvis. Más como por instinto me puse a buscar qué había, sin dejar de menear la cadera al ritmo de la música, hasta que encontré un pedazo mediano de una tabla que creo que era como triplay. Como si lo hubiéramos ensayado de rutina cómica se la entregué a la Nariz Atómica, que la detuvo frente a mí mientras yo hacía como poses de karateka y lanzaba patadas y golpes al aire, como imitando esa faceta del Elvis de verdad. La gente me empezó a festejar esas mamadas y se iban parando y acercando a la pista de baile improvisada, y pues también a menearse y aplaudir al compás de la música.

Junté las manotas rosas frente a mí y agaché la cabeza como si estuviera saludando a mi sensei y partí la tabla por el centro de un puñetazo. La Nariz Atómica se meaba de la risa con un pedazo de

tabla en cada mano. Y pues nada pendejo, el payaso Cachiplum aprovechó la confusión para desafanarse del tal compadre y le extendió la mano a una chavita que se movía ahí en primera fila para sacarla a bailar y se pusieron a darle con pasos de *rock and roll*.

El cumpleañero y otros chavos que de seguro eran sus amigos hicieron un círculo donde la botarga, o sea yo, quedó bailando en el medio, y pues por la emoción o nomás por pasados de lanza me empezaron a echar cerveza en el copete y en la cara, y a darme manazos y aventones como si estuviéramos echando el *slam*. Me acuerdo que en algún momento sí pensé que el compadre que la andaba haciendo de pedo ya no se veía por la pista de baile.

Había dejado ahí a un lado la bocina y el discman, así que solito cuando acabó la canción empezó ahora a sonar «Hound Dog». Me logré salir bailando del círculo, también para evitar que ahora los chavos se fueran poniendo más agresivos y me puse a hacer mejor frente a chavillas pasos famosos de Elvis, doblando y estirando las piernas de un lado a otro, sólo que pues obviamente que en este caso no tan sexy y más bien en versión botarga. Las chavillas igual le entraban felices al cotorreo y hacían como que gritaban de la emoción, y una hasta hizo como que se desmayaba sobre mis brazos para que la cachara y cuando la devolví a su lugar siguió bailando bien feliz.

La Nariz Atómica luego se me puso enfrente como si me retara a un duelo de baile y se puso a hacer unos pasos que era muy claro que había sacado de la famosa escena del *twist* de *Pulp Fiction*. Y pues creo que como bien me dijera el Agallas desde que lo conocí, era como si en un sentido la botarga tuviera vida propia, y hasta

creo que hacía que a uno se le vinieran a la cabeza cosas relacionadas. El caso es que recuerdo clarito que ahí en el jolgorio me vino a la mente la historia de una de las primeras veces que Elvis salió en la tele en uno de esos programas donde el anfitrión era un señor mamón de traje, y que lo pusieron a cantarle «Hound Dog» a un perro de verdad. O sea que el pobre Elvis disfrazado bien ridículo con orejas y cola como de perro, como si fuera un pinche comediante de medio pelo, y no una futura leyenda mundial. Y pues por alguna solidaridad con esa historia que se me metió en la cabeza, que me pongo en cuatro patas, a caminar entre los chavos que bailaban, y nomás alzaba la cabezota de la botarga como para aullar en los momentos más climáticos de la canción.

Y pues como era de esperarse, más se alebrestó la fiesta y más cerveza y cubas y no sé qué otros tragos me aventaban encima. Y tampoco faltaron los pasaditos de verga que me daban patadas en las costillas y puñetazos en el lomo, como si fuera de verdad un vil perro callejero al que quisieran medio madrear. Cuando ya se iba a terminar la canción alcancé a ver por el rabillo del ojo derecho cómo un pinche chavillo como de mi edad agarraba vuelo para justo en las últimas notas acomodarme un patadón que hasta me levantó un poco del suelo. Me tuve que medio hacer bolita resoplando fuerte para recuperarme del putazo, pero los chavos más culeritos igual seguían dándome manazos en la cabezota, como si madrear a la botarga fuera parte integral del festejo del cumpleaños dieciocho de la tal Nariz Atómica.

Ya cuando sonaba «Jailhouse Rock» me pude poner de pie para bailar estilo *rock and roll*, pero ya mejor con las chamacas. Y pues lo mismo, por inercia me salían pasos como los de Elvis, y me quedaba

quieto en las pausas de la canción, para moverme con más fuerza en los regresos. Entre el sudor y la adrenalina estaba ya empapado también por adentro de la botarga, que más se me pegaba a mi propia ropa, y pues yo creo que por lo mismo se hacía mayor la sensación de que éramos una y la misma cosa. También ya andaba medio mareadón porque a cada rato alguno de los chavos me empinaba la cabeza para atrás y por el hoyo de la boca me daba tragos de cerveza o a veces de chupes más fuertes, creo que alguno con tequila y refreso de toronja, o algo así. Mi recuerdo es que más que tener algo planeado o saber cuánto iba a durar ese desmadre, o cuántas canciones de Elvis traería el repertorio del CD pirata, más bien me estaba dejando llevar por el momento y el festejo. La verdad es que como sea que se evalúe la actuación de las botargas, para ser la primera vez creo que la cosa iba saliendo bastante bien.

Y de pronto sentí un superchingadazo por la espalda, que sentí clarito cómo primero como que me tapaba los oídos, y después como en las caricaturas fui viendo mi campo de visión como si fuera un círculo rodeado por una mancha negra que cada vez le iba comiendo más espacio al círculo, hasta que de plano se hizo todo negro y fue como si perdiera la fuerza en las rodillas y en todo el cuerpo, y alguien me hubiera apagado la luz.

Lo siguiente que me acuerdo fue que me desperté acostado en la cama de un cuarto bastante oscuro, sin saber ni qué pedo, ni dónde estaba, y rápido caí en la cuenta de que todavía traía puesto el traje de botarga. Cuando pude enfocar un poco mejor la mirada vi que había alguien más en el cuarto. Era el payaso Cachiplum, ya vestido con unos jeans y una camiseta negra, sin su peluca y nariz rojas, y estaba ya casi acabando de limpiarse el maquillaje de la cara.

–¿Qué me pasó?

Le alcancé a preguntar con una voz que era como si se quedara rebotando adentro de la cabeza de la botarga.

–No, pues que el compadre ese te zorrajó un señor tablazo por la espalda. Te me fuiste derechito a la lona, sin ni siquiera poder meter las manos. Lo bueno que traías protección, que si no...

–¿Y luego?

Cachiplum se me quedó viendo con aire filosófico, como si estuviera a punto de compartirme una gran revelación, que en cierto modo así fue. Y como me fue pasando con cada nuevo personaje que iba apareciendo en esto que según yo iba a querer convertir como en una radionovela basada en hechos reales, se me quedó grabada la voz de tono solemne con la que me hablaba en esos momentos, que era muy distinta de la vocecita chistosa de corneta con la que hablaba en su papel de payaso. Y pues más o menos siguió diciéndome:

–O sea, yo ya le traía ganas al compadre desde que se quiso pasar de rosca conmigo antes. Pero mejor me calmé y ayudé a la Nariz a traerte para acá a que te alivianaras. Me aguanté las ganas de madrearlo también para no romper el juramento del código del payaso. Que por lo mismo tampoco te quité la cabeza que traes puesta, aunque te hubiera caído bien que te entrara más aire. Pero los juramentos son sagrados y uno tiene que respetarlos.

–¿El código del payaso?

Eso sí me acuerdo literal que le pregunté.

–Así es, mi falso Elvis.

Cachiplum me explicaba todo esto con tono de paciencia, como si me estuviera iniciando en una hermandad que incluía a los payasos

y a las botargas, y a lo mejor también a todos los que estaban en alguna profesión donde tuvieran que esconderse para hacer el papel de ser otra cosa.

–Mira, lo que pasa es que tenemos superprohibidísimo agarrarnos a chingadazos si estamos pintados. Ni tampoco podemos meternos con el disfraz de algún colega. En el ambiente de los payasos ya nos la sabemos que a veces pasa esto del típico borracho que se encabrona porque aunque para eso te contrataron, siente que le estás robando cámara en su festejo. Que en este caso ni era suyo, pero bueno. El caso es que ya me la sé. Si te contara la de veces que he ido al coche a despintarme, para después volver derechito al convivio a acomodarles sus buenos putazos. Pero por hoy ya ni te preocupes, que el cumpleañero estaba todo apenado y ya hizo que se llevaran a su tío a la chingada de aquí.

O algo así recuerdo como el discurso de la filosofía y los códigos del payaso que me echó Cachiplum ya sin su disfraz, mientras yo seguía acostado en la cama de quién sabe quién, luego del tablazo en la nuca que me habían reventado a medio festejo.

–No mames, y era mi primer evento.

Creo que algo así fue lo que contesté.

–Pues sí. Pero mejor que te acostumbres, chavo. Por eso en los cursos que tomamos para ser payasos te dicen que lo mejor es saber echar guante por si acaso, y también nos enseñan algunas cosas de psicología. Y no me lo vas a creer, pero hasta un poco de filosofía. Me acuerdo de un payaso ya entrado en años que lo había visto todo, que un día ya también con sus tragos encima me dijo algo como que así como nuestra responsabilidad era sacar a las personas ahora sí que un rato fuera de sus personas, también por lo

mismo éramos el blanco de su enojo y sus frustraciones. ¿O a poco crees que el Elvis de verdad acabó como acabó nomás de gratis?

Entre las reflexiones filosóficas del payaso Cachiplum y las punzadas que todavía traía en la cabeza, creo que ya ni supe qué decir y mejor me quedé callado. Cachiplum le puso punto final a su lección, como ya mejor invitándome a que tratara de pensar en otra cosa:

–Mira. Yo digo que para ser tu estreno ya tuviste muchas emociones por hoy. Quítate la botarga y vamos ya de civiles a echar unos tragos con la chaviza. Quién quita e igual y hasta salimos ganones con alguna de las chamaquitas que andan bailando por ahí.

7

Luego de un rato logré incorporarme y quitarme con trabajo el traje de botarga. Estaba al parecer en el cuarto del festejado, pues justo tenía el póster de *Pulp Fiction* y otros de Bob Marley, los Red Hot Chili Peppers y The Cure. También el típico corcho en la pared, con las típicas fotos de recuerdos familiares con sus papás y su hermana pequeña clavadas con tachuelas. Me acuerdo que entre el apendejamiento que todavía sentía, sí pensé que la cabeza de la botarga de Elvis que descansaba sobre la cama bien podría pasar como otro elemento decorativo en el cuarto de la Nariz Atómica.

Bajé con Cachiplum por una escalera de metal hacia el patio donde seguía el festejo. La Nariz me preguntó cómo estaba y me volvió a pedir disculpas por el tablazo en la nuca, pero ya más por protocolo porque rápido se unió a un grupo de amigas y amigos suyos que bailaban y cantaban en la pista improvisada algún éxito de ese pop de plástico que luego suena en esas fiestas. La verdad que ya en nuestra versión de civiles nadie nos hizo mucho caso a mí ni al chavo al que ya ni le pregunté su nombre, el que la hacía de Cachiplum. Y además yo creo que él ya andaba pasando de los treinta, entonces pues ni encajaba muy bien con la fiesta que era sobre todo ya a esa hora más noche para adolescentes.

Me tomé creo que más por educación que por ganas una cuba con el expayaso, viendo cómo se sabroseaba con la mirada a las chavitas que bailaban y cantaban los éxitos pop en la pista y ya mejor me

despedí de él. Agarré la botarga bajo un brazo y con el otro iba jalando la bocina con rueditas. Crucé el zaguán ahora de salida y volví a caminar de regreso por las mismas callecitas, un poco igual que la escena de reversa del payaso Cachiplum con la que me había recibido la fiesta. Sólo que ahora en vez de las nubes rosas que de ida parecían colgadas en el cielo como para decorar la tarde y lo que se me figuraba como un laberinto estaba la noche sin estrellas tan típica de esta pinche ciudad, y pues todo se veía un poco más rudo y hostil que antes, sobre todo por la casi absoluta soledad de las calles de Santo Domingo, donde parecía que podría uno como fuereño que no es bienvenido ahí ser agandallado en cualquier momento. Por ejemplo por los mismos cinco rucos que a la ida se estaban empedando sentados sobre unos banquitos en la calle, que seguían ahí exactamente iguales, sólo que obviamente ya muchísimo más pedos. A la ida todavía podía pensarse con el ruido de la calle y la gente y los puestos y los comercios que a lo mejor no se estaban cagando de la risa de uno al pasar enfrente, aunque fuera disfrazado de botarga de Elvis Presley. Pero ahora que la noche ya estaba cerrada y llevaba mi identidad secreta cargando bajo el brazo, y no había ya nadie más en la calle, pues era obvio que ahora sí de quien se reían era de mí. Yo mejor aguanté vara con la mirada al frente, que luego en esas situaciones sólo con cruzar miradas con el cabrón equivocado ya es suficiente para que se arme el desmadre. Y según recuerdo al final sí ya de plano me dieron mis mentadas de madre, pero mejor apuré un poco el paso sin que tampoco vieran que me echaba a correr o algo así, para ya no meterme en más pedos.

Hasta que llegué a la construcción como no del todo acabada donde estaba la oficina del Agallas. Toqué sin pensar mucho en la

hora y en chinga se oyó cómo se abría el pasador metálico de la puerta, que pues obviamente era él quien lo había activado desde adentro. Entré al edificio y al acercarme vi que la puerta de su departamento, la que tenía el rótulo de «Agallas y Asociados» estaba ya entreabierta, entonces pasé ya sin tocar.

Vi que salía luz por debajo del marco de la puerta del cuarto que era algo así como su oficina, que también estaba un poco abierta, y la empujé despacio para abrirla. Creo que para evitar cualquier malentendido y que por las dudas se supiera bien claro quién había llegado metí primero la cabeza de la botarga y ya después entré yo. Ahí estaba el Agallas sentado detrás de su escritorio que seguía hecho un desmadre con todas las chingaderas que tenía encima, y ahora también había una botella de Don Pedro a la que ya no le quedaba mucho y una Coca de dos litros sin tapa, a la que ya tampoco le quedaba mucho líquido, y de seguro no mucho gas. El cenicero estaba desbordado por las colillas de los cigarros sin filtro ya fumados, y pues obvio que traía en la mano otro prendido, y con el humo que lo rodeaba parecía un poco como representante del mismísimo Satanás. Como que se esperó sin decir nada a que yo colgara otra vez en el clavo de la puerta a la botarga de Elvis, y luego de que se aclaró primero la garganta y dio unos tosidos como si tuviera tuberculosis empezó a hablar como si siguiera una conversación en la que llevábamos metidos horas. En mi recuerdo y en las cosas que fui apuntando y luego también yo mismo bien pinche zafado grabando mis versiones de los rollos que me aventaba el Agallas, tratando de imitar su voz aguardentosa y todo, esa vez fue de las que me dijo de las cosas más locas. De entrada, ya con la pregunta inicial que esa sí se me quedó fijada palabra por palabra:

–¿Sabías, chavo, que existe una lucha desde hace muchos siglos para evitar que los satánicos se puedan robar las hostias consagradas?

Si me hubieran dado un millón de oportunidades para adivinar con qué mamada me iba a salir en ese momento el Agallas, ni en diez mil años me hubiera acercado a vislumbrar algo como eso.

–¿Cómo dijo, don Luis?

Y me quedé corto en decirle lo que en verdad estaba pensando.

–Agallas.

–¿Cómo?

–Que me digas Agallas, chavo, ya te lo había dicho.

–¿Cómo dijo, don Agallas?

–Bueno, es igual. Mira, chavo, esas ondas las sé por un valedor que andaba metido en eso. Nombre, si sus historias eran como las de esas películas de espías, sólo que aquí en temas más de religión. Y me contaba que los satánicos les pasaban billete a los monaguillos para que les dieran información y con eso pudieran planear sus robos. Y luego los curitas menos zonzos se las volteaban y les cambiaban las hostias por unas no consagradas. Y entonces los satánicos hacían todo el numerito de meterse a la iglesia a escondidas, pero pues al final era nomás para acabar robándose unos mugres trozos de pan.

Si todavía ahora que de alguna manera revivo todas esas cosas me siguen pareciendo como si las hubiera más bien escuchado en un mal sueño o algo así, pues en el momento en el que eran en vivo me agarraban totalmente en curva y no sabía ya no sólo qué decir, sino ni siquiera qué pensar. Pero pues trataba de seguirle el paso como podía a los delirios del tal Agallas:

–Pero si no sabían que se las habían cambiado, pues era un poco lo mismo, ¿no?

–Eso, chavo, así me gusta. Muy bien pensado.

A veces el Agallas me expresaba una aprobación que salía desde el Averno, por lo rasposo de su voz.

–Yo sabía que la piedra te había elegido por algo.

Y seguía con la historia loca de las hostias y los satánicos:

–El caso es que los curitas también tienen su parte bien vengativa, porque justo diste en el clavo. O sea, si ellos saben que ya les cambiaron las hostias y que los hijos de Satán no se están robando las buenas, ¿pues qué más les da, no? Pero según lo que me contaba mi valedor, y sí le creo, que los muy canijos les hacían unas marcas de una J una N y una S, por Jesús Nuestro Señor, nomás para que los enemigos supieran quién había ganado esa partida. Y entonces, pues claro, cuando los súbditos del Chamuco sí lograban chingarse las hostias consagradas de verdad, ni te platico las cosas que les hacían en sus rituales. Que pues según todos ellos era como si verdaderamente se las estuvieran haciendo al cuerpo de Cristo, ¿no? Bien pinches zafados todos. A ver, ¿chavo? ¿Qué crees que es eso que tengo enmarcado ahí en la pared, a un ladito de la botarga de nuestro señor, pero este del *rock and roll*?

La verdad, entre el desmadre de chingaderas que tenía ahí amontonadas sobre el escritorio y la botarga y las locuras que me contaba este personaje tan intenso, no me había fijado en un marco blanco con un vidrio que en medio tenía una cosa como circular que pues según lo que estaba diciendo el Agallas era...

–No me diga que es...

–Eso mero, chavo. Una hostia consagrada. Ahora sí que si nos ponemos estrictos, tenemos ahí colgados los cuerpos de los dos reyes. Ese pedacito de pan que supuestamente ya no es un pedacito de pan me lo regaló hace años mi valedor que en paz descanse y desde entonces lo enmarqué y lo tengo conmigo. Y no creas, chavo, que me quiero poner filosófico ni nada del estilo. Pero si algo me enseñó la piedra con sus tantas voces tan canijas que a veces no hay manera de hacer que se callen es que eso del bien y del mal dependen de cómo se les mire, y según quién pone las reglas. Y pues los que nacemos más del lado del mal nos tenemos que esforzar el doble para que el bien nos reconozca aunque sea unos pocos buenos actos. Y no creas que estoy divagando...

¿Qué lo podría llevar a pensar que yo imaginara eso?, me decía yo para mis adentros medio cagándome de la risa, sin dejar de poner atención al hilo de voz aguardentosa con la que el Agallas narraba sus delirios.

–...por eso te decía la cosa del entretenimiento. ¿O a poco no en el festejo aquí tú y el Elvis les dieron felicidad a la Nariz Atómica y sus amistades? Pero pues luego cuando toque entrarle a la otra parte, no quiero que te me achicopales, chavo. Nomás acuérdate de que todo es parte del mismo juego y que nos toca jugar la parte que toca en el lugar donde cada uno nació.

Yo no sabía de qué me hablaba más que justo lo que acababa de hacer, que según yo era lo que hacen las botargas aquí y en China, que es andar por ahí moviéndose para divertir o bailando para anunciar algún producto, con esa fascinación que por alguna extraña razón generan. Ya luego sí pensé también que se podían usar para otras cosas, como en esa película gringa que pasaban seguido en la

tele de unos *surfers* que robaban bancos disfrazados con máscaras de expresidentes de Estados Unidos. Pero en ese momento yo nomás le seguía la corriente al Agallas, y pensaba también que si me pedía luego que con la botarga hiciera algo muy chueco, pues le decía que no y ya. Pero entre que sea como sea era una chamba, y las cosas que yo me contaba de que si no era casualidad lo de que hubiera tocado una botarga justo de Elvis, y lo de que creía que ahora sí me iba a poner a escribir mi radionovela, pues más bien me dejaba llevar por el momento.

Las raras veces que el Agallas se callaba aunque fuera un ratito era como si me tocara a mí decir algo, y esa vez sí me acuerdo que desde que andaba diciendo lo del bien y el mal y esas ondas, yo pensaba que era un poco el conflicto que había vivido Elvis toda su vida entre ser un niño bueno y un cabrón desde que comenzó a darle a la cantada y, en ese sentido, a ser Elvis.

–Sí lo entiendo, don Agallas, es como la misma cosa doble que vivió Elvis toda su vida. Yo me imagino que usted ya se sabe su historia y por eso lo escogió de botarga, pero pues ya sabe que cuando se empezó a hacer famoso seguía siendo el hijo consentido de su mamá. Y al principio era tan religioso que no tomaba ni una gota de alcohol, y según cuentan que una vez hasta regañó a su mamá por tomarse una cerveza en la cocina de su casa con una tía suya. Que no decía groserías y se sabía todas las canciones religiosas del mundo. Pero al mismo tiempo ya lo acusaban de corromper a las chavitas con sus movimientos de cadera. Imagínese nomás que una de las primeras veces que salió en televisión los altos ejecutivos de la cadena dieron la orden de que las cámaras sólo lo enfocaran de la cintura para arriba.

–Nombre, chavo. No sabía que la cosa era para tanto.

La verdad ahora creo que el Agallas ni sabía gran cosa de Elvis, y quién sabe por qué o cómo había acabado con esa botarga. Pero pues yo seguí echándole mi rollo, que tampoco es que se me presentaran muchas oportunidades para hablar del tema:

–Sí, don. Y luego lo más loco es que cuando ya era adicto a las pastillas, y a todas las drogas farmacéuticas del mundo, que imagínese nomás que en su autopsia le encontraron que cuando le vino el colapso, que además le llegó ahora sí que literalmente en el trono, tenía en su cuerpo más de quince sustancias en niveles muy altos. Pero el caso es que al mismo tiempo de todo eso tenía su obsesión con la ley y el orden. El otro día pasaron en la tele un documental sobre ese tema y mencionaron que era muy cuate del jefe de la policía de Denver, y se llegó a tomar fotos vestido con uniforme de tira y toda la cosa. O por ejemplo también ponían que luego de que hizo varios intentos de que lo nombraran agente antidrogas encubierto –imagínese, no mames, agente antidrogas–, cuando lo recibió en la Casa Blanca el Richard Nixon, Elvis consiguió que diera la orden de que le entregaran una insignia especial que hasta muy pocos agentes del FBI tenían. Y que llegó a acompañarlos a redadas antidrogas, de seguro él con media farmacia corriendo por sus venas, ¿verdad? Pero sólo que no lo dejaban que se bajara del coche.

El Agallas se me quedaba viendo tras el humo de su cigarro que nunca se apagaba y pelaba los ojos, no sé si para enfocarme mejor por la peda que de seguro ya se cargaba, o como si me estuviera calando. Como también tenía un punto malvibroso y agresivo que después iría yo conociendo mejor, me apuré a terminar lo que

estaba contando, también para ver si me podía ya ir largando a la chingada de ahí, que con todas las emociones de ese día parecía como si hubieran sido veinte días en uno. Y además tenía todo el cuello como engarrotado por el madrazo de hacía un rato.

–Entonces, pues sí, creo que lo entiendo, don, con eso que dice de la dualidad entre el bien y del mal. Y pues ahí me va diciendo qué onda con esto de la botargueada. Creo que hoy mismo ya pude tener una probadita de los dos extremos.

Cuando dije eso el Agallas dibujó una sonrisa chueca que no acabó de formarse. Y pues las ganas que de por sí ya traía yo de irme se hicieron más urgentes con lo que me acabó de decir ahí:

–Está muy bien, chavo. Ya vi que sí me agarras la onda al tiro. Pero ahorita mejor ya lárgate antes de que me entre a mí la loquera y no te vaya a querer dar otro tablazo o algo peor. Aquí está tu paga por lo de hoy.

Y dejó sobre unas hojas ahí regadas en su escritorio con un manazo un billete de doscientos pesos.

–Ah, mira. Para que no tengas broncas ahorita que ya es tarde, sales y aquí afuerita a la izquierda vas a ver en la esquina un sitio de taxis. Diles que vas de mi parte para que te lleven bien a tu casa. Ora sí que no vaya a ser el chamuco. Y estate al pendiente del teléfono. Yo te llamo pronto para avisarte de tu próxima misión.

8

–Nomás porque sé que tiene sus ideas puritanas al respecto, señor, que si no ya me lo andaría llevando para regalarle unas buenas nalguitas por su cumpleaños veintiuno.

La voz con que mi papá me felicitaba se barría y era más rasposa a causa de la excitación por la noche que se venía. Llevaba toda la tarde en el sillón, hablando por teléfono y mensajeándose con no sé qué vieja, bajándose sus cubas. O sea que nada nuevo bajo el sol. Yo había quedado de festejar mi cumpleaños veintiuno con el Pavo y el Perrera en el Pedro Infante no ha muerto. Era un bar que por largos ratos se convertía en karaoke, situado sobre una taquería en Insurgentes Sur, a unas cuantas cuadras de Ciudad Universitaria. Alguna palanca tendría en la delegación la dueña, pues aunque ya de madrugada bajaban la cortina de metal y se prohibía el reingreso, llegamos a irnos de ahí varias veces a las ocho o nueve de la mañana. Como el día en que salimos y el Pavo no se acordó de que había llegado manejando su Tsuru verde y tomó un taxi rumbo a su casa, de lo más quitado de la pena. Y resultó después que lo había dejado estacionado sobre el paradero de microbuses de la curva que está justo afuera del Pedro, y la grúa se lo había llevado a primeras horas de la mañana.

Aunque justamente había evitado citarlos ese día en mi casa por temor a que mi jefe nos aplicara una de sus típicas encerronas:

–Pero no se preocupe, señor, ya ahorita llega el Acuamán para que nos vayamos los tres de cabrones, a festejarlo como se merece. Reservé una mesa de pistache en el Dug Dug's. Si se le antoja festejarse con una lagartona con buen camino recorrido, ahí va a tener de dónde agasajarse. Y ya verá la sorpresa que le tengo reservada. Se le van a caer los calzones, señor, nomás le digo que se prepare.

No tenía ningún sentido discutir. Si intentara explicarle del plan con mis amigos, mi papá se tiraría a uno de sus monólogos situados entre el drama y la furia: él se rompía la madre para que sus hijos pudiéramos vivir sin preocupaciones (¿?) y yo no podía pasar con él un rato sin que se me notara luego luego que nomás quería largarme lo antes posible. Si me avergonzaba que me vieran en público con mi padre, él lo entendía, y no quería molestar. El rollo era más o menos siempre el mismo. Así que mejor alcanzaría ya más tarde al Pavo y al Perrera, cuando mi papá y el Acuamán ya no pudieran sostenerse en pie y no notaran mi ausencia.

Apareció el mentado Acuamán recién bañado. Apestaba a loción Siete Machos o algo por el estilo. Como ya no consiguió extraerle ni una cuba a la patona de Bacardí, pronto íbamos los tres en uno de los vochos verdes que predominaban como taxis, rumbo a ese pinche bar para rucos decadentes al que les encantaba ir. Como de costumbre, mi jefe se sentó detrás del asiento del conductor con su gesto vigilante de ahorita-no-meestén-chingando-que-estoy-viendo-qué-pedo-con-este-hijo-desu-chingada-madre. Según él, por el retrovisor y la vibra en general calaba las intenciones de los taxistas. Si traían aliento alcohólico, ojos grifos, o una figura de la Santa

Muerte que los certificara como malandros, mi papá les ladraba su frase de cajón:

–Aquí traigo mi fogón, hijo de tu pinche madre. Nomás veo que te desvías tantito de la ruta normal, y vas a ver de a cómo nos toca.

Por suerte esa noche el Acuamán venía contando que su hija adolescente no le tomaba las llamadas, nomás porque la culera de su exesposa le había envenenado la mente con lo de que no pagaba la pensión hacía unos meses. Se fueron el camino entero quejándose amargamente de las pinches viejas malagradecidas y temas del estilo.

Entramos al pinche bar culero que ahora que lo recuerdo con cierta distancia parecía extraído de una de esas escenas musicales retro de las películas de David Lynch, las que empezaría a conocer poco tiempo después de esa noche, gracias a Milena. Que luego más adelante también me explicó que su función en las películas era que marcaban un pasaje hacia una dimensión distinta, que de alguna manera anunciaba que algo espectacularmente grotesco estaba por suceder. Así con el Dug Dug's. Ciertamente era una dimensión distinta. La música, la decoración, y sobre todo la concurrencia eran un viaje a la década de los setenta, pero ahora que estábamos ya a unos meses del año 2000, a todo el mundo se le veían esos treinta añotes transcurridos que su mera presencia en ese bar nostálgico era como una forma de negar. Y para añadir otro poco al ambiente de la decadencia, no se me quitaba de la nariz lo apestoso de la loción del Acuamán. Tras saludarlos de abrazo el mesero nos condujo a una mesa en efecto situada a un costado de la pista de baile, con su letrero de «reservado» y toda la cosa. Mi papá y el Acuamán intercambiaron la boca torcida hacia abajo en gesto de

supuesto asombro para denotar un despliegue de mucha categoría, o algo así.

La noche transcurría entre tragos y el ambiente de rucos rockeros que cantaban a los Beatles y los Rolling con una nostalgia que hiciera parecer que se encontraban en la cúspide de su popularidad, lo cual en ese lugar no dejaba de ser cierto. Y pues mis compañeros de farra se ponían cada vez más necios. Discutían airados sobre si el Brasil de no sé qué pinche mundial habría aplastado a la Naranja Mecánica de Cruyff, y mamadas del estilo. Luego se entregaban a alguna teoría de la conspiración donde culpaban a la borregada de creerse las mentiras de los políticos, que ellos por supuesto no se tragaban, pues sabían a la perfección qué pedo con la farsa. Yo cada rato veía la hora para planear cuándo pudiera ser bueno darme a la fuga. De repente también le mandaban un trago a alguna señora ultramaquillada para después ir a sentarse un rato a su mesa. En esas estábamos hasta que mi papá anunció que la sorpresa que haría que se me cayeran los calzones estaba por aparecer. Con las luces apagadas y un solitario reflector apuntando al maestro de ceremonias, se nos anunció que por un milagro de la ciencia, y en conmemoración de un joven que cumplía ese día veintiún años, el rey había resucitado y viajado expresamente para la ocasión desde Memphis, Tennessee. Nos pedía un caluroso aplauso para dar la bienvenida al rey del *rock and roll*, el señor Elviiiiiis Preeeeeesleeeey.

Entre gritos y silbidos apareció un imitador de Elvis con un traje de olanes blanco. Le quedaba tan entallado que no sé cómo logró que cupiera ahí su descomunal barriga. Se veía más abotagado que el propio Elvis en aquel famoso concierto donde toca al piano y canta en público por primera vez «Unchained Melody», creo que en Las

Vegas, o no sé bien dónde. Cuando antes de la canción casi no puede ni hablar ni se le entiende bien lo que medio balbucea, y le pide a un esbirro que le sostenga el micrófono. Luego, claro, el muy cabrón hace una pinche interpretación magistral sin cagarla en una sola nota en el piano, como sólo él podía hacerlo. Qué pinche vozarrón y cuánto sentimiento. Y con esa borrachera y una farmacia entera encima. En cambio, el imitador que amenizaba la noche en el Dug Dug's sin decir agua va irrumpió a cantar «Jailhouse Rock», junto con la banda de músicos de pelo rizado y patillas despeinadas que lo acompañaba, y el pandemonio se apoderó de la ruquiza, que llenó al instante la pista de baile. Mi papá me tiraba del brazo para que fuéramos a abordar a un grupo de cuatro señoras siempre ultramaquilladas que bailaban solas, antes de que otros galanazos se nos adelantaran. Alcancé a zafarme con el pretexto de ir al baño y sin pensarlo ya demasiado me dirigí a la salida a tomar un taxi para alcanzar a mis cuates en el Pedro Infante no ha muerto. Pasó en chinga otro vocho verde y lo abordé sin mayor conciencia que la de largarme tan pronto pudiera de ahí.

Entre la peda y el coraje no puse atención a que el taxi se había salido de Insurgentes para meterse por callecitas secundarias que eran de lo más oscuras. Creo que estábamos parados en un semáforo, otra cosa muy inusual para los códigos taxistas de esa hora de la noche, cuando se abrió de pronto la puerta del vocho y se subieron como relámpago dos adolescentes armados respectivamente con una navaja y un picahielos. Se sentó uno a cada costado mío. El de la derecha bajó mi cabeza presionando con la mano sobre mi nuca, mientras le empezaba a dar al otro como un cierto tipo de órdenes:

–No acciones, pareja, yo me encargo. Tú tranquilo, chavo. Esto es un asalto y nos vas a acompañar un ratito.

Sentía el temblor de su mano sobre mi nuca. La navaja que me quedaba de reojo al costado izquierdo se agitaba igualmente.

–Sácale la cartera, pareja, a ver cuánto trae.

Luego de un breve forcejeo con el bolsillo de mis *jeans* rotos de las rodillas, la pareja logró sacar mi cartera. Para su enorme decepción, traía únicamente un billete de doscientos y otro de veinte pesos.

–No la chingues, chavo. ¿Eso es todo lo que traes? A ver, pareja, ráscale a ver qué más hay.

Alcancé a ver ahora por el otro costado cómo la pareja abría como acordeón la libretita de direcciones rectangular que se juntaba con dos imanes, donde yo llevaba apuntados los teléfonos de mis conocidos. Se escuchaba el pasar de mi licencia, mi credencial de elector, las pocas tarjetas de presentación que quién sabe por qué llevaba en la cartera, hasta llegar a la tarjeta de crédito adicional de la de mi papá, que había dejado de pasar por exceso de pago, casi al instante de que me la regalara en mi cumpleaños dieciocho. Hasta ese momento, el taxista había manejado sin hablar ni detenerse. Con un tono de exasperación, el líder le notificó el fin de su participación en el atraco, del cual evidentemente había sido cómplice desde que me viera hacerle la parada a la salida del Dug Dug's:

–A ver, tú ya bájate a la chingada. Voy a agarrar el volante, pareja. Vele echando ojo al chavo para que no se vaya a querer pasar de verga.

Se escuchó el abrir y cerrar de la puerta del conductor y seguimos en marcha. Mi cabeza colgaba entre las piernas, y lo único que veía era el suelo cubierto con tapetes de plástico del vocho. Luego de lo que se me hizo un camino muy largo, nos detuvimos por completo.

–Bájate al piso, chavo, y no hagas una pendejada o vas a valer madres. Y tú aguántame, pareja. Deja voy con el jefe a que nos diga qué procede.

Las rodillas de la pareja presionaban ligeramente mi espalda. Me habían pedido que me quitara la sudadera gris que llevaba puesta, para sumarla al escaso botín. Ahora yo temblaba y resoplaba por la boca, más por miedo que por frío.

–No hagas esos ruidos que me ponen nervioso, chavo.

O algo así dijo la pareja.

–Perdón. Tengo mucho frío.

Puso desganado la sudadera gris sobre mis hombros y cabeza.

Se abrió la puerta del pasajero y una sombra descomunal hundió el vocho al sentarse justo detrás de mí. La pareja se recorrió con agilidad, como para no ser aplastada. Con voz de ultratumba, el recién llegado rompió el silencio:

–Me vas a dar el número de identificación para sacar dinero de la tarjeta, hijo de tu pinche madre.

En mi recuerdo de esa noche, cada una de sus palabras que se pronunciaban como con la boca cerrada se me vuelve a inscribir en la cabeza como si las tallaran con piedra en un cincel. De alguna manera el nerviosismo de los chavos, que casi seguro eran más chicos que yo, me hacía pensar que no tenían tan malas intenciones. Pero la entrada en escena de su jefe malandro presagiaba que eran capaces de cosas mucho peores.

–No me lo sé.

Creo que algo así alcancé a murmurar.

Me dio un madrazo seco con el puño cerrado, en el lado derecho de mi cabeza.

–No estamos jugando, cabrón.

–Le juro que no me lo sé.

Otro madrazo, en la misma zona, esta vez con más huevos.

Me puse a llorar desconsolado:

–Le juro que no tengo el número. ¿A poco cree que no se lo daría?

–¿Entonces para qué tienes la tarjeta?

–Para firmar.

El jefe de los asaltantes me arremedó con voz de burla, fingiendo un acento como de maricón:

–Para firmaaaar.

Y volvió a su voz normal, supergrave, como si abriera la boca lo menos posible para que saliera algún sonido:

–Pinche puto. ¿Y por qué tienes esta otra tarjeta?

Me puso frente al rostro una de las tarjetas de presentación que quién sabe para qué pero siempre traía en mi cartera.

JORGE CHÁVEZ. LÍDER DE LA RUTA 47.

UNIÓN DE MICROBUSEROS DE SANTA ÚRSULA

–Es un líder camionero al que mi papá conoce desde la vocacional. En un festejo de la ruta me la dio por si algún día tenía problema con la tira o con los judas o algo.

Se volvió a bajar del coche sin decir nada más. Los chingadazos que me había dado en la cabeza como que ablandaron un poco a la pareja, que se puso medio a hacerme plática para tranquilizarme. Me preguntó si antes de que me agandallaran había andado de cotorreo. Emitió un *tsssss* de incredulidad entre los dientes cuando supo que era mi cumpleaños.

–Espérate tranquilo otro ratito, chavo, y de seguro que ahorita el jefe ya te suelta.

Lo que sea de cada quien, como que la pareja trataba de ayudarme a que estuviera más tranquilo ante la situación tan extrema en la que me encontraba.

Regresaron los otros dos y el líder original tomó el volante. El malandro descomunal volvió a sentarse detrás mío. El vocho volvió a arrancar hacia sepa-la-chingada-dónde-me-llevaban-ahora.

–No queremos pedos, chavo. Te vamos a soltar. Nos vamos a quedar con tus identificaciones, así que ya sabes. Tenemos tu dirección y la de tu familia, por si te vas a querer pasar de vivo.

Asentí con la cabeza.

Al poco tiempo, añadió:

–¿Qué hacemos para que no hable? ¿Le cortamos los dedos o la lengua?

Nadie respondió a su pregunta.

–A ver, pásame el desarmador.

El chavo que manejaba se lo pasó sin voltearlo a ver.

–Saca la lengua.

Obedecí cerrando con mayor fuerza los ojos, como si en la frente arrugada se comprimiera lo inevitable de la tajada sobre mi lengua. Pasaron unos segundos sin que el malandro hiciera nada, hasta que

quedó claro que no me iba a cortar con el desarmador. Ya sin pedir permiso, volví a meter la lengua.

Unas calles después volvimos a detenernos.

–Te bajas sin hacerla de pedo y te quedas sentado en la calle. Cuando oigas que ya nos fuimos, te puedes ya parar. Y ya sabes que vamos a andar al tiro, por cualquier cosa. Mejor no le juegues al vivo y no hagas pendejadas, chavo.

Fueron las últimas palabras de la voz que todavía hoy escucho en mi mente como si se estuviera ahogando en la boca del malandro que la pronunciaba.

Obedecí de nuevo y me senté en la calle vacía, haciéndome bolita sobre mi propio cuerpo. Cuando se alejó el rugido destartalado del motor del vocho, esperé otro rato. Luego otro más. Al fin me levanté todo sacado de pedo y empecé a caminar sin rumbo fijo. Apuré el paso cuando vi las luces de neón de un Seven-Eleven.

Afuera cotorreaba chupando un grupo de taxistas, pero pues obviamente yo desconfiaba de agarrar en ese momento otro taxi, y ni traía un quinto para pagarle. A través de la ventanilla medio abierta del Seven le balbucée algo al dependiente, sobre que acababan de asaltarme, si no podía echarme la mano. Su silencio desató mi paranoia y me imaginé que la banda de asaltantes soltaba a sus víctimas siempre por ahí, y que el dependiente del Seven debía avisarles si acaso andaba uno acusándolos. De seguro les llamaría para que volvieran ahora sí a cortarme la lengua por rajón. Me eché a correr hacia lo que al fondo parecía ser una gran avenida, sin mayor plan que simplemente largarme a la chingada de ahí.

A las dos calles comenzó a seguirme un coche, gritándome que me detuviera. Aceleré la carrera pensando que eso ya era una

pinche maldición. Al llegar a la avenida doblé hacia la izquierda, pensando que el coche que me seguía no se metería en sentido contrario. Me equivoqué de nuevo. Se me emparejó rápidamente y una chica joven al volante me pidió que me detuviera. Así lo hice ante lo inescapable de la situación y la falta de aire. Era una pareja de alrededor de treinta y tantos. Me explicaron que el dependiente del Seven les contó que me habían asaltado. Se ofrecían a llevarme a mi casa. Pese a que no tenía ni de cerca una mejor opción, me resistía a meterme de nuevo en el espacio cerrado de un coche, con un par de desconocidos, en particular tratándose como era el caso de un modelo de sólo dos puertas.

La chica rompió el dilema con una frase medio chistosa:

–Súbete adelante, y si ves que te queremos hacer algo, te avientas por la ventana.

Tras un momento adicional de duda me di la vuelta por el frente para subirme al asiento del copiloto. El chavo se había bajado para reclinar el asiento y ocupar su lugar en la parte de atrás. Nos pusimos en marcha y, supongo que para no asustarme más, evitaron cualquier pregunta sobre el asalto, hablando más bien sobre cualquier otra cosa. Al cabo de un rato reconocí el Eje 6, ya muy cerca de mi casa.

Les di las gracias como mejor pude y me metí de volada al edificio. Una vez en el departamento, me di cuenta de que no les había preguntado sus nombres, ni pedido alguna forma de contactarlos para agradecerles al día siguiente por su gesto.

Mi papá roncaba desparramado en el sillón de la sala. Yo me encerré en el baño y me puse a chillar sentado sobre la tapa del escusado. No recuerdo cómo ni cuándo me quedé dormido en el

suelo. Me despertó al día siguiente el empujón de la puerta, pues mi hermano el Yorch quería entrar a bañarse.

Decidí no contar a mis familiares una sola palabra de lo sucedido. Mi mamá venía ese día de Guanajuato para comer con nosotros por mi cumpleaños. Mi hermana mayor, Begoña, se había quedado allá porque tenía que estudiar para sus exámenes finales o algo así. Pero llamó temprano para felicitarme. Me mandaba muchos besos y abrazos y a ver cuándo nos dábamos una vuelta por allá. De mi papá, ni sus luces. Seguramente para hacerse el ofendido por mi escapada espectacular del Dug Dug's se había ido a curar la cruda por ahí. Me alcancé a meter a bañar como si fuera un robot automatizado, programado con la capacidad para funcionar estando todavía cagado del susto, y llamé a un taxi de sitio para que me llevara a la Central de autobuses de Taxqueña para la comida cumpleañera protocolaria con mi mamá. El Yorch ni me había felicitado, con lo cual al parecer quedaba descartada su presencia en la comida. Por mí, mucho mejor.

9

La culpa entera que el cabrón de mi papá evadía con su eterna adolescencia la cargaba mi mamá sobre sus hombros. Como si el pecado original de casarse y tenernos a nosotros con un pobre diablo como él hubiera a huevo implicado cada suceso que condujera a nuestras actuales vidas mediocres y sin futuro. Que eso eran sin duda al menos la mía y la de mi hermano. O ya de perdida, se podía afirmar sin temor a equivocarse que seguro que la mía, sí.

Creo que por eso mismo a sus casi cincuenta años mi mamá recién se había puesto *brackets* en los dientes. Como si en la sonrisa que ella solita se forzaba a poner todo el día, muchas veces junto con su cara de abnegación, tuviera que traer un recordatorio permanente que la enturbiaba, acompañada con su pelo chino siempre recién entubado. Y de la crema que su rostro nunca absorbía del todo, que le daba un ligero barniz grasoso. La amable voz apagada que no quiere molestar. En resumen, era como si ni su apariencia ni su personalidad terminaran nunca de cuajar. Eso de ser personas se los dejaba a quienes sí lo merecían. En su caso, bastaba con estar siempre disponible –en la medida de sus posibilidades– para lo que nos hiciera falta. Y pues ya sabes, mijito, aquí en Guanajuato tienes tu casa y tu cuarto y podrías estudiar y hacer algo de provecho en lugar de...

–Hola, madre, ¿qué tal el camión?

La verdad, después del pinche asalto de la noche anterior, que obvio no le iba a contar para no asustarla, no tenía ganas ni de ver a mi mamá ni a nadie, pero pues ya que había venido desde Guanajuato ni modo que le hiciera el feo. Así que ahora a seguir una de las principales máximas del pendejo de mi papá: «A agarrarse los huevos y poner cara de hombre», y a recibirla como si nada, que su buen esfuerzo y dinerito le costaba venirme a ver desde Guanajuato por mi cumpleaños.

Los altavoces que anunciaban las salidas de los autobuses de la terminal de Taxqueña y el barullo habitual de la estación eran como el *soundtrack* de nuestra conversación suspendida en el tiempo, que se repetía prácticamente igual cada vez que mi mamá se aventuraba a la ciudad por nuestro cumpleaños, la muerte de algún familiar o un impostergable trámite burocrático.

–Muy bien, mijito. Ya sabes que me vengo siempre muy bien acompañada de mi amigocha.

Como dictaba el hábito, sacaba de su bolsa para mostrarme el libro de su amigocha, también conocida como Agatha Christie, que estuviera leyendo en ese momento. *El testigo mudo*, por esa ocasión.

–Pero, ¡muchas felicidades por tu cumple! ¿Qué se siente tener ya veintiún añotes? Tu hermano no pudo venir, ¿verdad? Bueno, seguro andaba ocupado. La Bego tampoco pudo. Anda con lo de sus exámenes. Ya sabes cómo se pone de nerviosa. Pero te manda muchos besos.

¿Qué se sentían los veintiún añotes? Pues aparte de haber tenido que aguantar las pendejadas de los rucos patéticos de mi papá y el Acuamán, haber sido asaltado, madreado y aventado sepa la

chingada dónde a las cinco de la mañana y seguir tan apendejado y cagado del susto que ni alcanzaba a procesarlo, ¡todo bien, madre! ¿Y de qué dices que trata tu libro de la Christie?

–Muchas gracias, madre. Ora sí ya me estoy haciendo viejo.

Y pues intercalaba mi típico intento de risa fingida.

–¿Cómo ves? ¿Será que este año sí consigo terminar la prepa abierta?

Mi broma sin gracia producía como reflejo en mi mamá la sonrisa forzada de siempre. A medio camino entre la tristeza y las ganas de no ofender.

–¿Pero entonces tu hermano está bien, verdad?

Sí, de maravilla. Fíjate que hoy que quiso entrar al baño y me encontró ahí tirado junto al escusado gruñó alguna mamada y se volvió a tumbar en la cama de arriba de la litera a escuchar Nirvana a todo volumen en su discman. Cuando entré al cuarto a acostarme yo un rato apestaba tanto a Bacardí que casi me vomito ahí mismo. Ah, pero no te apures, seguro que él sí acaba la prepa abierta antes que yo. Todas las noches, cuando acaba su turno en el McDonald's, llega a hacerse pendejo un rato con un libro enfrente, mientras se chinga unas chelas, o a veces de plano unas cubas, y escucha Nirvana otro ratito.

–Sí, madre, todo bien. Ya sabes. Entre la chamba y la estudiada, ni tiempo casi le queda para nada más.

–Bueno. Dile cuando lo veas que ya sabe también que ahí tiene su casa en Guanajuato, para cuando quiera.

Mientras caminábamos a la fila de los taxis tomados del brazo, yo veía nuestro reflejo avanzar lentamente sobre los mosaicos alisados, con sus distintas tonalidades de gris. Como mis encuentros con mi

mamá. Como mi vida entera. Puras y distintas tonalidades de gris. Para ahuyentar lo más posible al silencio mientras esperábamos taxi ya en la banqueta, tocaba el turno de que me contara su lectura en curso. Que no es que no me interesara. Sólo que mi madre había leído las obras completas de Agatha Christie más veces que los pinches herederos de la autora. Pero cada vez te contaba el libro como si fuera la primera vez y ardiera en deseos por conocer la resolución del crimen. En esa ocasión, me contaba mientras esperábamos en la fila de los taxis, el testigo mudo resultaba ser un chingado perro que era el único que había presenciado el asesinato.

–Órale. Suena increíble, madre. Ahora que acabe la prepa vas a ver que le voy a dedicar más tiempo a la lectura.

–Bueno. También si no perdieras tanto el tiempo con lo de tu fantasía del programa de radio y tu obsesión con el Elvis...

Así estuvimos repitiendo el ritual en el taxi de ida al restorán argentino de Calzada de Tlalpan en el que mi mamá siempre nos agasajaba. Pero cuál fue mi gran sorpresa, y supongo que la de mi mamá también, de que cuando llegamos ahí estaba ya sentado en una mesa el psicópata del Yorch. Con sus audífonos y su discman puesto, escuchando obviamente ya sabíamos qué, y leyendo un libro que nos enseñó que se llamaba *El perfume*, de un escritor que creo dijo era alemán, un tal Patrick Suskind.

–Mijito, qué bueno que sí pudiste venir a festejar a tu hermano.

O algo del estilo le dijo mi mamá mientras le daba ese abrazo que es un poco difícil de explicar, tan típico de ella, donde al mismo tiempo te aprieta como de los hombros y medio ya te está también alejando para soltarte. Junto con el beso que en realidad es más bien juntar su cachete con el tuyo y hacer con la boca el sonido de

un beso de verdad. Que, en realidad, desde que tengo recuerdo, nunca nos dio realmente.

–Hola, jefa, ¿cómo estás?

El Yorch la saludaba con su voz comprimida, que parecía que se le quedaba atorada en la garganta, como si formara parte integral de la hueva cósmica que era toda su existencia. Venía además tan pacheco que sólo alguien con la capacidad de negación también cósmica de mi mamá podía fingir que no se daba cuenta.

–Felicidades, güey.

Me dijo a mí con una palmadita en el hombro. En la casa por la mañana, ni a eso había llegado.

–Gracias, pinche Yorch, qué detallazo.

O alguna cosa irónica del estilo le contesté.

–¿Qué estás leyendo, mijito?

Creo que para atajar la situación mi mamá le preguntó en chinga al Yorch por su libro, sacando no sé bien por qué de su bolsa el libro de Agatha Christie, para chocarlo con el que traía mi hermano. El Yorch sólo le acercó su ejemplar de *El perfume* para que lo viera. Mi mamá puso cara de que no lo conocía, ni obviamente yo tampoco, así que como para sacarnos de nuestra ignorancia, el Yorch nos hizo un pequeño breviario cultural:

–Se trata de un güey en Francia en el siglo dieciocho que va haciendo unos perfumes con el aroma de jóvenes vírgenes a las que mata. Era el libro favorito de Kurt Cobain. En una de las últimas entrevistas contó que lo había leído varias veces. Yo ya voy por mi tercera, jefa.

Cuando algún tema no le gustaba a mi mamá –y pues el hecho de que su hijo de dieciocho años estuviera leyendo por tercera vez un

libro de un asesino serial que hacía perfumes con el aroma de chavillas vírgenes a las que asesinaba, que además nos decía que era el libro favorito de un rockero depresivo que hasta su madre de heroína se había pegado un escopetazo en la cara a sus 27 años, ciertamente entraba en la categoría de lo que no le gustaba a mi mamá–, trataba de cambiar de tema o poner fin a esa conversación:

–Ay, mijito. Tú siempre con esas cosas. Entre tú con el Kurt y el Bruno con el Elvis, yo no sé por qué no pueden tener modelos más constructivos. Aunque, bueno, ya van mejor que su papá idolatrando al briago ese del José José.

Y se ponía a suspirar yo creo que a propósito más hondo, mientras hacía como que veía el menú. Que en el fondo ya sabíamos que íbamos a pedir cada quien una empanada, nosotros de carne y ella de elote con queso, y un bife especial para dos personas, que aunque éramos tres como era un chingo y mi mamá además casi ni comía, nos alcanzaba bien. Acompañado por ensalada de lechuga, jitomate y cebolla, y papas a la francesa. Ah, y con sus respectivas micheladas para nosotros y la margarita que mi mamá se permitía en las ocasiones especiales.

Yo traía una crudota entre la peda de antes de la agandallada y que pues casi ni había dormido ahí tirado en el baño por el susto, y de seguro que el Yorch también. Nos terminamos los dos las micheladas casi que de hidalgo antes de que llegaran las empanadas, y yo creo que como asumiendo mi papel de cumpleañero pedí otras dos en chinga. Mi mamá creo que le había sólo dado a la margarita el trago con el que habíamos brindado y nomás puso su cara de qué-hice-yo-para-merecerestos-hijos-

buenos-para-nada, o eso me parecía a mí que expresaba cada vez que la ponía.

–¿Qué tal el trabajo, mijito?

A veces mi mamá hacía ese tipo de preguntas, pero antes de que tuviéramos tiempo de contestar, ella solita las comentaba:

–Porque de la estudiada ya mejor ni les pregunto, ¿verdad? ¿Y no te dicen nada de que vayas al trabajo con esos pelos todos largos?

–Le estoy echando ganas a la empacada de hamburguesas para ver si el gerente de nuestra sucursal, el señor Hurtado, me nombra ya pronto empleado del mes, jefa.

La verdad que las bromas del Yorch sí le quitaban un poco de gravedad al tono de drama de mi mamá.

–Pero nomás estamos pasando por un bache. Va a ver que yo le voy a meter a la carrera de diseño y aquí el Bruno a las ondas de la radio, jefa, no se nos desespere.

–Pues sí, mijito. Eso espero. Eso espero.

Y mi mamá también le ponía ya como punto final a esa vertiente de su propio drama. Yo obviamente andaba más callado que de costumbre, pero pues para mis adentros sí le reconocía al Yorch que con todo lo culerito y mamón que era conmigo, y yo con él, la verdad, cuando estábamos ahí en la casa, como que para que mi mamá no se preocupara, o algo así, trataba de aparentar que de alguna manera sabíamos algo de la vida del otro, o que nos importaba una chingada, para el caso.

En lo que fueron trayendo la comida y las dos o tres micheladas más que nos fuimos bajando el Yorch y yo, y mi mamá ya se pasó a una limonada después de su margarita, mejor le sacamos plática de las clases de español que les daba a gringos retirados y a

estudiantes de intercambio, tanto en Guanajuato como en León y en San Miguel de Allende. Ay, mijitos, pero no vean lo caro que está ya el transporte. Son unos sinvergüenzas. Y así hasta pasar por el café y la rebanada de pastel de chocolate con una velita y el canto de «Las mañanitas», donde por más que uno quiera, en su papel de festejado no puede evitar poner cara de pendejo y esperar que por piedad ya se terminen, y pues así hasta alcanzar la llegada de la cuenta, que la verdad creo que nos aliviaba un poco a todos. El Yorch traía su mochila con el uniforme del McDonald's, que según porque le tocaba el turno de la tarde. Se despidió de mi mamá con su «Ahí la vemos, jefa», pronunciado casi sin abrir la boca, y el mismo no abrazo ni beso del principio. A mí sólo me dio otra palmada en el hombro antes de subirse a un microbús ahí mismo sobre Calzada de Tlalpan.

Mi mamá y yo agarramos un taxi rumbo a la estación de Taxqueña, para acompañarla a que tomara su autobús de retache a Guanajuato. Obvio que al subirnos a la parte de atrás de un vocho me vinieron otra vez flashazos de la noche anterior, y creo que ya ni hice el esfuerzo de decir nada durante todo el camino, ni creo que mi mamá tampoco. Nos bajamos en la terminal ya con el nerviosismo mutuo que no sé bien por qué nos producía la hora de despedirse. Al mero final, como en cada cumpleaños, mi mamá me daba un sobrecito con algo de dinero. Para que me comprara lo que yo quisiera. Me daba sus besos y bendiciones de siempre y se daba la vuelta para cruzar con sus pequeños pasos el detector de metales y dirigirse al andén correspondiente. Aunque yo sabía que ya no voltearía a verme, por la misma razón habitual, me esperaba a que saliera de mi campo de visión para irme casi corriendo a tomar el

pesero de regreso al palacio donde de seguro me tocaría ahora aguantar el drama encabronado del rey del lugar, a causa de mi espectacular huida de la noche anterior.

10

Cuando llegué a la casa me encontré con que por suerte no había nadie. Aunque el olor a cigarro de las colillas de la mesa del comedor sugería que habían sido fumadas hacía no tanto tiempo. O sea que mi papá había vuelto y se había largado otra vez, de seguro al no encontrar a nadie a quien hacerle su drama. Pero eso me valía madres. El chiste es que al menos por un rato evitaría la cólera de mi papá, su drama o el relato de sus aventuras pendejas de la noche anterior. Creo que la última era la peor de las posibilidades.

Me eché un rato en la cama con la mirada vacía sobre el póster de Elvis que me quedaba justo enfrente, y ahorita que estaba solo, puse en automático el compacto de sus éxitos que siempre que podía escuchaba sin parar, el que comienza con «Heartbreak Hotel». En el póster estaba retratada la famosa imagen donde sale con las rodillas dobladas y las puntas de los zapatos negros alzadas, sacando la pelvis (la misma que le ganó el apodo ese pendejo y humillante de «Elvis the Pelvis») y con la espalda inclinada en diagonal hacia atrás, vestido todo de negro menos la camisa a rayas blancas. Con la boca abierta en forma sexy y el copete perfecto. La viva imagen de la mera onda, el éxito y la juventud. Y eso que había nacido en la pobreza absoluta. Y que su papá estuvo en la cárcel por falsificar un cheque y mientras tanto vivían de que la mamá limpiaba casas. O eso recordaba haber leído o visto por ahí. Luego fue un tiempo camionero. Eso sí, seguro. Hasta que, ¡pum!, de tanto

chingar a la recepcionista de Sun Records le dieron una oportunidad de grabar unas canciones y el resto, como dicen, es historia.

O sea que según yo, claro que había un elemento de predestinación. Hasta en el hecho de que al nacer se muriera el hermano gemelo y no él. Y para que nunca se le olvidara, yo creo, le pusieron de segundo nombre Aaron, como el gemelo muerto. Elvis Aaron Presley. El futuro rey del *rock and roll*. Pero desde bien chavo andaba con su guitarra chafa para arriba y para abajo, casi sin saberla tocar, cantándole a quien se dejara. Y después participó en un concurso de talentos. Y chingue y chingue pidiendo su oportunidad en Sun Records, en el mero Memphis. Yo creo que por eso cuando tiempo después me contó Milena el rollo ese de Nietzsche, lo del eterno retorno y los dados y el azar y la necesidad, según yo todo cobró sentido. Como esas veces que oyes algo y piensas que como que ya lo sabías, o ya tenías los elementos necesarios para saberlo, pero nunca lo habías pensado, o nunca lo habías pensado así, y te caen de repente un chingo de veintes, tanto para atrás como para adelante.

Pero yo eso aún no lo sabía. Porque faltaban todavía unas horas para que siquiera conociera a Milena. Entonces ese día, al ver fijamente el póster de Elvis, con el *soundtrack* de su música en el fondo más bien me clavaba en pensar en lo de mi supuesto programa de radio. «El hotel de los corazones rotos». La verdad que no lo tenía muy claro, pero mi idea era más o menos que fuera un programa donde además de que se pusiera música de Elvis y *rock* clásico, se hablara de cómo esa música llegaba a tocarnos cada fibra del corazón porque en el fondo cantaba nuestras vidas. O sea, lo que yo quería decir es que no era un entretenimiento o desmadre

solamente, sino que para mucha gente a la que ideas más abstractas o elevadas no nos decían gran cosa, era como si nos tocara la banda sonora de la vida. Por ejemplo, ¿por qué un chingo de las grandes canciones de amor son en realidad sobre el desamor? Abandono. Infidelidad. Traición. Crueldad. Sadismo. La poesía de la tragedia, pues. Y obvio pensaba que era algo muy obvio. No creía estar descubriendo el hilo negro de nada. Pero entonces, ¿por qué desde niños todo era estar chingue y chingue con que la felicidad y la plenitud y la alegría y no sé qué? O sea, como que había una contradicción, y era como si en la música se cantara más como era la vida real. Por eso en mi programa quería crear una comunidad de perdedores solitarios, vinculados por la música. Hasta incluiría una radionovela con el mismo nombre, en la que el personaje se mudaba a un cuarto del Hotel de los Corazones Rotos y desde ahí vivía todo tipo de peripecias. Como si ya supiera dónde iba a terminar la cosa cada vez, pero igual no renunciaba a pasar por ella. Y de alguna manera a cantarla a lo largo del camino. De la mano del pinche Elvis. El solitario rompecorazones que no sabía estar solo ni un solo minuto. Siempre viviendo con sus papás, luego con Priscilla incluida, ya en Graceland. Con su séquito de amigos a sueldo acompañándolo incluso en su luna de miel. El mismo que nació con el corazón roto y lo siguió rompiendo hasta que una noche a sus 42 años, el pobre órgano, atiborrado de fármacos y presiones dijo, ¡basta!, y hasta ahí llegó la cosa.

Pensando en esas pendejadas, pasé el resto de la tarde tirado en mi cama en un estado fantasmagórico. Tuve que inventar que había

perdido mi cartera en el Pedro Infante, pues tuve que llamar a cancelar la tarjeta de crédito, que de todos modos vivía en permanente sobregiro. A lo largo de nuestro encuentro, mi mamá me preguntó mil veces por qué estaba tan callado. Y en el ratito que me vio en la mañana, luego de encontrarme desparramado contra la puerta del baño, el Yorch me había examinado con su eterno gesto de grunge existencial, como diciendo que sabía que algo pasaba, pero le daba una hueva inmensa averiguar qué era. Ya después en la comida había a su manera intentado que mi mamá no se diera cuenta de nada y se la pasara bien. Seguro más tarde o al día siguiente que lo viera me ignoraría otra vez casi como si no nos conociéramos, que en algún sentido pues era verdad. Y todavía faltaba el inevitable encuentro que en algún momento se daría con mi papá, seguido de sus habituales dramas, reclamos y pendejadas. ¡Feliz cumpleaños a mí!

Yo sólo quería que pasaran los días a toda prisa, para ir dejando atrás el incidente. Ya cuando acababa la tarde apareció sin avisar el Pavo, preguntándome por el plantón que les había dado la noche anterior, que no llegué al Pedro Infante a festejar mi propio cumpleaños. A él sí le conté con detalle lo ocurrido. Torció la boca mostrando la hilera de dientes de abajo con su expresión como de angustia y me dijo que no me preocupara, que le habían dicho de una fiesta de la Facultad de Filosofía para esa noche, no muy lejos de mi casa, ahí por el metro Copilco, por si me daba cosa ahorita desplazarme muy lejos. Podíamos empedarnos gratis para espantar el susto. Yo no tenía particulares ganas de enfiestar, ni tampoco algo mejor que hacer. Además, en cualquier momento podía llegar mi papá, seguramente hasta el zoquete, quizá con alguna de sus novias

malvibrosas, a cansarme con sus pendejadas. Ese día no tenía humor ni para fingir soportarlo.

Me eché agua en la cara y me lavé los dientes, para bajar con el Pavo a treparme al Tsuru verde para irnos a la fiesta. De camino hizo su gracia de manejar con la cuba sostenida entre su cabello engominado y el techo del coche, en busca de provocarme algo de risa. Logró su cometido y llegamos a la casa donde se llevaba a cabo la fiesta.

Esa noche conocí a Milena.

11

El Pavo es de esos cabrones que para demostrarte su amistad a todo te contestan con una frase desenfadada. Además, su aspecto rechoncho como que le sume los ojos y los hace parecer más pequeños, y entonces su gesto alegre se vuelve cómico, y la poca seriedad que tiene se la da su cabello rubio siempre perfectamente engominado hacia atrás. Así que el asalto de la noche anterior perdía gravedad conforme se lo iba contando nuevamente, mientras íbamos de camino a la fiesta en su Tsuru verde. El Pavo sólo puntuaba la anécdota pelando los ojitos o sumiendo la cabeza en su ancho cuello, cuando escuchaba los detalles más escabrosos. Al final pronunció algo del estilo de que lo importante era que seguíamos aquí para empedarnos otro ratito y estacionó el Tsuru en una de las calles aledañas al metro Copilco, cerca de la casa donde era la fiesta de la Facultad de Filosofía de la UNAM. Lo había invitado una chava a la que conociera hacía no mucho, precisamente en el Pedro Infante no ha muerto.

Era una casa donde vivían en cuartos rentados estudiantes universitarios. Por lo lleno del patio que daba a la calle, la cocina y la sala donde sonaba la música, parecía como si la UNAM entera se encontrara ahí. El Pavo nos guio con su infalible instinto a la mesa de plástico habilitada como barra. Nos sirvió dos cubas, metiendo directamente los vasos en los tambos ahí dispuestos, y desapareció para buscar a la chica que lo había invitado. Lo seguí hacia el interior

un poco en automático. Tras perderlo me dirigí a uno de los sillones de la sala y me senté de lado en uno de los descansabrazos a rumiar todas las pendejadas que se agolpaban en mi cabeza. La música y las voces, las personas, eran como un ruido de fondo auditivo y visual. Como si fueran un tanto irreales, parte de una escenografía preparada para que me encerrara en mi cabeza ahora sí a cobrar conciencia del mierdero que era mi vida, que se cristalizaba perfectamente en el asalto de la noche anterior. Llevaba no sé cuánto tiempo así y en algún momento, mientras en las bocinas sin rejillas colocadas en el piso sonaba «Fascination Street» de The Cure –me acuerdo perfecto de eso–, se escuchó una voz que se coló por mi campo visual fijado en la cochambrosa alfombra beis de la sala:

–No el suicidio, sino la idea del suicidio.

Alcé la cara con asombro y vi a Milena por primera vez. Llevaba el cabello negro recogido en una coleta que dejaba que le cayeran dos mechones a ambos lados del cuello, por detrás de las orejas. Por un momento dudé si la frase provenía de la guapísima chava de cuerpo compacto, tez morena y ojos negros, de rostro delineado como si fuera el de una hada juguetona. Su camiseta de los Sex Pistols se ajustaba a su vientre, dejando el ombligo descubierto. Creo que alcancé a pronunciar un «¿Qué?» o «¿Perdón?» o alguna idiotez del estilo. Repitió ya entre risas la frase:

–No el suicidio, sino la idea del suicidio. Es un aforismo de Kafka. Es que, no sé, te vi aquí solo y todo achicopalado. En el fondo la idea de la frase es que nada es tan grave como a veces nos pueda parecer. Hola. Soy Milena. ¿Y tú cómo te llamas?

–Bruno.

–Hola, Bruno. ¿Tú también vas en la facultad?

–No. Yo vengo con un amigo que anda por ahí. Lo invitó una chava que creo sí es de ahí.

–Ay, mejor. Luego es bien aburrido que somos siempre los mismos.

Se sentó a mi lado, obligándome a que me orillara un poco hacia el respaldo del sillón, o habría quedado ligeramente encima de mí, que la verdad que tampoco hubiera estado nada mal. Me contó que estaba en el último semestre de la carrera de Letras Inglesas. Que tenía 23 años. (Ahí le dije mi primera mentira, que yo 22, sin saber ni por qué, pues ni modo que un año más hiciera gran diferencia, pero por alguna razón ya mentir bien y decir que tenía yo también 23 me parecía más grave, creo. Y además, entre más grande, más pinche vergüenza cuando me tocara contar que apenas estaba acabando la prepa abierta.) Que quería escribir y seguir estudiando. Y dar clases. O seguir estudiando y escribir. Y dar clases. Yo ya me había chingado mi cuba y tenía el vaso de plástico vacío en la mano, con el borde todo mordido, como suelo hacer siempre que estoy medio nervioso o ansioso, o sea más o menos siempre. Yo creo que Milena lo notó, porque me ofrecía tragos de la lata de cerveza caliente que llevaba en la mano hasta que se vació. Yo no me atrevía a moverme ni para ir al baño por miedo a perderla entre el aperre de la fiesta. Cuando me dijo que quería ir por algo de beber supuse que era su forma de abrirme a la chingada con delicadeza. Yo no había logrado más que balbucear algunas de mis señas particulares. Y pues seguro me consideraba el güey más pendejo y aburrido, ya no digamos de la fiesta, sino del mundo entero. Pero me agarró de la mano y me condujo hacia la barra, abriéndonos paso entre la

multitud de estudiantes borrachos y muchos también pachecos, a juzgar por el hornazo a mota que sobrevolaba la sala de la casa.

Volvimos de la barra con una chela cada quien. El lugar del descansabrazos del sillón había sido ocupado por tres chavas que se medio apretaban entre sí. Creo que desde ahí algo ya escuché de la huelga que venía en la UNAM y no sé qué, pero nos movimos rápido en busca de algún sitio, así que tampoco fue que pusiera en ese momento gran atención al tema. Tenía la percepción completamente ocupada por Milena.

Nos pusimos de pie junto a una de las paredes de la sala y Milena sacó un toque del morral multicolor que traía colgado del hombro derecho. Yo había fumado mota un par de veces antes un poco por curiosidad y por presión social, pero la verdad que no era tanto mi onda. Tras darle un par de jalones me lo compartió con naturalidad y, fingiendo la mismita naturalidad, le di yo otro par de jalones. La mota estaba fuertísima y de inmediato me puso hasta el zoquete. Yo creo que a Milena también, porque su semblante se contrajo como hacia el interior, con una sonrisa que ya no quitó durante casi todo el resto de la noche. Comenzó a hablar sin parar en una especie de monólogo que se interrumpía tan sólo para bailar o cantar alguna rola que le gustara. Que, por cierto, se sabía un chingo y de variedades muy distintas. Más tarde, también para besarnos como si quisiéramos comernos. Yo estaba hasta mi madre por la mota, pero creo que más por la presencia de ella. Sentía su aliento en mi cara, con mayor fuerza cuando reía a carcajadas, y sentía que en cualquier momento me iba a desvanecer con alguno de esos cálidos soplidos.

En algún momento me preguntó si había visto aquel episodio de *Dimensión desconocida* en donde el protagonista se sube a un avión, supuestamente para irse de viaje y, mientras vuelan, un ejército de esbirros –me acuerdo perfecto de que fue la palabra que usó, y yo intuí qué quería decir, pero la verdad que no la había escuchado antes– modifica en chinga el entorno, de modo que el avión vuelve a aterrizar exactamente en el mismo lugar, pero se crea la ilusión de que está viajando a una ciudad distinta. Cagadamente, sí lo había visto, y varias veces, porque el pendejo de mi papá era fan de la serie y tenía un chingo de episodios grabados, que todavía se podían ver en la videocasetera del año del caldo que teníamos en la casa. A lo mejor ahí Milena decidió que yo no era tan tarado, así que continuó platicándome sin parar. Yo sentía como si cada cosa que dijera y cada una de sus risas me abriera en dos la cabeza desde la raíz. Es como ahorita, me dijo. Vamos por la chela y volvemos y aunque es la misma casa y suena la música en las mismas bocinas culeras, es como si hubieran modificado el entorno, y sobre todo a ti y a mí. Ya no eres el chavo todo achicopalado que vi ahí sentadito en el sofá, ¿o sí? Hasta te ves más guapo de lo guapo que ya te veías desde el principio. Me le quedé viendo yo no sé cómo pero rompió el silencio besándome con sus mordidas en el labio por primera vez.

Estuvimos así un ratote, que se me pasó por supuesto de volada. Me contaba lo mismo de su vida que de sus ideas sobre la vida. Libros, películas, obras de teatro, pero no de esa manera mamona que luego tienen sobre todo los güeyes que estudian Filosofía o Letras o esas chingaderas, que nomás te quieren demostrar lo mucho que saben, en gran parte para sentirse superiores a uno. En

cambio con Milena yo vi por primera vez cómo todo eso se podía enlazar directamente y sin escalas con la vida de uno. Un poco como a mí me pasaba con Elvis, o con el mismo José José, o a mi hermano con Nirvana, que era como si el pinche Kurt Cobain le estuviera cantando con sus lamentos la pinche nada existencial en la que ese cabrón vivía inmerso. Sólo que a Milena eran muchas, muchísimas más cosas las que le hablaban de esa misma forma. Para bien y para mal, pero eso lo supe hasta mucho después. Pero ahí en la fiesta era como estar en medio de un torbellino de increíbles asociaciones libres. Y yo feliz dejándome arrastrar adonde fuera que quisiera llevarme.

Por la culpa de Adán y Eva que se comieron la manzana habíamos sido expulsados del paraíso, y en general somos criaturas que no podemos estar en paz, entonces hay que estar armando desmadres todo el tiempo, principalmente en la propia cabeza. ¿Pero sabes quiénes siguen viviendo ahí en el paraíso?, me preguntó. Entre lo apendejado por la mota y por ella que yo estaba, me tardaba un chingo en poder abrir la boca. Los animales, respondió antes de que yo pudiera decir nada. Ellos disfrutan las cosas básicas que para nosotros ya nunca son suficientes. A mí, obviamente, jamás me había pasado por la cabeza algo así.

Luego me acordaba al día siguiente como en sueños de que me hablaba de la culpa. La puta culpa, decía. Creo que fue la primera vez que mencionó a Nietzsche. Yo sólo lo conocía por la pregunta del Maratón donde se dice que los nazis habían basado en él su ideología maligna. Eso es una pendejadota que le achaca a Nietzsche cosas que él jamás dijo, me explicaría Milena más adelante. Pero ese primer día en la fiesta, con el rollo del paraíso y

los animales y la culpa, me contó que Nietzsche decía que el pinche cristianismo y su obsesión con la culpa habían invertido una máxima central de los griegos. Para ellos eran los dioses quienes nos poseían y causaban que hiciéramos toda clase de mamadas, básicamente para su diversión. Como consecuencia, sí nos tocaba cargar con la pena, o el castigo a nuestros actos, pero a cambio nos liberaban de la culpa. Pues justo porque habíamos actuado de esa forma porque a ellos les daba la gana. En cambio, cuando Cristo murió por nuestros pecados cargó con la pena –y qué pinche castigo tan culero fue su calvario–, para dejarnos por siempre con la culpa. Desde el nacimiento, literalmente, y por eso la chingadera esa del pecado original y el bautismo y todas esas cosas. Así que el chiste era tratar de liberarnos de esa culpa que, aunque supuestamente no fuéramos ya religiosos, o tan religiosos, nos habían endilgado al nacer y nos acompañaba durante toda la vida.

Yo creo que ese rollo de deshacerse de la culpa la ponía cachonda, porque me besaba y mordía el labio con mayor intensidad, y yo sentía muy pegados a mí los estremecimientos de su cuerpo compacto. Y pues me intentaba girar un poco hacia un lado, por la vergüenza de que notara cómo me había puesto.

A estas alturas ya no sé dónde está la pinche raya esa que separa la coincidencia del destino, pero el caso es que en un momento en que el faje estaba poniéndose más intenso comenzó a sonar «Friday I'm in Love». (Yo creo que quien estuviera a cargo de la música era muy fan de The Cure, porque a lo largo de la noche acabaron poniendo casi todos sus grandes éxitos.) Ese día era sábado y, justo en la parte en que Robert Smith canta «Saturdaaaaaay, Wait», Milena se apartó un poco y me la cantó entre risas, haciéndome con

la mano la señal de detenerse. Mejor comenzó de nuevo a contarme no me acuerdo qué.

De lo que sí me acuerdo bien es de cómo acabó la noche. Eran ya como las tres y cacho y la fiesta se había semivaciado. Sólo quedaban los típicos necios de siempre, como el Pavo, a quien ya había visto yo cotorreando con desconocidos en el patio que daba a la calle. En un momento que cruzamos miradas peló los ojos y me hizo la señal del pulgar hacia arriba, como para echarme porras de verme ligando con una chica tan guapa como Milena. Creo que él estaba igual de incrédulo que yo, pero lo expresó con su buena onda tan característica.

Milena y yo ya estábamos cansados, borrachos y pachecos. Nos seguíamos besando un poco ya por inercia. Yo no sabía qué seguía ahora y no me atrevía ni a preguntar, ni mucho menos a insinuar nada, por miedo a cagarla y arruinarlo todo. En eso comenzó a sonar una rola calmada, entre muy bonita y muy triste, que ya después me enteraría por Milena era «Tender», de Blur, banda que yo tampoco conocía. (Ya también después supe que casi acababa de salir hasta en Inglaterra ese pinche rolón. Creo que el tío de uno de los de la fiesta le había traído de un viaje un compacto donde venía el sencillo, o algo así, y por eso casi que teníamos la primicia ahí en esa pinche fiesta rascuache de la Facultad de Filosofía.) Ahí Milena se apartó y empezó a decir, un poco al aire, como si yo ya no estuviera del todo presente para ella ahí, que había que tener cuidado. Ir despacio. El sexo psicotiza y el amor, mucho más, fueron parte exacta de sus palabras. Luego algo mencionó de que una amiga suya tenía trastorno límite de la personalidad. Que la amiga vivía cambiando entre distintos extremos. Completamente presa de

sus impulsos y emociones del instante. Totalmente disociada entre unos estados y sus opuestos. Una pinche pesadilla. Para ella sobre todo. También para quienes la querían. O intentaban quererla. Lo cual estaba cabrón. Sus relaciones sólo podían ser apasionadas, tempestuosas y efímeras. Pero para consolarla, yo trato de hacerle ver que también tiene un lado bueno para todos, dijo. ¿Sabes cuál, Bruno? No, la verdad que no tenía ni idea de nada de lo que me estaba hablando. Pues que de alguna forma vive en un presente continuo, porque ni reconoce, o a veces ni recuerda, los extremos anteriores. Ni tampoco puede saber o controlar los que se encuentran en ocasiones a la vuelta de la esquina, esperando que la mosca vuele para presentarse con estruendo. Así que yo le digo a mi amiga que mejor se deje llevar con lo bueno y lo malo que trae ese trastorno. Un poco como el Tao, dijo Milena.

Sacó del bolsillo de su pantalón de mezclilla un papelito, de su morral una pluma, y anotó en el lado en blanco su nombre y su teléfono:

Milena Vega Cruz
56 40 06 44

Me dio un último beso tronado en la boca y se encaminó hacia la puerta.

Del otro lado del papelito venía escrita a mano una cita del *Tao Te Ching*. Ya después, Milena me contaría su ritual de abrirlo al azar cada mañana y copiar en un cachito de papel un fragmento que llevaba consigo durante el resto del día. Como si fuera un oráculo portátil, decía. El de aquel 22 de marzo de 1999 fue:

Aquel que está centrado en el Tao
puede ir donde quiera sin peligro.
Percibe la armonía universal.
Incluso en medio de un gran dolor,
pues ha hallado la paz en su propio corazón.

Esperé a que el Pavo se apendejara para escapar yo también sin despedirme. Ni yo entendía siquiera un poco del torbellino maravilloso que me había atropellado esa noche. Menos tenía ganas de intentar contárselo a ese cabrón. Caminé a la entrada del metro Copilco y al poco rato pasó un taxi. Otra vez un vocho verde conducido por un chavo que debía tener incluso menos de mi edad. Por suerte ahora sí me llevó directo hasta mi casa, ya sin sobresaltos.

Tender is the ghost
The ghost I love the most...

12

Cuando estábamos chavitos y mi mamá ya se había divorciado de mi papá y mudado a Guanajuato con todo y mi hermana, era bastante común que mi papá nos llevara a mi hermano y a mí a sus interminables comidas en cantinas, donde se ponía hasta la madre con sus amigos pedotes. En una de esas ocasiones, creo que yo tendría unos 13 o 14 años, nos llevó a una cantina dizque muy tradicional, llamada El León de Oro, no muy lejos del metro Patriotismo. Jamás he vuelto y no me acuerdo más que de que para entrar al amplio salón repleto de mesas cuadradas como de formica, había que entrar por una de esas puertas de madera, como de cantina del viejo oeste gringo. A veces, en algún momento de la peda mi papá se acordaba de que estábamos ahí y sacaba con sus amigos algún tema de conversación para de alguna forma incluirnos en su plática de borracho.

–¿Qué crees, mi Héctor?

O algo así le dijo a un amigo suyo chaparrito, con un bigotito tan recortado que casi se parecía al de Hitler.

–Aquí mi gran chamaco el Bruno es bien fan del Elvis. Siempre que le pongo en la casa los compactos de sus éxitos se me emociona. A lo mejor cuando crezca se nos convierte en el Elvis de la Colonia del Valle y nos saca a todos de pobres. ¿A poco no?

Carcajadas de los cinco pedotes que festejaban la ocurrencia de mi papá.

Pero resultó que el tal Héctor se autonombraba el mayor fan de Elvis en todo México. Había visto y leído cuanta cosa hubiera sobre su vida y obra y me estuvo contando historias del rey durante un ratote, mientras los demás volvían a sus historias de que se estaban cogiendo a tal o cual zorrita bien sabrosa, o del negociazo que estaban por cerrar con unas gentes de mucha categoría. Héctor había visitado Graceland en varias ocasiones y hasta me enseñó una foto de él recargado en la famosa reja de metal donde está la silueta de Elvis con su guitarra, que traía siempre guardada en la cartera, y por lo visto la sacaba para enseñarla a la menor provocación.

De todo lo que me contó, la anécdota que más se me grabó fue la de cómo alcanzó Elvis la iluminación. Resulta que exactamente a sus treinta años había conocido a un peluquero que le teñía y arreglaba el cabello, llamado Larry Geller, que era también como un gurú de clóset, muy interesado en la espiritualidad y esas ondas. El caso es que engatuzó de volada a un alma tan inocente como la de Elvis y se pasaban horas encerrados discutiendo sobre los libros que le daba a leer, y que si Dios y la trascendencia y su chingada madre. Como al año de eso, iban en la casa rodante de Elvis desde Memphis hasta Hollywood, incluido el gurú y la tropa de amigos a sueldo –que obviamente odiaban al gurú con todo su corazón–, porque Elvis tenía que presentarse en el rodaje de una de esas películas tan malas que hasta a él lo avergonzaron toda su vida. Cuando pasaban por Amarillo, Texas, Elvis tuvo una profunda crisis. Si llevaba tanto tiempo con lo de la espiritualidad y más de cien libros leídos en ese tiempo, por qué Dios no se le revelaba, se le quejó al gurú, supuestamente ya chillando. A lo mejor no era de los elegidos, añadió ya tirándose más al drama. Larry el gurú lo tranquilizó

diciéndole que a Dios no le importaba que fuera el mismísimo Elvis, y que el momento llegaría cuando fuera el momento. Al parecer ya con esto Elvis se calmó y siguieron su camino rumbo a Hollywood, con Elvis al volante como siempre. Porque con tanta pinche pastilla que se metía, podía manejar por horas y horas el muy cabrón. Todo esto contado según la versión del amigo briago de mi papá, el Héctor, a quien le brillaban los ojos mientras contaba feliz sus anécdotas del rey, que la verdad a mí también me tenían fascinado.

El caso es que ya por Arizona, como al mediodía, el gurú ve que Elvis trae cara de éxtasis religioso y le pregunta qué pasa. Elvis apenas alcanza a señalar una nube, que según esto mostraba clarita la forma del rostro de Stalin. Tanto así que el gurú también lo reconoce y se queda pasmado. Elvis pregunta casi llorando por qué se le aparece Stalin precisamente a él y en eso la nube cambia de forma. Entonces Elvis pone más cara de éxtasis, frena de putazo la casa rodante y se baja a caminar en el desierto, gritando incoherencias y pidiéndole al gurú que lo siga. Cuando este lo alcanza, Elvis le cuenta a gritos que vio a Dios, que al fin vio a Dios. La cara de Stalin se había transformado en la de Jesucristo sonriéndole a Elvis. ¡Al fin le había llegado su anhelada revelación!

Y luego, esta ya no me la vas a creer, chavo, me dijo el Héctor ya arrastrando un chingo las palabras. Resulta que más adelante, en el desierto Mojave, se había incendiado la casa rodante de Elvis. Y pues tuvieron que tomar un par de taxis de regreso a Hollywood para que llegara a tiempo al rodaje de su película. Imagínate nomás la suerte del taxista al que le tocó llevar a un Elvis recién iluminado. Ya que llegaron, no durmió en dos días sin dejar de hablar de su experiencia religiosa. Había tomado una decisión, que sólo le confió

a Larry el gurú. Quería dejar el mundo de la farándula para convertirse en monje.

¿Cómo ves, mi chavo? Así nomás se las gastaba el rey.

Esa anécdota de cantina me la había contado el amigo borrachales de mi papá hacía ya un chingo de años, pero se me había quedado muy grabada esa parte espiritual que según esto Elvis había buscado toda su vida, aunque cabrón más amante de los coches y aviones privados y materialista en general, pues la verdad que no podía haber. Por mi parte, yo nunca había tenido una revelación mística, pero llevaba ya casi una semana sin dejar de pensar un solo segundo en Milena. Ahora sí que como si fuera la canción de «Personal Jesus», pero en versión chava guapísima. Por lo mismo, tampoco me había atrevido a llamarla. O sí, pero colgaba siempre antes de que sonara el primer timbrazo. ¿Qué tal si al día siguiente, ya sin estar ni peda ni pacheca, lo había pensado bien y le parecía yo un imbécil? O pongamos que no, pero, ¿qué le iba a decir de todos modos? Un primo mío anotaba en un papel los temas posibles de conversación cuando les marcaba a las chavas que quería ligarse. A mí con Milena ni eso se me ocurría sin que al repasar los temas posibles me sintiera un pobre idiota.

No sé si para intentar ponerme al mismo tono que en la fiesta o para armarme de valor, pero por primera vez le agarré a escondidas a mi hermano un poco de la mota hidropónica que siempre tenía guardada en un par de calcetines del cajón de la ropa interior. El pendejo pensaba que yo no sabía que ahí la guardaba. Más bien nunca me habían interesado sus ondas pachecas. Pero ese día le

saqué el tabaco a un cigarro de la cajetilla de Camel que mi papá había dejado casi vacía por ahí y lo llené como mejor pude con la mota robada, después de haberla triturado lo más posible frotándola entre las dos manos y luego con los dedos. Le quité el filtro al cigarro y le encajé como mejor pude uno hecho con un rollito de cartón de la misma cajetilla, como había visto que hacía mi hermano las veces que no tenía el papel especial para armarse sus toques. Subí a la azotea del edificio con una de las sillas del comedor a fumármelo y ver qué chingados pasaba.

La mota de mi hermano estaba más fuerte que la que me había dado Milena en la fiesta. Con dos o tres fumadas me puso hasta el huevo. En el cielo se veía uno de esos atardeceres rosas tan característicos del Defectuoso, los de la hora justo antes de que se ponga el sol y nos caiga la noche sin estrellas que conocemos bien todos los que vivimos en esta ciudad. Algo así pensaba mientras contemplaba el atardecer rosa con asombro de pachecales. Y pues obviamente, por la anécdota de la iluminación del Elvis, me concentré en encontrarles alguna pinche forma a las nubes. Y pues como a fin de cuentas muchas veces vemos justamente lo que queremos –o podemos– ver, a mi manera yo también tuve ese día mi propia epifanía.

La verdad es que yo las formas de las nubes las veía más bien en mi cabeza, con los ojos cerrados, pero tampoco es que las controlara a mi antojo. Aunque eran nubes de la mente se movían un poco según sus propias reglas. Luego me diría Milena que había escrito Goethe que el mundo no es lógico, es psico-lógico. Aunque ya pensándolo a la distancia, lo mío de ese día era más bien pacheco-lógico. El chiste es que al concentrarme en las nubes de mi mente, a

mí en lugar de Stalin se me apareció el John F. Kennedy. No es que yo supiera gran cosa de su vida más que lo de la película del Oliver Stone, de que lo habían matado por quererse salir de Vietnam y esas ondas, que más o menos era lo que también decía la canción «Civil War», de Guns N' Roses. Pero luego en las pedas de buró a mi papá le daba por ver el History Channel que nos pirateábamos del Cablevisión que tenía contratado algún vecino. Y pues ahí había visto también documentales con teorías de que a Kennedy lo había mandado matar la mafia, y también que había invadido Cuba y quería matar a Fidel Castro. A lo que voy es a que yo creo que en mi caso no representaba al mal, pero tampoco era un mártir. Más bien, creo que se me apareció como símbolo de la pura confusión en la que andaba yo sumido. Que se hizo peor cuando a la nube en forma de cabeza de Kennedy que veía con los ojos cerrados le brotó un cuerpo diminuto –como el de esos muñecos con una cabezota que se mueve impulsada por un resorte– y empezó a bailar cancán. Y así estaba cuando la típica musiquita de tan-tan-tan-tan-tan-tantan-tan que acompaña al cancán se transformó en los primeros acordes de «Always on my Mind» y, como supongo era de esperarse, la figura de Kennedy se transformó en un Elvis cabezón, bastante parecido al de la botarga de mi recién adquirida chamba. Sólo que no bailaba cancán.

La nube Elvis de mi iluminación pacheca me miraba con gesto fanfarrón y los brazos en la cintura, como juzgándome por ser un bueno para nada mientras él a mi edad ya era una pinche leyenda. Pero yo no lo tomaba tampoco como un juicio irremediable, sino más bien como si estuviera alentándome a que hiciera algo de provecho con mi vida y pues para eso, todo el mundo lo sabía,

incluso el Elvis cabezón de la nube de mi mente, hacía falta billete. O sea, lo del programa de radio podía estar bien para tener prestigio al comienzo, pero, ¿luego qué? Tampoco lo tenía muy claro. Aunque una cosa sí era segura. En mi estado actual Milena jamás me pelaría ya más en serio. Creo que por eso cuando la nube de Elvis se deshizo ya no adoptó una forma específica, sino que se disolvió como en miles de nubes desperdigadas entre un cielo rosa como el del crepúsculo de hacía un rato, que abarcaba ahora mi mente entera. Y pues no hacía falta que cobrara alguna forma específica. Yo sabía que ese cielo rosa hermosamente decorado con nubes se trataba de Milena. Y fue entonces que me invadió esa sensación de la que luego justo tanto hablan los gurús y los místicos. Y me acordé de lo que me había dicho ella en la fiesta de la semana anterior de que el amor y el sexo psicotizan. Sólo que al menos en ese momento era un lado muy placentero de la psicosis. Del que de hecho no quería salirme, así que cerraba los ojos con más fuerza para exprimirle otro poco de las increíbles tonalidades rosas al cielo sobre el que volaban las nubes Milena.

En ese viajezote andaba cuando de pronto se escuchó un tronido que hizo un estruendo de la chingada. Al abrir los ojos del susto pude ver que todo era oscuridad. Al parecer, se había ido la luz en toda la colonia. De pronto apareció el pendejo de mi hermano dando tumbos desde la parte trasera de la caseta donde estaban los transformadores de luz y cableados diversos de la azotea de nuestro edificio. Con frases entrecortadas y cagado del miedo, medio me explicó que se había ido la señal de cable que nos pirateábamos y subió a ver qué pasaba. Al moverle a los cables quién sabe qué chingados había hecho que por poco y se electrocutaba con la

descarga que había dejado sin luz a la colonia entera. Me daban ganas de darle unos buenos madrazos por haber arruinado mi epifanía, pero el idiota no podía ni caminar derecho por el putazo de corriente que lo había aventado para atrás. Cuando vi que tampoco le iba a pasar nada grave, sino que iba a estar apendejado nomás un rato, mejor agarré la silla que había subido y me bajé a servirme una cuba para seguir pensando qué debía hacer. Era viernes en la noche. Suponiendo que me armara de valor, ni para qué le marcaba a Milena. De seguro había salido y, si me la negaban al teléfono, nada más me iba a torturar pensando si estaría en otra fiesta con alguien más así como estuviera conmigo en la del sábado pasado, y cosas del estilo. Igual y si me concentraba, regresaba a visitarme otro ratito en su faceta de nubes desperdigadas.

Prendí una veladora para medio poder ver algo y me serví una cuba de una patona de Bacardí semivacía que encontré en la alacena. Mi hermano entró por las llaves y su cartera, ya un poco más recompuesto de su roce con la muerte, y salió del departamento sin siquiera despedirse. Gracias a su pendejada de dejar sin luz a toda la colonia, yo no podía ponerme a escuchar algo de música. Elvis. Que siempre lo reservaba para cuando estuviera solo. Y como casi no se podía estar solo en esta casa...

Al cabo de un rato escuché apenas que llamaban a la puerta de la calle golpeándola con una llave. Me pareció escuchar que gritaban mi nombre. Bajé con la veladora en mano y al abrir me encontré con el Pavo y su amigo el Deivid, el que había llevado a la casa la vez esa que parecía como si le estuviera dando un infarto a mi papá. En

la banqueta del otro lado de la avenida vi la ambulancia falsa estacionada en la primera calle que hacía esquina con el eje vial del lado izquierdo, y en la acera contraria había un camión de la Comisión Federal de Electricidad. Un par de técnicos subidos al poste de luz inspeccionaban el transformador que seguro se había chingado con la gracia de mi hermano.

Estos dos cabrones subieron conmigo y el Pavo consiguió como siempre exprimirle unas cubas a la patona de Bacardí, aunque ya quedaba muy poca Coca-Cola, así que tuvo que echarle un poco de agua sola del fregadero. Quería conocer mis aventuras de la fiesta de la semana pasada con Milena, pero yo no tenía ganas de contárselas. Respondí lo más breve que pude y para cambiar el tema mejor le pregunté al Deivid cómo funcionaba la onda con eso de la ambulancia falsa.

Me empezó a contar un rollo que se veía se sabía de memoria. De seguro tenía que andar dando explicaciones todo el tiempo. Así que primero empezaba con la justificación ideológica. Resultaba que aunque Robin Hood era de lejos el más conocido, existía una larga tradición en muchísimos países de la figura del que roba a los ricos para darle a los pobres. En México teníamos al legendario Chucho el Roto, de quien incluso se habían hecho varias películas. Contaba la leyenda que en el siglo xix se escapó de la cárcel de San Juan de Ulúa para vengarse de un millonario francés de mucha alcurnia, que lo había mandado encarcelar. Y todo por haberse enamorado de una sobrina del francesito, con la que pues también había procreado un hijo. Así que el buen Chucho se había convertido como consecuencia en bandido y estafador, todo un maestro del disfraz, que se infiltraba en círculos de la alta sociedad para despojarlos de su dinero

mediante esquemas ingeniosos, para darlo después a los más necesitados.

De ahí le había surgido inicialmente la idea de la ambulancia. ¿Sabía yo que en este pinche monstruo de ciudad había menos de cincuenta ambulancias públicas para todos? No, la verdad que yo no lo sabía. ¿Había visto cuánto costaban los servicios de los hospitales y empresas privadas? No, la verdad que por suerte nunca había tenido necesidad de saberlo. Entonces, lo primero y más importante era prestar auxilios a gente en desgracia. Y pues si en el camino unos pesitos cambiaban de manos hacia quien más lo necesitaba, es decir, él, pues qué mejor, contaba el Deivid como muy orgulloso de sus ideas. El Pavo le festejaba la explicación teórica de su ocupación con una carcajada afónica cómplice. Porque pues él era el compinche habitual del Deivid en esas ondas de la ambulancia falsa.

Una vez resuelto el tema ético pasamos a las dudas prácticas que me habían surgido. Y lo cierto es que el Deivid las fue atajando una por una. De entrada, ni modo que las ambulancias o la tira trajeran aquí un equipo como si fueran de la CIA, ¿no? Así que conseguir el receptor y los *walkie-talkies* era lo sencillo. Y la verdad que lo otro, también. Porque el chiste era saber darle una lana a la gente adecuada para que te pasaran la frecuencia correcta, y listo, a cazar accidentes y ser el primero en llegar a la escena del infortunio.

Ahora. Yo había visto la ambulancia falsa con su rotulado de «Unidad Móvil de Emergencia» y el logo como con aire médico que el Deivid había mandado hacer. Daba el gatazo a primera vista, pero ya una inspección más cercana ni de broma la pasaba, y menos si alguna autoridad se pusiera quisquillosa con los requisitos que se le solicitaban a las ambulancias de verdad. Pero pues ahí estaba el

chiste del asunto, me explicó el Deivid con orgullo de su propio ingenio. Ni los heridos ni los familiares se iban a poner roñosos o a fijarse en detalles en el momento de la desgracia, pues porque obviamente que lo que querían era ser trasladados lo antes posible a un hospital. A la tira, pues nuevamente, en el caso de que se las olieran, con una lana se arreglaba. Y pues para la enorme escasez de ambulancias que había en este monstruo de ciudad que no sólo nunca duerme, sino que se la pasa de desmadre en desmadre, imagínate, es bastante común que seamos los primeros en llegar. Y por el código de las ambulancias, aunque se vale echar carreritas para ser el primero en llegar al lugar de los hechos, si una llega y ve que ya hay otra y no se necesita más auxilio, pues está obligada a seguir su camino.

Como podía yo ver, era menos complicado de lo que parecería, ¿o a poco no? El Deivid terminó su larga exposición agregando que, por si las moscas, lo mejor era procurar moverse por colonias clasemedieras, justo como la Del Valle o la Narvarte. Ya la Roma, y no digamos la Condesa, comenzaban a implicar mayores riesgos. ¿Por qué? Pues muy fácil. Si le jugabas muy para arriba y te torcían en la maniobra, olvídate, la prepotencia de los ricos seguro acababa en que con sus abogados caros se encargaban de meterte al bote y la chingada. Y si le jugabas al verga en colonias populares y la cosa se iba chueca, mejor ni mencionar las consecuencias para no invocarlas. Así que lo suyo era de preferencia la clase media, para no picarle demasiado los huevos al tigre.

Hasta el momento había sido una noche tranquila y andaban cerca de mi casa, por lo que habían decidido caerme a echar unas cubas, añadió el Pavo a manera de conclusión. Se me hace que vas a tener

que recurrir a los papelitos si vas a querer acción, mi Deivid, añadió. No le veo de otra.

El Pavo sabía moverse muy bien por mi departamento. Así que aunque seguíamos a oscuras porque no habían arreglado la luz, fue al cuarto de mi papá alumbrando con la veladora y volvió con una hoja en blanco donde había apenas algunos garabatos de quién sabe qué. Como si fuera parte de una ceremonia la dobló en cuatro, afilando los bordes con la uña para que se desprendieran más fácilmente. La partió y encontró una pluma en la mesita frente a la televisión, y se la dio al Deivid en silencio para en seguida preguntarle qué quería invocar esa noche. El Deivid se quedó pensando un instante y dibujó en el trozo de papel lo que parecía un tipo amenazando a otro con un machete. Nos lo enseñó unos segundos antes de prenderle fuego con la flama de la veladora y lo dejó consumirse en el cenicero rebosante de colillas de cigarro. Así estuvimos unos minutos en silencio hasta que de su *walkie-talkie* empezaron a emanar unos códigos y ubicaciones a los que respondió con más códigos y ubicaciones. El Pavo me miraba con gesto de ahorita-vas-a-ver-qué-pedo-mi-Bruno.

El Deivid se puso de pie para anunciar:

–Que picaron a un chavo cerca del metro Etiopía. ¿Quién jala?

El Pavo se puso de pie para indicar en automático que obviamente él jalaba. Sin pensarlo mucho fui en chinga al cuarto por mi chamarra de mezclilla, agarré mis llaves y mi cartera y me apresuré a seguirlos mientras bajaban por la escalera del edificio.

Salimos al eje vial y el Deivid y el Pavo se dirigieron hacia la ambulancia falsa estacionada en la primera esquina. Caminaban ya con aire profesional, como metidos en el papel de paramédicos. Ya

de cerca se veía majestuosa la pinche seudoambulancia blanca con el rotulado de «Unidad Móvil de Emergencia» y el logo que a mí me parecía un asterisco azul con un bastón y una serpiente enredada en el mismo.

Yo nunca había puesto gran atención a una ambulancia, ni mucho menos estado en el interior de una. Subí por el lado del copiloto, asumiendo que el Pavo iría adelante junto con el líder del comando. Se podía pasar con facilidad entre los dos asientos delanteros hacia la parte posterior, que la verdad no estaba tan mal equipada como pudiera pensarse. O a lo mejor habría que ver el interior de una ambulancia de verdad, pero esta traía su camilla con cinturones para sujetar a los heridos, su extintor, sus diversos botiquines, me imaginaba que con medicinas y jeringas para inyectar, así como collarines, vendas y mucho equipo médico. Y pues supuestamente que el Deivid y el Pavo habían tomado unos cursos de primeros auxilios para poder hacerle a la mamada así fuera con lo básico.

Nos pusimos en marcha. Cuando volteé, ya traían puestas las batas blancas, así que me puse yo también una que encontré arrugada por ahí en la parte de atrás. El Deivid había colocado en el techo la torreta que se sostenía con imanes. Yo no sé si era por la adrenalina de la misión o si lo espacioso de la bóveda metálica amplificaba el sonido, pero yo escuchaba el ulular de la sirena como retumbándome en los tímpanos. Se intercalaba con el sonido difuso que emiten las radios entre que se escuchan los códigos que se van transmitiendo, más los nombres de calles y la condición del herido y quién sabe qué más cosas que registraba el Deivid como con gran concentración.

El cabrón manejaba hecho la chingada, callejeando lo más posible para evitar el tráfico de viernes por la noche. Hasta que de pronto se estacionó en doble fila y el Pavo se bajó con una agilidad que desafiaba a su tonelaje. Abrió las puertas de atrás y me hizo un gesto para que le pasara la camilla. Reconozco que me sorprendió el profesionalismo con el que estos güeyes se metían en su papel.

En la banqueta de una callecita que en efecto era cercana al metro Etiopía se había congregado la típica bola de curiosos que se juntan a presenciar una desgracia. El Pavo y el Deivid avanzaban con autoridad, situado cada uno a un costado de la camilla con ruedas con la que se abrían paso como si fuera un ariete de esos de las películas medievales, precisamente como las de Robin Hood. Me quedé un poco atrás y pues tampoco sabía bien qué debía hacer. Era mi primera vez en eso de la ambulancia.

Alzado de puntas tras un par de filas de curiosos los alcanzaba a ver agachados, supongo que atendiendo al chavo que según habían picado. Ya en mi casa, de regreso de la misión, me contarían que era el bajista del grupo callejero que se ponía a tocar algunos días fuera de la boca del metro Etiopía. Y que una rata había aprovechado un descuido para chingarse el sombrero donde recolectaban el dinero que la gente les daba. El bajista había reaccionado corriendo detrás de él con todo y bajo. Pero si algo hay que reconocerles a las ratas, diría el Deivid, es que aunque sean pendejas son astutas. El caso es que al parecer estaba todo calculado y como a las tres calles lo agandallaron entre dos, le robaron su cartera y el bajo, y al resistirse lo habían navajeado en el abdomen. Una herida más aparatosa que grave, remató diciendo casi con aire médico de verdad.

Pero el caso es que en ese momento en que estábamos en la mera acción emergieron de nuevo de la muchedumbre, alumbrados de rojo por el resplandor de las sirenas de los tiras que merodeaban por ahí. En la camilla venía el chavo bien sujeto con los cinturones. Al subirlo a la ambulancia el Deivid me dio las llaves. O sea que me tocaba manejar. Hospital General. Vámonos. Rápido, cabrón, ladró como si fuera un coronel del ejército o algo así. Entre el nervio y la adrenalina me perdí un poco y dimos algo de vuelta, pero al final más o menos llegamos rápido. En los semáforos yo trataba de ver por el retrovisor qué le venían haciendo al chavo. Creo que le iban como limpiando y apretando la herida con vendas y gasas, y también creo que en algún momento le pusieron oxígeno para que respirara sin tanto esfuerzo.

Estacioné la ambulancia en doble fila en la calle del Hospital General. El Pavo y el Deivid llevaron al chavo en la camilla a la parte de urgencias. Mientras los esperaba pasaron algunos tiras que sí me veían medio sospechoso, o así me sentía yo. Al cabo de un buen rato por fin volvieron mis compañeros de no sabía ni cómo llamarle a eso. El Deivid volvió a ponerse al volante. No sé si era como parte de mi iniciación o algo, pero el chiste es que se me dieron muy pocos detalles de la parte final del caso. Aunque sí me enteré de que le habían cobrado una lana a los familiares cuando llegaron. El chavo no traía ni cinturón, ni tampoco se veía muy pudiente que digamos, así que creo que lo de Chucho el Roto y esas justificaciones quedaban para otra ocasión. Me tuve que conformar con que nos paráramos en un Oxxo de camino a mi casa y pagaran el bacacho, las cocas y los hielos, además de unas papas y lonchibones para tragar algo de regreso.

Ya había vuelto la luz en mi casa. Mi papá y mi hermano ya estaban guardados en sus respectivas habitaciones. Estuvimos platicando pendejadas y luego escuchando al Príncipe hasta quién sabe qué hora. Desperté al día siguiente en el sillón de la sala con un dolor de cabeza bien culero, y me alcancé a arrastrar para seguir durmiendo otro rato en mi cama. Todavía traía puesta la bata que me acreditaba como paramédico.

13

Unas horas después, seguía durmiendo con esos sueños pesados de cuando estás extremadamente cansado y sientes que nunca te va a venir la fuerza suficiente para pararte de la cama. Estaba además soñando algo relacionado con lo de la onda de la ambulancia, entonces más que sueño parecía como repetición, porque aunque no me acordé luego bien de qué era lo que soñaba, ahí andaban otra vez el Pavo y el Deivid y el Hospital General. Como si fuera una transmisión de la noche anterior, pero contada por mi personalidad dormida.

Como en el fondo ya estaba yo acostumbrado, mi despertador fueron los gritos y lamentos de Kurt Cobain, que salían de los audífonos del pendejo de mi hermano tumbado en la litera de arriba. Yo no sé cómo no se quedaba sordo ese cabrón, si yo mismo sentía tener a Kurt gritándome en los meros tímpanos.

Al abrir con dificultad los ojos vi que los números rojos del despertador digital que estaba sobre la mesa del muro de enfrente primero marcaban las 11:43. Luego 11:44. Y encima el Elvis del póster seguía en su jovial arco hacia atrás. Incluyendo el olor a alcohol fermentado que todos los pinches fines de semana, y a veces también entre semana, despedíamos tirados en nuestras literas, parecía que en esa habitación lo único que registraba el paso del tiempo eran los dígitos rojos del despertador. Hasta que mi papá

asomó la cabeza para decir con su típica voz rasposa de un sábado al medio día algo como:

–Señor, señor, despiértese. Le llaman por teléfono. Que un licenciado Luis Miguel Gutiérrez. Se escucha como muy formal la cosa. ¡Córrale a contestar!

¿Luis Miguel Gutiérrez? Quién chingados podría ser esa persona. No me acordaba de conocer a nadie que se llamara así. Y pues luego llamaban a chingar los ejecutivos del banco, por la deuda perpetua de la tarjeta de crédito de mi papá, pero por lo regular pedían primero hablar con él, que era el titular de la cuenta, y ya si no intentaban aterrorizar al hijo que tenía la tarjeta adicional con el crédito restringido, que de todos modos no pasaba por el mismo sobregiro, y que ahora encima había sido cancelada luego del asalto espectacular de la noche de mi cumpleaños. Me paré a contestar el teléfono de la sala todo amodorrado y casi que un segundo antes de agarrar la bocina me vino un flashazo de quién estaba al otro lado de la línea. Era mi jefe en la chamba de la botarga. El tal Agallas. Que quería verme en su despacho esa misma tarde. ¿Sí me acordaba de cómo llegar, verdad? Ajá. Ajá. Bueno. Aquí te veo en la *night*, chavo. No me vayas a fallar. Clic.

Pasé el resto del día como casi cada pinche sábado, ahí entre tumbado en mi cama, saliendo a tragar unos tacos de barbacoa al puesto cerca de la casa, sentándome un rato en la sala a ver la tele con mi papá, ya fuera un partido de futbol, que la verdad a mí me valía madres, o alguna de las películas policiacas culeras que le encantaba ver, hasta que sus comentarios y pendejadas me hartaban y volvía a tumbarme otro rato en mi cama. Sólo que ahora en lugar de hacer tiempo para ver dónde me empedaría ese día con

el Pavo y el Perrera, esperaba la hora de ir a la oficina del Agallas en Santo Domingo, a ver ahora qué onda con lo de la botarga.

Mientras iba caminando por el Eje 6 hacia el metro División del Norte era como si se agolparan en mi cabeza imágenes que competían para abrirse paso. Me acordaba de la forma de las nubes en mi especie de epifanía de pacheco de la tarde anterior, y pues eso me llevaba a recordar la epifanía del Elvis real, lo cual me llevaba a la imagen de la botarga que de seguro me esperaba ahí colgadita. En medio aparecía mi hermano luego de casi chamuscarse por moverle a no sé qué cables de la azotea. De ahí a la ambulancia falsa y el chavo picado por el metro Etiopía. Como si fuera una de esas imágenes de fondo que sobrevuelan a las demás imágenes estaba la imagen de Milena, o más bien la de no haberla llamado aún a una semana de conocerla en la fiesta de la Facultad de Filosofía.

Me bajé en el metro C.U. y bajé por las escaleras que te depositan en el tianguis y los bares y changarros de fotocopias y demás, ahí en la frontera entre la avenida Antonio Delfín Madrigal y el Pedregal de Santo Domingo. Pasé entre los puestos que eran como la cueva de entrada a otra dimensión completamente distinta, hasta el comienzo de la calle Ahuanusco y el sitio de taxis que me llevara de vuelta a mi casa en mi visita pasada. Pasé frente a dos o tres calles laterales hasta llegar a la lona de «Agallas y Asociados» que estaba colgada en la fachada de la construcción como no del todo terminada. Toqué el timbre que tenía el mismo rótulo y la puerta se volvió a abrir desde dentro.

Como todas las veces que terminé yendo a ver a ese turbio pero por alguna razón fascinante sujeto, la escena parecía repetirse

exactamente igual. Estaba ahí sentado con su pantalón gris y camisa blanca que no se veía demasiado limpia, detrás de su escritorio, con el mismo desmadre de papeles, baratijas, una botella de Don Pedro casi vacía y una Coca de dos litros también casi vacía y de seguro ya sin gas. El humo del cigarro que fumaba y que acabaría en el montón de colillas del cenicero lo envolvía y la botarga de Elvis colgaba inmóvil en el mismo clavo de la misma puerta del baño. No sé por qué la saludé con un movimiento de cabeza, y en mi propia cabeza creo que me imaginé como si la pinche botarga me saludara de regreso.

–¿Cómo te ha ido, chavo?

Mientras me saludaba el Agallas ahora sí me servía a mí también un brandy, agarrando con la mano lo que quedaba de unos hielos en una cubetita como de metal que ya tenía más agua que otra cosa. El vaso de vidrio en el que me la servía tampoco se veía excesivamente limpio.

–Bien, don Luis. ¿A usted?

El primer trago a la bebida que me había preparado me supo fuertísimo. Creo que sacudí un poco la cabeza para podérmelo pasar.

–Agallas.

–Ah, perdóneme. Bien, don Agallas.

–Agallas.

–Todo bien, don. Ya sabe. Lo de siempre.

–Qué bueno, chavo.

O algo así decía como por decir.

–Pues aquí el rey y yo hemos andado de lo más ocupados. Ya sabes, hay que talonearle diario para que vayan saliendo las cosas. Pero no te me preocupes que lo digo en sentido figurado, porque

ahorita nadie más que tú puede calzar al rey. Vamos a ir viendo si estás a la altura de la misión.

Yo la verdad que más allá del uso habitual de las botargas para animar fiestas o bailar afuera de farmacias o mueblerías o agencias de coches, no sabía cuál otra podía ser la misión, pero pues sí sospechaba que tampoco podía ser algo superlimpio. Obviamente tampoco sabía quién era ni a qué se dedicaba ese hombrecillo de ojos medio rasgados y cabeza rapada que tenía sentado frente a mí. Como me llegó a pasar varias veces, o según lo que recuerdo y hasta lo que llegaba a escribir ya en mi casa de esos encuentros, pasó varias veces que, como parte de todo ese delirio, parecía como si el tal Agallas pudiera leer lo que yo estaba pensando:

–De seguro te andas preguntando quién soy o qué quiero de ti, ¿no, chavo? Mira, por lo pronto digamos que soy como de esos ángeles caídos que por algo se encabronan y se rebelan contra Dios. Pero pues tampoco te voy a decir que como el mismísimo señor de las tinieblas, el Satanás, sino imagínate por ejemplo como en la leyenda original del Drácula, que se enfureció porque luego de servir a Dios y a su iglesia en las guerras santas le dan la espalda, y para vengarse se vuelve un inmortal que le chupa la sangre a los vivos para poder él mismo sobrevivir.

Esa historia de Drácula también me la sabía por la película que habían hecho hace unos años basada en el libro original, que seguramente de ahí mismo la estaba sacando el Agallas. Pero yo me acordaba que en ese caso era porque su amada se había suicidado mientras el conde peleaba justo en las guerras santas y cuando él regresó se enteraba de la tragedia, y le decían que estaba condenada de todos modos al infierno. Y pues aquí yo no veía

muchos rastros ni de una doncella ni de ninguna presencia del sexo femenino. Como si pudiera escuchar mis confusiones, yo creo que también por la cara que ponía, el Agallas le ponía punto final a su propio tren de pensamiento como más abstracto:

–Pero ya estuvo bueno de ponerse filosóficos. Porque además no vayas a creer que el hijo de la chingada que me las va a pagar es alguna especie de Dios. Todo lo contrario. Es un pobre pendejo que nació con suerte, pero no sabe que sus días están contados. ¿O a poco no, mi Elvis?

Entonces le guiñaba un ojo cómplice a la botarga. Yo le daba un trago largo a mi brandy como para intentar digerir algo de los delirios que me contaba. Claro que justo me andaba preguntando exactamente quién era y qué quería de mí, o más bien qué quería de mí en versión botarga, además de lo típico que hacen las botargas de andar bailando por ahí, con esa cosa que por alguna razón hace como imposible no ponerles atención. Creo que desde ahí fue que yo volteaba a ver al Elvis, como pidiéndole alguna pista o algo que me dijera qué nos tocaría hacer. También me acabé el brandy y le pasé al Agallas el vaso para que por favor me sirviera otro, ya de plano sin hielos, porque en la cubetita de metal quedaba pura agua, que además se veía ya bastante puerca. Y él como si estuviera separado de mí por el humo del cigarro que lo envolvía, continuó contándome su vida:

–Mira, chavo, la cosa es que yo trabajé durante mis mejores años para un hijo de la chingada notario que tiene sus oficinas no muy lejos de aquí, en la calle Hidalgo, la que desemboca en el mero centro de Coyoacán. El notario Gómez. Pero eso sí, te advierto de una vez que te andes con cuidado, que todavía no te conozco bien y

no sea que me vayas a salir traicionero y pasarte de su bando. Y pues ya sabes. La mía es la típica historia de los de abajo. Entré a trabajar muy joven, gracias a un valedor que me recomendó ahí como recadero. Que luego fue el mismo que me enganchó a la piedra, ¿verdad? Pero esa es otra historia. Yo al principio ignoraba que aquí donde nacimos no es sólo que las cosas no se mueven si no se les unta grasa. Es que los que nacimos en el lado equivocado somos la grasa misma. Y de esa realidad, más tarde o más temprano, no podemos escapar.

Cuando me acuerdo de esa escena, también yo ya en una especie de sueño raro, de seguro también en parte por la peda que me terminé poniendo ese día con el tal Agallas, mi recuerdo es que yo me imaginaba como si la botarga dijera que sí con la cabeza, pero también en el interior de mi cabeza. Y la voz del Agallas que sonaba como si le hubieran puesto Play a una grabación que de seguro él había reproducido también miles de veces en su cabeza, y a quien se dejara contársela, entre los brandys y los cigarros sin filtro que parecían ser su principal compañía.

–Pero para no hacerte el cuento largo, el caso es que yo era muy chambeador y me fui ganando la confianza del notario. Con decirte que ya luego hasta me mandaba a veces a recoger a sus hijos a la escuela cara donde estudiaban, para llevarlos a la casota donde vivían. Y ahí me los recibían otros esclavos como uno que les daban de comer y, ya sabes, se encargaban de todo lo que les hiciera falta a los pobres niños ricos.

Creo que fue ahí que el Agallas se paró para ir al baño y pude ver ya bien lo chaparrito que era.

–En lo que paso aquí al sanitario no seas malo, chavo, y tráete unos pocos hielos que creo que quedaron por ahí en la bolsa del fregadero de la cocina. Y ya de pasada sírvenos otro brandy, que también ya te veo seco, ¿no?

Fui y vine como en automático y otra vez pude ver los poquitos muebles que tenía el Agallas, por no decir que tuviera algún tipo de decoración. Parecía casi como si en esa oficina o departamento o lo que fuera se hubiera quedado una mudanza a la mitad. En la cocina había un refrigerador no muy grande, que además hacía un ruido como si estuviera a punto de despegar. En la bolsa de hielos que estaba en el fregadero quedaban unos pocos que metí yo también con la mano en la cubeta. A mi regreso ya estaba el Agallas sentado con el humo que parecía seguirlo casi como si fuera un imán. Mientras le servía su brandy, y pues ya de pasada otro para mí, volvió a ponerse Play él solito:

–Y pues lo que te digo, chavo. De recadero pelele fui subiendo primero a recadero de confianza, y poco a poco el notario me fue dando más responsabilidades, porque la verdad que sí le cumplía bien al tiro, y me mandaba a recoger sus documentos con un cliente, y luego con el otro y así. Y ni te cuento las casonas en las que vivían. Sí sabes que los notarios cobran el trámite de escrituración según el valor de la casa, ¿no? Que pues justo ahí se daban algunos chanchullos como con el que luego me puso un cuatro el hijo de la chingada, ¿verdad?, porque para que pagaran menos impuestos a la propiedad el notario les ponía en sus escrituras un valor mucho más bajo que el real, pero luego le recompensaban por fuera el favor. ¿Sí me entiendes, no, chavo?

Nombre, si vieras las de portafolios y morrales con dinero que me tocó andar llevando y trayendo.

Mientras hablaba, el Agallas había sacado de un cajón de su escritorio un sobre transparente con polvo blanco. Luego con la tapa de una pluma negra amontonó un poco en la punta y procedió a inhalarlo. Y luego otra vez más. Y luego continuaba hablando como si nada:

–Y pues además de su trabajo como notario, al fulano este le gustaba la bisneada, y entonces ya te imaginarás que siempre andaba con mil negocios y gestiones. A él fue al que le aprendí que la mejor manera de sacar un permiso es llevarte a las autoridades a negociarlo a un buen teibol repleto de muchachonas bien acá. ¡Nombre, olvídate! Ya después de la agasajada que se dan, te firmarían un permiso hasta para abrir un tugurio en el patio de un convento de monjitas.

Y le dio lo que creo era su tercer llegue al polvo blanco con la tapa de la pluma y me la pasó ahora a mí:

–A ver, chavo, date un llegue, que andas muy calladito y voy a necesitar que me vayas también contando algo de ti, para poder calarte.

Yo nunca había probado nada que no fuera mota, me imagino que en parte por esos rollos que siempre nos había echado mi papá contra «las drogas», que siempre que las mencionaba hacía no sé por qué la señal como de entrecomillarlas con los dedos. Pero pues entre la curiosidad y que tampoco quería quedar como un inocente o como un pendejo, pues ya más bien me instalé en el chingue-su-madre-a-ver-qué-pasa, aunque si no recuerdo mal, todavía dije

como entre para transmitir que yo sí sabía qué pedo, y pues me imagino que otro poco como para ganar algo de tiempo:

–¿Está buena la coca, don? Ya ve que luego la rebajan con cualquier cosa.

Y la carcajada rasposa como de asmático que soltó el Agallas hizo que me diera cuenta de la pendejada que acababa de decir.

–Ay, chavo. Nunca le has entrado a estas ondas, ¿verdad? Esto es yeso, no caspa del diablo. Esa te la doy a probar otro día que los negocios anden más prósperos.

–¿Yeso?

O algo del estilo pregunté ya sin la fachada de que yo sí sabía qué pedo.

–Sí, chavo. Yeso. Anfetas. Espid. Llámale como quieras. Mira, tú nomás dale una olidita y vas a ver cómo te acelera la chompa y te afloja la lengua.

Y pues tal cual, al darle la olidita al polvo de la punta de la pluma sentí como un calambre en la cabeza, como si una descarga agitara cada una de mis neuronas. El Agallas me señaló el papelito con el polvo para que recargara la pluma y le diera otro llegue, y pues yo nomás obedecí. Y como bien me había dicho el Agallas, luego luego sentí cómo esa chingadera me aceleraba toda el alma. El Agallas me miraba como con una sonrisa maliciosa, como si también estuviera esperando a que yo dijera algo.

–Entonces, don, ¿usted no cree que por ejemplo esté mal si uno hace las cosas medio chueco pero al final por una buena causa?

O alguna pendejada del estilo fue lo que alcancé a decir.

–¡Eso, chingao! Muy bien, chavo. Así me gusta, que te descoma la lengua el ratón. Pero pues tú nomás imagínate. Me da la

oportunidad un notario de categoría y yo me siento en la quinta nube. Pero pues tarugo nunca fui. Entonces empiezo a ver cómo está la movida y todo eso, y el notario con su vida de lujo y reluciente. ¿Pues cómo iba yo a pensar que tenía algo de malo?

Y ahí sí me acuerdo clarito, yo creo que también en parte por la lucidez acelerada que sentía por el polvo del *speed* que me había dado el Agallas, que pronunció como con una voz de profeta un sermón más o menos así:

–Lo que pasa es que una cosa sí que te quede bien clara de una vez. Aunque en la transa Dios nos hizo a todos iguales, a la hora de la caída sí queda bien clarito quién es quién. Eso, que nunca se te olvide, chavo.

Y en esas veces se detenía tantito como para hacer una pausa dramática o algo así.

–Creo que alguna vez ya te lo dije, pero la palabra de un notario es como si fuera la mera ley. Entonces cuando ya después de muchos años me agarró con una maniobra que en el fondo se la había aprendido a él mismo, ya de nada me sirvió que yo también le conociera sus ondas. Porque era mi palabra de don nadie contra la suya de notario. O sea que la mera ley. Hijo de su puta madre.

Y le dio un puñetazo al escritorio que hizo retumbar los papeles desordenados, los duendes de cerámica, el brandy y la Coca-Cola ya casi vacía y sin gas. Y sobre todo para mí hizo retumbar como todos mis nervios, que sí estaban más a flor de piel por la cosa esa que me había dado a oler.

–Pero a todo perro le llega su día.

O algo así dijo, ya con voz y cara de encabronado. Ahora sí que como él mismo había dicho, se parecía a cuando Drácula se había

encabronado con Dios, y no sé si era sólo mi imaginación o mi malviaje, pero pues sí lo veía como si fuera algo así como un vampiro.

–Y ese hijo de la chingada me las va a pagar. De eso me encargo yo. Y tú me vas a ayudar. Y obvio aquí también mi Elvis. Y más te vale que no me salgas culerito, chavo, o me la pagas tú también.

Me acuerdo que empecé a pensar como mil cosas a la vez, pero ninguna se logró abrir paso como para que me animara a decirla. Creo que como por reflejo volteé a ver al Elvis de felpa, a ver si me ayudaba a decir algo. Pero nada. Sólo me acuerdo de que en mi cabeza fue como si lo viera encogiéndose de hombros, como diciéndome que él tampoco sabía ni qué pedo, ni qué debía de responder. Hasta que el Agallas interrumpió ese diálogo mudo entre yo y el Elvis de mi cabeza:

–¿Y ora qué, chavo? ¿Te comió otra vez la lengua el ratón? Mejor cambiemos de tema y cuéntame algo tú. No vaya a ser que me termine de entrar el chamuco, y para qué te cuento.

14

Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente me sentía como en uno de esos malos sueños en los que aunque en el fondo uno sabe que está soñando, la sensación de que es algo real hace que se sienta como una pesadilla. Sólo que aquí ya con los ojos abiertos justo fui viendo que sí era una pesadilla bastante real.

Me había quedado dormido en la oficina del Agallas en un sillón de tela verde muy percudida y con algunas rasgaduras, en el que sólo cabía acostándome con las piernas dobladas. Cuando fui asimilando el entorno vi que él seguía en su misma pinche silla giratoria, sólo que ahora sí con la cabeza recargada hacia atrás, jetón, pero más o menos en la misma postura en la que hasta ya casi de día había estado ahí echándome rollos de su vida y de lo que se pudiera, preguntándome de vez en cuando por la mía, para volverme a interrumpir y casi no dejarme terminar.

Era como si en el dolor de cabeza que me taladraba cada rincón de la mente escuchara todavía resonando la voz eriza del Agallas. En algún momento había ido por otra botella de Don Pedro y otra Coca de dos litros que también estaban ya medio vacías y el refresco sin gas (parecía como si las comprara en algún lugar donde se las vendieran ya así desde el principio), y le habíamos estado tupiendo sin parar, alternando con las rayas del *speed* que me había dado a probar. Luego también se acabó y el Agallas empezó a oler un trapo que mojaba en quién sabe qué sustancia de un frasquito, pero ahí sí

creo que ni él me ofreció ni yo le hubiera entrado ya de plano a la moneada.

En medio de las punzadas me venían flashazos narrados por el Agallas y su clara obsesión con el notario del que según él quería vengarse. Luego también volvía a sus anécdotas de la piedra y el locutor de radio y la onda *swinger* y no sé qué. Era como si estuviera atrapado en las mismas historias y los mismos recuerdos y que incluso en una misma noche te los fuera repitiendo una y otra vez, pero más exaltado y encabronado, pues también entre más pedo y hasta su madre de todo se iba poniendo.

En algún momento también me había contado de cómo se había hecho del departamento en esa construcción inacabada en Santo Domingo, que era al mismo tiempo su casa y oficina. Según lo que contaba, había sido a través de un sujeto de origen chino que hacía negocios con el notario, que según también ahora sí que el cuento chino que contaba el Agallas, se había hecho de ella y otras propiedades casi a precio de regalo por parte del gobierno, por haber ayudado a descubrir una red clandestina de tráfico de mano de obra barata china.

–No, chavo, si vieras al precio de ganga con el que me hice de este palacio.

Y en esas ocasiones el Agallas remataba sus frases con una sonrisa entre chueca y malvada.

–Porque pues el chinito también por otras ondas le debía unos favores al notario. Y en ese momento el notario a mí. Tons pues ya sabes cómo se arman aquí las cadenitas de la transa.

Y ya cuando se daba mucha risa a sí mismo soltaba una carcajada como de asmático que terminaba casi siempre más bien en ataque

de tos.

Y me volvía a contar lo del mundo *swinger* y el locutor de radio. Según lo que yo podía ver, y la verdad que si de por sí mis recuerdos de esos encuentros son como los de un sueño de una mala película de detectives, yo creo que también en parte por el humo del cigarro que siempre siempre envolvía al Agallas, los de esa noche son todavía más borrosos, casi como si más bien fueran ya como mi propio guion de una mala película de detectives, pero el caso es que todo lo que fuera turbio y las ondas de su supuesto negocio de gestoría le producían un particular placer:

–Por una módica suma, todo es posible en este pinche país, chavo.

Y hacía las supuestas pausas filosóficas para darse más importancia.

–Que si un colegio de curitas quiere añadir construcción donde no se debe. *No problem*, chavo. Que si un teibol quiere abrir más de las horas que le permite su licencia, y pues que yo sepa ningún teibol de por acá quiere cerrar a las dos de la mañana, ¿verdad? *No problem*, chavo. ¿Quieres que te consiga estos polvitos para oler que bien que te veo que ya les agarraste el gusto? *No problem*, chavo.

Y ya lo más loco de todo era cuando se ponía también entre místico y religioso, como si todo su rollo estuviera de alguna manera metido dentro de una especie de lucha entre el bien y el mal, o algo así:

–Nombre, chavo. Una vez que sí me pasé de chorizo, que Diosito me castiga y que se le prende fuego en plena calle a un coche que yo tenía. Ahí sí que aprendí mi lección.

–¡Como la casa rodante de Elvis luego de que tuvo su epifanía, don!

O una cosa así alcancé a comentar una de las muy pocas veces que se presentó la oportunidad de hablar también yo.

–¿Cómo dices, chavo?

Y pues le conté la anécdota de Elvis y el gurú y la nube en forma de Stalin que se convirtió en Jesucristo y todo ese episodio.

–Pues cómo no iba a ser, chavo, si es un diálogo de rey a rey.

O algo así dijo para ponerle fin al tema y poder seguir con sus monólogos.

Pero el caso es que esa mañana se repetían en mi cabeza pastosa como con eco algunos de esos fragmentos que aunque los había escuchado unas horas antes parecían venir de otra realidad distinta. Hasta que la voz rasposa del Agallas, que obviamente en algún momento se había ya despertado, me sacó del recuerdo de esa misma voz, ya para traerme a la realidad de ese nuevo día, que empezaba con sudores y escalofríos por la espantosa cruda que me cargaba, un poco como si fuera un gemelo deforme de la noche anterior.

–Levántate, chavo, nos acaba de salir un encargo.

Esto me lo dijo todavía sentado en su misma silla, con la barbilla que se le abultaba pegada al pecho y los ojos de alcancía todavía cerrados. Tenía en la mano un celular negro que agarraba como si fuera un transmisor de un mensaje secreto de esas películas de espías, o algo así.

–¿Cómo, don?

Creo que hablaba yo también con voz como de muerto viviente.

–Que me acaba de llamar un valedor de por acá que sabe que le hacemos a la botargueada. Es el cumpleaños ocho de su hijo Jonatan y resulta que les canceló de última hora Barney el dinosaurio. Así que tenemos que entrarle al quite. Date una chaineada aquí en el baño y ponte el disfraz del rey. Te veo ahorita aquí abajo en la calle.

El Agallas se paró para salir de la habitación. Se veía igual de sudoroso que yo, por el sol de mediodía que entraba por la ventana de la habitación y creo que multiplicaba como por diez veces los efectos de los excesos de la noche anterior. Yo logré bajarme del sillón y caminé como en cámara lenta hacia la botarga que colgaba de la puerta del baño y me le quedé viendo fijamente a los ojos azules con huecos del Elvis de felpa, como si le quisiera preguntar por telepatía qué chingados estaba haciendo yo ahí. Obviamente se quedó callado, pero en mi cabeza lo veía otra vez como encogiéndose de hombros, como si todavía no nos conociéramos lo suficiente como para que se animara a hablar, como luego sí empezó a hacer según mis fantasías, no mucho tiempo después.

Lo bajé de su clavo y nos metimos al baño para empezarme a poner primero el traje negro con estrellas doradas que se ponía uno como si fuera un mameluco, metiendo primero los pies en sus zapatos negros gigantes. Ya que terminé de meter los brazos y ajustarme los guantes rosas de las manos agarré la cabeza y todavía la vi frente a frente una vez más, antes de ponérmela encima de la cara toda hinchada que me había visto en el espejo medio oxidado del baño (que apenas tenía ese espejo, una barra de jabón ya muy gastada y un rollo de papel de baño igual casi acabado). Ya con el disfraz completo me volví a ver en el espejo y me acuerdo que

pensé en el contraste de lo puteado que me sentía yo por dentro con la sonrisa alegre de eterna juventud que proyectaba la botarga hacia fuera.

En la calle el sol de mediodía arreciaba el calor que se sentía al interior de la botarga y se alcanzaba también a colar hacia los ojos por las pequeñas aberturas hechas justo para que uno pudiera ver. El Agallas me esperaba ya sobre la calle Ahuanusco y cuando lo alcancé se puso a caminar calle arriba, en dirección contraria al tianguis de junto al metro Ciudad Universitaria. Íbamos recorriendo ese otro tianguis permanente de puestos y tienditas de todo tipo de la calle principal de esa parte de Santo Domingo.

Ahí seguíamos avanzando entre los puestos de ropa, discos compactos y películas piratas, juguetes, tacos y fritangas, donde otra vez una botarga de Elvis Presley no parecía atraer particular atención. Yo creo que en parte por la distancia con el exterior que metía el disfraz, más los excesos y la desvelada y el solazo de mediodía, pero el caso es que el entorno yo lo veía y escuchaba como más lento y remoto, como si fuera una realidad aparte que apenas alcanzaba a ver por los hoyitos de la botarga. Y luego detrás de los puestos callejeros también algunas construcciones se veían como inacabadas, todavía con varillas al aire o ladrillos grises sin recubrir. O en otras parecía como si se hubieran hecho en épocas y estilos diferentes, como embonadas a fuerzas en una misma estructura. O a lo mejor eran también como alucinaciones que me producía el pinche serrucho que parecía estarme abriendo la cabeza en dos. Y así hasta que en una de las callecitas laterales se veía al fondo una estructura inflable como de un castillo para juegos infantiles, y entonces supe que era ahí mero adonde nos dirigíamos.

–Ahí al fondo está la casa de mi valedor.

La voz áspera del Agallas confirmaba la suposición.

–Mi ahijado el Jonatan no se espera el reemplazo de Barney el dinosaurio que le conseguí. Se va a quedar de a cuatro el chamaco.

Dimos vuelta a la izquierda y conforme nos acercábamos al castillo inflable de muchos colores vimos a los niños que brincaban adentro y se aventaban contra la malla elástica negra que unía las cuatro torres. Unos metros antes había un portón abierto, que debía ser la casa del que creo era el compadre del Agallas, o algo así, el papá del niño del cumpleaños.

Además del imponente castillo inflable, habían decorado la cochera con imágenes de superhéroes, personajes de caricaturas y criaturas galácticas de cartón. Había también un par de tablones con manteles blancos donde estaban sentados los papás de los niños, con ollas de tamales, jarras de jugo de naranja, refrescos de dos litros y algunas botellas de tequila y de ron. Se veía clarito que el papá de Jonatan no pensaba escatimar en el festejo del que según los números de cartón también pegados por ahí era el cumpleaños número ocho de su hijo.

Justo se acercó a saludarnos una pareja de edad mediana que me pareció que de seguro eran los anfitriones. Y tal cual así era. Nos saludaron de abrazo tanto al Agallas como a mí, como si lo conocieran bien no sólo a él sino también a la botarga. Ya ni dijeron nada de que íbamos en reemplazo de Barney el dinosaurio, casi como si la botarga del Elvis hubiera sido la primera opción para animar la fiesta infantil de su hijo.

También se veía por ahí a una animadora disfrazada con un vestido y gorro blancos, con un chaleco azul que se le amarraba con

cordones laterales. En ese momento les organizaba a los niños alguna coreografía sobre una canción infantil de una araña, o algo así. Había niños con globos con formas de perros o jirafas, que de seguro la misma animadora les había fabricado. La verdad que viendo todo el tono del festejo, no me quedaba muy claro cómo encajaba aquí el espectáculo de una botarga de Elvis Presley. Y el dolor de cabeza de la cruda me seguía taladrando la mente. Creo que también por eso se me hacía más ridículo que estuviera yo ahí y en esa situación.

Los tamales que los invitados comían se veían bastante buenos y yo llevaba ya quién sabe cuántas horas sin tragar nada. Pero pues en primer lugar no hubiera sido lo más cómodo tratar de ingerir alimentos por el pequeño orificio que había tras la gran sonrisa de la botarga. Y luego sobre todo el color rosa de los tamales de dulce lo veía como más fosforescente, yo creo que por el contraste de la luz con la oscuridad de la cabezota que llevaba puesta. Me daban náuseas nada más de pensar en intentar comerme alguno. Lo que sí nos trajo la esposa del compadre del Agallas fueron dos chelas bien frías que nomás de verlas ya sabían a gloria. La mía venía con su popote para que no tuviera problema. Creo que me la tomé casi que de un solo trago y luego luego ya nos habían traído las siguientes.

Ahí estuvimos inflándole, yo más bien callado, oyendo a medias la voz rasposa del Agallas contándole los desvaríos de siempre a su compadre o a la señora del compadre o a quien estuviera por ahí cerca y tuviera que soplárselo. En algún momento nos trajeron ya unos vasos de lo que parecía tequila con refresco de toronja, y pues el mío otra vez con su popote. No sé bien cómo explicarlo pero era como si entre más borracho estuviera me sumergía más en el disfraz

de botarga, casi como si fuera una cueva muy oscura, y lo que veía y oía afuera era como un sueño tan luminoso que hasta lastimaba un poco la vista. Y eso mismo me hacía alejarme hacia dentro de mi escondite otro poco más.

Ya al día siguiente cuando tirado en mi cama fui reconstruyendo los hechos me llegó medio borroso el recuerdo de cómo el Agallas ya en plan medio agresivo en algún momento se paró y sin avisarle a nadie le puso Play al discman conectado a la bocina, y pues igual que en la vez de la fiesta anterior empezó a sonar la primera canción que venía en el compacto pirata, la de «Hound Dog». Y cómo con un empujón me orilló a que me parara a bailar frente a los invitados, o hiciera alguna gracia, aunque por suerte los niños siguieron jugando y corriendo y saltando en el castillo inflable sin pelarme mucho, y los adultos medio que me veían de reojo para ver qué gracia pensaba hacer, pero también seguían más bien platicando y metidos en sus cosas.

Me paré y caminé hacia algún punto que estuviera en el centro del festejo o algo así, y creo que por inercia iba moviéndome como al ritmo de la música. Y pues supongo que en algún lugar todavía me quedó guardado aunque fuera un poco de sentido del ridículo porque, según me acordaba al día siguiente, ya mejor me seguí caminando hacia el zaguán abierto con la cabeza abajo y medio arrastrando los pies por el cansancio y la borrachera que ya otra vez traía encima. Así me seguí ya en la calle por el camino que avanzamos de ida, pero ahora de regreso, hasta que llegué al mismo sitio de taxis de la vez pasada, sólo que ahora con todo y el traje de la botarga puesto. Yo creo que los taxistas del sitio también ya conocían al Agallas y sabían que él era quien alquilaba para eventos

la botarga, porque me subieron como si nada y un chavo que se veía más o menos como de mi edad me llevó directo hasta mi casa.

Cuando llegamos y me bajé tenía el problema de cómo sacar la cartera que traía en la bolsa de mis *jeans* para poder pagarle. Y también hasta ahí me di cuenta de que por haberme largado así de pronto me había quedado sin mi paga por la botargueada. El caso es que en pleno eje vial, ahí afuera del edificio, en pleno domingo por la tarde me quité primero la cabezota del Elvis y luego el resto del traje, que como ya dije era como una especie de mameluco, y por suerte traía un billete de cien pesos con el que alcancé a pagar al taxi.

Todavía me acordaba de que antes de entrar a la casa, yo creo que por si mi hermano o mi papá anduvieran por ahí, que por suerte luego no pasó, me quedé parado afuera con la cabeza entre las manos, y fue como si nos quedáramos viendo fijamente, como en esas escenas de películas o de obras de teatro donde el protagonista se avienta un diálogo con un cráneo o cosas del estilo. Pero según me acuerdo fue la primera vez que yo mismo llevé la fantasía un paso más allá, hasta que ya luego como que cobró vida solita, pero el caso fue que ahí empecé a imaginar en mi cabeza como si la botarga me reprochara por el espectáculo tan lamentable que acabábamos de ofrecer. Y creo también que fue la primera vez que empecé a responder en mi cabeza con frases como «¿Y qué querías que hiciera si era una fiesta infantil, pinche Elvis de felpa?» y cosas del estilo.

Recordaba ya por último haber tenido un momento de cordura en el que me puse a sudar frío entre la cruda y el miedo a estarme ya volviendo loco yo también. Así que mejor ya traté de no pensar más

y me metí lo antes que pude en mi cuarto para tumbarme en la cama y ya tratarle de poner fin a eso que se había convertido al final en una pesadilla rara que en total ya había durado casi como veinticuatro horas.

15

–¿Milena?

–Hola, Bruno. ¿Cómo estás? Oye, ¿quieres venir el viernes conmigo al cine? Hay un ciclo de clásicos contemporáneos y van a pasar *Blue Velvet*, la de David Lynch.

–Hola. Sí... claro. ¿Dónde es?

–En la sala José Revueltas del Centro Cultural Universitario.

–Ah... Es en la UNAM, ¿verdad?

–No, es en el Castillo de Chapultepec.

Carcajada silenciosa de Milena.

–¡Sí! Claro que es en la UNAM. Mira. Si quieres mejor nos vemos a las tres en los bigotes gigantes que están afuera del metro y de ahí podemos caminar al cine. ¿Te late?

–Sí. Sí. Claro...

–Bueno. Ahí te veo, Bruno. Un beso. Chau.

Clic.

Poco más de dos semanas después de nuestro encuentro en la fiesta finalmente me había armado de valor para marcarle a Milena. La euforia inicial que me invadiera al grado de no conseguir llamarla se había desinflado por los recientes sucesos de mi vida, hasta llevarme como a un estado donde no tenía ya nada que perder, así que más bien la llamaba desde el otro costado emocional. Desde el chingue su madre. Total, el vete-a-la-verga-por-hablarme-más-de-dos-semanas-después, ya lo tenía. Pero la frescura de la voz jovial

con la que contestó el teléfono hizo parecer como si nos hubiéramos visto la noche anterior. Yo no tenía idea de quién fuera ese tal David Lynch, ni jamás había pisado la sala José Revueltas, o siquiera el Centro Cultural Universitario, la verdad, y no sabía a qué bigotes gigantes afuera del metro se refería («¿Metro C.U., verdad?», no me atreví ya a preguntar). Pero habría ido con ella a Bellas Artes a ver un espectáculo de *ballet* acuático si me invitara. Me quedaban poco más de 48 horas para tratar de informarme un poco en internet y no quedar como un tarado.

El viernes me puse en marcha con anticipación para que no se me fuera a hacer tarde. El mismo recorrido por el Eje 6 hacia el metro División del Norte para tomarlo con rumbo a C.U. Sólo que aunque estaba ahí al lado de donde había vivido mis recientes aventuras del submundo, ahora iba a un lugar muy distinto. O eso esperaba. Al bajar por las escaleras del metro hacia la avenida traté a propósito de no voltear ni con la vista ni con la mente hacia el otro lado. Quería evitar la contaminación de la imagen de Milena con mis recuerdos del mundo turbio que ni yo entendía por qué me atraía tanto. Que pues, como siempre, la poca lana que sacaba con lo de la botargueada no me caía mal, ni tampoco es que tuviera algo mucho mejor qué hacer.

Atravesé la frontera para entrar a Ciudad Universitaria. Crucé la primera calle interior por el paso de cebra de la parada de autobuses de la UNAM, el Pumabus. Bordeé la reja que rodea por un lado al camellón empastado donde está la escultura a la que jamás había puesto atención, y me puse de pie en medio de las dos torres cilíndricas con bigotes a esperar a Milena. Faltaban unos minutos para las tres de la tarde, la hora a la que habíamos quedado.

Pronto vi su silueta delgada aproximándose por el otro lado. Seguramente venía de la Facultad de Filosofía y Letras. Traía unos *jeans* ajustados y una camiseta negra con una estrella roja estampada en el centro. El cabello de nuevo caía como una cascada negra detrás de las orejas. Creo que por reflejo alcancé a secar mis manos sudorosas en mis propios *jeans* antes de tenerla enfrente.

–Hola, Bruno. Te ves muy guapo. ¿Sabes que se puede subir a los bigotes por una escalerita en el interior? Ahorita no, porque nos verían, pero si quieres otro día.

O algo así me dijo antes de saludarme con un beso tronado en el cachete. Alcancé a balbucear algún tipo de hola-tú-también-te-ves-muy-guapa y empecé a caminar a su lado, tratando de que no sé cómo pareciera que yo también conocía el camino. Creo que pensó por mi mirada al suelo que me fijaba en sus botas negras porque dijo:

–Son mis botas multiusos. Lo mismo sirven para marchar que para ir de fiesta. Me las compré hace años, justo antes de mi primera marcha del 2 de octubre. Un amigo ya más veterano en esas ondas me dio el consejo. Son mucho más útiles para escapar de la tira porque no se zafan tan fácilmente como los tenis si te tienes que echar a correr. Y pues ya si llega a hacer falta por cualquier cosa tirar patadas...

Irrumpió en esa carcajada espontánea que tanta fascinación me causaba.

–¿Tú alguna vez has tenido pedos con la tira?

Eso me lo preguntó mientras veía mis tenis negros de pambolero, como si fueran una evidente respuesta a su pregunta. O eso me sugirió mi nerviosismo.

Casi al instante de comenzar la anécdota me arrepentí, pero era demasiado tarde, así que ya mejor me seguí de corrido desde el principio. Fuera de los roces con la tira, que se producían cada vez que la policía paraba al Pavo manejando ahogado de borracho, que de una u otra forma siempre se habían solucionado con una mordida en efectivo o en especie –las chelas que trajéramos en el coche, una chamarra o una gorra–, la única vez que estuve esposado y en la patrulla había sido en 1993, a mis quince años, la segunda vez que Guns N' Roses viniera a tocar al Distrito Federal, en el Palacio de los Deportes: «Señor, señor. ¿A usted le encantan los greñudos mugrosos medio jotorrones esos de los Guns N' Roses, verdad? Pues júntese con su padre y verá lo que es bueno». Según mi papá, tenía un amigo muy bien parado en Ticketmaster que me iba a conseguir los boletos. No es que si no yo de todos modos tuviera el dinero para comprarlos. Ni él tampoco, obviamente. El chiste es que a falta de una mejor opción y por pendejo, le creí que él me los iba a conseguir, y pues claro que estiró la mentira hasta el mero día del concierto, cuando para según él zafarse del pedo inventó algún drama de un negocio fallido donde le habían jugado chueco o alguna pinche vieja culera que –obviotambién le había jugado chueco. Para acabarla de chingar, como futuro psicópata potencial, mi pinche hermano era bien obsesivo y se había organizado con tiempo y a sus tiernos trece años había sido capaz de hacer chambitas para comprarse su boleto, y pues iba a ir con su bola de amigos igualmente psicopáticos, que aunque según ellos que su ídolo máximo era Kurt Cobain, bien que querían ir a dar de gritos y brincos con su archirrival, el Axl Rose. Ya luego, cuando al año siguiente se mató Kurt se volvieron bien puristas y la afrenta hubiera

sido impensable. Pero eso es otra cosa, alcancé a aclararle a Milena, creyendo que seguramente estaba pensando que yo era el güey más imbécil que jamás hubiera conocido. Pero no quedaba más que seguir adelante con la historia. Así que el caso es que me tragué la humillación y me les pegué con la esperanza de conseguir boleto ya muy barato en la reventa, aunque fuera ya empezado el concierto. Pero pues las chelas previas en la casa hicieron efecto y llegando al Palacio de los Deportes tenía unas ganas de mear que me reventaban la vejiga. Por andar buscando boleto, que nomás no encontraba porque la pinche reventa estaba carísima, me aguanté las ganas hasta que ya no podía ni caminar. Todavía intenté ir a unos cafecitos en los alrededores del Palacio, que por lo mismo del concierto estaban mandando a la chingada a todos los meones potenciales como yo que nada más quisieran usar el baño sin consumir nada. El caso es que no tuve más remedio que hacer entre dos coches estacionados en una callecita, y que me cae la tira como en dos segundos. Como además apestaba a chela, el poco dinero que llevaba para el boleto no fue suficiente para evitar la pantomima de que me treparan a la parte trasera de la patrulla, con todo y su rutina de policía bueno-policía malo región 4, y me decían que si iba a valer madres, y que ya iba a quedar fichado de por vida y no sé qué. Ya cuando los puercos vieron que de verdad no traía ni medio centavo más, ni tenía al parecer algún familiar al cual pudiera hablarle presa del pánico para que viniera a ayudarme, me soltaron con un par de zapes de despedida. Todavía de iluso corrí al Palacio a ver si de cagada lograba entrar y casi que fue peor, porque los de seguridad, yo creo que por miedo a un portazo, habían dejado pasar la reja de afuera a los que no traían boleto y me pude meter a la

boca de la entrada de uno de los túneles, donde se alcanzaba a escuchar un hilito de música. Y pues obvio que en «Don’t Cry» todos los ahí congregados nos pusimos a chillar, pero en mi caso, yo más por pensar en lo cabronsísimo que se estaría escuchando ese rolón ahí adentro.

¿Para qué le estaba contando a Milena esa anécdota tan pendeja? Y pues lo peor es que seguía atormentándome mientras la alargaba quizá más que nunca de las mil veces que la había contado antes. Ella me invitaba a ver una película de David Lynch, que según internet era cine de arte y de vanguardia y no sé qué. Luego me sacaba el tema de las protestas y la marcha del 2 de octubre. Y yo en respuesta salía con mis pendejadas de cuando me agarró la tira meando afuera del Palacio de los Deportes, antes de un concierto de Guns N’ Roses. Si se hubiera dado la vuelta e ido en dirección contraria, lo hubiera entendido perfectamente.

Pero creo que fue al revés y desde ahí le empecé a dar ternura. Ya medio me había insinuado en la fiesta que estaba hasta la madre de que le parecía muy pretencioso su ambiente, pero pues sea como sea, estaban clavados en el rollo de los zapatistas y demás, y yo no lo sabía entonces, pero ya mero se venía la huelga estudiantil de la UNAM, con todo lo que significó para Milena. Y de rebote, para mí. Pero el caso es que en esa nuestra primera cita, después de conocernos en la fiesta, cuando íbamos ya a la altura del Espacio Escultórico, cuando terminé la anécdota me detuvo para besarme justo con mucha ternura. Y yo, como me sucedió con ella desde el primer instante hasta el último, no podía creerlo. Anduvimos caminando casi cintura con cintura hasta la explanada del Centro Cultural Universitario y bajamos las escaleras hasta la explanada

inferior, donde están todas las salas, y dimos vuelta a la derecha para dirigirnos a la José Revueltas. Yo por pendejo ni había pensado en los boletos del cine, pero resultó que Milena ya los había comprado.

Cuando tomamos nuestro asiento, como para hacerme el inteligente le dije algo que leí en internet en la computadora de la casa, de que David Lynch decía que para hacer arte primero empezabas por poner atención a lo que amabas y que ya después se convertía en un sueño. Milena me miró con una sonrisa de qué-pinche-farsante-eres-hijo, pero se rio y me dio otro beso justo antes de que comenzaran a proyectar *Blue Velvet*, o *Terciopelo azul*, para los cuates. Yo no sabía que literalmente estaba ante las puertas de una dimensión para mí desconocida.

A lo largo de la proyección salía momentáneamente del trance en el que te metía la película para pensar en cosas que sonaran inteligentes para comentarlas con Milena al terminar. La verdad es que fuera de la trama más policiaca de los crímenes, madrizas y asesinatos, no entendí una chingada de la parte más conceptual. Pero pues obviamente sí reconocí la canción del Roy Orbison, que era más o menos de la rodada de Elvis, la de «In Dreams», así que cuando vi la escena esa bien loca donde un como mimo hace *playback* de la canción, pensé que le diría a Milena algo de que todo eso era tan absurdo como un sueño poblado por personajes terroríficos, como importados de otro sueño hacia los bajos fondos de esta realidad, o alguna mamada del estilo, para no quedar como un idiota que no había entendido nada.

Al terminar la película Milena se levantó como resorte y comenzó a caminar hacia la salida de la sala. Yo me apresuré a seguirle el paso.

Salimos a la explanada del Centro Cultural Universitario, donde está la sala Neza y las demás, y siguió caminando en silencio hacia el estacionamiento situado del lado contrario por el que llegamos, con su morral multicolor colgado del hombro. Intenté iniciar conversación un par de veces, hasta que la segunda me pidió con una señal de la mano que por favor le diera un momento. Creo que como para compensar por el silencio me tomó de la mano para guiarme a través del estacionamiento que estaba del lado contrario por el que llegamos, luego por la avenida que rodea el complejo cultural, hasta doblar a la izquierda en una calle más angosta, que desembocaba en un área verde con pasto amarillento y descuidado al comienzo, donde más al fondo había una estructura gris de concreto, triangular, como con forma de pirámide invertida. A un lado había otras cuatro estructuras iguales que se iban haciendo más pequeñas, como si fuera una cascada pero de piedra gris. Al interior de la escultura principal quedaba una como cueva que se iba estrechando en triángulos de menor escala. Nos agachamos y Milena me condujo hasta lo más profundo donde cupiéramos sentados. Sacó una especie de sarape para ponerlo debajo y una pachita metálica a la que le dio un buen trago antes de pasármela. Era mezcal. Me pareció que estaba buenísimo, aunque tampoco es que fuera una bebida que hubiera probado tantas veces. Y por fin Milena rompió su silencio:

–Ay, ahora sí. Creo que esta cueva es uno de mis lugares favoritos del mundo. Tienes suerte de que te haya invitado tan pronto, ¿eh?

Lo último ya lo añadió mientras pasaba la mano por mi pelo largo.

Afuera el atardecer pasaba por tonalidades de amarillo, naranja, rojo y rosa, por lo menos, como si la cueva de Milena y su oscuridad

estuvieran ubicadas en otro plano de la realidad. Que así fue como me sentí con ella desde el primer momento de conocerla.

Lo que ocurrió hasta que tuvimos que irnos de ahí ya de noche cerrada, antes de que fueran a cerrar las rejas de Ciudad Universitaria, lo recuerdo como el sueño del sueño del sueño más maravilloso que yo hubiera soñado hasta ese día.

Primero me contó que para ella las películas que había visto de David Lynch eran lo más parecido que conociera a un viaje directo al inconsciente. Ahí aproveché para decirle lo que preparé durante la película, lo de los personajes importados de un sueño terrorífico al sueño de la realidad y no sé qué. Para mi sorpresa, no le pareció una gran pendejada, y me citó a un pensador francés cuyo nombre no registré y me dio pena preguntar, que decía que la razón por la que las películas de gánsteres y policiacas nos atraían tanto era que en ningún lugar la vida era tan viva, con lo malo y con lo bueno, como en los bajos fondos. Por eso nos gusta tanto pasearnos con la imaginación por los bajos fondos, dijo ahí sí ya Milena. Por eso en un libro llamado *Diccionario del diablo* (en ese momento tampoco registré el nombre del autor, pero sí se me quedó grabado el título, y pues ya que lo busqué en internet vi que el autor se llamaba Ambrose Bierce y que contaba la leyenda que había muerto misteriosamente uniéndosele a Pancho Villa en la Revolución Mexicana y no sé qué cosas más del estilo) se decía que la imaginación era un almacén del que los poetas y los mentirosos son copropietarios, siguió. Y eso es lo que le fascinaba de Lynch. Que agarraba la mentira de la vida rutinaria de cualquier pueblo gringo tan gris como el siguiente, y nos enseñaba las pulsiones locas de sus bajos fondos, en especial de los deseos y temores de la gente

común, o sea todos nosotros. Que si lo mirabas bien, como Lynch hacía, de comunes no teníamos nada.

Entre la oscuridad de la cueva que resaltaba los rasgos de hada juguetona de Milena, los tragos de mezcal y sus palabras intoxicantes, yo me sentía como si fuera un espectador suertudo que al mismo tiempo vivía y contemplaba la escena situado desde fuera. En algún momento comenzó a besarme con sus habituales mordidas ligeras. Luego fue agarrando mayor intensidad, hasta que ya desnudos me empujó ligeramente por los hombros para recostarme sobre el sarape y se puso encima de mí. Con los ojos cerrados, el pelo enmarcándole la cara y las manos en sus propios muslos, se movía desde las caderas como si flotáramos en una galaxia hecha solamente para que flotáramos en ella nosotros dos. Con la inercia de los espasmos se acercaba para besarnos y yo la agarraba de la parte de atrás de la cabeza, como si no quisiera soltarla nunca más, hasta que con una sonrisa de ojos cerrados regresaba a la posición alzada, siempre con su cadera llevando el compás. Hasta que terminamos juntos con un espasmo más súbito, y luego vinieron otros pocos más. Y su espalda arqueada y la cabeza hacia atrás se quedaron como inmóviles un momento, como si fueran un paso hacia el reposo. A mí me faltaba el aliento y las palabras para siquiera empezar a formular lo que acababa de ocurrir.

Nos quedamos dormidos unos minutos hasta que el silbido del viento que resoplaba por la cueva era una clara señal de que había llegado la hora de irnos.

Como si fuera uno de esos campos energéticos con un hechizo o algo así, en cuanto salimos del triángulo de concreto invertido, algo cambió en Milena. O en mí. O en los dos. Pero pues no digo la típica

cosa que siempre se dice de la frialdad o la distancia que viene después del sexo, ni tampoco es que yo tuviera tantísima experiencia en el asunto, porque la verdad creo que casi fue lo contrario, como si por turnos se hubiera abierto algún hueco en los dos, que ya no hubiéramos podido cerrar, y eso hacía que nos acercáramos para tratar de que no se desbordara. O algo así se me figura que pensaba y sentía en ese momento cada vez que me acuerdo de esa tarde tan memorable.

Mientras nos dirigíamos a la salida de C.U. que da a Avenida del Imán, para caminar juntos y abordar el metro, o eso pensaba yo, retomó el tema de *Blue Velvet*. Me dijo algo como que esconderse en el clóset y el voyerismo eran muy importantes en el desarrollo de la película, pero que para ella lo principal no era tanto la realidad de las escenas vistas desde un escondite, sino más bien lo que la trama revelaba como deseos inconscientes y cotidianos de los protagonistas, incluidos los más violentos o sádicos o masoquistas. O algo así me acordaba yo después que me había dicho. Que aunque por hipócritas normalmente no lo aceptamos, siguió diciendo, todos los tenemos en mayor o menor grado, aunque fuera a nivel de fantasías inconscientes. Y entonces cuando llegaba la calma final y regresaba la vida habitual de la carne asada familiar y el bombero que saluda sonriente por la calle, ya habían quedado muy claras las capas de anormalidad sobre las que descansa lo normal cotidiano.

Yo no entendía una chingada pero ponía rostro pensativo entre para tratar de sí entender, y también para que pareciera que al menos algo registraba. Después me preguntó yo qué hacía, y como habíamos pasado muy rápido por compartir algo muy íntimo, no

quería mentirle, pero eso tampoco significaba decirle toda la verdad. Le conté un poco de mi vida familiar, del pendejo de mi papá, de que por lo mismo de todo el desmadre familiar yo iba un poco atrasado con la prepa abierta, pero que ya tampoco me faltaban tantas materias, y ya nada más que la terminara podía estudiar una carrera universitaria. Por ejemplo, Comunicación, y obviamente traté sobre todo de explayarme con lo de mi fantasía del programa de radio de «El hotel de los corazones rotos». Pero tampoco es que Milena mostrara gran entusiasmo con la idea. Ni que no, pues. Más bien creo que los dos estábamos agotados. Así que obviamente no le comenté sobre mis más recientes ocupaciones clandestinas. Aunque, quién sabe, ahora pienso que por los rollos esos del voyerismo y lo oculto bajo la normalidad y no sé qué, igual y hasta le hubiera resultado interesante tanto el rollo de la botarga como lo de la ambulancia. Pero en ese momento yo no quería quedar como un gañán sin futuro alguno.

No sé bien cómo pero la conversación se dirigió hacia lo que me explicó que se llamaba el doble vínculo, que eran las exigencias contradictorias que nos ponía la educación o la sociedad o la familia o quien sea, que podían terminar literalmente enloqueciendo a la gente, como le pasaba a muchos esquizofrénicos. O incluso conducir al suicidio, como le había sucedido a Sylvia Plath. Creo que esa fue la primera vez que la mencionó. No me acuerdo si ahí me contó que estaba escribiendo sobre ella su tesis de licenciatura en Letras Inglesas, pero sí recuerdo que me dijo que desde sus diarios de juventud, y luego en sus poemas y en su novela *La campana de cristal*, un tema constante era la tensión entre que quería desarrollar su talento literario, por un lado, y por el otro tener que gustarle a los

chicos, buscarse un buen esposo, formar una familia y demás. Y tanto ella como la heroína de su novela habían sufrido un quiebre psicótico y sido internadas en un hospital mental y toda la cosa. Pero a mí no me va a pasar, dijo Milena. A mí no me va a pasar. Que al menos nos sirva de algo aprender del pasado, o algo así añadió.

Estábamos ya al pie de la escalera para subir al metro y hasta entonces me di cuenta de que estábamos detenidos, porque al parecer ella no iba a tomarlo con dirección a Copilco, como yo lo había pensado. Me abrazó por largos segundos con la cabeza descansando sobre mi hombro derecho. Yo pasaba los dedos hacia abajo por su cabello, sin saber qué más decir. Me plantó un beso de despedida igualmente duradero y dejó en mi mano un papelito antes de irse caminando ya bajo la noche cerrada y los coches que pasaban esporádicos a toda velocidad. Era otro fragmento del *Tao Te Ching*:

> Lo blando puede a lo duro
> Lo lento puede a lo rápido
> Que tus obras permanezcan en el misterio
> Muestra sólo a la gente el resultado.

Durante el camino a mi casa lo fui entre leyendo y memorizando y repitiendo en mi cabeza como mantra. Y pues intentando descifrar qué me pudiera decir. También me preguntaba cuándo volvería a ver a Milena. Y si tendría el valor suficiente para decirle si nos podíamos volver a meter juntos a la cueva que me había descubierto esa tarde. Y de preferencia no abandonarla ya nunca más.

16

Pasaron unas pocas semanas de relativa calma que ya a la distancia pudieran considerarse como una especie de ojo del huracán, aunque en realidad ni fueran ojo, ni lo que vino después, huracán. Sería más bien un poco como si esa persistente lluvia ligera del Distrito Federal a la que se le conoce como «mojapendejos» hubiera dejado de mojar un tiempo. O que gracias a Milena no me diera cuenta de que seguía mojándome, hasta que ya después los nubarrones negros se juntaron de chingadazo para propiciar un aguacero que cayera de lleno únicamente sobre mí, como la típica imagen de la desgracia que aparece en las caricaturas.

En lo de la ambulanceada, había acompañado al Deivid algunas veces en ese tiempo. Precisamente en una de esas había ocurrido el episodio ese que ya conté, el del chavo atropellado en las afueras de C.U., que cuando me pasé a la parte de atrás a hacerle el paro, resultó que era el Fredy, el poeta conceptual amigo de Milena. Que fue cuando por reflejo me eché a correr por el Eje 10 con la botarga de Elvis puesta, y ya después no lo pensé más, ni en ese momento le di mayor importancia. Hasta que tiempo después el episodio contribuyó a que todo valiera madres. Pero fuera de ese incidente, las demás veces, entre que el Deivid no pescaba ninguna señal pirata, porque pues se la pasan cambiando los códigos de no sé qué (a veces sus contactos le fallaban para pasarle bien los nuevos y yo creo que para igual bajarle una lana de todos modos le pasaban

otros que a la mera hora no servían), o llegábamos a la escena del percance los segundos o terceros, pues el caso es que nada de nada.

Pero lo que sí es que esa mamada de dibujar en el papelito el accidente potencial y luego quemarlo, volvió a funcionar, sólo que fue justo una de las veces que llegamos ya tarde a la escena del siniestro. Fue la única vez que vi al Deivid ponerse como energúmeno, y me decía que si por mi pendejada de no señalarle bien la ruta más rápida habíamos desperdiciado la ayuda del chamuco y no sé qué más cosas del estilo. Yo no le contesté, en primer lugar porque para qué, y en segundo porque no es que yo no creyera en el poder de la magia negra y esas ondas, pero pues, ya entrados en gastos, el Deivid me parecía un hechicero bastante mediocrón, y yo creo que en dado caso hasta el chamuco debe de tener su nivel de exigencia para aceptar a sus aprendices. Y luego, si en esta pinche ciudad un viernes por la noche invocas un choque culerísimo que deje heridos, o invocas por ejemplo un atropellado, pues la verdad es que no hace falta ser discípulo de Satanás para que se cumpla. Pero entre la posibilidad de ganarme una lanita como sea sí echándole la mano a gente en desgracia, y también como previo emocionante a la pedota que normalmente terminábamos por ponernos en mi casa el Pavo y yo, a veces con gente como el Perrera, y en estas otras incluido el Deivid, pues no estaba mal. Yo seguía más que nunca con la idea del programa con radionovela incluida, el de «El hotel de los corazones rotos», y pues pensaba que entre más situaciones y personajes extremos y aventureros, mucho más material tendría después para la escritura de los guiones.

Y ya después del incidente de lo del Fredy, no sé si de alguna manera que yo desconociera relacionado con eso o qué, pero el caso es que las apariciones públicas de la botarga de Elvis también se mantuvieron en pausa durante un tiempo. Y es que a pesar de que estaba impreso en la lona colgada de la fachada, la que anunciaba «Agallas y Asociados», nunca apunté el número telefónico del Agallas, en buena medida también porque creía que parte del trato era que me llamara siempre él, lo cual pasaba más o menos seguido, yo creo que un poco para no perder el contacto y que le fuera yo a chingar al muñeco que por el momento en general descansaba bien guardadito. (El pendejo de mi hermano nunca mencionó nada, como si fuera lo más habitual del mundo tener a un Elvis de felpa ahí encorvado en nuestro clóset compartido. Sólo por hacerse el chistoso, o por chingar la madre, un día le puso en la cabezota una de sus múltiples camisetas de Nirvana, poniendo cuidado en que la carita feliz de ojos de cruz y lengua de fuera quedara bien centrada sobre el rostro de Elvis, como si aunque el menso del Yorch no lo supiera, estuviera marcando un cambio generacional en el paso del tipo de la sonrisa de una época, la del Elvis, a otra muy distinta, la del Kurt.)

En algunas ocasiones el Agallas me tenía al teléfono un ratote, hablando sus incoherencias sin parar, mientras cada tanto se le escuchaba esnifando unas rayas, o de plano yo creo que moneando con su trapo mojado, como aquella vez en su oficina. Se aclaraba la garganta y tosía como tuberculoso, yo creo que porque no dejaba de fumar uno de sus cigarros sin filtro tras otro. Me repetía sus historias de cuando él y su amigo locutor de radio famoso cuyo nombre jamás me contó eran lo que él llamaba los juanes camaney del mundo

swinger. Tampoco se lo dije nunca, pero eso de que él sí llevaba a su esposa de entonces, la Jarocha, y su amigo más bien llevaba amigas, a mí me sonaba como un plan del locutor para coger con la Jarocha sin salir perjudicado. Pero pues ni era mi problema ni tampoco probablemente era nada de eso del todo cierto. O a saber dónde quedaba la frontera entre la realidad y los delirios de ese extraño personaje que parecía ser el delirio mismo.

Y cada vez más insistente con el tema del notario que le había primero dado y enseñado todo, para luego quitárselo de madrazo y sin decir agua va. Pero ya le venía su momento. Y aquí sí que no deliraba el Agallas, aunque el momento que habría de llegar tenía sus propios planes, pero para eso faltaba un poco más de tiempo, aunque ya tampoco tanto.

Milena y yo también nos veíamos o hablábamos más o menos seguido. A veces tenía tiempo tan sólo para un encuentro breve, como comer en las quesadillas gigantes de la Facultad de Psicología, las famosas psicoquecas. Por consejo suyo probé la de chile relleno, y ya después no la dejé de pedir. Pero en la UNAM ya se sentía muy enrarecido el ambiente por la huelga que estaba a punto de estallar. Milena estaba obviamente no sólo al tanto de la situación y los motivos del conflicto («Estos culeros quieren imponer las cuotas dizque voluntarias como primer paso para luego aumentarlas y terminar por llevar a la UNAM hacia un modelo estilo universidad privada»), sino que conocía bien a los que serían los líderes del movimiento en su facultad. Yo no tenía gran idea del tema y escuchaba en la radio y televisión la propaganda contra el movimiento estudiantil y su oposición a las cuotas («Parásitos y fósiles que ni estudiantes son»; «Lo que es gratuito no se valora»;

«La sociedad se ha modernizado y hay que actualizar ideas utópicas como lo de la educación gratuita, que ya sabemos bien dónde acaban»), pero escuchaba con cuidado a Milena y por supuesto le creía más a ella, aunque también por supuesto mi papá ya bien pedo repetía como merolico, y como si fueran ideas suyas, lo que escuchaba en los noticieros de la televisión. Sólo que a diferencia de estos, su ira de borracho podía manifestarse sin pasar por filtro alguno: «Huevones greñudos mariguanos buenos para nada». «¿No has visto que en las ofertas de trabajo ponen que los mugrosos de la UNAM ni se presenten?» «Si hubiera políticos con los huevos bien puestos, como los de antes, otro gallo cantaría. Se ponen las cuotas y a chingar a su madre. Y si salen con lo de su huelguita, les avientas al ejército como en Tlatelolco, y en dos horas está abierta la universidad. Y de paso encarcelas a todos los pinches parásitos revoltosos, igualito que en Lecumberri, y que se queden los que sí quieren pagar lo que cuesta su educación y estudiar». Y así seguía de manera interminable. Me daban ganas de copiarle a mi hermano y encerrarme en el cuarto con los audífonos a todo volumen para poder ignorarlo, pero por una mezcla de miedo y lástima por lo general me tocaba a mí soplarme sus rollos. Que en realidad eran más o menos variaciones de un único gran discurso general, que giraba en torno a las oportunidades fallidas para hacerse rico con negocios que fracasaran ya sea por una traición o una imposible mala suerte: «Señor, señor, el Acuamán tenía línea directa con el mero candidato, y por confiadotes nos aventamos a hacerle las playeras y tazas y pines para su campaña, pensando que ya como diputado nos iba a ir de lujo, y que pierde inesperadamente y nos quedamos con la pinche deudota. Me cae que no se vale, señor». O

a la ingratitud de la pinche cocodrila A, B, C ó D, que pese a que él le había dado todo, lo traicionara también mandándolo a la chingada. En fin. Nada nuevo bajo el sol.

Pero el nuevo sol o meteorito o cometa o estrella fugaz era Milena. Cada encuentro con ella me descubría un nuevo gesto, una nueva risa, un nuevo conjunto de ideas y puntos de vista que le hacían cortocircuito a los que a mí hasta ese entonces me hubieran alguna vez pasado por la cabeza. Y yo creo que por lo mismo de la tensión en el ambiente de la UNAM no me había vuelto a llevar a la cueva de la pirámide hueca. Un día quedamos para tomar unas cervezas en el centro de Coyoacán y otro día me invitó a ver tocar a unos amigos suyos en un bar medio rascuache llamado Caribe, que estaba junto al tianguis que delimitaba la entrada a Santo Domingo. Me llamó la atención que las paredes estaban cubiertas con cartones de huevo, según que para que no rebotara tanto el sonido. En una rola que luego me dijo era de una banda de culto de punk peruano de los setenta, o algo así, se armó un pequeño *slam*, y con todo y su frágil cuerpo ahí estaba Milena dando y recibiendo aventones con su cara de hada traviesa. Y sus dichosas botas para enfiestar y para marchar. Otro día me invitó a su casa a ver una película. Vivía con su madre en una de las unidades habitacionales aledañas al metro Copilco, en un departamento de tamaño muy parecido al nuestro, sólo que luego luego se notaba que estaba más limpio y ordenado, como si las dos personas que ahí vivían, a diferencia de nosotros, no vivieran embrutecidas o en el monólogo resentido la mayor parte del tiempo. Cuando terminamos de ver la película que era parte de una trilogía de un director polaco, o algo así, y la cosa se empezó a encaminar hacia que volviéramos a coger, creo que notó mi

nerviosismo porque me dijo que no me preocupara. Su madre trabajaba como enfermera en un hospital del IMSS y ese día tenía el turno de la noche. Me hice pendejo asintiendo, como si mi nerviosismo se debiera a eso en lo que la verdad ni siquiera había pensado. Más bien era que por contraste con Milena, mi eterna sensación de ser un pobre diablo se volvía mucho más fuerte. Y pues nomás hubiera faltado fallar en lo sexual para entonces sí quedar como un pendejazo.

En general yo intentaba que ella llevara la batuta de cuándo y dónde nos veríamos, qué haríamos, de qué hablaríamos y demás. Uno, para no ahuyentarla. Dos, porque fuera de cosas más cotidianas en las que se nos iba la conversación, ¿de qué le iba yo a hablar, si lo único interesante de mi vida (por llamarlo de alguna manera) era precisamente de lo que no se podía hablar? Tres, porque me maravillaba verla y escucharla, creo que sobre todo por esa vitalidad tan contagiosa que donde más se aterrizaba era en la carcajada en la que irrumpía a la menor provocación. Y, cuatro, cinco, seis y más, porque pues, sí en parte por su carrera y su gusto por la lectura, y por lo de la novela que estaba escribiendo (de la cual casi no le gustaba hablar), y toda su onda con la filosofía y el cine y el teatro y la música y todo eso, el caso es que me descubrió que aunque yo o personas como yo no lo supiéramos, eran cosas que terminaban por tener mucho peso en la realidad y en nuestras propias vidas. Por ejemplo, me decía que habían existido en las últimas décadas pocos movimientos políticos como el punk y su poética de la destrucción. Y pues ahora que se venía la huelga y las banderas rojinegras y el anarquismo y todo eso, pues justo no era para ella una pose, sino su misma realidad. Y ya llevándolo más al

plano individual, me acuerdo perfecto de una de esas primeras veces, mientras comíamos unos tacos ahí por avenida Aztecas, que me contó, yo creo que ya pensando en la huelga y en lo que le tocaría hacer, del filósofo Schopenhauer y la libertad y el carácter y el destino de cada quién.

Si no recuerdo o entendí mal, lo que me dijo fue más o menos que así como en los moluscos o los mismos animales, incluso según iba aumentando la complejidad de los organismos, era muy claro que estaban determinados por el instinto y su naturaleza, pues para Schopenhauer en el caso de los humanos era exactamente lo mismo. Pero exactamente, no en ningún sentido figurado, eso sí me acuerdo bien que señaló. ¿O sea, cómo?, o algo así pregunté yo. A ver. Si acorralas a un escorpión, pues no es que pueda decidir entre clavarte el aguijón o no. Si le pones un bistec jugoso a un perro, pues no es que tenga la opción de comérselo o no. Y así sucesivamente. Pues bueno, según Schopenhauer, lo mismo sucede con nosotros, sólo que porque en efecto somos más complejos nos contamos historias para creer que somos libres para decidir pero, según su teoría de la libertad, en realidad esta es nula, y estamos tan absolutamente determinados en nuestros actos como una anémona en los suyos.

¿Y entonces?

¿Entonces qué?

¿Qué nos queda por hacer si estamos determinados?

Descubrir nuestro carácter.

¿Cómo?

Pues sí. A través de nuestros actos sabemos quiénes somos. Y nos podemos llevar sorpresas inesperadas. Para bien o para mal, dijo,

palabras más, palabras menos, Milena. Que eso decía Schopenhauer. Que la única libertad a nuestro alcance es la de ir descubriendo quiénes somos en realidad. Que no necesariamente era quienes nos habían dicho o quienes creíamos ser, creo que añadía ahí sí ya Milena.

Podrá parecer pendejo, pero para mí fue toda una revelación. No sólo porque obviamente eran cosas que jamás había pensado. Sino más bien por lo que me decía de mi propia vida. O de mi carácter. Qué tal que el futuro revelaba que yo no era el bueno para nada que siempre se había asumido que era. Empezando desde luego por mí.

Así que lo primero para salir de la nada existencial y convertirme en algo, pues era precisamente ser o hacer algo. Así que me puse a ver bien el temario de la prepa abierta, las fechas en que sería realista ir presentando los exámenes, y para cuándo podía conseguir mi pinche certificado. Ya después vería si hasta podía intentar estudiar una carrera, por ejemplo Comunicación en la UNAM. Aunque no era la misma facultad de Milena, porque me había dicho que esa carrera estaba en la de Ciencias Políticas (sepa la chingada por qué ahí), yo creo que seguro me podía echar la mano con la onda del examen y eso, para intentar entrar, aunque ella había tenido pase directo por venir del mismo sistema de prepas de la UNAM, el CCH.

Yo le daba la menor información que pudiera de mi vida, pero no por querer hacerme el misterioso, sino porque incluso lo que sí podía contar me daba mucha vergüenza. Pero la verdad que esa inseguridad era puro asunto mío, porque jamás me había dicho nada culero. Porque no era ella de esas personas que necesitan presumir

su inteligencia o cualquier otra cosa para sentirse mejor a costa de la inferioridad de uno. Antes más bien diría yo que lo contrario.

Y pues por primera vez intenté ahora sí ponerme a escribir la idea que tenía para el programa de radio y la radionovela y no sé qué más. Luego había escuchado en algunas estaciones que transmitían convocatorias para contratar voces jóvenes, y no se perdía nada con intentarlo, pero obviamente había que tener primero algo con lo cual lo pudiera intentar.

Me senté un par de veces según yo a tratar de concretarlo, pero no logré escribir ni media palabra. Ya luego me diría Milena que eso se llamaba el vértigo de la página en blanco. Según ella era el principal obstáculo de entrada al que se enfrentaba quien quisiera escribir cualquier cosa, ahora sí que lo que fuera. Pero ella misma me recomendó que buscara otras formas para destrabar las ideas. Abrir la compuerta del sótano, creo que fue como le llamó. ¿Sabía yo que según muchos lingüistas y estudiosos y escritores, la frase «cellar door» (que podía traducirse como la puerta del sótano, o algo así) era la más hermosa del idioma inglés? Si hasta había una teoría de que era la frase favorita de Edgar Allan Poe. ¿Y cómo podía decir alguien cuál era la frase más bonita de un idioma habiendo tantas y tantas?, me atreví a preguntar. Y pues con esa risa que creo era mitad ay-pero-qué-pendejo-eres, y mitad ternura a causa de eso mismo, me contó que no importaba quién lo dijera ni si en realidad era o no la más bonita, pero que ya con sólo pensarlo y escucharla varias veces, ya fuera pronunciada en voz alta o ya fuera con la mente, ahí cobraba precisamente su belleza. Y como para ella la escritura (y mucho más) justo provenía de un sótano al que

teníamos que crear las condiciones para lograr acceder, pues era como un mantra para poder invocarlo.

Cellar door. Cellar door. Cellar door.

Pero por más que lo repetía, nomás no se me abría ninguna puerta. Y en una de esas repeticiones me empezó a sonar más como «Celador. Celador. Celador». Y pues claro. Lo que para gente como Milena era una puerta a las profundidades del sótano donde se guardaban ideas o historias, en casos como el mío era más bien un cabrón, un celador, que vigilaba y mantenía cerrada la compuerta. Por eso lo mío no era vértigo de la página en blanco sino puerta cerrada por una cerradura de triple o cuadruple llave. Pero luego me aliviané un poco pensando que a lo mejor tampoco tenía forzosamente que escribirlo como tal. Que igual y podía expresarlo de otra forma. Y ahora sí que como el mismo Elvis, que famosamente presumía o aceptaba o lo que fuera, que él en toda su vida jamás había escrito ni una sola canción. Aunque no es que mi caso fuera lo mismo, porque lo mío no era la cantada, pero si quería ser locutor de radio, pues más o menos iba más en esa dirección.

El chiste es que me acordé de que entre las miles de chingaderas que mi papá tenía entre guardadas y regadas por la casa había una grabadora de esas como de periodismo, empolvada en un cajón, y pensé que a lo mejor podía más bien grabar ahí mis ideas para el programa de radio, en lugar de tener que escribirlas. Quien quitaba y agarraba apendejado al celador por esa vía, que era finalmente a la que iba más destinado el formato en el que yo quería expresarme.

De milagro no salió una lagartija del compartimento para las pilas de la pinche grabadora, que obviamente estaban oxidadas. Fui en chinga al Oxxo por unas de recambio y al volver me di cuenta de

que sólo tenía el casete que estaba adentro de la grabadora, que seguramente había sido usado para algo en su momento, seguramente por el pendejo de mi papá. Le regresé al comienzo entre por curiosidad y por respeto, no le fuera a grabar encima y borrar algo importante o algo así. Y pues nomás darle Play comenzó justo a sonar la voz rasposa de mi papá, obviamente pedo, obviamente escuchando José José como trasfondo. Y precisamente la grabación comenzaba con él recordando sus años mozos, cuando a través del amigo del amigo del amigo se había colado en algunas ocasiones a bacanales legendarias donde al parecer en efecto en alguna había estado José José, y eso le había alimentado la fantasía que ahora yo escuchaba de su viva voz, grabada hace quién sabe cuántos años, de que con ese aspecto de galanazo y ojos azul cielo, y con sus conexiones con el medio de la farándula, le llegaría la oportunidad para hacerla en grande. «Señor, señor», se decía ahora a sí mismo, «ya verá que la vamos a pegar, señor». Y para mi enorme sorpresa se ponía a contar una idea para un guion cinematográfico basado en su propia vida, evidentemente protagonizado por él. Contaba ahí condensadas las anécdotas que nos sabíamos de memoria sobre cómo él había aprendido desde muy joven a ganarse la vida, que si haciendo mandados para las vecinas (incluso en la versión grabada en casete veía yo su rostro guiñando el ojo, como para dar a entender lo que *también* implicaba haberle realizado sus mandados a las vecinas), y con otras chambitas que le habían permitido, en sus propias palabras, vestirse como todo un catrín y siempre andar bien chaineado, incluso desde muy joven. Y luego (yo creo conforme se iba poniendo más y más pedo, porque se escuchaban en las grabaciones cortes que

indicaban que la detenía y volvía a comenzar, quién sabe cuánto tiempo después) ya su fantasía se iba por un lado más delirante, que hasta ternura me daba, y la trama de la película que al comienzo del desvarío iba a ser autobiográfica tomaba un giro donde ya como gigoló de treinta y tantos usaba esa fachada para infiltrar una red criminal que vendía droga (lo veía también haciendo con las manos el gesto de entrecomillar la palabra «droga») y se proponía asesinar al mismísimo presidente. Sólo que yo creo que le había ganado la peda, porque en la grabación ya no llegaba a ofrecer detalles sobre cómo él iba en su película a frustrar los planes de los malosos y salvar a la nación.

En otras partes de la grabación mucho más melodramáticas culpaba a mi mamá de haberlo abandonado y dejado con el paquete de criarnos a mí y a mi hermano, envenenando a la niña de sus ojos, «mi Bego», en su contra, al grado de que ya no lo quería ver más. Después también había grabado algunas ideas para ahora sí hacerse rico, por ejemplo escribiendo un manual donde compartiera sus secretos como gran ligador, para ser aprovechados por hombres menos agraciados o hábiles con las damas que él («Babosos, no tuviera yo unos años menos, que se las bajaba a todos», se interrumpía a sí mismo en algún momento, increpando a quién sabe qué babosos).

Cuando terminé de escuchar los poco más de veinte minutos de grabaciones había perdido el impulso de registrar en ese momento mis propias ideas. Y además, de una manera un tanto extraña, ese casete era como una reliquia invaluable que contenía en clave muchos elementos que servirían para entender mejor mi actual realidad. Así como Milena me había contado del punk y su poética

de la destrucción, este casete con las grabaciones de mi papá era como una poética de la autodestrucción, o de la mediocridad, o del perpetuo estancamiento en una nada alcoholizada.

Cellar door. Cellar door. Cellar door.

Celador. Celador. Celador.

17

En nuestra familia únicamente los cumpleaños parecerían evitar la disolución total de los lazos entre personas que en el fondo no se caen bien o creen que no tienen nada en común, porque sobre todo los güeyes nos negamos a reconocer nuestra parte gris compartida con los otros miembros. Pero pues mejor pendejear en nuestra cabeza a los demás, que imaginar (o escuchar) cómo lo pendejean a uno. Y es que de alguna manera los cumpleaños siempre nos han obligado no sólo a seguirnos reuniendo sino a intentar al menos durante esos días aparentar una cordialidad que luego como que nos daba vuelo para seguir soportándonos otro rato, sin ya mandarnos a la chingada del todo. Cuestión que en el fondo sabemos que pasará tarde o temprano, pero pues en mi caso sobre todo por necesidad, y también por costumbre, seguramente me seguiría haciendo pendejo junto con el resto unos cuantos años más.

Tocaba el turno al cumpleaños 58 de mi mamá, y pues a devolverle la visita a Guanajuato. Yo había invitado a Milena, pensando que seguramente me iba a decir que no. Entre otras cosas, había estallado ahora sí la huelga estudiantil de la UNAM y se la pasaba metida en las asambleas de su facultad, en el auditorio que los estudiantes habían desde hacía mucho rebautizado como Che Guevara. Milena se involucraba desde los aspectos autogestivos del movimiento, como el boteo en las calles, la producción y reparto de folletos informativos para combatir la propaganda de

desinformación en contra de las demandas estudiantiles, hasta en la preparación de comidas, organización y minutas de las asambleas, y demás. No era tanto que de pronto nos viéramos menos, aunque también un poco, pero yo me daba cuenta de que primero su mente, y luego casi que también su cuerpo, empezaban lentamente como a dividirse en dos. Una parte seguía en el mundo real en el que por ejemplo yo también estaba, y la otra vivía en la realidad de la huelga, que la verdad creo no era totalmente accesible más que para los estudiantes involucrados.

Muchos podíamos empatizar con la causa, incluso como yo a nivel emocional, pero a partir de las conversaciones con Milena yo iría descubriendo la dimensión de lo que para ellos estaba en juego en el conflicto. Por supuesto que el motivo principal era que las autoridades querían imponer el cobro de cuotas en la UNAM, con lo cual se atentaba contra el principio de la educación superior gratuita, pero más en el fondo, lo que para el movimiento estudiantil y para gente como Milena estaba en juego era no sólo la educación gratuita ni un proyecto de universidad, y ni siquiera únicamente un proyecto de país, sino toda una forma de existir y de estar en el mundo. Claro que esto lo entendí hasta después, cuando he podido repasar en mi mente miles de veces el desenlace. Y también leyendo y releyendo la caja con fotocopias de papeles y apuntes de su diario, donde vienen contadas por ella muchas de las cosas que vivimos en la realidad. Pero lo que contaban todas las distintas versiones lo entendí cuando ya era demasiado tarde, cuando ya Milena se había esfumado de mi vida.

Pero en ese momento, por no dejar la invité a venir conmigo el fin de semana a Guanajuato y, aunque no me la esperaba, luego luego

me dijo que sí. Así que nos quedamos de ver el sábado por la mañana ya directo en la terminal de autobuses de Taxqueña. Llegó con su pelo peinado en cascada tras las orejas, su morral multicolor al hombro y una camiseta gris sin mangas, de Joy Division, que le dejaba ver el ombligo. Yo había comprado los boletos para los dos. Faltaba como una hora para que saliera el autobús y yo volteaba a ver a mi alrededor, un poco nervioso de que el imbécil de mi hermano fuera a subirse al mismo autobús, aunque era poco probable porque seguía bien jetón cuando salí de la casa. Milena me dio un beso y se sentó en la silla de al lado en la mesa de la cafetería de la estación. En los mosaicos relucientes rebotaba la luz blanca y brillante, que provenía del techo elevado de la terminal. Me acuerdo de que nuestras sombras se veían partidas, como si al mismo tiempo que quisieran tocarse salieran disparadas por alguna fuerza hacia todos los lados posibles.

Nos contamos detalles de nuestras mañanas como para romper el hielo y después pensé que me iba a platicar las últimas noticias de la huelga o algo así. En vez de eso, empezó a contarme con mucho entusiasmo sobre un cuento de fantasmas que acababa de escribir. ¿Quería que me contara de que se trataba? ¡Pues claro que sí! (Después vendría incluido justo en el tambache de escritos de la caja que me dejó cuando se despidió de mí, así que lo he leído un chingo de veces, pero todo lo que me contó ese día lo escuchaba por primera vez.)

Pues bueno. El título tentativo era «Los secretos de los fantasmas». Los protagonistas del cuento, que me aclaró era contado por la chica protagonista, eran una pareja de jóvenes que recién se estaban enamorando, y pues estaban en la típica ceguera

que en ese periodo mágico hace que se vea al otro como a través de unos lentes de múltiples colores. Se quedaban de ver precisamente en la terminal de autobuses para tomar un camión al azar, y luego de bajarse y subirse a otro y otro más un par de veces, también un poco azarosamente, terminaban por llegar a un pequeño pueblo situado en lo alto de una montaña, desde donde se veía un valle formado por un círculo de montañas, en el que las nubes formaban una cama de algodón blanco que invitaba a querer reposar en ella apaciblemente.

(Obviamente Milena en la versión escrita lo cuenta con hermosas frases y detalles que a uno como lector lo llevan hasta a ser como uno de los protagonistas del cuento. Cada una de las muchas veces que lo he leído he sentido como si volviera a estar ahí yo mismo.)

El caso es que pronto descubren que está pasando algo extraño. Por comentarios casuales, por ejemplo después de ir a comprar unas chelas a la tiendita de abarrotes, se empiezan a dar cuenta, y después lo comprueban, de que no están viendo la misma realidad. En concreto, no están viendo a las mismas personas. Donde ella ve una chica tímida que les vende las cervezas en la tienda, él en cambio ve a un hombre de edad mediana y aspecto de malandro. Hacen diversas pruebas hasta cerciorarse, pero la cosa se complica porque no sucede lo mismo en todos los casos: a veces sí ven y hablan con lo que en la descripción posterior pareciera ser la misma persona, y otras, claramente, no.

(Yo escuchaba muy atento el relato de Milena y quería conocer el desenlace, pero me daba miedo tanto por un lado interrumpirla, porque la veía muy metida en la historia, como por el otro perder el autobús. Creo que desde ahí pensé brevemente que éramos como la

pareja del cuento y que en ese momento veíamos una realidad distinta. Ella la del pueblo de la historia y el dilema de la pareja. Yo la de la terminal de autobuses y el camión que ya en breve teníamos que abordar.)

El caso es que los novios del cuento caminan desconcertados, temerosos de hablar con nadie, casi ya incluso entre ellos mismos, pues les inquieta cada nueva muestra de no estar viendo a las mismas personas. A veces las variaciones son ligeras, como el color de una prenda, pero otras, como en la tiendita de abarrotes, las diferencias son de sexo, edad y demás. Hasta que de pronto se topan con una tienda de antigüedades dirigida a turistas, que atiende el esperado dueño ya anciano, con lentes de fondo de botella, entre medio loco y medio místico. La chica comprueba que a él sí lo ven los dos igual y entabla conversación, por si acaso él les pudiera explicar lo que sucede en aquel extraño lugar.

Como era de esperarse, el viejo sonríe con gesto de los-estaba-esperando-para-hacer-la-gran-revelación y resulta que, obviamente, es un pueblo semipoblado por fantasmas. «Y no crean, son bien canijos, a veces hasta a mí me cuesta trabajo diferenciarlos», les dice el viejo medio loco, medio místico. «Porque además yo no tengo como ustedes a mi media naranja para contrastar la realidad». Pero resulta que el viejo ha desarrollado un método infalible para detectarlos. En primer lugar, como también era de esperarse, los fantasmas no resisten la fascinación por las antigüedades, y más temprano que tarde terminan por entrar a su tienda. Una vez ahí, tantos años de experiencia le habían enseñado la fórmula mágica para descubrirlos. ¿Querían saber cuál era?, les preguntaba de manera retórica, pues obviamente morían de ganas de saberlo.

(Milena abría los ojos grandes cuando actuaba en la versión oral de su cuento el papel del dueño de la tienda de antigüedades. Hasta la fecha no estoy cien por ciento seguro de que no lo hubiera estado inventando ahí mismo, en la cafetería de la terminal, mientras esperábamos la salida del autobús rumbo a Guanajuato, y ya hasta después escribiera la versión en papel que hasta hoy yo guardo como una de mis posesiones más valiosas.)

«Sí queremos saber», se apresuró a responder la chica. «Sólo que si algo sobra (o debería sobrar) en un pueblo semifantasma, es tiempo. Así que primero díganos, señor, si es que sabe, por qué estas almas en pena se muestran distintas según el ojo que las mira.»

«Ah, muy buena pregunta, jovencita», responde el viejo medio loco, medio místico, alargando tanto la frase como la pausa previa a la respuesta, como para saborear lo más posible el momento. «Sí se la puedo contestar, porque resulta que a lo largo de los años he desarrollado un cierto conocimiento de la fantasmalogía.»

¿Fantasmalogía?, pregunta la pareja casi a coro. «Sí. Fantasmalogía. Porque no puede decirse en mi opinión que estos seres tengan psique», les explica el viejo medio loco, medio místico. «Y pues de ahí que su mundo sea fantasma-lógico, no psico-lógico. Y me imagino que ya saben esas ideas de que tienen un asunto inconcluso por resolver y todo eso. En realidad es algo bastante cierto, y de ahí que tantas y tantas culturas lo hayan representado de distintas formas. Sólo que el asunto que se les quedó sin resolver a nuestros amigos de por acá fueron ellos mismos. Una vida entera, a veces más larga, a veces más corta, siendo todo lo que creían que de ellos se esperaba, salvo sí mismos. Dedicados a cultivar una

identidad que se apegara a los dictados de lo normal, aceptable, exitoso, etcétera. Y secretos. Muchos secretos. Tantos que vivían esclavizados por ellos. Inventando otros nuevos para ocultar a los anteriores. Y así. Agujeros ambulantes en vida. Y lo que me han dicho los fantasmas y he aprendido una y otra vez es que uno de los rasgos principales de la muerte es que ya no pueden usar metáforas. Que la muerte es literalidad pura. Y entonces, literalmente, son lo que aquel que los mira proyecta en ellos. Por eso los ven distintos no sólo entre ustedes, sino probablemente cada vez que se los topan, pues también por la cosa esa ya bastante común de que uno mismo no es el mismo a cada vuelta...». Y así siguió el anciano.

«¿Y cómo dijo que hace usted para diferenciarlos?», pregunta el chico con voz nerviosa, como intuyendo que el silencio de la chica no presagia nada bueno.

«Muy fácil, jovencito. Les voy a compartir ahora yo mi secreto, que también les puede resultar muy útil como consejo por si, Dios no lo quiera, a alguno de ustedes le tocara alguna vez quedarse penando solo un rato por acá.»

Y la mirada que dirigió al chico tampoco presagiaba nada bueno.

«La inflación. Los fantasmas no entienden el concepto de inflación.»

«¿Cómo dijo? ¿De qué habla?». Los chicos preguntaban agitados al mismo tiempo.

«Como lo oyen, jovencitos. Les decía hace un momento que los fantasmas ya no simbolizan. Están atrapados en el orden de lo literal y lo concreto. Una cosa, y más si es una cosa antigua como las que yo aquí despacho, cuesta lo que cuesta según sus propiedades. Entonces ellos no entienden la abstracción del dinero y sus

fluctuaciones. Así que les puedo regatear los precios hacia arriba y no dicen nada. Si en verdad quieren uno de estos objetos, y les alcanza para pagarlo, no hay precio que los desanime. Salen cargando su gramófono o su jarrón de la dinastía Ming tan contentos como siempre. Aunque, eso sí, cada vez los veo marcharse de la tienda bajo una forma distinta de la que llegaron, pues porque en el proceso de subirles lo más que se pueda los precios yo estoy proyectando en ellos mi avaricia y todos esos rollos.»

En ese momento tocaría que el viejo medio loco, medio místico arrojara una bomba de humo y tanto él como su tienda desaparecieran mientras él irrumpía en una carcajada demencial. Pero en vez de eso, la bomba de humo parecía haber estallado en las entrañas del joven. Envueltos en un silencio espeso, la chica lo miraba como con lupa, como si lo viera por primera vez, como si lo viera por primera vez bajo esa forma que, fuera la que fuera, ahora el chico estaba seguro, era distinta que la que le mostraba al anticuario a través de los lentes de fondo de botella.

La chica lo miraba otro instante más, y le pasaba una mano por el cabello largo que ante ella fuera corto hacía apenas unos instantes.

«Ay, Adolfo, yo te hubiera querido igual siendo quien tú realmente eres. No hacía falta mentir ni vivir para tus secretos. Creo que aquí vas a encontrar el no-lugar que llevabas buscando todo este tiempo. Cuídate mucho. Adiós.»

Y la chica salía de la tienda de antigüedades y no volvían a verse más.

Milena terminó la versión oral de su relato escrito y en lugar de voltearme a ver ansiosa, como esperando el veredicto, se quedó mirando a la nada, enrollando su cabello negro en la punta de un

dedo, como si estuviera más en el pequeño pueblo de la historia que aquí. A mí me atravesaba un sudor frío que mezclaba asombro y admiración por sus capacidades, y terror ante la pregunta que comenzó a formularse ahí y ya no me dejaría en paz en adelante, presentándose bajo distintas versiones: ¿sabía Milena que yo era un farsante que le ocultaba cosas? ¿Era yo como esos fantasmas sin identidad que muestran lo que la otra persona quiere ver? ¿Estaba mi alma condenada por mis secretos? Y en un tercer plano más concreto, mientras pensaba sin éxito en qué decirle del cuento que me había maravillado, con otra parte de mi mente pensaba si traía dinero suficiente para comprar otros dos boletos de autobús, en cuánto tiempo saldría el siguiente y, sobre todo, cómo me las arreglaría para ocultárselo a Milena sin quedar como un imbécil que por no atreverse a interrumpirla había hecho que perdiéramos el autobús anterior.

Creo que empecé a pronunciar alabanzas inconexas que a Milena le provocaron su habitual risa como un torrente, me imagino que porque se dio cuenta de mi nerviosismo.

–¿A qué hora dijiste que salía el camión, Bru?

Mientras hacía la pregunta pasaba una mano por mi frente y cabello.

–Déjame ver bien, Mil.

O algo así le respondí mientras decidía en ese instante irme por la opción de fingir que había olvidado los boletos de autobús en mi casa. Los busqué falsamente por toda mi mochila, entre exclamaciones de insultos dirigidos a mí mismo por ser tan pendejo, que ella contenía tranquilizándome con más risas y caricias en la espalda, como dando a entender que tampoco era tan grave la cosa.

Puse fin a mi actuación levantándome para ir al módulo de Estrella Roja (los boletos perdidos eran de ETN, pero pues era más probable que el siguiente autobús a Guanajuato saliera por otra línea) a comprar otros boletos. Milena insistió en pagar el suyo pero me paré lo más rápido que pude para evitarlo. Para acabarla de chingar, la primera persona a la que vi en la fila fue a mi hermano, enfundado en su uniforme de camiseta negra de Nirvana, camisa de franela roja a cuadros, el pelo largo y ceboso cubriéndole parte de la cara, escuchando en sus audífonos música obviamente de ya se sabía qué banda.

Fingimos no habernos visto y me coloqué en la fila detrás de él, con unas cuantas personas situadas en medio. Abrí mi cartera y había 300 pesos, lo justo para comprar otros dos boletos. Ya le pediría un préstamo a mi madre en Guanajuato. Faltaban menos de dos horas para el autobús de las 2 de la tarde. Si agarrábamos ese todavía alcanzaríamos a llegar a tiempo para cenar con mi mamá por su cumpleaños.

Cuando volví a la cafetería, Milena tenía su termo de café abierto, con la tapa volteada hacia arriba, rellena de lo que resultó ser chela. Había ido a comprar un six que guardó en su mochila, y discretamente llenó su termo, de manera que no se viera lo que estábamos tomando. Estuvimos platicando ahora sí de la huelga y de varias otras cosas mientras esperábamos el autobús. Mi hermano deambulaba por ahí como zombi grunge, aunque ahora que lo pienso, creo que en realidad las dos palabras significan más o menos lo mismo. Pero Milena había de nuevo creado una pequeña burbuja donde sólo cabíamos ella y yo, haciendo nada o casi nada, así que no quise romperla mencionándolo a él en ese momento.

Hasta que ya sea el destino o la perversidad de la chica que vendía los boletos, que quizá al ver que dos idiotas que se apellidaban igual y tenían un aire debían ser hermanos o algo, pero el caso es que cuando abordamos lo más tarde posible el autobús, justo para no toparnos a mi hermano en la fila, le habían dado el asiento de junto a los nuestros, sólo separado por el pasillo. Así que no me quedó más que presentarlos: Milena-Yorch, Yorch-Milena. Mi hermano apenas alzó la mirada y asintió ligeramente con la cabeza. Milena en cambio le dio un beso y un abrazo, con esa energía expansiva tan de ella.

Tomé mi asiento junto a la ventana y pues iba metido en mis rollos mientras el autobús salía de la estación y tomaba Calzada de Tlalpan, y no me di cuenta de cómo le empezó Milena a sacar plática al Yorch, aunque supuse que quizá por el logo de su camiseta. El chiste es que al poco rato le venía hablando del suicidio de Kurt Cobain, del que le dijo que hacía no mucho, el 8 de abril de ese 1999, se habían cumplido 5 años. (El cumpleaños de mi mamá, o sea ese mero día, cae el 14 de mayo.) Obviamente mi hermano lo sabía perfecto, pero creo que ahí se lo ganó Milena. Y resultó que (supongo que también obviamente) ella había leído los diarios de Kurt y conocía bien la carta suicida que había dejado.

En cambio el psicópata del Yorch, como buen psicópata, había devorado todas las teorías de la conspiración habidas y por haber sobre la muerte de Cobain. La que más lo atraía era la que postulaba un documental salido hacía no mucho (del que quién sabe cómo había conseguido una copia pirata), donde se insinuaba que lo había mandado matar su esposa, Courtney Love. La parte que más le gustaba repetir a mi hermano era el testimonio de un cantante

punk apodado El Duce (el punk tuvo una vertiente que coqueteó fuertemente con el fascismo, con esvásticas y toda la cosa, me contó después Milena), quien decía que Courtney le había ofrecido 50.000 dólares por matar a Kurt. Y luego lo que sí era raro fue que como una semana después de que lo contara en una entrevista, el tal Duce había muerto misteriosamente atropellado por un tren.

Creo que era la vez que yo había visto hablar más a mi hermano sin que estuviera pedo. Creo también que seguramente Milena ya sabía todo lo que él le contaba, y hasta probablemente había también visto el documental, pero en todo caso hizo como si le causara un gran asombro enterarse. El Yorch estaba, no sé si en algún sentido la palabra «feliz» sea aplicable a la nada existencial en la que vive metido, pero, al menos, más animado que de costumbre.

Sin contradecirlo, sino más bien como dándole la razón aunque en realidad estaba diciendo algo distinto, Milena le expuso algo sobre cómo los diarios de Cobain y su carta de despedida revelaban que sí se tomaba en serio su propia música, en el sentido de que las ideas y emociones que hacían de la música de Nirvana como un estruendoso y poético callejón sin salida (creo que justo así lo dijo), eran las mismas que le impedían ser un hipócrita y simplemente entregarse a la decadencia del *rockstar*. Le mencionó en particular un fragmento de la carta donde Cobain decía que no había sentido la emoción de escuchar o de hacer música hacía muchos años. Era para Milena, como el de Sylvia Plath, lo que Dostoievski llamaba un «suicidio lógico».

Y pues de ahí justo Milena pasó a la Plath, contándole al Yorch cómo se había suicidado a sus treinta años (tres más que Kurt, le dijo), metiendo la cabeza al horno y abriendo la llave del gas. Tuvo

el cuidado de sellar con algún material aislante la puerta del cuarto de sus dos hijos pequeños que dormían ahí, para que el gas no les hiciera daño. Le contó también que para muchas lectoras de Plath, su Courtney Love había sido su esposo, el gran poeta Ted Hughes, a quien no pocas culpaban de haberla orillado a la muerte. Y lo muy loco era que la que fuera la amante de Hughes cuando se matara Plath, con quien luego él hasta tuvo una hija, años después también se suicidó, luego de darle suficientes pastillas para dormir eternamente también a su hija de cuatro años. ¿Y sabes cómo se suicidó?, le preguntó Milena al Yorch como para aumentar la tensión de la historia. Abriendo la llave del gas de la estufa y respirándolo hasta la muerte. No mames, alcanzó a murmurar el Yorch con ese dialecto suyo en el que casi ni abre el hocico a la hora de hablar.

¿Qué *heavy* todo, no?, remató Milena con la risa ligera que le podía quitar pesadez hasta al tema más escabroso. El Yorch estaba cautivado. Milena le siguió contando cómo desde los diarios de juventud de Plath, igual que en los de Kurt, ya se veía ese desajuste con la cosa llamada existir, que por razones que los demás jamás comprenderemos, aqueja a cierto tipo de almas. Yo hacía como que volteaba hacia el paisaje pero la verdad venía tratando de escuchar todo. Me acuerdo que Milena le contó que por eso el escritor francés Albert Camus decía en su libro *El mito de Sísifo* que la única decisión filosófica verdaderamente importante era la de suicidarnos o no.

(Como buen psicópata disciplinado, al poco tiempo el Yorch compró y leyó tanto ese libro como *La campana de cristal*, de Plath. Estoy seguro de que le hubiera encantado comentarlos con Milena, pero el muy pendejo se quedó con las ganas, porque luego de ese viaje a Guanajuato ya no la volvió a ver.)

Tomamos los tres un taxi al restaurante de comida mexicana que era un poco de rigor cada vez que íbamos a visitar a mi mamá, que nos esperaba junto con mi hermana, con su vestido azul cielo de rigor, el abrazo y beso de rigor, y el semblante de sufrimiento ligero de rigor. Les presenté a Milena y creí ver en mi hermana una mirada de no-sé-cómo-le-hiciste-pero-no-lavayas-a-cagar. Empezamos a repasar las preguntas habituales sobre cómo estábamos, qué había de nuevo. Y pues, un poco como siempre, estábamos bien, o eso decíamos, y no había gran cosa de nuevo. Aunque por suerte sí era novedad la presencia de Milena, y sobre todo Begoña, que casi era de su misma edad y estaba también por concluir la carrera, Psicología en su caso, le hacía preguntas para saber de ella, y con eso nos alivió a todos la habitual tensión que generaban los silencios en nuestros encuentros familiares.

Mi madre pidió la margarita que se permitía en ocasiones especiales y, después de cenar, una copa de vino, lo cual indicaba que estaba (a su manera) particularmente contenta. Creo que por los nervios de que conocieran a Milena me tomé cuatro cubas demasiado rápido y me levanté en la sobremesa para ir al baño a recomponerme un poco. Me paré frente al espejo del lavabo para echarme agua fría en la cara y por un momento comencé a malviajarme con ideas de que quién me veía del otro lado del espejo, y mi cabeza era como una de esas bolas de cristal con rayos de energía que se mueven del centro hacia las orillas, sólo que mis rayos eran que si Milena, Elvis, el Agallas, la huelga de la UNAM, la botarga de Elvis, mis materias de la prepa abierta, Milena de nuevo, ahora desnuda en su cueva, el Pavo y el Perrera, la ambulancia y el Deivid, mi papá echando uno de sus rollos de alcohólico y toda una

pinche enredadera de rayos a los que ya ni siquiera se les entendía nada. Me eché agua en la cara con más fuerza, como si quisiera apaciguar a los rayos, o por lo menos tratar de que me dejaran un ratito en paz.

Cuando volví a la mesa era mi mamá quien estaba hablando. Pronto pude ver que le contaba a Milena sobre el divorcio de mi papá y su mudanza a Guanajuato. Sobre la culpa que sentía cada mañana y la despertaba por las noches de habernos dejado a malvivir con él, a verlo embrutecerse y escucharlo cada noche decir las mismas tonterías, los mismos delirios de grandeza y planes que nunca llegaban a ninguna parte, con sus amigos igual de briagos y buenos para nada. El mismo día repetido una y otra vez, que sólo parecía distinto por el motivo que diera pie a cada uno de sus estallidos. Yo nunca la había oído hablar así. Y remató con lo de que: «Yo les he dicho mil veces que se vengan para acá, que aunque no es mucho, tendrían casa y comida, y podrían ir a la escuela, pero ya ves que no me hacen caso, mijita».

Y pues luego resultó algo que yo tampoco sabía, y era que la mamá de Milena había vivido algo parecido, al parecer con madrizas incluidas, y ella llevaba más de diez años de no ver a su padre ni saber nada de él. La mamá había trabajado turnos dobles como enfermera para que la pudieran ir sobrellevando entre las dos, y gracias a eso pudiera ella completar sus estudios, en una universidad pública y gratuita, por supuesto, añadió con la frente ya fruncida, yo creo que pensando en la huelga y su defensa justamente de la educación gratuita para todos. Por pendejo que parezca, fue hasta ahí que pude hacer el nexo de en parte por qué le resultaba tan importante a Milena todo ese rollo.

Mi mamá nos invitó la cena como de costumbre y nos metimos los cinco en su Jetta avejentado para irnos a dormir a la casa que rentaba hacía años en la colonia San Felipe. Así como era abnegada, mi mamá era también muy reservada, y entonces era difícil saber a detalle algunas cosas, más que por lo que alcanzaba a verse. Pero su casa aunque era pequeña estaba bastante bien, tenía un patio a la entrada y un pequeño jardín en la parte posterior. Siempre decía medio en broma medio en serio que le había vendido su alma al dólar, en primer lugar porque los alumnos de las clases de español eran casi todos extranjeros (como las de inglés se las daba casi a puros chavos mexicanos, presumía de ser buena onda con ellos y cobrarles mucho menos), pero también porque su casero era un gringo retirado medio bonachón que precisamente vivía de sus rentas, y prefería su tranquilidad que cobrar lo más posible. Y como mi madre y mi hermana eran las inquilinas perfectas, casi que les había congelado la renta hacía años. El chiste es que era una casita con patio y jardín y, más importante para mí ese día, tres recámaras, porque además de las de ellas dos mi mamá siempre nos había tenido la nuestra, para que viéramos que no era broma lo de que nos podíamos mudar para allá cuando quisiéramos.

Así que yo pensé que podríamos dormir ahí Milena y yo, y el Yorch en el sofá de la sala, que además seguramente le daba lo mismo, pero mi mamá le comunicó directo a ella otros planes («Mijita chula, la Bego se va a dormir conmigo para dejarte a ti su cuarto»), y pues Milena sólo me volteó a ver y se rio y encogió de hombros con mucha discreción. Así que nos dimos las buenas noches y me fui a dormir como de costumbre a un cuarto con mi hermano, sólo que ahora el eco de la música de los audífonos con la que se quedaba

dormido, Nirvana a huevo, no salía de la cama de arriba de la litera sino de un costado mío.

Yo no podía ni empezar a poder dormir, y era de esas veces en que mi cabeza se ponía a pensar en el paso a cuando se queda uno dormido, como si quisiera registrar ese momento, que pues obvio es imposible, y entonces en lo que se piensa, lo único que acaba pasando es que no se logra conciliar el sueño. Me harté de andar dando vueltas en la cama y mejor me levanté para ir a la mesa del comedor, que por un acomodo medio raro que tenía la casa de mi mamá estaba justo en la otra esquina, incluso más allá de la cocina, y por ahí estaba el ventanal y la puerta para salir al jardincito, así que desde ahí se podía ver la noche y la luna y demás.

Nomás ver la luz prendida se me aceleró el corazón de saber que seguro Milena estaba ahí, y así fue. Se veía brutalmente hermosa solamente en calzones y su camiseta sin mangas de Joy Division. Tenía un libro y su cuaderno, pero más bien contemplaba la luna con ese aire melancólico que se iba apoderando de ella casi siempre por las noches, como si su inmensa energía, las ideas y frases que parecían llegar de quién sabe dónde, las carcajadas espontáneas y todo lo demás le produjeran un agotamiento por sobrecarga, y entonces no sólo se apagara toda ella, sino que se abriera como una compuerta de ideas más sombrías que además, pues porque era muy inteligente, eran muy atinadas, como si fueran una patada directo a la espinilla de lo que ella llamaba algo así como el absurdo existencial que todos llevamos dentro.

Le acaricié despacio el pelo para no asustarla, porque creo que estaba tan metida en su onda que no escuchó mis pasos, también porque venía descalzo y traté de acercarme pisando lo más despacio

posible, y me volteó a ver con una sonrisa muy tierna por lo desganado. Me senté junto a ella sin saber qué decir y primero me dio las gracias por haberla invitado a Guanajuato. Me dijo que le habían caído muy bien todos y demás, hasta que se hizo un nuevo silencio. Le pregunté qué estaba leyendo y me mostró la portada del libro. Era una edición barata de *Romeo y Julieta*. Me dio pena confesar que nunca lo había leído, así que mejor le pregunté si lo leía por gusto o para su tesis, porque también vi que tenía ahí su cuaderno para tomar apuntes.

Fue como si algo se encendiera de nuevo en ella, aunque algo todavía melancólico, pero el caso es que me empezó a contar que sí, que era para un capítulo sobre la carga del mandato del amor, o algo así, en los diarios y la escritura en general de Sylvia Plath, pues según Milena era un tema recurrente en su obra. Yo creo que me le quedé viendo con cara de idiota porque se rio y me dio un beso, y me siguió explicando más o menos lo siguiente, si es que le entendí bien. No es que el problema de Plath fuera el caso típico de malas relaciones amorosas, o abusivas o violentas o lo que fuera (aunque *también* sí, me acuerdo que enfatizó Milena), sino que lo que por ejemplo se veía en su caso desde los diarios de juventud era el peso de la idea del amor romántico, encontrar al hombre ideal, formar una familia, y básicamente renunciar a ser una persona. Pero lo que quería en parte decir en ese capítulo de su tesis era que la culpa primera estaba perfectamente representada, por ejemplo, en la figura de Romeo.

«¿La culpa es de Romeo?»

Creo que por lo inesperado algo así repetí yo.

Otra carcajada.

«Bueno, no seas menso, lo digo en sentido figurado».

Otro beso también.

El caso es que le llamaba la atención un punto de *Romeo y Julieta* en el que creía que poca gente se fijaba. Desde antes siquiera de conocer a Julieta en la fiesta que dan los Capuleto, de alguna manera para presentarla en sociedad a sus catorce años, como pasa aquí con las quinceañeras, dijo, Romeo ya sufre terriblemente por una pena de amor, pero todavía ni conoce a su futura amada. Entonces, en ese momento sufre por Rosalinda. Y diez minutos después (figurados, mejor aclaró) ya no puede vivir un instante más sin Julieta. Entonces, no es tanto que ame a Julieta, y por eso sufra, sino que ama el amor, o a la idea del amor, y por eso sufre. O también podríamos decir que ama sufrir por amor, y que Julieta es sólo un vehículo para algo que ya existía sin ella y que hace que en el fondo no la mire como mujer de carne y hueso, sino como un ideal. Mismo ideal de tener que ser la esposa perfecta e inmaculada que oprimió el alma de Plath, y no sólo su alma, sino también su cuerpo, porque a fin de cuentas había terminado por hacer lo esperado, formar una familia, renunciar un poco a sí misma, aguantar chingadera y media y demás. No, si el amor cortés no tiene nada de cortés, me acuerdo que dijo Milena. La doncella que espera en la torre al caballero que viene a rescatarla nos ha partido la madre a millones de mujeres reales, tan reales que damos miedo, y pues es más fácil encasillarnos en una idea de obligaciones y de pureza que nos niega, y que puede ser tan sofocante como para llevarnos a donde terminó (como tantas otras que viven el suicidio en vida sin llegar a actuarlo, me acuerdo que enfatizó) la Plath.

Yo intentaba procesar lo que me decía y estaba todavía bastante lejos de poder intentar decir algo que no me hiciera quedar como un idiota, cuando apareció la risa de Milena que siempre parecía salvar el momento. Me sumé a medias, por la risa que me daba a mí escuchar la suya, a la espera de que me contara qué era lo chistoso, y dijo algo como: «No, hijo, si tengo otra teoría más pacheca al respecto, pero si lo menciono en mi tesis, mi director me manda directo a la chingada, y ya estuvo que no me titulé jamás». Y terminó la frase cagándose de la risa. Y pues según lo que yo pude ver, que la verdad en esos temas no era mucho, sí era una teoría bastante pacheca, pero sin que yo sea universitario ni nada, la verdad que me sonó chingonsísima. Resultaba, dijo Milena, que al comienzo de *Romeo y Julieta* los dos primeros personajes que aparecen son dos sirvientes de los Capuleto, Sampson y Gregory, que también pueden ser Gregory y Sampson, quienes ventilan su odio por los Montesco, sus ganas de matarlos y demás. Así que desde la primera línea emponzoñan el ambiente en el que habrá de desarrollarse la historia de amor más famosa de todos los tiempos. Sampson y Gregory, o Gregory y Sampson, acuérdate.

Ajá, creo que decía yo con la cabeza, sin tener idea de a dónde iba con esto. Luego, si viajamos 318 años en el tiempo, no demasiado lejos de la Inglaterra de Shakespeare, en Praga, un burócrata llamado Franz Kafka publicó una novela corta llamada *La metamorfosis*, en cuyas famosísimas primeras líneas, un hombre llamado Gregor Samsa se convertía en un monstruoso insecto.

Ajá, ¿y?

¿No lo ves? Gregory Sampson, Gregor Samsa. Estoy segura, aunque claro que no podría ni probarlo ni mencionarlo en mi tesis,

que aunque sea inconscientemente Kafka lo hizo a propósito. Su monstruoso insecto se remonta al monstruoso insecto en el que se convierte un amor que nace parido por un entorno de odio y rivalidad, como el de *Romeo y Julieta*. Y ya sabemos que Julieta se suicida. Y luego muchos años después, también Sylvia Plath. Mejor eso que la vida doméstica bajo la forma de monstruoso insecto. Como la que tiene durante toda la novela Gregor Samsa. Ay, no sé, a veces ya no sé ni lo que yo pienso. ¿Cómo le hacemos para que el amor, o una misma, no acabe como un monstruoso insecto?

Me tomó de la mano y me condujo caminando ligera, como si sus pies descalzos apenas tocaran el piso de loseta, al baño situado junto al comedor. Yo sé que suena muy cursi, pero creo que esa vez, con ella sentada encima de mí sin quitarse la camiseta, no se puede decir que cogimos, sino que me hizo el amor.

Al cabo de un tiempo nos fuimos a acostar cada uno a su respectiva habitación. Al día siguiente había que tomar el autobús de las 10 de la mañana de regreso al Defectuoso. Ya no pude dejar de pensar en esa idea del amor y del monstruoso insecto. Ni en los fantasmas que cambian de forma según su identidad y sus secretos. ¿Que cómo le hacía uno para no convertirse en un monstruoso insecto? Mi problema era creo que el contrario al del personaje de Kafka. Yo en todo caso necesitaba que se escribiera mi novela empezando al revés, que mi metamorfosis fuera de entrada para convertirme en una persona digna del amor de esa criatura tan maravillosa que nadie, ni yo mismo, podía entender qué podía ver de bueno en mí.

18

–Te dije que a todo perro le llega su día, chavo, ¿o a poco no?

Con esas palabras me saludó la inconfundible voz aguardentosa del Agallas nomás levanté el teléfono de mi casa un miércoles por la tarde, ya más hacia la noche. Aunque el ridículo de la fiesta infantil del pequeño Jonatan había sido apenas hace unas pocas semanas, sentía que había pasado una eternidad sin que nos viéramos. La botarga descansaba guardadita en el clóset, y a mí me daba risa decirle de broma en mi cabeza que era como la pausa sin dar conciertos por diez años que tuvo el verdadero Elvis, luego de que lo reclutaron para el ejército y lo mandaron a Alemania y todo ese rollo. Y lo que sí es que yo creo para vengarse, o para vengarme yo de mí pero dizque a través del personaje de la botarga, el caso es que cada vez me la volteaba más y se burlaba no sólo de su papel en mi vida, sino de mi vida misma, que incluía el ocasional trabajo de ponérmela para ir a animar fiestas...

–¿Cómo le va, don?, qué milagro.

O algo así le respondí al Agallas, que luego luego se soltó con uno de sus rollos, sólo que esta vez se escuchaba como que la cosa iba más en serio.

–Chavo, no tengo tiempo para tus mamadas, así que escúchame muy bien. El próximo sábado es la comida del cumpleaños sesenta del pinche notario hijo de la chingada al que se la traigo juradísima. Pero el muy ojete no se espera la que le va a caer. La recepcionista

de la notaría es la Caro y es mi valedora y siempre es a la que le toca organizar los convivios. Ya la convencí para que le lleve de sorpresa al notario a Elvis para amenizar el festejo. Ya verá su pinche regalo que le espera al muy culero.

El Agallas luego se quedaba callado unos segundos, no sé si como por hacerla de emoción o porque se le iba el hilo de lo que estaba diciendo. Pero luego para continuar como que primero le echaba la culpa a uno por el silencio que se había hecho.

–¿Sigues ahí, chavo? ¿O por qué no dices nada?

–Sí, don. Aquí lo estoy escuchando.

–Bueno. Ponte abusado. El chiste es que al rato pasa un achichincle mío a tu edificio a dejarte un paquete con las instrucciones exactas de lo que tienes que hacer. Y con un compacto con la grabación para que en el momento esperado la pongan ahí en el festejo. No me vayas a fallar, chavo. Es una oportunidad de oro y no la podemos desaprovechar. Yo te marco el viernes para ver si todo está en orden. Ah, y te mando también con mi gato tu paga por anticipado, para que te me motives más. Nos estamos viendo, chavo.

Y colgó.

Yo creo que yo mismo, ya metido en esos delirios, lo primero que hice fue ir a abrir el clóset, como si quisiera consultar a la botarga sobre los planes que me acababa de contar el Agallas. Obviamente ni la botarga real, pero tampoco la de mi cabeza, sabían qué se traía entre manos. Pero lo que sí es que a todos nos daba mucho nervio y pues obviamente también curiosidad averiguarlo. Y lo que sí me acuerdo es que la botarga de mi cabeza a la que como que se le iba soltando cada vez más la lengua me recordó lo de la supuesta

radionovela de «El hotel de los corazones rotos» y la cantidad de material que podíamos sacar con lo que creo que llamó (o llamé yo) nuestras aventuras. Y creo también que me recordó lo que me había contado el Agallas de que tenía un amigo que era un locutor de radio muy picudo. ¿No me podría él ayudar a conseguir algo?

Subiéndole otra rayita a la locura, otra parte de mi cabeza se preguntaba si no la misma fantasía de la botarga era parte del plan del Agallas para que hiciera quién sabe qué cosa. O si era una idea sincera lo de que todo esto podía ser útil para la radionovela. Y entonces ahí volteaba como a pedirle consejo ahora al Elvis del póster de la pared, pero ahí sí yo creo que algún rincón de mi mente ya trataba de poner orden porque ya no se le daba cuerda a que ahora dijera algo el Elvis del póster, así que mejor se quedó callado. Y mejor yo también trataba de pensar en otra cosa, obviamente en Milena, a la que no sabía tampoco bien cuándo iba a volver a ver, ahora que andaba cada vez más metida con lo de la huelga de la UNAM y esas ondas.

Al poco rato sonó el timbre y primero pensé que podía ser cualquiera de los dos pendejos de mi papá o mi hermano, porque se les hubieran olvidado o perdido las llaves, pero ya que bajé y abrí la puerta del edificio estaba ahí un chavo mensajero que sin decirme nada, creo, me entregó uno de esos típicos sobres color mostaza y se dio la vuelta y se fue. Yo por la curiosidad subí de vuelta los tres pisos dando zancadas y abrí el sobre en la mesa del comedor. Traía una hoja blanca con algo escrito a mano y sin firmar por uno de los lados y un disco compacto guardado en un sobre cuadrado de papel también blanco, con un plástico transparente por la parte de delante, donde se veía que le habían rotulado con plumón negro lo

que parecía el nombre del encargo: Misión Cococho. Y fiel a la promesa del Agallas, venían también ahí dos billetes de doscientos pesos, mi paga anticipada por el encargo del que estaba por enterarme.

Creo que pensé algo como: pinche botarga, tenías razón, ¿cómo me iba a perder de averiguar lo que se trae este loco entre manos? Obviamente que me puse a leer luego luego lo que decía en la hoja de papel escrita a mano, de seguro con la letra del Agallas, que estaba escrita con puras mayúsculas, en unos garabatos que parecían casi tan atropellados como la voz con la que contaba sus historias.

DESDE EL PRINCIPIO DE LOS TIEMPOS SIEMPRE HAN PELEADO EL BIEN Y EL MAL. LO DICE LA BIBLIA QUE SATANÁS ERA UN ÁNGEL QUE SE ENOJÓ Y SE REBELÓ CONTRA DIOS. SE ENOJÓ PORQUE DIOS NO SUPO ENTENDER QUE AUNQUE ÉL SEA EL DIOS LOS OTROS BURROS TAMBIÉN TIENEN QUE COMER. O SI NO CÓMO LE VAN A HACER. TODA LA MALDAD DE LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS. PORQUE ESO SÍ QUE YA SABEMOS QUE EL DIABLO NO DESCANSA Y VIVE EN LA PIEDRA Y EN MUCHAS OTRAS PARTES. TODA SU MALDAD PODRÍA EVITARSE SI DIOSITO NO HUBIERA SIDO TAN MAMÓN Y QUERERLO TODO NOMÁS PARA ÉL Y SU HIJO Y SUS APÓSTOLES Y SUS ÁNGELES Y HUBIERA DEJADO EL PAN TAMBIÉN PARA LOS QUE LO AYUDARON. EL NOTARIO GÓMEZ LE QUISO JUGAR AL DIOS CON UNO Y ACUSARME COMO SI YO FUERA SATANÁS Y NOMÁS YO HUBIERA COMETIDO LOS PECADOS QUE ÉL MISMO ME ENSEÑÓ. POR ESO ORA LE TOCA PAGAR SU CONDENA. PRESÉNTATE EL PROXIMO SÁBADO EN LA CALLE HIDALGO 85 EN LA DELEGACIÓN COYOACÁN. MUY CERCA DE LA PLAZA PRINCIPAL. COMO A MEDIA TARDE PARA QUE YA ANDEN TODOS BIEN PIPAS A MEDIO BAILONGO Y NO SE LA ESPEREN. LLEGA YA VESTIDO DEL ELVIS PARA QUE NO TE PUEDAN LUEGO RECONOCER. NUESTRA AGENTE SECRETA LA CARO TE VA A ESTAR ESPERANDO PARA ABRIRTE LA PUERTA Y DECIRLES QUE ES SU REGALO DEL NOTARIO POR ESA OCASIÓN TAN ESPECIAL. ELLA SE LAS ARREGLA YA AHÍ PARA QUE PUEDAN PONERLES LA GRABACIÓN DEL CUENTO DEL PINOCHO COCO. EL FAMOSÍSIMO COCOCHO. LA CARO TE VA A DECIR AHÍ QUÉ ONDA Y AYUDAR A QUE PUEDAS IRTE SIN BRONCAS DESPUÉS. APÚNTATE LA DIRECCIÓN Y QUEMA ESTE PAPEL CUANDO LO ACABES DE LEER. NO LE JUEGUES AL VIVO CHAVO. ACUÉRDATE QUE SATANÁS Y YO ANDAMOS AL MERO TIRO.

En una de esas como extrañas decisiones éticas, sí quemé el papel como se me indicaba, pero primero lo copié entero en uno de los cuadernos de espiral donde apuntaba yo todo lo que podía de las pláticas con el Agallas. Y también con Milena y lo de la ambulancia y todo lo que podía retener, según yo para luego poder escribir mi radionovela, o algo así.

Y luego también pensé en qué le había hecho el tal notario Gómez al Agallas. El Elvis de mi fantasía tampoco parecía tener idea. Pensé si debía escuchar la grabación de lo que el Agallas había puesto en su nota que era el Pinocho coco, el Cococho, pero prefería mejor no, en parte para que lo que me tocara hacer en versión botarga fuera espontáneo, y pues supongo que también para que no me fuera más bien a rajar. Se me figuraba que era algo como de ese tipo de humor negro que por ejemplo tomaba un cuento infantil como justo el de Pinocho y le daba un giro *darks*, o algo así. Pero lo que sí es que igual que con la hoja de papel que copié en mi cuaderno antes de quemarla en la cocina con el fuego de la estufa, metí el disco compacto en la computadora de la casa que teníamos en la mesita de la sala y copié los archivos para tenerlos guardados, y pues son los que he podido escuchar una y otra vez desde entonces. Que la verdad ya ahora no me parecerían tampoco para tanto desmadre que se armó, porque si uno no supiera (como yo ese día no sabía) cuáles eran los rollos que en realidad se traían el Agallas y el notario, pues perfectamente podía pasar sólo como una rutina cómica de humor negro un poco subida de tono. Pero ya sabiendo el desenlace de la situación, la cosa era distinta. El caso es que ese día yo sólo tenía mucha curiosidad y la verdad también emoción de averiguar yo

mismo en el festejo, ya con la identidad de la botarga, qué onda con todo ese rollo.

Al final el Agallas no me llamó el viernes como había dicho, pero tampoco era tan raro porque más bien se me figuraba que se iba ajustando a sus impulsos de cada momento. El caso es que ya el sábado del festejo me levanté medio tarde y medio crudo por estar ahí en la casa echándome unas cubas con mi papá hasta tarde, y salí también como muchos sábados a medio curarme la cruda y comer algo en la calle y regresé a echarme en la cama y hacerme güey otro rato, en lo que llegaba la hora de ponerme en marcha para el festejo.

Ya como a las cuatro de la tarde calculé que era buena hora. Lo malo fue que era uno de esos sábados que al Yorch le había tocado descanso en el McDonald's y se iba a pasar el día entero en su cama pachequeando y escuchando Nirvana. Y pues entonces tendría que al menos sacar del clóset la botarga en su presencia. Pero lo bueno fue que el Yorch también fue fiel a su personaje de me-vale-verga-la-vida-tú-y-tus-pinches-pendejadas y ni dijo nada, ni creo que me volteó a ver cuando fui por el Elvis. Casi que un poco por chingar y otro por ver hasta dónde estiraba la liga de su indiferencia existencial ese pendejo, estuve a punto de ponérmela ahí mismo, pero ya mejor dejé ahí al Yorch en su autismo pacheco y salí del cuarto cargando la botarga.

El que sí a huevo hubiera preguntado o dicho sus típicas pendejadas hubiera sido mi papá, que por suerte como muchos sábados, o cualquier día para el caso, no estaba en ese momento en la casa. Así que mejor me metí en la botarga ahí en la sala, porque pensé que si me la ponía en la calle ya afuera de la notaría, la tira

podía pensar que me estaba disfrazando para asaltar o algo así, y me podían querer agandallar.

O sea que salí a la calle ya con la identidad de la botarga y pues no sé si por eso mismo pero casi que sentía como si la luz del sol, y obviamente todas las miradas de la gente que iba en sus coches por el Eje 6 Sur, se concentraban en ese Elvis de felpa cabezón que le hacía la parada a los taxis. Yo creo que por esa misma idea de que pudiera ser un asaltante, los primeros varios taxis que pasaron no me hicieron la parada y se siguieron de largo. Hasta que un señor ya medio viejito de cabello canoso que manejaba un vocho verde muy jodido me subió, a lo mejor pensando que de todas formas no tenía ya mucho que perder.

Yo no sabía exactamente dónde quedaba la notaría, y entonces mejor le pedí al taxista si me bajaba en la plaza de Coyoacán, donde está la Fuente de los Coyotes, para desde ahí buscar la dirección del convivio. Y pues yo creo que también para agarrar un poco de valor o meterme bien en el papel o algo así. En el camino veía la sonrisa jovial de Elvis contemplándome desde el retrovisor, y eso mismo me sumía más adentro de la botarga, como si fuera uno de esos sarcófagos egipcios que salían en los documentales de la tele. El viejito taxista me trató de sacar plática dos o tres veces, preguntándome si iba a una fiesta de disfraces y cosas del estilo, pero pues aunque yo no quería ser maleducado con él, creo que no estaba listo para platicarle siendo Elvis. Le contesté muy seco hasta que ya dejó de intentar hacer conversación.

Yo venía más bien pensando en Milena, que me había llamado la noche anterior con la voz y el ánimo muy apagados. Quería ver si nos veíamos para ver películas y no hacer nada. A mí se me vino el

mundo encima porque obviamente que me hubiera encantado, pero no solamente no podía, sino que tampoco podía contarle por qué no podía. Me puse supernervioso y alguna tontería balbuceé de que tenía un compromiso o algo así, que pues obviamente le dio a pensar o que no quería o que le estaba ocultando algo, que era la verdad, porque sí le estaba ocultando algo, pero seguro ella se estaba imaginando otra cosa. Se hizo un silencio incómodo y yo le rogué si nos podíamos ver el domingo. Sólo me contestó muy cortante algo como que sí, que no me preocupara, que nos hablábamos ese día. Y que chau. Y colgó. Y a mí se me acabó de venir el mundo encima. Pensé marcarle ahí mismo de vuelta y contarle la verdad. Y creo que fue la primera vez que la fantasía en mi cabeza de la botarga cobró más forma y casi que me aventó como una especie de monólogo.

«A ver. Espérame tantito.» (O con algo así empezó a echarme el rollo la pinche botarga de mi cabeza.) «¿Lo que estás pensando es llamarla y decirle que hace unos pocos meses me viste a bordo de un pesero cuando caminabas por Copilco, que pensaste que por tu obsesión con Elvis se trataba de una señal y me seguiste y viste que entraba a un edificio a medio construir en Santo Domingo, que lograste entrar a ver qué pedo y resultó que un turbio personaje adicto a la piedra y al *speed* me rentaba para animar fiestas, te ofreció el trabajo y lo aceptaste, que ya te disfrazaste de mí varias veces para animar festejos en los que casi siempre terminas o madreado o poniéndote hasta tu madre, y que mañana tienes llamado para ir a la fiesta del cumpleaños 60 de un notario del que el tal Agallas por alguna razón quiere vengarse, y que por eso es que no puedes verla mañana, pero sí el domingo? Adelante,

campeón, qué gran idea. ¿Qué podría salir mal si le llamas y le cuentas todo eso? Y más ahorita que ni está entregada en cuerpo y alma a un movimiento estudiantil donde se juega el futuro de la educación gratuita en México. Seguro que tiene tiempo para estas pendejadas. Ándale, ¿qué esperas? Llámale de una vez. Ahí me cuentas qué te dice.»

Pinche botarga culera, no había ni cómo discutirle nada. Ni menos pensar en marcarle a Milena para contárselo. Ya le inventaría algo el domingo, si hiciera falta. Bueno, eso si acaso quisiera verme el domingo. Que la verdad, lo dudaba mucho. Creo que en esas andaba cuando el taxista se paró en la calle que pasa por el lado derecho de la plaza de Coyoacán. Y pues como al taxi anterior que había tomado con la botarga puesta fue un pedote pagarle, esta vez había dejado fuera de mi cartera un billete de cien pesos que llevaba en las manotas junto con el disco compacto que tenía que llevar al festejo, así que cuando llegamos con eso pude pagarle al viejito. Y ya nada más le dije que se quedara con el cambio, además de porque hubiera sido otro pedote intentar meter las monedas en las bolsas de mi pantalón, porque me daba culpa que todavía que fue el único taxista que me hizo la parada, yo había quedado como mamón por no quererle devolver la plática.

Me metí a la plaza para cruzarla con rumbo a la calle Hidalgo, que sí sabía que era la que empezaba al otro lado de la otra plaza, la que está junto a la de la Fuente de los Coyotes. Estaba llena de gente, incluyendo muchas familias que paseaban por ahí el sábado en la tarde. No sé muy bien por qué, pero creo que según yo entre para no despertar sospechas, y pues sí también como metiéndome al personaje, pero el caso es que iba saludando con la mano a los

curiosos que me señalaban entre risas, y una pareja de güerillos que parecían como europeos me pidieron tomarse una foto conmigo, y le pasaron una cámara a una chava a la que le pidieron el favor. Pasé a un lado de la fuente y crucé hacia la otra plaza y me acuerdo que no sé si como para hacer tiempo o qué, el caso es que me quedé parado unos instante enfrente de la iglesia. Si no recuerdo mal creo que pensé en la cosa esa de que el Elvis real se había formado musicalmente de niño escuchando música góspel en las iglesias de la comunidad negra de Memphis. Que creo que era como una forma de encomendarme yo también a algo para lo que estuviera por suceder.

Seguí caminando entre la gente que paseaba y la gente que vendía cosas, o los típicos mimos que te abordan para que les des unas monedas, y hasta un grupo que hacía una supuesta danza prehispánica con tambores y humo de incienso y castañas amarradas a los pies. Hasta que llegué a la esquina donde en el sentido contrario de los coches empezaba la calle Hidalgo y me seguí caminando por la banqueta del lado izquierdo, fijándome en los números, para buscar el 85 donde según la nota que me había mandado el Agallas estaba la dichosa notaría.

Así caminaba, sintiendo que de los negocios y restaurantes de la calle se me quedaban viendo al pasar, hasta que como cuatro o cinco cuadras más adelante llegué a una casona gris con una puerta negra de metal que daba hacia la calle, y ahí en la pared estaba el número 85. Y pues sí había también una placa con el nombre del notario Pedro Ramón Gómez Gutiérrez, y el número de la notaría, la 225. Logré apretar el botón del timbre con un dedo del guante rosa y pronto abrió la puerta una mujer bajita, con el cabello recogido y

bastante maquillada, que pensé seguro era mi compinche de misión, Caro la recepcionista. Cuando se abrió la puerta la música que sonaba dentro de la casona cobró mayor volumen, y ya cuando entré y Caro me condujo por un patio delantero escuché una voz masculina que cantaba acompañada de lo que sonaba como si fuera uno de esos órganos eléctricos. Pensé que de seguro se trataba del típico hombre orquesta que se contrata para amenizar ese tipo de fiestas de rucos de billete como seguramente era la del tal notario Gómez.

Obviamente que la Caro estaba muy al tanto de la situación. Agarró con una mano el compacto que yo llevaba cargando y me tomó con la otra para guiarme por el patio delantero que tenía una fuente de piedra y unos árboles altísimos. Llegamos a lo que era el vestíbulo de la notaría, que tenía su escritorio en la recepción y su sofá para esperar a que te reciban. Seguimos caminando a través de una sala de juntas con una mesa muy grande y muchos libros en unos muebles pegados a las paredes hasta que llegamos a un jardín, creo que incluso más grande que el primero, que también tenía muchos árboles muy altos en el perímetro. Habían puesto sobre el pasto, en las orillas, mesas redondas como de boda, y una pista de baile en el medio, formada con los típicos cuadrados esos de piso como de parqué. Aunque la visión por los ojos de la botarga me alejaba un poco de la realidad exterior, yo creo que había unos cien invitados o algo así. La mayoría estaban ya más veteranos, como de la rodada del notario obviamente, pero también se veía por ahí platicando o riéndose a gente más joven, que de seguro eran los hijos del notario y sus amigos. Y en un lado de la pista estaba el hombre orquesta con su organillo eléctrico, que cuando entramos la

Caro y yo como de sorpresa a la fiesta, cantaba con mucho sentimiento «A mi manera».

Obviamente todas las miradas de la fiesta se concentraron en la botarga de Elvis Presley que acababa de entrar al patio, pero pues como yo todavía no sabía qué onda al principio nada más me quedé ahí parado, con Caro también inmóvil a mi lado, creo que en parte porque no quería ella interrumpir al hombre orquesta a media canción. Al echar un vistazo noté que del otro lado de la pista estaba en el centro la única mesa rectangular, yo creo que para distinguirla de las otras, donde estaba un señor de lentes y copete, ya canoso, que luego luego se le veía como que se daba aires de mucha importancia, así que pensé que de seguro era el tal notario Gómez. Se me hizo como conocido de algún lado cuando lo vi, pero entre que al terminar la canción la Caro me llevaba de la mano hacia donde estaba el hombre orquesta, que se veía que era también como el DJ de la fiesta porque ahí a un lado tenía una consola con su reproductor de discos compactos, ya tampoco le puse mucha atención. El caso es que primero insertó ahí el compacto que le dio la Caro, luego de que ella le explicara algo. Yo creo que le comentó que era la pista para mi espectáculo, o algo así.

Así que me tocaba ya entrar en mi papel de botarga de Elvis y estaba ahí parado junto al hombre orquesta sin saber muy bien qué hacer, y en eso se arrancó a cantar como una versión de «Hound Dog» pero en español, que yo nunca había oído a nadie interpretar, así que no sé si se la inventó él mismo o qué.

Tú no eres más que un perro Que llora todo el día
Tú no eres más que un perro Que llora todo el día
Nunca atrapaste a un conejo Ni serás jamás mi amigo.

Y entonces yo me puse a caminar entre las mesas, saludando con la mano al aire, o moviendo un poco la cintura, o pues de plano yéndome al popular recurso de ponerme en pose de karateka, que siempre hacía que la gente se riera. Cuando acabó la canción el hombre orquesta anunció por el micrófono:

–Damas y caballeroooooos, para festejar el cumpleaños número 60 de su eminencia el notario Gómez, aquí el mismísimo rey del *rock and roll* le viene a dar un mensaje. Les pido por favor un gran aplausoooo.

Si no recuerdo mal caminé al centro de la pista agitando las manos juntas sobre la cabezota de la botarga, como recibiendo con calidez el aplauso del público. Y pues el hombre orquesta le dio Play al disco y en las dos bocinas que estaban en la esquina de la pista sobre los tripiés empezó a sonar la inconfundible voz aguardentosa del Agallas. Creo que como por reflejo volteé a ver al notario sentado en su mesa con una chava que se veía mucho más joven que él, que de seguro era su esposa, y como que me pareció por la cara que puso que él también reconoció la voz. Creo que también por reflejo o instinto o algo así, me puse a gesticular como si estuviera actuando o haciendo una como pantomima de lo que narraba la voz del Agallas en la grabación.

Amiguitas y amiguitos, esta es la historia de un muñeco, pero no de madera, sino un muñeco de plástico. Pongan mucha atención, que aquí les viene la historia del mismísimo Pinocho cocainómano, mejor conocido para sus cuates como el gran Cococho.

Los invitados creyeron al principio que era sólo como una rutina cómica y pues se echaron a reír. Creo que yo, o yo en versión botarga, subí los codos y bajé los brazos y la cabeza y los movía como si estuvieran jalados por hilos, o sea como si fuera una marioneta. Y luego para la parte del Pinocho cocainómano hacía como que me tapaba un orificio de la nariz y jalaba la cabeza hacia atrás, como si me estuviera metiendo una raya. La gente estaba muy divertida y se reían y me aplaudían las gracias, o eso oía y veía yo por los ojos de la botarga.

Había una vez un esposo y una esposa que eran muñecos de plástico, que vivían sus vidas de plástico, en su casotota de plástico, con sus coches de plástico y sus viajes al extranjero de plástico. Y pues ora sí que no se sabía bien si porque el esposo ya estaba más veterano pero el chiste es que no podían tener a sus muñequitos de plástico que la esposa tanto quería.

Creo que en esa parte me puse la mano sobre la frente como en plan de tragedia, pero también sí vi que a los que ya no les estaba cayendo tan en gracia el numerito eran al notario y sobre todo a su más joven esposa, que se pusieron a discutir. Pero según yo me parecía que el notario al mismo tiempo trataba como de reírse y conservar la calma, yo creo para que también pareciera algo planeado, y no que lo estaban agarrando en curva en su propio festejo, o algo así.

Y pues como el esposo muñeco de plástico andaba de canijo por ahí con sus secretarias, la esposa muñeca de plástico menos tenía

ganas de intentarle a la cosa de la procreación, amiguitos, y entonces mejor decidieron hacer un tratamiento artificial para poder tener a su muñequito de plástico, y pus así fue como pasó a existir el futuro Cococho, que pues ora sí que todavía no se llamaba así, pero mejor por respeto al público no vamos a mencionarlo por su nombre original. Así que aquí les va la historia del Cococho.

Obviamente que la historia de la grabación ya empezaba a estar más subida de tono, y las risas de los invitados ya eran más bien como nerviosas. A la discusión del notario y su esposa ya también se había sumado un chavo que se veía de veintipocos, con el pelo engominado hacia atrás, que señalaba hacia el hombre orquesta. Parecía como que pedía que interrumpieran la grabación. Y si no recuerdo mal, creo que el notario lo agarró del brazo como para impedírselo. Y pues ya después con todo lo que pasó poco tiempo después, me quedó claro que ese chavo, que sí era el hijo de ellos, pues era el Pinocho coco o el Cococho del que supuestamente se hablaba en la historia. Y también que el cabrón del notario no lo había dejado en ese momento interrumpir la grabación, a lo mejor sí en parte para no armar como más desmadre en su propia fiesta y que al pararla se le diera más importancia, pero también creo que para darle una lección a su chamaco, y pues ver si con la humillación pública recapacitaba y agarraba la onda, o algo así. O sea que muy cabrón hasta con su propio chamaco, el pinche notario.

Pero pues en ese momento yo ni tenía toda la información necesaria, y más bien estaba como metido en el papel sin pensar en mucho más. El caso es que creo que ahí me puse como a arrullar en brazos al muñeco de plástico que según el cuento que contaba el

Agallas había sido concebido por algún tratamiento de inseminación artificial para muñecos de plástico, o algo por el estilo.

Y ya con su muñequito de plástico, no vieran, que al esposo muñeco de plástico se le pone peor el carácter. Se tomaba sus tequilas y nomás andaba buscando ora sí que a quién echarle bronca. Y con esas cosas de la juventud perdida y no sé qué, el chiste es que peor andaba de canijo por ahí, pagando por el amor cuando hacía falta y toda la cosa. Así que su esposa muñeca de plástico andaba toda empastillada como zombi, y el muñequito de plástico desde chico era bien respondón y consentido y flojo, y pues no le gustaba ir a la escuela. Ora sí que lo que se conoce como un bueno para nada. «Como dice mi papá, que trabajen los burros», le dijo un día a su mamá cuando ya habían pasado algunos años y ya había crecido. ¿Y qué creen?, amiguitos, que no se hizo esperar el día en que al higadito de plástico le salieron orejas y cola de burro, y andaba p'arriba y p'abajo rebuznando y dando de patadas y golpes.

En esa parte yo me puse como a cuatro patas y a dar de supuestas coces al aire con las patas traseras y aventando la cabezota para atrás. Las veces que recreo el episodio pero como si yo estuviera de fuera viendo también a la botarga me da hasta a mí risa nerviosa por toda la onda como de humor negro que la verdad sí estaba muy pasado de lanza. Muchas veces he pensado por qué no paró antes el notario la grabación, y yo creo que además de que como ya dije le quería dar una lección al bueno para nada júnior de su hijo, de seguro de pasada también aprovechó para darle su humillada a la esposa, que se veía muy claro que pues un

matrimonio muy amoroso, la verdad no eran. Pero ya después creo que hasta pude ver que es de ese tipo de señores como mi papá, sólo que mi papá obviamente en versión pobre diablo, que les da hasta como orgullo andar presumiendo que andan de cabrones y que son ojetes, como si eso los hiciera muy hombres, o algo así. Ahí finalmente el notario podría decir que no era él quien andaba contando sus hazañas, sino un espectáculo de comedia negra contratado por su recepcionista, así que pues él qué. Y a la que obviamente no le estaba haciendo ninguna gracia era a la esposa, que se le caía cada vez más su intento de sonrisa fingida, y menos al hijo, que ya estaba rodeado por sus amigos que lo abrazaban y le daban palmadas en la espalda como para darle ánimo. Y ya en la parte final, como si el autor de la grabación, o sea el Agallas, hubiera previsto lo que en ese momento pasaría, continuó diciendo para ya ir rematando el asunto:

No se me desesperen, amiguitas y amiguitos, que ya casi acabamos. El asunto es que el muñeco de plástico con orejas y cola de burro, obviamente que salió bien mentiroso. ¿Y qué creen? Que cuando decía sus mentiras le crecía una narizota. Pero pues si de por sí los papás muñecos de plástico nunca lo pelaron mucho, pues ya que era un adolescente problema, que cada tanto se ponía narizón por sus mentiras, pues menos. Entonces mejor le daban dinero para que se hiciera pendejo por ahí, con sus amigos también muñecos de plástico, igual de burros y buenos para nada. Y entre sus muchas gracias, como buenos muñecos de plástico, pues ya saben, que le empiezan a pegar junto con la bebida a la caspa del diablo, el cornfleis, o la cocois. Y así fue como nació el gran Cococho, porque

ya entonces decía las mentiras cada vez más a propósito, para que le creciera la nariz lo más grande que se pudiera, y entonces sí poderse meter unas rayísimas que parecían la carretera que lleva derechito al mero infierno. Hasta que un día iba manejando ya al amanecer luego de una noche de fiesta su coche del año en el que se mueven los jóvenes muñecos de plástico, y que se queda dormido y que atropella y se quiebra a un barrendero público que ya chambeaba por las calles al comenzar el día. Y ahí sí ya intervino el papá de plástico con su billete y sus influencias, para sacar del tambo al infeliz del Cococho, que en vez de aprender la lección por sus pendejadas se hizo el mártir, y pues a decir más mentiras y a meterse más y más cocois por su narizota. Y pues ya para seguirle acumulando a sus gracias, que después se mete en problemas de apuestas, y ya ven ahora al papá muñeco de plástico teniéndole que pagar a los tahúres para que no desgraciaran a Cococho. Hasta que un buen día...

Y ahí sí ya de plano mientras yo actuaba como la pantomima de darle una feria a los tahúres para que no golpearan a Cococho, y pues al muñeco lo actuaba haciendo con la mano el movimiento como si le creciera la nariz, para después meterse las rayísimas de cocaína, o abrazándose a sí mismo y hecho bolita en la cárcel, temblando de miedo luego de haber atropellado borracho a un pobre barrendero, el caso es que de pronto se dejó de escuchar la grabación y ya más bien se oían como gritos y desmadre. Resultó que el hijo del notario se había ya lanzado furioso a desconectar los cables de la consola para acabar con la historia y con su humillación pública, que sea como sea claramente su propio papá había

permitido. Luego me quedé pensando que a lo mejor hasta en ese momento la gente podía pensar que él la había planeado, pues porque era su fiesta de cumpleaños y toda la cosa.

El chiste es que al estilo de esas escenas todas dramáticas de las telenovelas, el chavo cruzó chillando el jardín corriendo a toda velocidad, como para irse a meter a la casona, y obviamente la mamá lo había seguido también corriendo. O sea que todo un pinche telenovelón. Y yo ahí parado en medio de la pista un poco como pendejo, sin saber ahora ni qué hacer. El notario también seguía quieto en su mesa como guardando la compostura, y sólo le daba tragos y tragos a su copa que creo era de tequila. Luego le dio alguna orden a un chavo que debía ser empleado de la notaría, que fue a decirle algo al hombre orquesta, y de pronto empezó a sonar en las bocinas una versión en vivo de «Suspicious Minds», y hasta cierto punto creo que le funcionó la estrategia de tratar de devolver a la fiesta algo de normalidad. Creo que ya tampoco nadie siguió pelando mucho a la botarga de Elvis que se había quedado pasmada y como confundida a media pista de baile, sin saber muy bien qué hacer ahora.

Casi como si fuera ahora un programa de concursos, apareció Caro la recepcionista para tomarme de la mano y llevarme ahora a mí hacia el vestíbulo de la notaría. Creo que todavía como por inercia alcancé a irme despidiendo con la otra mano de la concurrencia. Y pues entre la adrenalina del desmadre que se había armado y que de todos modos la visión desde adentro de la botarga siempre era como si fuera un poco irreal, mi recuerdo es un poco borroso, como si todo hubiera pasado en chinga y de repente estuviera ya en mi casa, donde por suerte y como casi siempre, y

más un sábado en la noche, cuando llegué no había nadie. Así que le exprimí unas de esas cubas casi medio transparentes y sin gas a las inmortales patonas de Bacardí y Coca-Cola de dos litros siempre medio vacías y medio sin gas, mientras escuchaba mi compacto de los éxitos de Elvis y trataba de entender qué había pasado, y qué tan serio o tan grave era tener ahí sobre la mesa ese sobre color mostaza tamaño carta de los que se cierran con un hilito rojo que me había dado Caro la recepcionista mientras me llevaba de la mano y me empujaba para que saliera de la notaría.

Y pues en ese momento como que agarré vuelo y crucé con el sobre entre las manotas por el patio delantero, abrí la puerta y salí a la calle, y no sé bien ni por qué pero me seguí corriendo por la calle Hidalgo, como si alguien me persiguiera, que la verdad no era el caso. Y sin tampoco tener grandes razones, como a las tres o cuatro cuadras me quité la cabezota de la botarga y me seguí caminando otro poco más, yo creo que en parte para recuperar el aliento y otra parte como para volverme a adaptar a la realidad afuera de esa bóveda que se sentía cuando estaba adentro del muñeco con forma de Elvis.

La verdad ese día ya que por fin llegué a mi casa tampoco tenía tantas ganas de darle vueltas a las cosas, o pensar qué debía haber hecho, o lamentarme por no haber reaccionado y negarme a tomar el sobre que me dio la Caro, porque todo fue muy rápido y muy inesperado. En ese momento ya no se podía hacer nada más que apechugar con las consecuencias que se vinieran. Obviamente que tampoco me pude aguantar la curiosidad de al menos abrirlo, y vi que venían unos expedientes con información de los que de seguro eran clientes de la notaría, y también unas fotocopias de escrituras,

yo creo que de las propiedades que les había escriturado el notario, o algo así. Y aunque yo no lo hubiera planeado eso ya era como cruzar una línea mucho más fuerte en todo ese delirio, que al final sí era en parte una chamba, pues porque para la gente que la hace de botarga, y más aquí que las botargas son casi como una tradición nacional, no deja de ser una chamba estar ahí adentro del disfraz. Pero en mi caso al principio había sido también en parte que no tenía mucho más que hacer, y que me daba curiosidad, y pues también la onda esa de que si me iba a servir para escribir mi radionovela y no sé qué.

Como estaba solo en la casa cuando me quité el disfraz de la botarga y me senté a tomarme unas cubas, puse la cabezota del Elvis en el sillón individual, casi como si fuéramos a echarnos un mano a mano, que pues por otro lado al mismo tiempo, en cierto modo, era justo lo que íbamos a hacer. En parte porque al menos ese día ya tampoco quería clavarme mucho en lo que había pasado, y pues de seguro el orate del que venía siendo mi jefe, el tal Agallas, ya me hablaría al día siguiente para echarme un rollo y de seguro pedirme que le llevara el sobre con los documentos que involuntariamente me había yo chingado de la notaría. El caso es que logré que no agarrara en ese momento mucha cuerda la imagen de la botarga con la que ya también yo bien zafado hablaba en mi cabeza. Creo que por ese día ya había tenido mucha dosis del Elvis de felpa. El caso es que mejor pasé a torturarme un rato con Milena, o con la idea de Milena, o con la idea de si Milena no me iba a volver a hablar, por haberme negado misteriosamente a verla ese día. Que pues, lo mismo, ella andaba en ese momento supermetida en algo tan importante como la huelga estudiantil, y yo quién sabe ni en qué

pendejadas me había ya inmiscuido. Así anduve torturándome otro rato entre las cubas diluidas que ya al final casi que eran Bacardí con agua, Elvis cantando en el fondo las mismas canciones de siempre, y la cabezota de Elvis sonriente, que por suerte ese día no decía nada en mi cabeza, yo creo que también porque no cabían ahí dos personas que me estuvieran recordando lo jodida que era mi vida en todos los sentidos. Y que de seguro ya la había cagado con la única persona que valía la pena, que lo más probable es que como era de esperarse, ya se había también dado cuenta de que no tenía ningún sentido para ella andar perdiendo tiempo y energía con alguien como yo.

19

Cuando abrí los ojos que sentía como pegados con engrudo o algo así, tenía también la boca pastosa por las cubas que me había tomado yo solo la noche anterior. El reloj de números rojos marcaba las once y cacho y lo primero que al principio lentamente pero luego cayó de putazo fue la imagen de Milena. Creo que en mi monólogo de borracho de la madrugada anterior, con la cabeza de Elvis viéndome sonriente desde el sillón individual de la sala, me había prometido que lo primero que haría ese día (que técnicamente ya era domingo, pero obvio que en ese momento no eran horas de marcarle) sería llamarla y disculparme y pues, si lograba armarme de valor, contarle toda la verdad, o al menos una parte. Pero pues ya con la cruda del día siguiente, que no sólo me quitaba el valor que tenía borracho sino que, al contrario, me repetía sin parar mis miedos y puras ideas entre culeras y catastróficas, obviamente que no me atrevía ni de broma. Mejor tener miedo de que me mandara a la verga que llamarla y comprobarlo. Y según recordaba vagamente de la noche anterior, creo que hasta la botarga con la que hablaba en mi cabeza como que había suavizado su postura burlona y creo que también opinaba que mejor sí le marcara a Milena y le contara la verdad.

Pero pues eso ni hablar de que fuera a atreverme. Así que creo que para no quedarme nomás ahí tumbado, que además el Yorch había llegado más tarde y al parecer más pedo que yo, o eso parecía

por el tufo a alcohol concentrado en el cuarto y los ronquidos que pegaba desde la litera de arriba de la mía. El caso es que me decidí a ir a ver al Agallas y devolverle su muñeco y darle el sobre para el que me había utilizado para chingárselo. Había tenido todo esto su punto de diversión y de intriga, pero ya había ido demasiado lejos. Seguramente no era en este país la primera botarga de la historia que se ocupaba para hacer alguna chingadera ilegal, porque la verdad no creo que solamente se hubieran usado hasta este momento para la pura diversión, pero para mí esto ya había sido cruzar una línea. Entonces mi idea era devolver sus cosas al Agallas, aunque la verdad sí me había encariñado ya con el Elvis y cada vez cotorreaba más con él en mi cabeza, como si fuera un *alter ego* mío o algo así. Y ya así al menos si no me atrevía a contarle la verdad a Milena, al menos tampoco tendría que seguir diciéndole mentiras. Eso en el caso de que todavía quisiera hablarme.

Creo que ya ni siquiera me metí a bañar y más bien sólo me eché agua en la cara, me lavé los dientes y me recogí la greña, que la verdad estaba toda grasienta, en una cola de caballo, para bajarme a la avenida con el Elvis bajo el brazo y el sobre color manila, para tomar un taxi rumbo a la oficina o departamento del Agallas, ahí en Santo Domingo. Venía tan metido pensando en todo esto que en mi recuerdo es casi como si en un momento estuviera bajando las escaleras del edificio y al siguiente ya estuviera frente a la construcción descascarada con la lona de «Agallas y Asociados», tocando el timbre donde estaba eso mismo escrito, y ya luego en el cuarto que era su oficina, con el Agallas sentado atrás de su escritorio. De lo que sí me acuerdo es que al entrar ahí me vino a la mente la imagen de que él era también un muñeco al que habían

dejado en la misma posición, en la misma silla, con el mismo pantalón gris y la misma camisa blanca, con la misma botella y vaso semivacío de brandy con Coca-Cola ya sin hielos, el mismo humo del cigarro sin filtro que pronto se sumaría al cenicero rebosante de colillas, y de seguro rumiando las mismas incoherencias de las veces anteriores.

Creo que como por precaución o algo así metí otra vez primero la cabeza de Elvis por la puerta y ya cuando estuvimos dentro de la oficina lo fui a colgar a su clavo de la puerta del baño donde lo vi en esa primera ida a la oficina del Agallas, que parecía haber ocurrido como varias vidas atrás.

Mientras yo colgaba al Elvis el Agallas sin haber dicho todavía ni una palabra me sirvió en el típico vaso que pues muy limpio no se veía una cuba de brandy caliente con Coca caliente y sin hielos. Lo agarré luego de dejar encima de su escritorio el sobre con los expedientes, creo que como al estilo de un investigador privado de esos que contratan para descubrir las dobles vidas de las personas, o cosas así.

Y recuerdo muy claro las primeras palabras que pronunció ese día:

–¿Quieres saber por qué me dicen el Agallas, chavo?

Preguntaba esto con su típica voz como de ultratumba que ese día sonaba todavía más rasposa, de seguro porque había estado toda la noche así como lo encontré, a lo mejor oliéndose sus rayas de *speed* o su trapo, como la última vez. La verdad que yo no tenía tantas ganas de saberlo, ni de oír uno de sus monólogos inconexos sobre cualquier cosa, pero pues también quería llevarla en paz y poderme salir de ahí lo mejor y antes posible. Entonces creo que le contesté algo como para mejor seguirle un poco la corriente:

–Claro que sí, don. Me encantaría saberlo.

Y lo que también sí me acuerdo es que yo creo que porque como que yo también entraba a un delirio medio loco estando ahí, pero el caso es que me imaginé que la botarga se llevaba la mano a la cabeza, como en actitud de pero-qué-pendejo-eresluego-no-andes-chillando, o algo así.

Y pues el Agallas se soltó con uno de sus rollos que luego yo cuando llegaba a mi casa trataba de escribir en mi cuaderno con la mayor fidelidad posible.

–Pues la neta es que como casi todo lo bueno y lo malo que me pasó hace muchos años, chavo, se lo debo a la pinche piedra. Por ese entonces estaba todavía en la etapa inicial del romance con esa chingadera, y me juntaba seguido después de la chamba con unos valedores de por acá a darle. O luego si no, pues también yo solo, ¿verdad?

Contaba estas cosas como si fueran lo más obvio o lógico del mundo. Que la verdad en su caso, en cierto modo sí lo eran, porque si algo tenía este sujeto era una total congruencia con sus desvaríos. De todas las veces que he hecho memoria de nuestros encuentros, no puedo acordarme de una sola que me hubiera dicho o platicado algo que pudiera considerarse ni remotamente normal.

–Pero el chiste es que estábamos un día pegándole mientras echábamos unas caguamas afuera de la tiendita de don Lucio, la que está aquí como a tres calles, que la verdad el don nos tenía harta paciencia, porque pues ya sabes cómo se pone uno, chavo. No que nos entraran ganas de hacerla de a pedo, sino que más bien nos daban esos pinches delirios de grandeza de cuando te habla el chamuco, que te crees el rey del mundo y que puedes hacer lo que

te dé tu regalada gana. Que luego más bien es todo lo contrario y ya cuando te ves chimuelo y todo chupado en el espejo te sientes la peor basura del mundo, pero ya me estoy desviando, y ahorita quiero que más bien me cuentes qué onda con lo del hijo del notario, el Cococho, aunque mi agente secreta la Caro ya me contó que se puso bueno el cotorreo, pero quiero escuchar también ahora sí tu versión. Nombre, si vieras las pinches rayísimas que se metía el chamaquito en las fiestas que armaba en su casa cuando sus papis se iban de viaje. Y pues justo luego les chingaba y vendía que si joyas, que si jarrones y cuanta mamada pudiera, para financiar el vicio, y también las apuestas al futbol americano y otros deportes a las que le entraban recio él y sus cuates de plástico. Y pues ya te imaginarás las mentirotas dizque para que no lo cacharan. Pero pues sus papis hacían como que le creían, porque sabían que ese monstruito lo habían hecho ellos mismos. Aunque luego sí se pasaba de tueste el Cococho con sus mentiras, y yo creo que hasta a ellos les costaba trabajo hacer como que le creían. Y pues luego estuvo la onda esa de que se quebró bien pedo y bien coco a un pobre trabajador de limpia en la calle cuando iba manejando de regreso a su mansión, ya de día. No, si todo el cuento de hadas que tú y el Elvis me ayudaron a contarles es cierto. Pero ya me desvié. ¿En qué estaba, chavo? A ver, pásame tu vaso.

Me acuerdo que cuando dijo «hadas» me vino a la mente Milena, y ahora me la imaginé a ella en vez de al Elvis, viéndome en esa pinche escena en la que yo estaba, pero creo que hasta en mi imaginación me costaba trabajo verla enojada, y más bien la veía con su gesto de hada juguetona, guapísima como siempre, entre divertida y extrañada de verme ahí. ¿Qué estaría haciendo en ese

momento?, creo que pensé. Por otro lado, se veía que al monólogo del Agallas le quedaba bastante cuerda. Y la verdad que esa primera mezcla caliente de brandy con Coca había entrado de maravilla, y pues como la típica cosa esa del diablito y el angelito que te hablan uno de cada lado, creo que imaginé que el Elvis de mi cabeza me decía que mejor me chingara otro brandy en santa paz y ya al rato veía qué onda con la chica, que pues de todos modos ni estaba ahí en ese momento. Y pues la verdad que tenía algo de razón, así que me apuré a dar el último trago y le pasé el vaso al Agallas para que lo rellenara. Se oyó una de sus risas medio mezcladas con tos como de asmático, que siempre parecía como si también quedara envuelta por el humo del cigarro.

–Ah, pinche chavo, traes sed, ¿verdad? Ahorita mando por otro pomo a uno de mis achichincles de por acá para que nos aliviane chingón y nos estemos otro rato.

Como para según yo no darle más cuerda al Elvis de mi fantasía, trataba luego de no voltearlo a ver, pero al mismo tiempo era como un reflejo casi inevitable. En una de esas que desvié la mirada me topé más bien con la supuesta hostia consagrada que el Agallas tenía enmarcada junto a la pared. Entonces yo creo que por asociación con no sé bien qué, volvía a pensar en Milena. Que lo peor es que a ella que sí escribía sus cosas y no se la pasaba nada más como yo fantaseando con proyectos, se le haría interesante y de seguro le servirían todos estos rollos.

–A ver, chavo, ya, concéntrate. ¿Entonces en qué me quedé? Ah, sí, te estaba contando de cuando me pusieron el Agallas. Eran mis meras épocas de la piedra. El caso es que un día andábamos dándole con los gañanes de mis valedores y que se nos acaba el

material. Y pues ya sabrás la eriza que nos empezó a entrar. Y que a intentar conseguir más, pero pues entre que ya era tarde y andábamos ya bien burros, pues nada. Creo que fue el Giovani el que empezó con el reto de que, a falta de piedra, le metiéramos a lo que hubiera, como poniéndonos de prueba a ver quién llegaba más lejos. Él empezó oliendo una raya de sal. No mames, chavo, hubieras visto el grito y la cara de agrio que se le puso cuando yo creo que esa madre le subió al cerebro. Y ya te imaginarás las pinches carcajadas de todos los demás. El siguiente güey le sube de huevos otro poco y se chinga un sobrecito de chilito en polvo. Nombre, ese sí casi se nos desmaya del pinche ardor que se ve que le picaba en todo el cráneo. Y después el otro que seguía se administró un tehuacanazo como los que usan los judas para torturar a sus víctimas y hacerlas que confiesen. Ahí te platico cómo le fue. Yo creo que en su cabeza confesó toditos sus crímenes y sus pecados. Y pus no sé si fue el destino o qué, pero el chiste es que me tocó al mero final. No hallaba cómo chingarme a esa bola de putos para demostrar que yo estaba dispuesto a ir más lejos. En eso que veo una fila de hormigas de las rojas, como si me las estuvieran poniendo ahí justo para eso. No lo pensé ni dos veces. Me puse a cuatro patas y enrollé un billete de a veinte pesos, y p'adentro, que me huelo a las pinches hormigas. No, chavo, mejor ni te cuento los detalles. Porque estuvo bien feo. Con decirte que entre otras linduras me quedó la cara toda rajada de la restregada que me di contra el piso de la pura desesperación. Por más que guacareaba, y yo creo también por la paranoia que da la piedra, el caso es que sentía sus mugres patitas caminando por todo mi cerebro. Desperté al día siguiente en un cuarto que don Lucio tiene ahí junto a la

tiendita. Se encabronó tanto el don que hasta la fecha ya no me habla tan bien como antes. Al parecer en algún momento uno de estos culeros dijo: «No, pues eso sí que son agallas». Y ya. Se me quedó el nombre. Y pues ahí nomás te encargo, para que sepas de lo que soy capaz, chavo.

En esos silencios yo no sabía ni qué decir, porque creo que incluso hasta ahorita que lo repaso y como que lo vuelvo a vivir, ni siquiera sé bien qué pienso, y pues menos en ese momento. Lo bueno es que el Agallas casi siempre continuaba solito, sin necesidad de que yo tuviera que responderle de alguna forma.

–A ver, chavo, sírvenos otros dos brandys en lo que salgo aquí a encargar otro pomo.

Y como las otras veces, cuando el Agallas se puso de pie para irse, me volvió a sorprender lo chaparrito que era en realidad.

Seguido me preguntaba si algo de eso sería verdad, o si acaso importaba. En parte creía que me contaba esas cosas como para impresionarme, pero luego también pensaba que aunque yo no estuviera ahí se las contaría a sí mismo, y en una de esas hasta igual en voz alta. Así como los rucos decadentes como mi papá que te aventaban sus rollos de sus buenos tiempos y no sé qué. Nada más que aquí como que hasta los buenos tiempos eran en realidad malos. O algo así se me figuraba. Y de ese día me acuerdo del solazo de mediodía que entraba por la ventana de atrás del escritorio del Agallas y yo sentía el sudor en la frente, el dolor de cabeza como si fuera un taladro, y la boca pastosa, que pues trataba de alivianar con tragos largos del brandy con Coca-Cola caliente. Me viene también la imagen del escritorio lleno de papeles y chucherías, como ese día que creo que había por alguna razón un tiranosaurio

rex de plástico. O un cuadro que creo que o no había visto antes o no estaba las otras veces, de un payaso pordiosero, más la supuesta hostia consagrada, y obvio la botarga de Elvis que colgaba del clavo de la puerta. Todo eso me hacía sentir como si estuviera en un museo de cera o algo así. Sólo que en este parecía como si en cualquier momento los objetos que lo adornaban fueran a empezar a derretirse.

Y pues ahora la pinche botarga de mi fantasía no decía nada. Como si no quisiera interrumpir los pensamientos que ni eran pensamientos, sino que en el fondo más bien daban vueltas alrededor de la imagen de Milena. Me acuerdo que yo me decía que ahorita que volviera el Agallas le haría una rápida descripción de la expedición a la fiesta del notario, para poderme largar a la chingada de ahí lo antes posible. Y que pues finalmente había salido todo como él quería, o eso me parecía a mí. Y si ya le dejaba ahí su sobre y su botarga, a la que sea como sea sí iba yo a extrañar, pues ya podía dejar atrás estas mamadas y...

–Estos putos achichincles ya no los hacen como antes. Así estuvieran buenos para desaparecerse cuando vienen a chillarme que no tienen lana ni para tragar. ¿Te imaginas que tuve que ir yo mismo por el pomo, chavo? Pero ahora que llegue mi día, ya lo verán. Me las van a pagar todos juntos.

–Oiga, don.

–Agallas.

–Bueno, le quería contar rápido lo de la notaría, porque tengo un compromiso...

–Mira, chavo. Mejor no te me pongas al brinco, que no ando de humor. Te callas y te sientas y te chingas otro brandy, que hace un

chingo de calor y bastante hueva me daba a mí también ir por él. Y escúchame muy bien, que sólo te lo voy a repetir una vez.

Y ahí sí creo que por reflejo volteé a ver a Elvis y el que aparecía en mi cabeza como que se encogió de hombros en plan sepa-la-chingada-ahora-qué-le-picó-a-este y ya más bien sin decir nada como que los dos nos esperamos para averiguarlo.

–En primer lugar, grábate esto: obviamente ya sabrás que el notario va a buscar por todos lados al hijo de la chingada que se la hizo. O sea, seguramente ya sabe que estoy yo detrás, pero nomás imagínate si alguien le dice quién estaba dentro del monigote que le echó a perder su festejo y le chingó sus expedientes. A la Caro la corrió ayer mismo, ya me habló chillando para contarme, pero no importa porque ella ya estaba bien pinche harta de sus maltratos, y pues de las otras cosas que ya sabes que también le tocaba hacer, y se quería ir. Y pus igualito que conmigo, el hijo de la chingada sabe que ella le conoce hartas mamadas, así que tampoco le conviene írsele encima ya más gacho. Yo creo que hasta le va a tener que dar su indemnización y toda la cosa.

Y hacía sus pausas dramáticas y remataba con una voz todavía más de ultratumba, yo creo que como para intimidarme:

–Eso, nomás para que le midas, chavo.

Cosa que pues obviamente sí lograba. Creo que yo tuve una como punzada de sudor frío y me bajé de golpe lo que quedaba del brandy con Coca recién servido, y hasta me acuerdo que pensé que si ya había ido a la tienda por más, por qué no había de una vez comprado hielos el muy tacaño. Creo que hasta ese momento no cobré conciencia de la gravedad de la situación y de la enorme pendejada que había cometido, aunque en realidad la verdad es que

no lo había hecho a propósito. Aunque yo no sabía ni lo que me estaban dando en ese momento, y ni siquiera sabía que me iban a dar algo, era cierto que técnicamente había sido una botarga habitada por mí la que se había robado los expedientes.

Creo que desde ese momento pensaba también que parte del castigo bíblico era que el Agallas nunca se callaba.

–Ahora sí que ya nos estamos entendiendo, seguimos por partes. Luego, tenemos que aprovechar que como sea el notario ha de andar apendejado, para darle ahorita otro descontón. No creas que soy tan pendejo como para querer la guerra, chavo. ¿O por qué crees que esperé tanto tiempo para hacer mi maniobra? Al final de cuentas, aunque yo también me lo chingue, el notario me puede aplastar peor que a una mosca con una sola llamada que haga. Eso lo tengo bien clarito. Y pues él tiene bien clarito que yo lo tengo bien clarito. Por eso nomás es como un ajedrez. Al final yo sólo le quiero negociar lo que me toca por tantos años de estarle ahí chingando y encubriendo sus mamadas. Y que firmemos la paz y a chingar a su madre, ora sí que cada quien a lo suyo. Luego te platico mis demás planes. Pero primero lo primero. ¿Sí me sigues, verdad, chavo?

–Sí, don.

O algo así alcancé a balbucear.

–Mira, tengo otras cosas que hacer, así que necesito que le vayas llegando. Solamente una última cosa. No sé si viste alguna vez la película esa del *Cabo de miedo*. Pinche peliculísma, con el *Rober* de Niro. Bueno, ora sí que robándoles su idea, me vas a ir a pegar con cuidado estos carteles cerca de las casas de las direcciones de los expedientes que te chingaste. Ahorita aquí te anoto sus nombres y direcciones en una hoja. Y obviamente me vas vestido del Elvis. Es

el terror psicológico. Tampoco es que sea nada prohibido que peguemos unos carteles cerca de sus casas. Ora sí se va a poner buena la cosa, chavo.

Ahí sí muy ordenado, el Agallas sacó los expedientes del sobre y fue copiando en una hoja de papel el nombre y la dirección de cada uno de los clientes del notario. Primero me la pasó y luego sacó de un cajón del escritorio una bolsa de plástico transparente donde cuando también me la pasó vi que venían unas fotocopias de una especie de carteles. Se veía una foto en blanco y negro bastante borrosa de la botarga de Elvis, que pues sepa la chingada cuándo la había tomado, si la había yo tenido conmigo por un rato, donde apuntaba con un dedo como en pose de amenaza, como copiando la típica imagen esa del ejército gringo y el viejo con barbita de chivo al que le decían el tío Sam, que luego también salía en las películas y documentales. Sólo que aquí contrastaba con la sonrisa jovial de la cabezota de la botarga. Y abajo de la foto estaba impreso:

> Mía es la venganza y la retribución;
> A su tiempo su pie resbalará,
> Porque el día de su aflicción está cercano,
> Y lo que les está preparado se apresura.
>
> Deuteronomio 32:35

En lo que yo acababa de leer y asimilar toda esa onda, el Agallas remató con el tono que significaba lo que él llamaba que ya le estaba entrando el chamuco. Así que mejor que yo en efecto le fuera llegando de ahí.

–Nomás me les pones hasta arriba con pluma los nombres y direcciones de cada uno, para que sepan que va dirigido a ellos. Quiero que quede listo en esta misma semana. Y ahorita por favor ya llégale, que tengo otras cosas que hacer. ¿Ya ves? Nomás trajiste en balde al Elvis, así que bájalo de su clavo y vuélvetelo a llevar cargando hasta tu casa. Y de una vez vuélvete a llevar la bocina por si algo se ofrece entre medias, que no tengas que venir también aquí por ella. Pero pues ora sí que me las cuidas bien, o ya sabes, chavo.

Todavía se interumpió con una última carcajada como en plan de burla, seguida de la tos como de tuberculoso que tardaba varios soplidos y jalones de aire para poderla apaciguar.

–Y estate al tiro para esperar mi llamada cuando ya hayas cumplido todo, chavo. Acuérdate nomás de que el chou debe continuar.

20

Al día siguiente volví a sentir después de muchos años la muy específica angustia de los domingos por la tarde, cuando sabías que ya con el lunes regresaba la rutina de la escuela, las tareas no hechas, los exámenes, la presión por encajar y caer bien, las llamadas a la dirección porque mi papá otra vez iba atrasadísimo con la colegiatura y eso no podía seguir así, y bla, bla, bla. Por eso aunque su papel de padre alcohólico iracundo lo orilló a gritarme y manotear en la mesa cuando me expulsaron de la escuela en quinto de prepa, a causa de las faltas, materias reprobadas, y supongo que aunque las autoridades escolares jamás lo admitieron, también el exceso de pago, estoy seguro de que en el fondo experimentó un inmenso alivio por ahorrarse ese gasto que medio cubría de mala gana, y eso muy irregularmente.

Desde entonces, la pantomima de estudiar la prepa abierta había abolido los lunes como tal, con la correspondiente angustia existencial del día anterior. A cambio creo que se había instalado una como nada que en cierto sentido era peor que la angustia, porque por lo menos angustiarse es una señal de que algo te importa lo suficiente como para angustiarte. En cambio yo llevaba casi cinco años en una especie de presente eterno sin futuro, haciéndome pendejo dizque medio estudiando para mis exámenes de la prepa abierta, dizque medio informándome sobre Elvis y otros temas de cultura pop (o sea, otra forma para justificar ver la televisión la

mayor cantidad de horas al día que pudiera), según esto que para algún día tener mi chingado programa de radio de «El hotel de los corazones rotos».

Bueno, pues fue como si todos esos pinches años perdidos entre no hacer nada y ponerme religiosamente hasta mi madre prácticamente de jueves a domingo (con su ocasional peda de buró escuchando las pendejadas de mi papá un lunes, martes o miércoles cualquiera, con *soundtrack* de José José, o también obvio de Elvis, si por suerte estaba yo solo en esa casa de dementes) hubieran este domingo pasado por un embudo donde se concentraban, para después sacarlos por un tubo con doble salida, y pues las dos salidas desembocaban directito en la chingada.

Y pues sí, la verdad que no me había quedado claro a tiempo que lo del jueguito de la botarga de Elvis se me había salido de las manos y técnicamente me había prestado a cometer un delito por instrucciones de un seudojefe drogadicto, paranoico y tan turbio como pudiera ser una persona. La verdad que entre la adrenalina y la confusión, cuando Caro la recepcionista me dio el sobre con los expedientes, ni tiempo de pensarlo tuve, y más bien nomás me eché a correr. Tampoco había cobrado conciencia de que como resultado, ese finísimo personaje me tenía ahora superagarrado de los huevos. Se te dijo, pero no me hiciste caso, pinche Bruno, me insinuó en mi cabeza y con gran hipocresía la botarga a la que había sentado otra vez en una silla de la sala, para que me hiciera compañía ahorita que estábamos solos en el departamento. Pero tú tranquilo, siguió diciendo ya hablando cada vez más suelta, acuérdate de que perro que ladra, no muerde, y pues obvio que si te delata, pues se lo lleva la chingada también a él. Ahora sí que los dos se tienen agarrados

de los huevos mutuamente. Mira, mejor cállate, creo que dije hasta en voz alta, casi sin darme cuenta de que le estaba hablando a un muñeco que además según mi fantasía cada día se veía más jodido, como si le estuviera siguiendo los pasos al Elvis de verdad. Yo creo que de tanto andarlo trayendo de allá para acá tenía como un aire percudido que al menos según yo al principio no le había visto. Seguramente más por mi estado de ánimo de ese día, pero le veía el rostro como hinchado, creo que también por el efecto de las manchas de líquido, quizá de cuando le rociaron cerveza en la ya muy lejana en el horizonte fiesta de cumpleaños de la Nariz Atómica, cuando el Elvis de felpa y yo nos compenetramos por primera vez.

El otro tubo del embudo de mi angustia dominical desembocaba en la única razón por la que pudiera decir que en los últimos años sintiera que estuviera vivo, más allá de respirar, comer y empedarme: Milena. Además de que me seguía sorprendiendo de que alguien como ella quisiera estar con alguien como yo, también me sorprendía lo que representaba para mí a tan poco tiempo de conocerla. Sí era en parte esa cosa medio cursi de cuando te enamoras fulminantemente (me acuerdo que un día que estábamos acostados en el patio del jardín de la UNAM al que todo mundo conoce como Las Islas, me contó que Platón decía que todo corazón cantaba una canción incompleta, hasta que otro corazón le susurraba de vuelta. Y pues así mero me sentía yo con ella), pero creo que también era como el agujero ese del conejo de Alicia del que también me hablaba mucho, y yo sentía que con ella y todos esos mundos que me abría cada vez que la veía, podía en algún momento alcanzarla en otro País de las Maravillas que me hiciera

dejar el mundo gris en el que llevaba años atrapado, en buena medida por mi huevonería y mis propias pendejadas.

Ahora la estaba cagando también con ella, aunque ese día aún no sabía que ya iba de camino a que la cosa fuera irremediable. No es que fuera el fin del mundo lo de no poderla ver el día anterior. Si algo era Milena era libre, y no se iba a encabronar por algo así. De todos modos le había llamado el día anterior tan pronto volvimos a casa Elvis y yo. La primera vez me contestó su mamá, y se me hizo raro que dijera que iba a ver si estaba, pues porque el departamento donde vivían en Copilco tampoco era tan grande. Acaba de salir, mijo, yo le paso tu recado, me dijo luego de unos instantes. Y pues de pinche necio y aferrado, volví a marcar otras veces más. A la primera sí me esperé a que volvieran a contestarme, y ya luego colgaba de inmediato, antes de que pudieran volver a levantar la bocina, pero pues de seguro era obvio quién era el pendejo que seguía llamando. Era consciente de estar volviendo peor la situación con esa conducta tan estúpida, pero no podía evitarlo. Además, para no perder la entonación de los brandys que me había chingado con el Agallas había llegado a hacerme unas cubas con la eterna patona de Bacardí casi vacía, con un chorrito de la también eterna Coca de litro y medio, no sólo casi vacía, sino caliente y ya casi sin gas. Creo que más por la hueva de pararme otra vez cuando me la terminara, preparé dos desde el principio, y pues porque por qué chingados no, le puse la suya al Elvis en la mesa de enfrente de la silla donde se encontraba muy sentadito. Pero le reconozco que la versión suya que cada vez me decía más cosas en la mente fue la que sugirió que parara con la pendejada de estar llame y llame a la casa de Milena, si es que alguna vez la quería volver a ver.

Sin saber mucho qué hacer, me acordé del libro del *Tao Te Ching* que me había regalado un día Milena. Era del que sobre todo las primeras citas me daba al final los papelitos con un fragmento, que según me había dicho apuntaba al azar todas las mañanas, como si fuera un oráculo para lo que ese día le iba a traer. A falta de Milena, y como si en ese momento fuera lo único que me quedaba de ella, lo abrí al azar en una página, que resultó ser el fragmento 80. Con las dos primeras líneas fue suficiente:

> Las palabras que dicen la verdad no son hermosas, Las palabras hermosas no dicen la verdad.

Me pareció que Elvis me veía con expresión de para-qué-leandas-jugando-al-adivino-con-cosas-que-desconoces, pues era como si el Tao apoyara la teoría de que Milena había sospechado que andaba metido en algo raro. Y por eso ahora me la negaban al teléfono.

Creo que no daban ni las ocho de la noche, pero entre el día anterior y este me parecía como si hubieran pasado dos meses. Como Elvis no había dado señales de querer tomarse su cuba, me la bajé yo de unos pocos tragos. Estaba en ese estado como de borrachera sonámbula, que no sabes bien si la realidad que estás viviendo es real o es más como un sueño, o en este caso, una pesadilla. Y entre mis propias voces de la cabeza, y la culpa, y el miedo a lo que pudiera pasar ahora, sobre todo a que Milena me mandara a la chingada y no quisiera verme más, y Elvis que de pronto me puteaba, luego me compadecía, y el teléfono que sonara tantas veces por mi culpa en casa de Milena, pero ahora sonaba junto con todo lo demás en mi cabeza, sin parar. Era como si mi mente estuviera a punto de cruzar una frontera de la que quién sabe

si después iba a lograr volver o no. O eso decía alguna voz o imagen difusa en mi cabeza en ebullición.

Ya medio en pánico me apresuré a guardar a Elvis en el clóset. Luego corrí al baño del cuarto de mi papá y abrí la puerta del espejo que también era como un pequeño gabinete donde guardaba sus lociones de conquistador (por supuesto, también casi vacías), que según él eran el toque que ya terminaba por hacerlo irresistible ante las damas. También tenía algunas medicinas caducadas y, para mi gran alivio, una cajita con el clonazepam que se metía cuando luego de varios días de borrachera también se le venía encima el telele físico y psicológico. Me tomé media pastilla, que para mí era un chingo, y me acosté ya en mi cama a rogarle a no sé quién que me hiciera efecto lo antes posible y me mandara a dormir.

Mañana sería otro día. Estaba decidido a ir a la Facultad de Filosofía a buscar a Milena y contarle toda la verdad. La última imagen que alcancé a registrar fue justo la del póster de Elvis arqueado hacia atrás con expresión muy sexy. La misma inocencia perdida que lo condujera por donde lo condujo me había llevado a que lo que comenzara como un juego extraño que según yo era una señal y me iba a ayudar para salir del abismo y para mi programa de radio y la chingada, se había convertido en otra cosa, que ahorita amenazaba con hacerme perder a la única persona que realmente me importaba, y que realmente me había importado en los últimos no sé cuántos años de mi vida: Milena...

21

Abrí el ojo y el reloj digital de números rojos marcaba las 5:36. Intenté dormitar otro rato. Tenía los párpados como pegados con resistol, yo creo que por el medio clonazepam que me había tomado la tarde anterior. Pero ya no hubo forma de volverme a quedar dormido. Mi cabeza era un hervidero. Decidí mejor pararme y hacerme un café mientras pensaba qué chingados iba a hacer ahora.

Fui a la cocina y como para no variar el garrafón de agua estaba vacío, llené una taza con agua de la llave y la puse a calentar dos minutos en el microondas. Siempre había supuesto que así como el agua hervida mata los bichos y gérmenes que pueda tener, pues también según yo debía matarlos la temperatura del microondas. Le eché una cucharada de Nescafé y al pintarse de negro con más razón me imaginé que lo oscuro se iba devorando todo lo que pudiera encontrar a su paso. Exactamente como sucedía en mi interior en ese momento.

Me senté en la mesa de la sala y me llegó una de esas como revelaciones de ahora-sí-voy-a-hacer-algo-de-mi-pinche-vida, y pues no se me ocurrió tampoco nada mejor que ponerme a estudiar uno de los libros de acompañamiento que nos daban para presentar los exámenes de la prepa abierta. Por ejemplo el de historia universal que llevaba un rato ahí empolvándose en el librero bajito situado junto a la mesa del comedor. Como ni siquiera tenía inscrito el examen ni la fecha ni nada, la verdad daba un poco igual en qué

parte me pusiera a estudiar. Y eso si es que a leerlo medio por encima y desganado a esa hora se le podía llamar estudiar. El caso es que lo abrí al azar (otra vez los dados que caían donde tenían que caer, según el rollo ese que me había contado Milena sobre Nietzsche) y luego luego me salió una foto de Machu Picchu y los incas y esas ondas. Era la página donde se explicaba cómo era su cosmología y su visión del tiempo y todo eso.

Según el gran libro de historia universal para huevones que dizque estudiábamos la prepa abierta, las tres ventanas del Templo de las tres ventanas de Machu Picchu eran su símbolo del pasado, presente y futuro. Que también se podía ver como: el mundo de los muertos, que era lo que ya había pasado; la tierra o el mundo de los vivos, que era el presente; y el cielo como símbolo del futuro y lo que estaba por venir. Y ya lo más loco y la parte donde era casi imposible no ponerse místico y volver a pensar en ese rollo de que si los dados y el azar y la necesidad era la que decía que los tres animales que respectivamente eran el símbolo de las tres cosas eran la serpiente, el puma y el cóndor. El pinche puma. Ahí en el libro decía que era para los incas la imagen del mundo de los vivos y que representaba la paciencia y la fuerza.

Como Milena y su entrega a la huelga y el movimiento estudiantil. Ella ya casi había acabado la carrera, así que bien le podía valer madres si les cobraban cuotas en la UNAM a las generaciones futuras. Pero no se trataba de eso, decía. Era otra cosa. Era el tipo de lugar y de mundo en el que queríamos vivir. ¿No has visto cómo en las ofertas de trabajo en los periódicos casi siempre ponen que los de la UNAM ni nos molestemos en aplicar? Como si fuéramos escoria. ¿Y por qué? En primer lugar por la propaganda de que

somos unos rojos y huevones y no sé qué que han hecho las televisoras y la prensa de derecha. Como si los güeritos fresas de las universidades privadas fueran de por sí más inteligentes. Que luego cuando tratan de ligarte los conoces tantito y más bien piensas justo lo contrario, porque casi siempre son pero si bien pendejos y vacíos. Pero eso es otra cosa. Y ahora con el tema de la huelga y el movimiento estudiantil, a repetir como merolicos todo el día esas tonterías que son casi como mantras, de que lo que es gratis no se valora y no sé qué tantas idioteces más. Vamos a ver, decía Milena cada vez más encabronada. En primer lugar, no es gratis. Se paga con nuestros impuestos. Pero ni siquiera es eso. La idea más de fondo es que la educación sea un producto que el estudiante/cliente compra. Y eso que compra le va a permitir ganar el dinero necesario para dedicarse a una vida de venderse mejor para poder comprar más y más cosas. Entonces, lo que está en juego es que pasemos de ser personas que reciben una educación a mercancías que se preparan para venderse como mercancías, y con eso poder comprar más mercancías.

Por eso todo este desmadre, decía Milena. Y por eso la campaña tan fuerte de desprestigio para hacernos quedar como huevones, mariguanos, cochinos y parásitos, añadía. Y también que, la verdad, la gran mayoría de la gente ni se imaginaba lo que estaba en juego con ese asunto de querer empezar a cobrar cuotas en la UNAM.

Así que ahora que yo por ¿casualidad? leía lo de los incas veía que ella no sólo era el puma, sino también el cóndor. Y yo la serpiente que repetía su pasado y reptaba por inframundos secretos que ni siquiera le podía compartir.

Luego pensé que de seguro estaría más al rato en una de las asambleas de su facultad. Así que me metí a bañar para irme a buscarla nomás fuera una hora decente, para ya mejor de una vez contarle todo, y esperar que pudiera entenderme, o al menos apiadarse de mí.

A lo mejor debido a que eran muchas ideas amontonadas en mi cabeza no le prestaba gran atención a cada una de ellas. Metí el tal libro de historia universal en mi mochila, por si me tocaba hacer tiempo mientras encontraba a Milena. Ya casi salía de la casa cuando aunque su versión de felpa estaba muy guardadita en mi clóset, el Elvis que cada vez se movía con más libertad por mi cabeza empezó con que sí, que muy bien que quisiera contarle toda la verdad a la dama (creo que se cagó un poco de la risa, como dando a entender que me iban a mandar a la chingada), y salirme de las otras ondas, y ser un estudiante modelo, y que seguro que ahora sí era cuestión de tiempo para que me convirtiera en un gran locutor de radio y toda la cosa. ¡Bravo, campeón! Pero pues, en todo caso, mejor primero cierra bien tus asuntos con el jefe, y ya vas y le dices que te vas a dedicar a tu nueva vida de virtud y que ahí muere. Y lo peor es que con todo y el sarcasmo y el tonito burlón, pero pues el pendejo tenía razón.

Yo había medio visto por encima la hoja con las direcciones de algunos de los clientes del notario a los que debía aplicarles el terror psicológico y pegar el cartel precisamente con la foto de la botarga de Elvis, donde se anunciaba que ya pronto venía la venganza y no sé qué. Y pues como claramente eran personas de billete, vivían en colonias para personas de billete. Por ejemplo, el Pedregal, creía acordarme de cuando le había echado un ojo. Que estaba ahí juntito

a la UNAM. Y pues no eran ni las 8 de la mañana todavía. O sea que daba tiempo perfecto de pasar a pegar un par de carteles. O si no, podía ser también ya más en la tarde, dependiendo de si lograba o no ver a Milena.

El caso es que entré de nuevo a mi cuarto, tratando de no hacer ruido para no despertar a mi hermano, que dormía desparramado en la litera de arriba. A él le valía madre el escándalo nirvanesco que salía de sus audífonos muchas veces que yo estaba ahí dormido en mi cama, pero más bien yo no quería despertarlo y que me viera sacando del cajón del escritorio la hoja donde venían los nombres y direcciones, ni anotándolos en los carteles con la fotocopia de la botarga y la amenaza y todo eso. Y pues ya que pude ver bien, en efecto, había dos en el Pedregal. En Fuego y Cascada. Y todavía como que Elvis quiso salir de su encierro, recordándome que la instrucción era que fuera disfrazado de él, dizque para el efecto del terror psicológico y no sé qué tantas mamadas que me había dicho el Agallas.

Ajá, ahora le reviré yo, también sólo en mi cabeza. Seguro si llego a la Facultad de Filosofía y me meto a una asamblea de una huelga estudiantil donde se está discutiendo nomás el futuro de la educación gratuita en nuestro país, disfrazado de una botarga de Elvis Presley, que por cierto cada vez se ve más puteada, a buscar a Milena, no mames, me la gano para toda la vida como en tres segundos. ¡Qué grandiosa idea! La verdad, le reconozco que encajó el putazo con valentía y ya mejor no dijo nada más y se quedó ahí calladito en el clóset, como diciendo que ya llegaría su momento, pero pues ahorita ya ni qué más podía decir.

Antes de acabar de volverme más loco con mis fantasías y contrafantasías, metí en la mochila los carteles que tenía que pegar cerca de las casas de los señores estos, y me puse en marcha de camino a buscar a Milena. Salí del edificio y caminé hacia Insurgentes por el eje vial, en el sentido contrario al de los coches. Pasaban apenas de las ocho y la verdad yo no sabía bien a qué hora eran las asambleas. Varias veces Milena me había contado que podían terminar ya de madrugada. Que hacían recesos para dormir un rato, los más metidos en lo de la huelga creo que ahí mismo en el auditorio Che Guevara, o en los salones de la facultad donde habían llevado *sleeping bags* o colchonetas. Un cafecito para espabilar, y a darle de nuevo. Y me decía también que en estos poco más de tres meses de que había estallado la huelga, las negociaciones no habían avanzado mucho. Pero que pues era de esperarse. Estaba por un lado la propaganda contra el movimiento estudiantil en la televisión y los noticieros. Y pues ellos tenían algunos medios como *La Jornada* o el *Proceso* para poder dar una versión más justa de los hechos, así como algunas páginas de internet o radios universitarias, pero pues obviamente que no había punto de comparación.

Y que entre los estudiantes habían surgido dos grupos, los moderados y los ultras, que tenían visiones distintas sobre el rumbo de la huelga. O bueno, en el fondo era la misma, me decía Milena, porque cada uno a su manera, los dos tenían algo de razón. Los ultras desconfiaban radicalmente de las autoridades, y por eso se negaban a ceder ni en una coma de su pliego petitorio, pero un poco también porque sabían que las ofertas de diálogo eran una farsa, y que la estrategia de las autoridades tanto de la universidad

como del gobierno iba a ser desgastar al movimiento, y crucificarlo en la opinión pública, para justificar en su momento la represión violenta y sacarlos por la fuerza de la universidad. Justo por eso mismo como que los moderados eran más pragmáticos, y querían encontrar una solución intermedia para ganarle el juego a las autoridades y no dejar que pudieran justificar la toma de las instalaciones por la policía. Por eso en parte los dos grupos tenían algo de razón. Y también en el fondo sabían que las dos posturas estaban condenadas al fracaso. En ese sentido, remataba Milena, los ultras tenían un poco más de razón, porque para qué transigir ante lo que de todos modos iba a terminar en violencia intransigente.

Y lo más de la chingadísima, me decía, es lo que hacen los ojetes de Gobernación para intentar dividirnos. Hasta parece que hubieran leído *El hombre que fue Jueves*.

¿*El hombre que fue Jueves*?, creo que pregunté como por inercia.

Sí, es una novela de un escritor inglés llamado Chesterton. Casi de principios de este siglo, que no sabemos si se acaba solo o el mundo se acaba con él, me decía, palabras más, palabras menos, Milena. (Para mí era tanta información que trataba de hacer como notas mentales para tener algunos temas para acordarme después. Y ya luego que me dejó la caja con las cartas de la novela y otros apuntes, fue como si estuviera leyendo en fragmentos la historia de nuestra muy fugaz relación, pero sobre todo de nuestras conversaciones, ahora escritas por ella con lujo de detalle. Pero no era tanto que Milena llegara a su casa a escribir sobre nosotros o nuestras conversaciones. Más bien era al revés. Las cosas que ella leía o traía en la cabeza las hablaba conmigo, y me imagino que también con más personas, y ya después con su regalo de

despedida me di cuenta de que eran parte muy importante de su forma de ser y estar en el mundo.)

El caso es que en esa novela de *El hombre que fue Jueves*, que me insistía tenía ya casi un siglo, había una conspiración anarquista y sus miembros tenían los nombres de los días de la semana. Por eso tenía ese titulazo, porque en clave el protagonista se llamaba Jueves. Y conforme la trama avanzaba se iba revelando que todos los anarquistas eran policías encubiertos, uno por uno. Entonces no se sabe ya ni siquiera si infiltraron la conspiración, sino si la propia conspiración no es una creación de la policía.

¿O sea que piensas que el movimiento estudiantil está organizado por Gobernación?

Creo que así formulé esa pregunta tan pendeja.

La risa que mostraba que le daba ternura y la mano que pasaba por mi cabello hacían que después de todo mi pregunta no pareciera tan estúpida.

No literalmente. Eso para nada. Me consta que al menos la muy inmensa mayoría de los huelguistas estamos luchando de todo corazón.

¿Entonces?

Es que es más complicado.

(Y en esas veces Milena agarraba un poco de aire.)

Si lo vemos de manera un tanto abstracta, sí somos una creación suya, porque desde que lanzaron su plan de las cuotas, que en el fondo se encamina a lograr algún día privatizar la universidad, obviamente sabían que nos íbamos a organizar, probablemente armar una huelga, y demás. Yo creo que los cabrones hasta han de tener documentos secretos con un como guion de probables

escenarios. Y estoy segura de que la estrategia de ellos mismos es una huelga larga que nos desgaste, nos reviente y nos desacredite (según ellos, ¿verdad?) de una vez y para siempre ante los ojos de la opinión pública.

Pero ya se había desviado como siempre. Esas veces la risa al darse cuenta iba dirigida hacia sí misma.

El caso era que lo de la novela y la infiltración de la policía en la conspiración anarquista era porque los cabrones de Gobernación sí lograban colar algunos infiltrados en este y en todos los movimientos subversivos. Y lograban sobre todo colar la duda sobre si pudiera o no haber infiltrados, que en el fondo todo el mundo casi daba por hecho de que desgraciadamente, sí, y pues no quedaba de otra más que estar a las vivas para saber quién pudiera ser oreja. Que era exactamente lo que ellos querían. Sembrar la desconfianza. Para que nos pareciéramos a ellos. Pero no lo iban a conseguir. O no del todo. Aunque a veces, pues la verdad sí está bien cabrón este pedo, terminaba diciendo como ya muy exhausta Milena.

Más o menos en estas cosas iba yo pensando en el pesero que me llevó por todo Insurgentes, con rumbo a Ciudad Universitaria. Creo que un poco como si quisiera prepararme por si sí me dejaban entrar a la asamblea donde esperaba encontrar a Milena. No es que pensara ni de lejos abrir el hocico, obviamente. Entre otras cosas, porque yo qué chingados podía aportar, ni era parte del movimiento, ni nada. Pero pues supongo que sobre todo ante Milena, era como si quisiera estar a la altura de la situación, o al menos de esa forma de mirarme que hacía que yo me derritiera.

Me bajé del pesero justo enfrente del estadio de C.U. con mi mochila al hombro, y descendí por el paso a desnivel que cruza por

debajo de Insurgentes. Luego luego se veían las banderas rojinegras, desde los tubos giratorios amarillos que regulan los accesos a las dependencias de la UNAM, y obviamente también en la fachada de la facultad: «UNIVERSIDAD PARA UNOS CUANTOS O UNIVERSIDAD PARA TODOS», «ESTAMOS EN HUELGA PORQUE LA EDUCACIÓN ES UN DERECHO, NO UN PRIVILEGIO», «HUELGA Y DIGNIDAD».

De veces anteriores que había visto ahí a Milena creía acordarme de que al auditorio Che Guevara se podía entrar o por adentro de la facultad, dando vueltas por los pasillos que parecían un poco de laberinto, o por la banqueta de la calle principal, la que te iba conectando con las facultades de Derecho, Economía y no sé qué más. Bajé las escaleras de piedra que llevaban a la entrada del auditorio con pasos lentos, un poco como si quisiera empaparme lo más posible de la atmósfera, y pues también porque sudaba frío por el nervio de que no me dejaran pasar. O de que sí. O de no encontrar a Milena. O de sí verla y que no quisiera verme ella. O ya no sabía bien ni de qué. Hasta que tuve enfrente a un chavo de piel morena y pelo largo recogido en una cola de caballo como la mía, que me miró con lo que me pareció desconfianza. A lo mejor como nunca me había visto, pensaba que yo era una de esas orejas de Gobernación, o algo así.

–¿Tú quién eres, compañero?

Me lanzó la pregunta de golpe.

–Hola. Soy Bruno Bolado. Vengo con Milena Vega Cruz. Quedé de verla adentro del auditorio.

Me miró con esa cara con la que según mi paranoia me veían todos los que conocían a Milena, aunque fuera por primera vez, como pasó con mi hermana cuando fuimos a Guanajuato. Como de

incredulidad de que yo fuera a verla a ella, o ella quisiera verme a mí, o algo así, y ya no me dijo nada y sólo se hizo a un lado para que pudiera yo pasar.

Aunque alguna vez ya me había enseñado Milena el auditorio vacío, verlo a reventar mientras se desarrollaba lo que parecía una asamblea me causó una fuerte impresión. La energía y el barullo te envolvían desde que cruzabas la puerta de la entrada. Había estudiantes sentados en las butacas, en las escaleras que bajaban a un lado de las paredes, e incluso en el espacio entre la primera fila y la estructura elevada en la parte de hasta abajo del auditorio, donde estaba la mesa de lo que debía ser el consejo de la asamblea. Había tres chicos y dos chicas ahí sentados, que se turnaban dos micrófonos ya sea para hacer sus intervenciones, o para dar la palabra a sus compañeros de la tribuna que quisieran también hacer uso de la palabra. A ellos les pasaban un micrófono que se tardaba un poco a veces en llegar, con lo que se aumentaba la expectativa por lo que la siguiente persona fuera a querer decir.

Me abrí paso bajando por las escaleras del lado derecho, con cuidado de no pisar ni patear sin querer a los estudiantes sentados hechos bolita. Ya como a la mitad era imposible bajar más. Hasta que vi a Milena sentada hasta delante, casi en el medio de la hilera de butacas. Traía como muchas veces el pelo recogido en una media cola, con mechones a los lados, sujetos tras las orejas. Volteó por accidente hacia donde yo estaba e hicimos contacto visual. Sonrió al verme, como si fuera lo más normal o esperado del mundo que yo le hubiera caído de la nada en una asamblea. Después se volteó hacia la mesa, para seguir poniendo atención a lo que se discutía.

Por lo que pronto pude entender, se discutía una propuesta que acababan de presentar unos profesores eméritos de la UNAM para acabar con el conflicto y con la huelga. No me quedaban claros los detalles, pero al parecer era un intento de mediación, y según se decía contaba con el apoyo de buena parte de la comunidad universitaria, y de intelectuales y figuras públicas de mucho renombre. Pronto me quedó clara también la postura de los bandos que Milena me había dicho se llamaban ultras y moderados.

A los primeros les parecía que la propuesta era una pantomima que, a propósito o no, le hacía el juego a las autoridades, pues la propuesta de los profesores casi ni tomaba en cuenta el pliego petitorio de los huelguistas. «Aceptarla es capitular, compañeros», dijo en algún momento desde la tribuna un chavo, micrófono en mano, provocando el aplauso y el «duro, duro, duro» gritado por lo que me parecía mucho más de la mitad del auditorio, o sea, una abrumadora mayoría, aunque tampoco era un grito unánime. El chavo que estaba a la derecha de Milena se paró como resorte a gritar la consigna con un puño al aire. Era claramente uno de los ultras.

En cambio los representantes de la postura moderada argumentaban cuando les tocaba hablar que era cierto que la propuesta de los profesores eméritos no recogía los puntos del pliego petitorio, y algunos hasta estaban de acuerdo con la teoría de la conspiración de que las autoridades de seguro estaban detrás de la propuesta. El problema que le veían a no aceptarla era que eso iba a reforzar la propaganda de los medios y las autoridades de que era un movimiento intransigente y radical, que usaba a la universidad como campo de batalla para un proyecto de

desestabilización más profundo. «Esto no es una revolución, pero es un ensayito», había declarado uno de los líderes del movimiento, y pues las televisoras y los medios contrarios a la huelga, o sea casi todos, no dejaban de repetirlo todo el pinche día, recordó a la asamblea un orador bastante articulado, que daba la casualidad era el chavo que estaba sentado a la izquierda de Milena.

A lo largo de toda la discusión, me parecía que los dos chavos de posturas claramente opuestas peleaban también por convencer a Milena, o por su atención o algo, pues le decían al oído cosas, a veces al mismo tiempo, y la pobre se veía que trataba de darles a cada uno por su lado y calmar los ánimos. Me imaginaba que les decía con esa forma suya tan clara de presentar las cosas, que ambos tenían algo de razón, pero que el chiste era hacer un frente común para que las autoridades y los medios de comunicación no lograran su propósito de dividir al movimiento.

Durante las tres, cuatro, cinco horas que fue durando la asamblea, se notaba el aumento de la tensión, como si fuera una olla exprés a la que si no le liberaban la presión iba derechita al estallido. La chispa que lo detonó fueron nada menos que los dos chavos que, para alguien que viera de fuera la escena, por ejemplo yo, parecía que además de por sus posturas ideológicas, también se peleaban por Milena. Aunque a lo mejor esto último era pura cosa mía.

El caso es que cuando ya casi llegaba la hora de votar, en algún momento los dos chavos se pararon para intercambiar primero acusaciones, luego insultos, y ya luego de plano unos putazos. Como siempre pasa, prendió en chinga la mecha, y se armó allá abajo una medio campal, aunque la verdad era más de gritos, empujones y jalones de greña, porque tampoco ni duró mucho la cosa, ni la

verdad estuvo tan *heavy*, como luego se reportó en los medios de comunicación, de que madrazos entre los huelguistas en el auditorio Che Guevara y no sé qué. Yo creo que aunque tuvieran posturas distintas, pues al final todos los que estaban ahí luchaban por lo mismo, y también que sobre todo los líderes que presidían la asamblea desde la mesa eran muy conscientes de que ponerlos a pelear y dividirlos era lo que más buscaban los medios y las autoridades. Así que llamaban al orden y a la calma, justo para no seguirles haciendo el juego.

Me acordé de aquella vez que acompañé a Milena a ver tocar a sus amigos a un bar de Santo Domingo, ahí afuera del metro C.U., el de los cartones de huevo pegados en las paredes, el Caribe, cuando se metió a dar y recibir aventones y algunos chingadazos en el *slam*. Sólo que ahorita pues obviamente la cosa era mucho más seria. Pero ahí andaba en medio de la trifulca, que por suerte tampoco llegó a ser trifulca. Fue más bien como una pequeña bola de gente gritando y jaloneándose, con alguno que otro manotazo por ahí, mientras la mayoría, como hacía Milena, intentaban más bien separar y calmar los ánimos.

El punto de mayor exaltación pasó más o menos rápido. Y después la mesa directiva logró convocar a un receso de la asamblea, para que terminaran de apaciguarse los ánimos. Yo vi a Milena meterse en la muchedumbre apretujada en las escaleras del lado contrario para poder avanzar lentamente hacia la salida, y yo hice lo mismo de mi lado. Pero pues cuando llegué a la puerta ella ya había salido hacía un rato. Tuve la corazonada de que iría a un rincón bajo un árbol en la zona ahí atrás de la facultad, en Las Islas, en donde ya algunas veces habíamos llegado a estar acostados,

hablando y riendo, ella contándome como casi siempre cosas que me abrían la mente en muchas partes, yo recostado con la cabeza sobre sus piernas, su mano siendo pasada por mi pelo.

Y pues resultó que sí. En cuanto llegué vi que ahí estaba sentada bajo la sombra que proyectaba el árbol, como para protegerla del intenso sol de las tres de la tarde. Desde que me acerqué pude ver que tenía los ojos llenos de lágrimas de coraje. Dudé si mejor dejarla sola, pero alzó la cabeza y no sé cómo logró esbozarme una sonrisa, aunque le temblaban un poco los labios, justo como pasa cuando uno llora de puro coraje o de frustración. Me senté junto a ella sobre el pasto y nos fundimos en un abrazo, con su cabeza sumida en mi hombro. Sentía cómo se contraía su cuerpo por el llanto. Se le fue pasando hasta que se apartó para sonarse y como volver a agarrar aire. Pasó su mano por mi rostro y con una voz apagada por fin pudo pronunciar palabra.

En ese momento no le entendía del todo bien, en parte porque eran referencias que yo no conocía, y también porque aunque no es que fuera incoherente, porque yo creo que ese es un término que nunca jamás aplicará a nada de lo que diga Milena, pero sí iba como soltando ideas un poco al aire. Obviamente yo no la iba a interrumpir o parar para que me las explicara con mayor detalle. Ya cuando me dejó los diarios de ese día, que los he leído y releído diez mil veces, pude entender a la distancia mejor lo que me decía, y también que ya empezaba sin que yo me diera cuenta a despedirse de mí. O no específicamente de mí, porque no es que se tratara de mí lo que estaba pasando, pero empezaba a despedirse de lo que pudiera resultarle un peso o una atadura, y pues también ya a la

distancia me queda claro que yo en ese momento empezaba a representar cualquiera de esas dos cosas para ella.

Ahora sé también con más bases que lo que me contó ese día fue que en una entrada de los diarios de Sylvia Plath venía una carta muy larga y muy dramática que le escribió a un novio suyo que vivía en París, al cual ella quería ir a visitar, y él le había roto el corazón diciéndole que no. Pero el giro amoroso no era tanto lo importante, dijo Milena, sino una cosa que la Plath menciona casi de pasada, y era que se sentía como la hija de Rappaccini, que como había crecido desde siempre en un jardín venenoso, se había vuelto inmune al veneno, y ya no podía vivir en el mundo normal sin ser una amenaza para los que entraban en contacto con ella.

Pero el caso es que la verdad, más o menos siguió diciendo Milena, yo cuando leí esa carta de la Plath no sabía a qué se refería con eso de la hija de Rappaccini, pero al buscarlo encontré que es un cuento de amor trágico, escrito por Nathaniel Hawthorne. (Ese nombre sí ni a madrazos lo registré ese día, y me vine enterando bien de todo este rollo ya hasta que lo leí escrito del puño y letra de Milena.) Encontré un libro de sus cuentos en la biblioteca de la facultad, siguió diciendo, me lo leí de una sentada, y pues justo trata de eso, de una chica que por culpa de su padre crece en un jardín de plantas venenosas, con lo cual ella misma se vuelve venenosa y no puede relacionarse con nadie sin transmitirle su veneno.

–Pero si tú eres la persona menos venenosa y más bondadosa y lista que yo haya conocido.

Creo que le dije algo así casi como reflejo.

–Ay, gracias.

Me respondió mientras me daba un beso todavía humedecido por los rastros de lágrimas.

–Bueno, la verdad es que en ese sentido no me considero una persona como lo que comúnmente se entiende como venenosa.

Soltó una discreta carcajada, que esa vez creo que era como vergüenza de lo que acababa de afirmar de su persona.

–¿Entonces?

(Mi eterno «¿Entonces?», tan pendejo, que creo que cada pinche vez le arrancó a Milena la misma risa de ternura.)

O sea, para lo del padre que condena a la hija a vivir en un jardín venenoso, claro que en un sentido aplica para el culero del mío, o algo así dijo Milena. Pero me tendría que poner toda psicoanalítica y metafórica, y ahorita no viene al caso. Ni gastar pensamiento, ni menos saliva, invocando a ese pendejo. O al fantasma de ese pendejo al que llevo más de diez años sin ver ni saber nada de él.

Pero pues tú viste ahorita lo que pasó, me decía como ya encarrerada y hablando casi como si ni siquiera respirara entre cada frase. Y mira que quiero y respeto mucho tanto al Yizus como al Chago. Y me consta que en esto de la huelga y el movimiento los dos han estado y estarán al pie del cañón. Y no es tampoco que me sienta superior a nadie. Tiene que ver sólo con una cosa entre bonita y terrible que dice George Orwell en su famoso ensayo «¿Por qué escribo?», de que él desde bien chavito se dio cuenta de que tenía una capacidad para afrontar los hechos como eran, sin necesidad de recurrir a las mentiras que necesita contarse todo el mundo para poder lidiar con los rasgos más desagradables, culeros y contradictorios de la existencia. Tanto la de una como en sociedad. Y creo que en mi caso particular, leyendo eso que escribió la Plath, me

seguía más o menos diciendo Milena, o así es como recuerdo yo esa larga conversación, pues ese es un poco el veneno que a mí me aísla a veces de un contacto más honesto con la gente. Incluido ahorita en el movimiento. Mi veneno está en mi propia cabeza. Porque si voy diciendo lo que pienso o como realmente veo las cosas, ya sé siempre cómo van a acabar. A chingadazos. A veces reales. A veces psicológicos. Pero chingadazos al fin y al cabo. A veces pienso que de verdad tendría que construirme un jardín o una cueva o un algo, para vivir ahí aislada y en santa paz, porque te juro que por más que yo también estoy comprometida con la causa hasta el final, a veces es muy cabrón pensar que ya sé cuál va a ser el desenlace, y entonces me cuesta más trabajo, mucho más trabajo, sumarme a la representación de la tragedia como si creyera en ella. Porque aunque me cueste trabajo aceptarlo hasta ante mí misma, ya sé perfecto en qué va a terminar todo esto. Y pues para nada va a ser algo menor haber parado a estos hijos de la chingada con su plan de imponer las cuotas. Eso va a ser lo que más va a perdurar de esta lucha. Y no es poco. Todo lo contrario. Es un chingo en todos los sentidos. Y mira que a lo mejor ellos mismos lo sabían desde el principio, que eso no iban a lograr imponerlo, y nomás quién sabe para qué chingados montaron todo este desmadre al que le van a seguir quedando sus buenos meses, aunque desde ahorita ya sabemos bien cómo va a terminar.

Yo no entendía ni madres, pero aún así no dejaba de pensar que hubiera estado chingón que eso lo pudiera ella decir en la asamblea. Pero pues creo que era impensable exactamente por lo que me estaba diciendo de que lo que para ella podía ser claro podía resultar dañino para otras personas. Que algunos se desanimarían o, más

seguro, otros se encabronarían muchísimo si lo llegara a decir. Ya casi como sin aliento, nomás remató con una frase que en ese momento para mí fue como si me hablara en chino, pero ahora que ya hice mi tarea o mi duelo o mi tarea con duelo incluido, y vi la película esa de *Apocalipsis ahora*, aunque todavía me falta leer el libro en el que vi que está medio basada, sólo que ambientada en la guerra de Vietnam. (Que, como dato cultural que me hubiera encantado poderle decir ese día a Milena, para hacerla reír un poco, pero insisto en que ahí no entendí de qué me estaba hablando, el caso es que en mi recuerdo fantaseado de ese día le he contado muchas veces, a propósito de la guerra de Vietnam, que según cuenta la leyenda, con todas las ondas esas de Elvis con la policía y el ejército y la ley y el orden, que no sólo estaba en contra de quienes protestaban por la guerra, sino que supuestamente odiaba por su pacifismo a John Lennon. Y que según esto conspiró con el legendariamente malvado director del FBI, Edgar J. Hoover, para que expulsaran a Lennon de los Estados Unidos.)

El caso es que Milena dijo, eso sí lo recuerdo bien claro:

–Somos como el coronel Kurtz, aquí en nuestras islas, y más tarde o más temprano va a llegar el sargento Willard a descabezar con su hacha al movimiento, sólo que aquí en vez de un antagonista fascinante, de seguro nos van a mandar a desalojarnos a madrazos a la Policía Federal Preventiva.

Estuvimos un rato ya nomás en silencio, hasta que ella se levantó para regresar a la asamblea, y yo ya mejor para irme. La mochila al hombro me recordó mis turbios asuntos pendientes. Le di un abrazo y un beso como los de las películas, cuando claramente una de las dos partes no quiere desprenderse de la otra, y ya nomás caminé

junto a ella hasta la entrada del auditorio, para yo seguirme derecho con rumbo para el Pedregal.

22

–¿Qué no te dije que fueras con el Elvis puesto a pegar los carteles donde se les anuncia a estos hijos de la chingada que ya se les viene su juicio final, chavo?

Habían pasado como dos o tres días de la asamblea y yo estaba medio huevoneando en mi casa solo por la mañana, cuando al contestar el teléfono escuché del otro lado de la línea la inconfundible voz aguardentosa y encabronada del Agallas. Lo primero que pensé antes de decir palabra fue que cómo chingados sabía que después de la asamblea había yo ido a pie por las calles del Pedregal en busca de las dos direcciones que quedaban por ahí cerca, para hacer su mamada esa de pegar carteles como amenazando a los clientes del notario, o algo así. Bueno, donde los amenazaba la botarga de Elvis a la que ahora se me figuraba que a lo mejor habían conocido justo en la fiesta del notario, y a lo mejor por eso tenía sentido que entendieran que lo de la cita del Deuteronomio y no sé qué iba dirigido contra ellos. Si hasta se me habían quedado ya grabados sus nombres y direcciones. Carlos Raúl Mendieta. Calle Fuego número 78. Gonzalo Lavalle. Cascada número 145. Las dos eran unos casonones que de seguro valían un buen billete. Y creo que se veían más imponentes en comparación con la realidad paralela de la huelga estudiantil y su asamblea, donde todo el rollo se trataba de defender la educación gratuita. Me acuerdo muy claro que desde ese día pensé que nomás cruzar Insurgentes

Sur desde Ciudad Universitaria hacia el Pedregal, era como si se pasara de una dimensión a otra. O algo así.

–Discúlpeme, don Agallas. Tuve que hacer unos pendientes antes y no podía andar cargando con el muñeco a todas partes. Pero lo importante fue que sí le hice su encargo.

Me acuerdo que algo así fue mi primera respuesta, porque nomás lo hizo encabronar más:

–¿El muñeco? Mira, chavo, no te me pongas flamenco que no sabes de lo que soy capaz.

–Perdóneme, don. El Elvis. Le juro que tuve algo importante que hacer antes y ya me quedaba de una vez de paso ir ahí al Pedregal a pegar los carteles. Pero sí pegué varios en cada casa y nadie me dijo nada ni pasó la tira ni algo así. O sea que misión cumplida.

La verdad es que era cierto. Y también la verdad creo que ahí mismo pensé que era como una burla a no sé qué chingados que sí le dijera la verdad a este personaje tan turbio, y en cambio no pudiera hacerlo con alguien como Milena.

–A mí no me vengas con cuentos, chavo. Ya sé que tu noviecita le anda jugando a la revolución ahí con los piojosos esos, huevones, buenos para nada. Ojalá ya pronto les avienten a la tira, les den su buena calentadita y los encierren para que se les quite lo revoltosos. A mí me vale madres lo que hagas en tu tiempo libre. Pero acá me cumples. Que nomás no se te olvide que ya estás metido hasta el cuello. Con una sola llamadita que haga, te carga la chingada. Así que ya sabes.

Desde que lo dijo y ya luego cuando lo anotaba en mis libretas y lo recreaba en mi cabeza, se me hacía como otra burla a no sé qué chingados que ese personaje turbio y su supuesta empresa de

Agallas y Asociados, que ni siquiera estaba claro qué hacía, además de rentar para fiestas a una botarga de Elvis Presley y luego ponerla a cometer actos ilegales, sirviéndose de un pendejo como uno que aceptaba. Pero la burla era que ese personaje que además te recibía en su supuesto despacho con brandys y Coca-Cola calientes, y a veces rayas de *speed*, y otras de plano moneando, que ese personaje dijera precisamente que los huelguistas eran unos piojosos y huevones y no sé qué tanto más. Con qué pinche cara.

Y luego, ¿cómo chingados sabía que no había yo llevado puesto al Elvis? ¿Y cómo sabía de la existencia de Milena? ¿Pues a quién había puesto a espiarme o qué? Me acuerdo que como para intentar yo cagarme de risa por lo absurdo de todo pensé si tenía por ahí a otra botarga de Michael Jackson o algo así, pero dedicada a labores de contraespionaje. Creo que ni el Elvis de mi cabeza se rio tampoco del chiste, y más bien lo vi como encogiéndose de hombros, pues tampoco entendía cómo sabía todo eso el Agallas.

–No, don. Discúlpeme. No vuelve a pasar. Ya estuve viendo y me faltan nomás como cinco direcciones. En estos días ya queda su asunto. Y a ver si después lo paso a ver y ya vemos qué onda.

–¿Qué onda de qué, chavo? Mira, termina ahorita este asunto y déjate de mamadas. Y acuérdate que tengo ojos y orejas hasta en la espalda. Para que no te me quieras pasar de vivo.

Clic.

¿Orejas? ¿Cómo las que había dicho Milena que Gobernación tenía en la huelga? ¿Y a poco el Agallas tenía gente suya infiltrada en el movimiento? ¿Y cómo para qué?

La verdad que lo dudo mucho, creo que dijo esa vez la botarga de mi cabeza. Y seguía con que el Agallas ni debía saber bien lo que era

una huelga estudiantil, que más bien de seguro que algún chavo que él conociera de Santo Domingo era estudiante de la UNAM y me había visto las veces que iba yo a su oficina, y a lo mejor me había reconocido el otro día en la asamblea. Y pues le había preguntado al Agallas que qué onda conmigo. O algo así.

La verdad que cuando el Elvis de mi fantasía se ponía serio a veces era muy razonable. Dentro de lo zafado que ya era de por sí estar teniendo un diálogo en mi cabeza con la imagen de una botarga. Así que ya ni para qué le daba yo vueltas a otras teorías más paranoicas.

En esos pocos días no había vuelto a ver a Milena, porque pues no quería invadirle su espacio en la huelga. Aunque lo chistoso es que ahora ella me llamaba casi diario en las noches para saludarme y contarme un poco cómo iban las cosas, y yo creo que también para desahogarse de los sucesos de su día. Me acuerdo que usaba mucho un concepto que llamaba «el eterno retorno de lo mismo», que según me explicaba era también de Nietzsche, como el rollo ese de los dados y el azar y no sé qué. Pero esto del eterno retorno no era tanto que significara que todo el tiempo se repetía lo mismo. Era más bien, según lo que más o menos le pude entender, algo así como que las posibilidades de nuestros actos son limitadas y que por eso mismo de alguna manera ya están contenidos en los anteriores. Y entonces aunque los percibamos como nuevos, en realidad eran, decía Milena, ligeras variantes o repeticiones de lo mismo. Un poco como las historias de la Biblia. O de *Las mil y una noches*. O del mismo Shakespeare. Me acuerdo que esos eran los ejemplos que usaba. Porque decía que ahí ya estaban contadas básicamente todas las historias, y cada nuevo libro, película, obra solamente encuentra

en el mejor de los casos una ligera variante para volvernos a contar lo mismo por los siglos de los siglos, amén.

Y se cagaba de la risa como para quitarle gravedad a esas cosas que leía, que aunque la verdad yo a veces no entendía una chingada, pero igual me parecían fascinantes.

En el caso concreto de la huelga, a lo que se refería Milena con lo del eterno retorno era un poco lo que ya me había dicho el otro día que estábamos ahí echados en Las Islas de la UNAM. Que el desenlace probablemente ya estaba escrito. Que lo que les tocaba era representar el camino para desembocar ahí. Y no es que estuviera decepcionada ni del movimiento ni de sus logros, me decía con mucha claridad. Antes todo lo contrario. Estaba muy orgullosa de la lucha, frenar las cuotas, defender la educación gratuita para todos y demás. La cosa era, y ahí es donde entraba lo de Nietzsche, que las estructuras mentales de las autoridades, los medios de comunicación y el efecto que la propaganda de tantos años ocasionaba en las conciencias de las personas limitaban lo que era posible alcanzar. Lo loco era, me seguía diciendo con una voz entre animada y desganada al mismo tiempo, que aunque sin duda el movimiento ganaría en cuanto a lograr frenar las cuotas y defender la educación gratuita, al menos por unos años más, lo loco era que por temas de poder y violencia, cuando la policía los sacara a madrazos de la UNAM, las autoridades lo presentarían como una victoria, una defensa de la ley y el orden y todas esas mamadas que se dirían para justificar la represión violenta. (Y cuando decía estas cosas como que se exaltaba un poco más por el coraje que le daban.) Pero la ley establecía en la mera Constitución que la educación gratuita es un derecho fundamental. Así que entonces los

iban a sacar a madrazos en el nombre de la ley, por estar ellos defendiendo lo que la propia ley establecía. Si lo piensas bien, Bru, es una pinche locura todo esto. Pero tenemos que jugarla bajo las reglas de los locos y culeros que por desgracia están al mando. Y ya para terminar, me decía como cansada, que igual y cuando esto pasara quisiera irse un tiempo a trabajar y alfabetizar en alguna comunidad de Chiapas. Que pues ahora sé que estaba ya como anunciando lo que pudiera ocurrir en un futuro no tan lejano.

Aunque moría de ganas de verla no me atrevía a proponérselo, con tanta cosa que traía ella en la cabeza. Y cada que me acordaba de Milena y las llamadas revivía también las ganas de verla y de decírselo, y la voz que a veces ya ni yo sabía bien de quién era, aunque no estuviera disfrazada de botarga en mi cabeza, era la que me decía que no la estuviera ahorita chingando, en un momento tan importante para ella. Y creo que el Elvis de mi cabeza también estaba de acuerdo. De todos modos, esas llamadas al menos me sacaban de esa nada cada vez más gris, pero gris del oscuro, en la que me iba adentrando. Como si eso del eterno retorno de lo mismo a mí me limitara a moverme en un tablero donde al final todas las opciones desembocaban en la misma casilla. Como en el juego ese de serpientes y escaleras. O como la serpiente del inframundo de los incas que había leído en el libro ese de historia universal. Y Milena era el puma/cóndor/escalera al cielo a la que trataba de aferrarme hasta con las uñas, pero al mismo tiempo de una forma que tratara de no molestar. Ahí en mi cabeza luego lo sentía como si fuera una de esas películas de suspenso en las que el protagonista está colgado y agarrado de las yemas de los dedos, y con la música de fondo y su gesto de angustia se ve cómo se va aflojando dedo por

dedo la fuerza con la que está apenas pudiendo sostenerse colgado otro segundo más.

23

Llegó el siguiente sábado, que la verdad aunque en mi caso daba un poco lo mismo qué día de la semana fuera, por alguna razón me daba más resolución para atender los pocos pendientes que tuviera que llegar a hacer, fuera de algo que pudiera considerarse como mi vida cotidiana. Que para mí se trataba en buena medida de no avanzar gran cosa en lo de la prepa abierta y fantasear con cosas que probablemente nunca iba a hacer. Aunque yo creo que ahora no sólo estaba motivado por ver la manera en la que pudiera algún día estar a la altura de Milena, sino que verla en acción en la huelga me había dejado clara la diferencia entre dedicarse a algo en lo que de verdad creyeras, como yo en lo de mi supuesto programa radiofónico de «El hotel de los corazones rotos».

(Y como para acabarla de chingar, desde el día de la asamblea la botarga que se aparecía en mi cabeza, a veces sin estarla viendo afuera en el mundo real, ahora me chingaba a veces con que los chavos revolucionarios esos, que estaban sentados junto a Milena en la asamblea, seguro le parecían mucho más interesantes, y pues compartían la causa, y que si dormían ahí todos apretados y luego hacía frío y no sé qué...)

En esas andaba, en mi eterna mezcla de hacer planes de acción, pero al mismo tiempo esperar que pasara algo que resolviera todo de putazo, cuando a eso de las cinco de la tarde sonó el teléfono. Mi papá había salido todo crudo, según esto a comer algo por ahí con

una «amiga» (con guiño de ojo incluido al pronunciar la palabra, por supuesto), y el Yorch estaba como casi todos los sábados que descansaba del McDonald's encerrado en su cueva personal que era nuestro cuarto. Yo estaba hasta cierto punto entero porque no había salido la noche anterior y mi papá y su inmortal patona de Bacardí semivacía me habían cansado pronto, en parte porque había ya visto a la botarga guardada en el clóset, y andaba chingue y chingue con que para qué era. («Señor, señor, ayúdeme a conseguir otro muñeco de esos, pero de José José, y hacemos un dueto juntos por toda la república».) Y mis evasivas y explicaciones vagas nada más no lograban aplacarlo.

Desde el primer timbrazo del teléfono supe quién estaría al otro lado de la línea, así que de alguna manera no me sorprendió cuando esa voz aguardentosa me dijo sin siquiera saludar:

–Llegó la hora del juicio final, chavo. Ora que te vea te cuento más detalles, pero olvídate ya de los demás pelagatos y apersónate hoy en la noche en la notaría a pegarle los carteles donde se anuncia la venganza. A lo mejor me va a tocar volar bajo por un tiempo, en lo que se resuelven mis peticiones y el desmadre, pero tú estate pendiente y al tiro por cualquier cosa.

Clic.

Aunque sí se me hizo un poco raro que la llamada para algo así fuera tan breve, en lugar de los interminables rollos que siempre me soltaba el Agallas, creo que en ese momento no le di mucha importancia. Y ya no sé si es más bien un recuerdo inventado, pero ahora a la distancia creo acordarme de que su voz se oía como entre agitada y temblorosa, pero pues la verdad tampoco estoy seguro de que en ese momento me hubiera parecido así, o si ya más bien así

es como lo tengo registrado por la forma en la que se dieron las cosas, porque, aunque eso tampoco lo sabía, estaba ya muy cerca de vivir y enterarme de asuntos por completo inesperados para mí.

Pero el caso es que en ese momento, casi como reflejo, fui a mi cuarto para sacar a Elvis del clóset, creo que en el fondo porque era la única ¿persona? con la que podía hablar de estos temas, y me sentía un poco menos loco teniendo los diálogos imaginarios en mi cabeza si lo veía de frente. Y también yo creo que mi propia fantasía me la dejaba más leve si tenía enfrente al interlocutor inanimado, pero el caso es que el Elvis o el lo que fuera en mi mente era como menos ojete en las cosas que me decía si lo hablábamos de frente. Y hasta me atrevo a decir, ya en el pinche delirio total, que se podía terminar razonando con él, o sea conmigo, o sea sepa la chingada con quién.

Mi hermano estaba tirado en la litera de arriba, y el hornazo a mota señalaba que le había valido madres la supuesta prohibición de mi papá de no fumar «droga» (jamás dejaba de entrecomillar la palabra cuando la pronunciaba. «Señor, señor, ya dígale al Yorch que no le entre a esa pinche hierba de piojosos», me decía a menudo mientras se bajaba lentamente su fiel patona de Bacardí.) De tan alto que traía el volumen de los audífonos se alcanzaba a escuchar que sonaba «Something in the Way», de Nirvana, en la versión del *unplugged*, que la verdad que sí es una chingonería. Y pues en una de sus múltiples mamadas de psicópata, un día el Yorch anunció que se volvería vegetariano por el sufrimiento de los animales y no sé qué, y luego, todavía más de psicópata, dijo que pescado sí podía comer, que porque en esa rola Kurt decía que no había pedo en comerlos, porque no tenían sentimientos. Y desde entonces cada

que el Yorch la ponía, que era muy seguido, me acordaba de esa mamada.

Seguro yo también divagaba en esas cosas para no pensar en lo importante, pero el caso es que a lo mejor en parte por eso saqué al Elvis de felpa para sentarnos mano a mano en la sala, para ya pensar bien la situación y tratar de ponerle punto final. Nos serví las respectivas cubas con Coca sin gas y un poco de agua de la llave, para aflojarnos la lengua o la mente o con lo que fuera que nos comunicábamos ese cabrón y yo. Y nos quedamos viendo fijamente, como para ver quién diría algo primero.

¿Entonces cómo ves, qué se traerá el Agallas entre manos?, le pregunté sin pronunciarlo en voz alta, como para romper el hielo. A mí qué me preguntas, sólo soy una pinche botarga que según tú cada vez se ve más jodida, ¿no?, imaginé que respondía el muy mamón, con esa pinche sonrisa burlona que no quitaba nunca.

Bueno, ya, no te pongas así, prosiguió cuando me hice el ofendido dando un largo trago a mi cuba diluida. Te voy a decir cómo veo la situación.

Entonces más o menos procedió a decirme, o procedí a decirme yo en mi cabeza a través de la voz de la botarga, lo que en el fondo ya sabía, pero me costaba trabajo enunciar con claridad. Mira, chavo (yo creo que usó o usé la misma expresión que el Agallas un poco para chingar), por más que le hagas al cuento de la virtud de tu noviecita y que admiras su lucha y no eres digno de ella y no sé qué, la neta es que tus aventuras con mi identidad son lo único emocionante que ha pasado en tu vida desde hace un chingo de años, si no es que desde que naciste. Así que ya deja de hacerle al cuento y mejor disfrútalo mientras dure.

La verdad que tenía razón, pero pues también justo parte del chiste y de la aventura era hacerme pendejo al respecto. O sea que ni para qué discutir.

Ahora, continuó viéndome con esa cara medio burlona que contrastaba con el aire serio de estar sentado en un sillón individual de la sala con una cuba que ya estaba yo a punto de chingarle, de que estás en un pedo, pues también, sí. Ve tú a saber cuál sea la historia detrás de la venganza del Agallas con el notario, ni qué es lo que quiere sacar, ni de qué sean capaces ninguno de los dos. Ahí sí que el jueguito este del muñeco de Elvis Presley, o sea yo, como que se te salió de las manos. Yo casi que por el poder y billete de los enemigos en cuestión, te aconsejaría que te cambies de bando y vayas conmigo puesto a ver al notario y le cuentes toda la verdad, y ya que se chinguen a quien se tengan que chingar. Pero te digo que también sepa la chingada ahora qué juego se traigan esos dos, y si te metes donde no te llaman, que de todos modos ya lo hiciste, ¿verdad?, te puede estallar en la cara la cosa.

¿Y si ya sabías todo esto por qué no me lo dijiste desde un principio?, le dije con el pensamiento a la botarga, o más bien a la botarga con la que me hablaba yo a mí mismo desde mi cabeza, o sea que en el fondo, yo a mí mismo.

No, pues porque yo también lo he ido descubriendo. Y además sepa la chingada también dónde acaba la realidad y empieza el delirio del tal Agallas, y ahora ya también el tuyo. Pero pues no te hagas güey y no me digas que en el fondo tú mismo no lo sabías.

Aunque no estábamos hablando como tal, creo que se hizo un silencio incómodo. Y ya luego remató:

Pero, mira, viéndole el lado amable, ora sí que ya déjate ir hasta el final, y pues ojalá que la cosa acabe bien. Hazle su último encargo al loco este, y a ver si con eso ya se contenta y te deja en paz. Y pues ya, después te lanzas en tu caballo blanco a la UNAM a conquistar a la chica. Si vas en serio con lo de que ya quieres hacer algo de tu pinche vida, terminas la prepa abierta, y te pones a hacer lo del guion para el programa de radio que, la verdad, no es mala idea. En una de esas hasta me puedes poner a mí como de recepcionista de «El hotel de los corazones rotos», y que cada personaje que pase por ahí se proyecte en mí y vea lo que quiera ver, igualito que como tú le haces.

La verdad que eso último era una buena idea.

Busqué algunas objeciones que oponer a la parte de ya seguir adelante con lo de la notaría y demás, pero no encontré ninguna. Le robé ahora sí su cuba a Elvis, que no parecía que fuera a tomársela, y estuvimos un rato largo en silencio. El atardecer rosa del DF estaba en todo su apogeo, como si fuera uno de esos cielos de cuentos de hadas o historias de fantasía que preparan el terreno para el desenlace final.

¿Qué estaría haciendo Milena? De seguro estaba en una asamblea. Me había animado a marcarle un par de veces, sin suerte. Y ni modo de volverle a caer de sorpresa ahí en la UNAM, ya casi como si fuera un vil acosador.

Y, hablando de sorpresas, me acuerdo que andaba pensando en esas cosas cuando el sonido del timbre me pegó un sustazo. Pensé si de milagro pudiera ser Milena. Ni lo sueñes, chavo, retomó la palabra el Elvis de mi cabeza. ¿Y el achichincle del Agallas con un nuevo documento delirante escrito a mano, donde ahora me pidiera

alguna otra misión extravagante? La verdad, tampoco creo, pero pues mejor contesta el interfón y sales de dudas.

Pues sí. Mejor.

–¿Quién?

Creo que pregunté todo ansioso por la bocina del interfón colocado en la pared junto a la puerta de la entrada del departamento.

–¿Qué onda, mi Bruno? Soy yo. Venimos el Deivid y yo a sonsacarte a una misión.

Al instante reconocí la voz nasal del Pavo. No lo había visto o siquiera pensado en él desde lo que me parecía un chingo de tiempo.

–Ah, no mames, pásenle.

Y les abrí la puerta de la calle con el botón del interfón.

Subieron armados con un Bacardí de litro, una Coca y un agua mineral de litro y medio y una bolsa de hielos. Las cubas que armó en chinga el Pavo parecían como un cóctel de un bar mamón, en comparación con las que solíamos tomar en mi casa.

A Elvis también tenían un rato de no verlo. De hecho, sólo habían tenido el gusto aquella vez que ni yo sé bien por qué me trepé a la ambulancia disfrazado, y que los dados del destino quisieron que el chavo atropellado fuera el poeta conceptual amigo de Milena, el Fredy. Pero el Pavo le dio unas palmadas en la cabeza como si lo conociera de toda la vida, y porque, pues por qué chingados no, también le sirvió su cuba, que ya sabíamos se acabaría tomando el primero de los tres que se acabara la suya.

Nos pusimos en chinga al día, un poco para comprobar que, como siempre, no había pasado gran cosa desde la última vez que nos

viéramos. Ellos seguían en sus respectivas chambas, el Deivid de recadero en un despacho de abogados, y el Pavo de asistente del gerente de una de esas empresas medio piramidales que engañan a la gente con lo de venderle tiempos compartidos. Y pues los dos le daban a la ambulanceada los fines de semana sobre todo. Como ese día. Que era sábado. Y precisamente por eso venían a verme.

–Pero primero quémate el papelito, mi Deivid.

Y el Pavo adoptaba un aire más solemne cuando decía estas cosas.

–Aunque esta vez ya tenemos la chamba asegurada, ora sí que no está de más tener a las fuerzas ocultas de nuestro lado.

Se levantó para ir al cuarto de mi papá y volvió con papel y pluma. Como las otras veces, cortó un pedazo rectangular, primero doblándolo y después desprendiéndolo con el borde de la mesita de madera situada frente a la televisión. Dibujó un como círculo de monitos donde había dos en el interior agarrándose a chingadazos. Después lo puso sobre el cenicero lleno de colillas y le prendió fuego. Volteó a ver al Deivid con mirada de complicidad y pasó a su típica carcajada silenciosa.

–Ahora sí cuéntale al Bruno la misión, mi Deivid.

El Deivid se arrancó a contar con ese tono dizque filosófico que adoptaba cada vez que tenía que justificar la chingadera de lo de la ambulancia. Y pues resultaba que como algunos conocidos sabían que se dedicaba parcialmente a esas ondas, a veces le podían salir algunas chambitas encargadas expresamente, como la de ese día. O ya más bien casi esa noche.

¿Esa noche? Elvis y yo teníamos cosas que hacer, como ir a la notaría a pegar los chingados carteles con la amenaza del juicio final

y esas mamadas, para ver si ya podríamos ir cerrando los asuntos con el Agallas.

Pero como no dije nada y, por mucha magia negra que hiciera con sus papelitos, el Deivid no podía leer mis pensamientos, él siguió contando que tenía unos cuates a los que la mera verdad les encantaba andarse agarrando a madrazos. Entrenaban box y *kick-boxing* y *muay thai* y *jiu-jitsu* y cuanta mamada pudieran. El caso es que cada mes organizaban ahí por su colonia un como ritual, en el que se juntaban para armar unas madrizas tipo callejeras. Casi que sólo respetando algunos códigos de honor, pero se valía de todo, hasta que uno de los dos contrincantes se rindiera, o ya de plano estuviera tan madreado que ni fuerzas le quedaban para rendirse, y entonces los demás intervenían para parar la masacre. (Cuando a los pocos meses salió la película de *El club de la pelea* yo no lo podía creer. Era casi como si el papelito quemado con los monitos madreándose hubiera tenido efectos hasta en Hollywood, sólo que al parecer esta bonita tradición se hacía por acá desde hacía un chingo de años.) Obviamente había chupe y drogas y apuestas y toda la cosa, y ya que se acababan de poner bien sabroso en su madre, después había música y bailongo, porque por más madreados que quedaran los guerreros caídos nadie lo tomaba personal, y podían luego empedarse todos juntos, o bueno, los que quedaban en pie.

El caso es que por razones también obvias, pues se requerían los servicios de la ambulancia. Ya fuera para hacerle el paro y brindarle primeros auxilios ahí mismo si algún peleador lo necesitaba, o de plano para llevárselos al hospital si acaso llegara a hacer falta. ¿No los quería acompañar? Me podían pagar 500 pesos por mis servicios,

y me prometían que la experiencia y el cotorreo posterior valían mucho la pena.

Y ahí el Pavo intervino para proponer que fuera con Elvis puesto. Una vez más, porque por qué chingados no, por el puro cotorreo, pero también dijo que sería un poco como el estilo gringo de todo el *show* y el desmadre antes de las peleas de box, o en la misma lucha libre, que pues le añadían emoción y toda la cosa al asunto.

–Híjole, es que el Elvis y yo tenemos otro encargo.

Me acuerdo que alcancé a protestar débilmente, pero en el fondo cuando lo pronunciaba ni yo mismo me creía que no iba a acompañarlos a ver ese espectáculo de las madrizas callejeras.

–Luego les cuento bien, pero tenemos que ir a pegar unos carteles ahí por el centro de Coyoacán. Y tiene a huevo que ser hoy mismo.

–¿El centro de Coyoacán? No te preocupes, mi Bruno.

Como siempre, el Pavo tenía una solución para todo.

–Esta onda es aquí por División del Norte, para arriba, por Árbol del fuego y donde está el museo del Diego Rivera, pero un poco más abajo y hacia un lado. Pasamos de camino a que pegues tus carteles y nos vamos. ¿Cómo la ves?

Pues bien. O mal. O sabía la chingada. Pero pues obviamente que íbamos a terminar yendo. Pero ya entrados en gastos, tal cual mejor irme de una vez con el Elvis puesto.

Metí en mi mochila los carteles que tenía que pegar, me terminé lo que quedaba de la cuba que originalmente fuera de la botarga, y me metí en su interior, con todo y la cabezota, ahí mismo en la sala de mi casa. Para gran emoción del Deivid y del Pavo, aunque no sabía yo bien por qué.

Salimos del departamento con rumbo a la ambulancia falsa rotulada con «Unidad Móvil de Emergencia» en los costados. La habían podido estacionar a unas tres calles de mi casa, en una de las calles laterales al Eje Vial. La gente que nos cruzamos en la banqueta no se aguantaba la risa al verme.

Ahora sí que, como diría el Agallas, el chou estaba por concluir.

24

Nos trepamos a la ambulancia por las puertas delanteras como si cada uno ya conociera su puesto. El Deivid tomó el volante con el Pavo de copiloto y yo en versión botarga me pasé para la parte de atrás, sentado encima de la estructura donde se ponía la camilla y se acostaba a los heridos. Iba agarrado con las dos manos de la barrera que separa a las dos partes, con la cabeza de la botarga asomada por el espacio del medio, como si fuera un personaje de una caricatura adentrándose en esa realidad de la ambulancia, o algo así.

La verdad creo que ni yo me había tampoco creído lo de que antes de ir al evento de las peleas íbamos a pasar a hacer mi encargo de pegar los carteles. Y pues no me habían ni preguntado la dirección. Ni menos se las había dicho. La verdad, creo que en parte también para aplazarlo y hacerme pendejo lo más que se pudiera. Cada rato volteaba a ver en el piso de la ambulancia la mochila donde había guardado los carteles, como si fuera una de esas películas u obras de teatro donde se esconde algo secreto que luego le va dando punzadas en la cabeza al protagonista, o algo así.

Íbamos avanzando en la ambulancia falsa con la lentitud intermitente del tráfico del sábado en la noche del Distrito Federal. Me acuerdo que de tan metido que venía en mis rollos traía la mirada al frente pero sin fijarla en ningún punto en específico, y entonces nada más cada tanto se ponía como rojo mi campo de

visión, por las luces rojas de los coches que frenaban en el tráfico de la ciudad.

En algún momento sí me fijé que estábamos ya entre semáforo y semáforo en División del Norte y por ahí seguimos avanzando poco a poco hasta que dimos vuelta en una calle a la derecha, que resultó ser Árbol del fuego, como nos había anunciado antes el Pavo. Y nos fuimos metiendo por calles a la derecha y a la izquierda, hasta que cruzamos una como entrada a un terreno y ya ahí la calle no estaba pavimentada y quedaba un poco de subida. La ambulancia falsa se bamboleaba hacia los dos lados por lo irregular de la calle de terracería. Ya había caído la noche y el alumbrado que de seguro era también irregular apenas alumbraba para que se pudieran ver las casas con fachadas de ladrillos grises que había a los dos lados de la calle. Me acuerdo que también varias de las casas tenían al frente mallas metálicas detenidas con estacas, que delimitaban unos patios delanteros donde crecían plantas y maleza que no se veía muy cuidada. Avanzamos por ahí hasta que llegamos a un portón abierto de par en par que te llevaba a un conjunto residencial de varias casas que compartían en el centro espacio para estacionamiento y también una especie de jardín enfrente de cada casa. Me acuerdo que en algunos había magüeyes de gran tamaño y también en otros había colgando jaulas con pajaritos. Y junto a una casa estaba un corral con guajolotes. En el amplio espacio del medio se había puesto una suerte de perímetro formado por coches con las luces prendidas, apuntando todos hacia el centro. Al interior del espacio formado por las luces había un grupo todavía medio desperdigado de cabrones que se veían como a la espera de algo que estaba por pasar.

Todo eso lo fui viendo conforme íbamos en la ambulancia, que hizo como una especie de entrada triunfal, porque se oyeron gritos y aplausos cuando la gente la vio llegar. Se notaba que el Deivid ya se la sabía y se dirigió derecho a estacionarla en una esquina del terreno, junto a una de las casas que estaba más a la orilla. El Pavo se bajó a abrirme la puerta trasera y pues cuando apareció una botarga de Elvis se oyeron todavía más gritos y aplausos. Yo creo que pareció como si fuera algo totalmente planeado para las festividades de las madrizas organizadas que estaban por venir. Y pues no me quedó más que ir también entrando en el papel y saludar y agitar las manos por encima de la cabezota, como agradeciendo los aplausos. Como tampoco sabía bien qué onda más bien seguí al Pavo y al Deivid, que ya con sus batas de paramédicos iban jalando la camilla hacia el círculo todavía medio difuso de güeyes que medio estiraban y algunos tiraban patadas y golpes al aire, como preparándose para agarrarse a madrazos por pura diversión, dentro de lo que parecía ser ya poco tiempo. Aunque ya también sí pude ver lo de que obviamente había billete de por medio, porque se hacían apuestas en favor de los distintos participantes.

Ya cuando tomamos de entrada nuestro lugar ahí junto a lo que era como el círculo de peleadores pude ver algunos detalles más de cómo estaba organizada esa onda. Por ejemplo vi que uno de los coches que alumbraban hacia el centro era una patrulla de policía. Pero no se veía a ningún uniformado, así que yo creo que quien la hubiera llevado manejando ahí estaba vestido de civil, y de seguro era uno de los que estaban preparándose para agarrarse a chingadazos. Y luego vi también que del otro lado habían montado

una tarima que funcionaba como gradas, donde habían puesto sillas para que el público disfrutara el espectáculo. Y pues ahí mismo había una barra con pomos y refrescos y una bocina con su consola, para poner música y también para que el chavo que la iba a hacer como de maestro de ceremonias pudiera ir anunciando las peleas con un micrófono y toda la cosa.

Me acuerdo que en ese momento se sintió como si toda la expectativa y la emoción que había en el ambiente se concentraba precisamente en él, que tenía el pelo rapado de los dos lados y un *mohawk* peinado con gel hacia delante, que le formaba un pico como de Drácula que le llegaba hasta media frente. Además del micrófono con su cable traía en la mano una libreta en espiral donde iba apuntando los nombres de los que se habían inscrito para pelear. Parecía como si mientras estaban los preparativos había chavos que se decidían a última hora, y el maestro de ceremonias se les quedaba viendo para acomodarlos con un peleador de su vuelo, o algo así pensé yo que hacía, como para tratar que de preferencia las madrizas estuvieran lo más parejas que se pudiera.

Y pues ahí estábamos el Pavo, el Deivid y yo paraditos a un costado del *ring* que formaba el círculo de peleadores, cuando el maestro de ceremonias empezó a decir algo al micrófono:

–Buenas noches, bola de culeros.

Y todos los asistentes se cagaron de la risa.

–Ahora sí que estamos listos para comenzar. La primera pelea de la noche, en modalidad revancha personal pedida por uno de los peleadores, luego de la santa madriza que le acomodaron la vez pasada que nos reunimos aquí mismo, es aquí mi Ulises Nava, que

fue quien pidió el tiro, contra el Robert Sánchez. Pásenle por favor al centro del *ring*.

Con aplausos y gritos de ánimo ya para cada uno de los peleadores pasaron al centro del círculo dos chavos. El Ulises Nava traía una de esas camisetas metaleras pero con las mangas recortadas, yo creo que para poder moverse mejor, con cráneos y ojos salidos y cuchillos y sangre y todas esas ondas. Con la greña larga suelta que le llegaba hasta los hombros. Traía los brazos todos tatuados y era mucho más alto y se veía más mamado que su rival. Que con todo y eso, según lo que había dicho el maestro de ceremonias, la vez pasada el Robert Sánchez le había puesto en su madre. Este era más flaquito y traía el pelo corto, una camiseta blanca y unos pants negros. Y apenas le llegaba un poco más arriba de los hombros a su rival.

Agarrando un puño de cada peleador, el maestro de ceremonias volvió a tomar la palabra:

–¿Listos, señores?

Y los dos peleadores dijeron que sí con las cabezas.

–Los de afuera del círculo y nuestro amado público, ahora sí cierren sus apuestas. Y nomás acuérdense de ser hombrecitos y pagarlas sin chillar si pierden, que luego me andan también armando putizas afuera del cuadrilátero. Que en este caso más bien ahora sí que es círculo, ¿verdad? Y pues no se trata para nada de eso la cosa.

Se hizo como un pequeño silencio y ya lo último que dijo el chavo del micrófono fue:

–Pues ora sí, señores. A ponerse en su madre bien chingón. Y que gane el mejor. O al menos el que menos se me apendeje. ¡Ámonos!

Y pues los dos chavos se pusieron en guardia. Creo que primero el Ulises Nava tiró una patada a la cabeza del rival, aunque más como al aire, como para marcar sus intenciones. Y el chavo más chaparrito, el Robert Sánchez, se hacía para atrás y se movía en círculos, cubriéndose la cabeza con los puños muy pegados. El otro chavo le seguía tirando golpes y patadas pero ninguno conectaba en el blanco. Así anduvieron como bailando y el público y también los otros peleadores que esperaban su turno les empezaron a silbar por la falta de acción. Se oían también gritos del estilo de «Mejor dense un beso, pinches jotos», que desataban la risa generalizada.

Y de repente, casi sin que nadie se diera cuenta, con un movimiento como de relámpago, el Robert Sánchez se le enredó como araña en las piernas al Ulises Nava, y que se lo lleva al piso con la maniobra. Con el mismo movimiento quedó sentado encima y medía bien el momento para reventarle unos buenos chingadazos en la mera cara, y pues luego luego ya se la había dejado toda cubierta de sangre. El Ulises Nava todavía intentaba cubrirse con la mano izquierda y tiraba madrazos al aire con la derecha, y con espasmos de cadera intentaba quitarse a su rival de encima, pero pues como que el Robert Sánchez se la sabía al tiro y estaba muy bien agarrado con las piernas, así que el otro no lograba sacudírselo. Casi como si estuvieran coordinados, cada aventón de cadera para arriba era respondido en la bajada con otro putazo seco a la cara.

Y ahí sí que se prendió la concurrencia. A cada madrazo se oía un alarido colectivo, y ya en lo individual unos trataban de darle fuerzas a Ulises para que se levantara del piso, y otros al Robert para que terminara de noquearlo. Como si les hiciera caso, Robert se suspendió un momento en el aire, y en la bajada le dio un santo

madrazo en el pómulo, que ya dejó completamente noqueado, al parecer por segunda vez, al Ulises Nava. El Robert se paró como si nada y alzó los brazos en señal de triunfo. Y como por reflejo empezó a examinar los rastros de sangre que le había dejado su rival en la camiseta blanca, que creo que era la única señal de que hacía unos instantes se había estado agarrando a madrazos sin ninguna protección y a puño limpio en unas peleas organizadas justo para que pasara eso mismo.

Casi de inmediato empezó a sonar en la bocina «La chica banda», de Café Tacuba, y el círculo se deshizo un poco. Algunos peleadores se acercaban a comentar la madriza con novias o amigos o familiares en el templete que servía de tribuna improvisada. Y la gente iba a la mesa de plástico donde estaba la barra a servirse algo de tomar y algunos medio cantaban y bailaban informalmente, en la pausa, antes de que continuaran las peleas.

Como si fueran muy profesionales, el Pavo y el Deivid llegaron en chinga con la camilla y el botiquín a donde estaba tirado sin moverse Ulises Nava, que obvio estaba también rodeado por el típico círculo de chismosos que se forma en esos casos. El Deivid le limpiaba la cara con gasas que remojaba en agua oxigenada y le analizaba el tamaño de las heridas, mientras el Pavo le daba a oler algo de un frasco que le hizo recuperar la conciencia poco a poco. El chavo abría y cerraba los ojos como si quisiera despertar de ese mal sueño que lo había dejado todo madreado, otra vez por el Robert Sánchez, otra vez frente a muchos de sus amigos y conocidos, como al parecer había ocurrido antes hacía poco tiempo.

Yo en mi versión botarga me había quedado viendo toda la escena como en un tipo trance. Antes de ese día había visto mil veces en

esos sábados de peda sin hacer nada especial con mi papá la lucha libre y muchas funciones de box sabatino. Y como a mi papá no le fallaba a ninguna de las características que se esperarían de un ruco alcohólico decadente, obviamente se las daba de que sabía mucho de box, y cuando veíamos las peleas se la pasaba haciendo dizque comentarios técnicos de que esos peleadores eran unos pendejos, no como las leyendas que le había tocado ver a él en su juventud. Y te recitaba nombres como Rocky Marciano, el «Púas» Olivares, obvio Mohammed Alí y así se podía estar horas cansándote con sus pendejadas. La verdad que yo no lo pelaba mucho ni a él ni a las peleas, y más bien era sólo una excusa para ponerme hasta la madre con él ahí en silencio.

Pero ese día los madrazos a lo salvaje y sin casi ninguna regla, y la sangre en vivo, y creo que hasta más la excitación y el morbo que le daban al público despertaron también en mí una excitación y morbo que yo no me conocía. Era entre que quería voltearme al otro lado para no ver, y al mismo tiempo no podía dejar de ver y saborear cada detalle. Entre que quería que se alivianara el chavo ahí tirado cubierto de sangre, y como si otra parte de mí se decepcionara un poco de ver que fuera recuperando el conocimiento. Y sobre todo moría de ganas de que acabara la pausa y empezara ya la siguiente madriza.

El Ulises Nava ya había podido sentarse y el Pavo le hacía preguntas y se ponía los dedos frente al rostro como para que le dijera cuántos veía y así. Lo subieron así sentado a la camilla para llevárselo a una como zona médica a un lado de la ambulancia. El público le aplaudió la recuperación, incluido el Robert Sánchez, que se había quedado cerca para ver si su rival se recuperaba. El

guerrero caído ya sólo agradeció las muestras de afecto haciendo la típica señal con el pulgar hacia arriba, antes de desaparecer del escenario principal.

Aunque ya después en el recuerdo todas las peleas formaban un como *collage* de imágenes de madrazos y patadas y chavos bañados en sangre, o no sé si por cómo se dio en concreto la pelea, pero el caso es que sí me acuerdo todavía claramente de los que pelearon en la siguiente, el Mumia Alvarado y el Poncho Valdés, que fueron llamados otra vez al centro del *ring* por el maestro de ceremonias.

Estos dos sí se veían del mismo vuelo. El Mumia Alvarado traía unas pesadas botas negras que al principio parecían dificultarle la movilidad. El Poncho Valdés se veía más ágil y como que revoloteaba a su alrededor, acomodándole algunos madrazos y patadas en las piernas sobre todo, que pues sí se veía que le iban quitando fuerza a su rival. Así estaban y parecía que era cuestión de tiempo para que mandaran al Mumia Alvarado a la lona, hasta que en algún momento el azar o el destino o los dados o uno de los charcos de entre sudor y sangre que iban quedando por ahí hicieron que el Poncho Valdés se resbalara y trastabillara un poco hacia atrás, y en ese momento el Mumia aprovechó para reventarle un pinche patadón con las botas en la mera cara, y su rival se desplomó como tabla, sin alcanzar ni a meter las manos. Todavía en lo que el réferi/maestro de ceremonias reaccionaba el Mumia se le fue encima y le acomodó otros chingadazos en la nuca, hasta que el réferi lo tacleó para quitárselo de encima al Poncho Valdés, que ya no daba señales de movimiento. Al menos en mi recuerdo el público hizo un estruendo todavía mayor que el de la anterior pelea. El Mumia fue un ganador menos respetuoso, porque se puso a dar vueltas por el círculo dando saltos

y gritos y pegándose puñetazos en el pecho como gorila, o algo así, y señalaba con el dedo y le gritaba quién sabe qué chingaderas a su rival noqueado por el patadón a la cara con las botas tipo militar que traía puestas.

Como si fuera una repetición del final de la pelea pasada, sólo que ahora con «Pachuco» de La Maldita Vecindad como fondo musical, se deshizo el círculo y tanto algunos futuros peleadores como el público se iban a servir un trago, o revivían emocionados la madriza que acababan de presenciar. El Deivid y el Pavo otra vez en chinga con la camilla y el botiquín, para alivianar esta vez al Poncho Valdés, que se logró recuperar más rápido y hasta se pudo parar él solito. Me acuerdo que todavía todo apendejado, lo primero que hizo fue también irse a la barra a servir algo de tomar. Yo creo que también como para anestesiarse un poco de la madriza que le acababan de propinar, la verdad un poco por la mala suerte de haberse resbalado, porque claramente iba ganando la pelea antes de esa situación.

Obviamente que no nos íbamos a quedar atrás, y creo que fue ahí que el Pavo también nos fue a servir unas cubas, y la mía me la trajo con popote para que me la pudiera tomar por el orificio de la boca de la botarga. Y ahí nos estábamos parados en el círculo viendo las peleas, bajándonos una cuba tras otra, la verdad al menos yo disfrutando creo que hasta cada vez más los madrazos. Pero lo que sí es que el Deivid y el Pavo muy profesionales entraban cada vez a alivianar al peleador madreado. Yo fui también como entrando en calor y me acuerdo que en una de las pausas entre peleas, con «Pachuco» de La Lupita sonando en la bocina, fue que unos chavos que bailaban pegando unos saltos y agitando la cabeza me rodearon y me dieron un aventón medio pasado de lanza por la espalda, como

para que se armara el *slam*. Y ahí fue que me puse también a bailar agitando el cuerpo y la cabezota de la botarga, y luego luego se vio que esto excitaba más a la concurrencia, y pues sí se empezó justo a armar un *slam*, en el que obviamente lo principal era aventar a la botarga, o chocarme con el hombro, o creo que desde ahí no faltó el que me dio ya de plano un zape por atrás, que me hacía retumbar todo el interior de la cabeza del disfraz, como si fuera una cueva que temblaba, o algo así.

Yo creo que en parte porque quien estuviera poniendo la música vio que el ambiente se animaba también aparte de las peleas, empezó a sonar «Mal bicho» de Los Fabulosos Cadillacs, y entonces se prendió más la cosa. Ahí sí ya como cinco o seis chavos armaron un pequeño círculo para rodearme y se turnaban para aventarme de un lado a otro, darme manazos en la espalda, y hasta cachetadas a mano abierta, creo que alguna de ida y vuelta. Yo no podía más que dejarme, porque ni modo que se las hiciera de pedo a varios a la vez y disfrazado de botarga, así que también les intentaba chocar un poco con los hombros y a veces aventarlos ligeramente. Pero la verdad en ese momento tampoco me molestaba porque estaba también como metido en la onda de las peleas, y creo que alebrestado por los madrazos y la sangre, y pues también ya por la peda que nos habíamos estado acomodando. Y casi que me decepcionó en ese momento, que ya después obviamente que no, que no se pusieran también más fuertes los madrazos en el *slam*. Y cuando acabó la rola de los Cadillacs volvió al centro del *ring* improvisado el maestro de ceremonias y anunció a los peleadores de la siguiente putiza programada. Antes de que siquiera comenzaran,

el Pavo ya había aparecido con otras tres cubas para nosotros, servidas de los tambos gigantes que estaban encima de la barra.

Así seguía la noche y las peleas, como si fueran repeticiones de las anteriores, con pequeñas variaciones, y también yo creo que en parte por la euforia y la peda, como que se sentía que todo se iba poniendo más salvaje. Una de las peleas terminó con uno de los chavos de plano estrellándole la cara en el piso al otro, sujetándolo de las greñas. Y en otra dos chavos se aventaron a ayudar al réferi a quitarle de encima a un peleador que no dejaba de golpear al otro, aunque ya no se movía. Y así hubo otro chavo al que le estaban haciendo como una llave que le hacía palanca en el brazo con la pierna del otro, que se aferraba y no se rendía, hasta que algo tronó y su brazo quedó como si estuviera dislocado o algo, en un ángulo raro.

Aunque en cada pelea el Pavo y el Deivid (y pues para el caso yo o la botarga también) eran integrantes del público y gritaban y se emocionaban con los madrazos, en cuanto acababa entraban en chinga a prestar primeros auxilios. Y se iban llevando a los guerreros más caídos a la zona médica improvisada a un lado de la ambulancia, ahí en un pastito que tenía enfrente una de las casas del conjunto.

Y pues supongo que también como era de esperarse, en cada pausa musical la gente se alebrestaba más, y ya sin falta se dejaban ir a bailar y darle primero aventones y luego manotazos a la botarga, por esa como irresistible fascinación que generan las botargas para ser agandalladas. No estoy seguro si así fue en la realidad o más bien es en mi recuerdo, pero según yo como que en las peleas más

salvajes los chavos y el público quedaban más excitados, y más se pasaban de lanza conmigo en el supuesto *slam*.

De lo que también me acuerdo con claridad es que en lo que era más o menos como la séptima u octava pelea de la noche, cuando un chavo cayó noqueado por un madrazo seco, y nomás no se levantaba por más que le hicieran maniobras el Deivid y el Pavo, alguien tuvo la brillante idea de poner «Suspicious Minds» y todo valió madres. De pronto sentí como si la concurrencia entera estuviera a mi alrededor entre bailando y medio madreándome. Y pues no sé si empeoré la situación haciéndoles el juego y entre que los aventaba de vuelta con más fuerza y hasta como provocándolos con poses de karateka y cosas del estilo. El caso es que sentía una lluvia de manazos, zapes, patadas y empujones, y de pronto estoy casi seguro de que oí que alguien gritaba «¡Pecera al Elvis! ¡Pecera al Elvis!», que pues obviamente yo no sabía a qué se refería. Y el chiste es que de pronto un chavo me hizo una como llave, aventando mi torso hacia atrás con una mano y pateándome por abajo las piernas en la otra dirección, y pues me mandó directo al suelo. Y de pronto estaba ahí bocarriba, viendo las caras frenéticas de los chavos que me rodeaban y seguían gritando «¡Pecera al Elvis! ¡Pecera al Elvis!», y que me empiezan a caer entre varios a darme de patadas en el cuerpo y en todas partes. Otros de plano se agachaban para darme madrazos a puño limpio y hasta creo que no faltaron los chistosos que se aventaban como de lucha libre, cayéndome encima como plancha o ya de plano con el codo por delante.

Yo me hice bolita como de lado, para protegerme como mejor podía, que la verdad no era mucho, porque ya luego supe que la

onda esa de la pecera se trataba de agarrarme a patadas en el piso entre los más que alcanzaran a entrarle. Creo que yo les trataba de gritar al Deivid y al Pavo para que me ayudaran, que la verdad no creo que hubieran podido de todas maneras hacer gran cosa, o de seguro hubieran terminado exactamente igual que yo. Y ellos hasta peor, porque yo al menos tenía un poco de protección con el traje y la cabezota de la botarga, que era como una bóveda donde yo veía lo que pasaba y oía la música y los gritos de afuera y mis propios gritos como si fuera una de esas películas de terror donde te pasan las imágenes como flashazos con una música supertétrica. Y el desmadre este seguía y yo nada más sentía como si cada nueva patada o madrazo se añadiera a una masa de dolor que era ya todo mi cuerpo. Hasta que por suerte o por destino o por piedad se terminó la canción y un poco como si estuvieran siguiendo un guion planeado de antemano o algo así, la gente tomó su lugar ya fuera como público o en el círculo de peleadores, como si no acabara de pasar nada del otro mundo.

Yo seguía ahí tirado cuando el maestro de ceremonias llegó a anunciar la siguiente pelea, y pues aparecieron el Deivid y el Pavo con la camilla, pero ahora para llevarse a la botarga a la zona médica improvisada junto a la ambulancia. Y los pinches cínicos que dos minutos antes me habían estado pateando en el piso ahora aplaudían y me gritaban ánimos conforme era transportado por los paramédicos, que también ya se les veía por cómo caminaban medio chueco y se les tambaleaba de un lado a otro la camilla que ya traían encima una buena peda, misma que a mí primero entre los *slams* y luego con los madrazos se me había bajado por completo, y

más bien sólo me retorcía un poco del dolor y la humillación de lo que acababa de pasar.

Y pues el Deivid y el Pavo me fueron a aventar junto al chavo recién noqueado, que o seguía noqueado o dormido o quién sabe qué, pero el caso es que estaba ahí tirado con los ojos cerrados, como si estuviera en un sueño muy profundo. Ahora que lo pienso creo que mi cabeza se puso en el típico plan de no buscar quién te la hizo sino quién te la paga, y pues él era a quien tenía yo ahí a la mano, creo que como si fuera el representante de los culeros que me acababan de patear en el piso por puro desmadre, o algo así. Lo primero que pensé fue ver si le podía chingar algo, que la verdad fuera de alguna vez que me chingara algo en un Oxxo o en un Seven, nunca lo había hecho. Pero pues no se veía que trajera reloj, ni probablemente cartera tampoco. Luego tuve como fantasías que la verdad tampoco eran muy lógicas, de meterme a la ambulancia y buscar alguna chingadera para inyectarle, o algo así, pero pues era más bien el puro coraje, porque ni me podía mover mucho yo tampoco por los madrazos. Y pues ni siquiera hubiera sabido dónde estaba nada, ni cómo inyectarlo, y todavía menos con los como guantes rosas que eran las manos de la botarga. Así que ya más bien le intenté yo también tirado acomodar unos madrazos que creo que ni a madrazos llegaron, por lo mismo de lo jodido que estaba yo, y porque creo que en el fondo yo sabía que por lo menos en esta última vuelta ese chavo en particular no me había hecho nada como para que yo le quisiera hacer algo a él, ahorita que estaba ahí indefenso. Y pues era bastante culero agandallarlo en ese estado. Ni eran cosas que yo jamás hubiera hecho, ni ganaba nada de nada. Pero tampoco es que en ese momento pensara todo eso, y sí

recuerdo que le di algunos manazos que eran sobre todo frustración, y luego me quedé yo también acostado bocarriba, entre jadeando por el dolor de las patadas, y como con ganas de ya de plano ponerme a chillar.

Nomás oía los gritos y luego la música que señalaba que se había terminado otra pelea. Creo que yo también me quedé como dormido o algo, porque lo siguiente que me acuerdo es que llegaron el Pavo y el Deivid y me ayudaron a subir por la parte trasera de la ambulancia, todavía acostado en la camilla, para que ya nos fuéramos a la chingada de ahí. Y ya que estuvieron a bordo de sus respectivos asientos logré decirles:

–Llévenme a la notaría que está en la calle Hidalgo 85, ahí en el centro de Coyoacán. Por favor, no sean cabrones.

Y arrancó el Deivid la ambulancia de regreso, para irnos a la siguiente parada de mi destino o mi azar o mi necesidad de esa noche, a la que todavía le faltaba un buen camino por recorrer.

25

Salimos con la ambulancia de la como propiedad familiar donde se llevaban a cabo las madrizas tipo callejero. La sed de sangre y de venganza que había yo probado se convirtieron ya más en alivio de que nadie hubiera sido puteado al grado de tener que ser llevado al hospital, así que tenía la parte trasera a mi disposición para ir yo ahí echado, medio recuperándome de la patadiza en el suelo que supuestamente por puro desmadre me había tocado recibir a mí.

Ya ni tenía caso quitarme el disfraz para el resto del camino, y además prefería ya mentalizarme en el mismo papel de botarga en el que supuestamente tenía que pegar los chingados carteles del Agallas en la notaría. Yo creo que en parte por lo molido que iba y por la locura que era todo esto, el chiste es que me acuerdo de que veía en mi cabeza medio como un delirio la imagen de la botarga impresa en el cartel, que con el dedo amenazaba con una cita de la venganza y el Deuteronomio y no sé qué.

Veía por los cristales opacos de la parte trasera de la ambulancia algunos cambios de las luces exteriores, hasta que el ligero tono rojo de las luces traseras de los coches sugirió que estábamos en División del Norte, ya encaminados al número 85 de la calle Hidalgo, en donde estaba la oficina del notario Gómez.

Y como si fuera una extensión del dolor corporal, que creo que ni me dejaba pensar en ideas extremas de lo que pudiera pasar ya dentro de poco, lo que sí me venía a la mente pero como una

imagen lejana como de fantasma era Milena, que pues en parte sí era Milena, pero también era más bien la idea de Milena como la posibilidad de ya acabar con todo esto y no ocultarle más cosas y ver si pudiera todavía hacer algo más con mi vida. Que la verdad también ahora veo que estaba como perfectamente representada por ir en una ambulancia falsa con una botarga de Elvis puesta, que acababa de ser molida a patadas al dizque querer amenizar un evento clandestino de madrizas callejeras.

En esas creo que iba cuando el frenazo en seco señaló que habíamos llegado. Mientras el Pavo se bajaba por el lado del copiloto para abrirme las puertas traseras de la ambulancia me levanté con un chingo de esfuerzo, sintiéndome casi como debió de estar el Elvis real cuando murió a los 42 años, que ahora que lo pienso era exactamente el doble de mi edad. Todavía saqué de la mochila el bonche de carteles que debía pegar y el Pritt gordo que había llevado para esta onda.

Me bajé todo achacoso de la ambulancia y pude ver que estaba estacionada justo enfrente del portón negro de la casona gris donde estaba la notaría. El Pavo se volvió a subir al asiento del copiloto y tanto él como el Deivid me veían como con diversión y a la espera de ahora qué iba yo a hacer, que pues obviamente no tenían la menor idea de todas estas ondas en las que andaba yo metido.

Caminé hacia el portón como en cámara lenta y empecé primero a untar de Pritt toda la superficie, para ir pegando las hojas encima de una en una, uniéndolas entre sí lo más que pudiera. Mi idea era pegar varias juntas como para hacer un mosaico donde quedaran varias imágenes de la botarga que señalaba con el dedo, que pues

luego pensé que era también como si estuviera advirtiéndome a mí mismo que estaba ya casi por cargarme la chingada.

Y pues tal cual. Cuando llevaba pegadas como seis o siete hojas de repente se abrió la puerta individual del portón y salieron dos cabrones enormes con la cabeza rapada y aspecto de matones. Que pues más o menos eran eso. Y entre el susto y lo madreado que estaba creo que apenas alcancé a voltearme un poco como si me quisiera echar a correr, pero en chinga me agarró cada uno de un brazo y ya no me podía mover.

Todavía alcancé a hacer contacto visual con el Deivid y el Pavo, que veían la escena primero como paralizados, con cara de ya-valió-verga-todo. Y pues sobre todo el Deivid se desparalizó en chinga y prendió la ambulancia y le metió pata al acelerador, y en putiza los que sí se alcanzaron a dar a la fuga fueron ellos dos. Cosa que a los cabrones que me tenían agarrado de los brazos les dio exactamente igual, pues porque obvio al que estaban esperando para agandallar era a la botarga de Elvis Presley que días antes se había presentado ahí mismo para chingar la fiesta de cumpleaños del notario y chingarle de pasada unos expedientes. En ese momento yo no sabía cómo sabían que iba a hacer la pendejada de regresar al lugar de los hechos, y menos esa misma noche. Pero estaba a unos minutos de tener la gran revelación.

El caso es que sin soltarme y medio con aventones me metieron a la notaría y cerraron la puerta, y así me llevaron creo que también con los típicos insultos y empujones y hasta algunos zapes por el patio de adelante y por la entrada de la casona, hasta un cuarto que estaba ahí junto a la recepción de la notaría. Siguiendo como el típico guion de las películas en esas situaciones me sentaron en una

silla enfrente de un escritorio, sólo que aquí eran dos policías malos que me decían las típicas cosas de ya-valiste-madres-chavo, y que si ya la había cagado gacho, y que no sabía con quién me había metido, y ese tipo de cosas. También de pronto se veían y se cagaban de la risa, y yo creo que ya por pura diversión o para matar el tiempo me seguían dando cada tanto como zapes regañones en la parte de atrás de la cabeza de la botarga.

De repente uno de los matones recibió una llamada en su teléfono y nada más dijo como tres veces «Sí, señor», y salió en chinga de la habitación. Yo creo que el otro sabía que le quedaba poco tiempo para pasarse de lanza y se apuró con unos últimos insultos y hasta unos golpes en la nuca con el puño cerrado, que aunque ahorita eran amortiguados por la cabezota de la botarga, creo que me recordaron o por lo menos me recuerdan ahora a los chingadazos que me dio también en la nuca el jefe de los asaltantes la vez que me agandallaron en mi cumpleaños veintiuno. Aunque habían pasado unos pocos meses yo sentía que ese episodio había sucedido como veintiún vidas atrás. Y ya cuando se oían pasos de que venía gente, el pinche mustio nada más se paró como inmóvil al lado del escritorio, como si unos segundos antes no hubiera estado pasándose de verga conmigo.

Entró primero el otro matón y como si lo hubieran ensayado se paró del otro lado del escritorio en la misma posición como de firmes, y pues ya luego hizo su entrada triunfal el notario Gómez, el mismo hombrecillo de copete blanco y lentes que le caían a media nariz, que pues con ese mismo aire como de mamón y señorial de la otra vez, pasó a sentarse en la silla vacía al otro lado del escritorio.

Creo que sí me acuerdo que nomás verlo se me volvió a hacer como conocido, y pues ahora sí ya estaba a muy pocos instantes de saber por qué. El caso es que con esa típica voz como también mamona y ceremoniosa que tiene la gente de su tipo, me empezó a decir con un tono de ironía:

–Buenas noches, mi querido Elvis. Qué gusto volverte a tener por acá, luego de lo bien que nos la pasamos en mi festejo de cumpleaños.

Y pues igual, hacía las típicas pausas dramáticas para darle más importancia a sus propias palabras:

–¿O prefieres que ya entremos en confianza y mejor te diga Bruno?

Y se reía como de su propia gracia.

–A ver, Eleazar, quítale la pinche cabezota para ver al chamaco.

El notario le ladró la orden a uno de los matones que pues al parecer se llamaba Eleazar.

Y como si estuvieran bien coordinados en su papel de achichincles del notario, el otro me agarró fuerte de los hombros para que Eleazar me zafara la cabeza, obviamente con toda la rudeza que le fuera posible. Yo como que estiré el cuello para aliviar la presión del jaloneo, hasta que me logró quitar la cabezota y la puso en una orilla del escritorio, volteándome a ver a mí, como si quisiera poner al muñeco del Elvis a cagarse de la risa de mi desgracia, o algo así, creo que pensé en ese momento.

El notario se me quedó viendo fijamente como para intimidarme más, que la verdad no hacía falta porque yo obviamente que estaba cagado del miedo, hasta que siguió diciendo algo así:

–No, si no cabe duda de que el jodido de mi hermano siempre se los busca guapos. Nomás que te cortaran las greñas de mugroso y esa barbita que ni bien te sale y me cae que con esos ojazos azules sí le andabas dando un aire al Elvis de a deveras, chavo.

–¿Su hermano?

Creo que lo pregunté con asombro de verdad.

–Pues claro, chavo. Ah, cómo se ve que no eres muy observador. ¿Qué no viste allá abajo el nombre de la notaría? Notario Pedro Ramón Gómez Gutiérrez. Servidor y amigo. No hay que ser Einstein para saber que si el otro puto se hace llamar Luis Miguel Gutiérrez y se parece un chingo a mí, en versión jodida y traqueteada, pues algún parentesco habíamos de tener, ¿o no?

Y pues sí. En ese momento me cayó de putazo la sensación que había tenido de haber visto antes a ese hombrecillo con aires de superioridad que era el notario Gómez. Pero justo en versión traqueteada. Mientras lo escuchaba vi clarito en mi cabeza cómo su imagen cambiaba, y sus lentes de marco dorado delgadito que le colgaban a media nariz se elevaban y se convertían como en un grueso marco negro que rodeaba los mismos ojos rasgados que pues ahora que veía con atención, el notario sí compartía con el Agallas. Y ya entrados en el tema hasta la voz, que en el caso del notario era mucho menos rasposa, yo creo que porque su vida obviamente no había estado tan marcada ni por la escasez ni por el abuso del alcohol y otras sustancias, ni por tanto delirio en las trasnochadas. Pero el caso era que también su voz sí tenía como un toque aguardentoso, por ejemplo cuando él también me decía chavo, como que la «a» era tan áspera y cerrada que sonaba como si fuera casi que una «o», igualito que cuando lo pronunciaba el

Agallas. Me acuerdo de que desde ese momento pensé que mi ya antiguo jefe era como una fotocopia arrugada y mal sacada de este hombrecillo pulcro y arrogante, que lo que sí es que me tenía agarrado de los huevos ahí en su oficina ya de madrugada, con sus dos matones también muriéndose de ganas seguramente de que ya les dieran la instrucción de ponerme una santa madriza. También confieso que con la revelación de que el notario era hermano del Agallas, y al pensar que de seguro ya lo habían pasado a ver antes a él, tuve la fantasía de que ojalá también lo hubieran madreado y humillado como a mí, en parte por el puro gusto de pensarlo, y también en parte porque finalmente yo estaba metido en estas pendejadas que en el fondo pues ni eran asunto mío. No sé si puedo considerarlo algo bueno, pero pronto me enteré de que esa fantasía particular sí se había cumplido, y que según el notario sí le habían puesto también su buena calentadita al Agallas, para vengarse de él y también para que les soltara la sopa a los matones que seguían ahí parados como esperando para entrar en acción. El notario siguió con su aleccionamiento:

–A ver, chavo. Ya que por tus mamadas tuve que posponer un asuntito que la verdad era más placentero que venir aquí a ver qué chingados hacer contigo, mínimo me voy a desahogar un rato, que luego aunque los corajes los hagamos por pobres pendejos como tú y mi hermano, igual se le quedan atorados a uno. Aunque la verdad me vales madres tú y lo que pase contigo, nomás quiero que veas por qué pinche personaje y sus cuentos chinos te dejaste encandilar.

Y pues sí, la verdad es que aunque en ese momento fuera absurdo y yo obviamente no estuviera en posición de preguntar

nada, también tenía mucha curiosidad de saber qué onda con ese giro que la verdad que no me había esperado.

–Bueno, chavo, dime si me equivoco. Pero de verdad dímelo en serio, que ya ves que si con algo traficamos los notarios es con la verdad. Dime si el cuento que te echó Luis Miguel va más o menos por aquí. Y ya luego yo te cuento rápido la verdad de cómo son las cosas, antes de que veamos qué vamos a hacer contigo.

Me acuerdo que después de decir eso miró como de reojo a uno de los matones, que sonrió tímidamente ante la idea de lo que podía venir luego del rollo del notario.

–A ver. Vamos a ver. De seguro te dijo que, en sus palabras, un valedor lo recomendó para que entrara a trabajar como recadero a la notaría. Hasta ahí vamos bien. Y lo sé porque ese valedor fui yo mismo. Y sí es cierto que los dos venimos desde abajo. De esas historias que ya casi no hay. La mía, digo. La de Luis Miguel, pues al contrario. Cada vez hay más lacras como él en esta sociedad. Pero vamos por partes. Yo estaba terminando la carrera de Derecho en la UNAM y había conseguido con la bolsa de trabajo una pasantía aquí mismo, pero obviamente cuando estaba al mando el notario original, don Julio del Olmo, que en paz descanse, con quien me entendí muy bien de volada. Y pues, lo que sea de cada quien, Luis Miguel de chavo era bien abusado, y le gustaba leer filosofía y esas cosas, y pues se me hizo buena idea recomendárselo al notario para la chamba de recadero que le hacía falta, ya que yo había escalado a asistente de uno de los licenciados. Nombre. Qué errorsazo cometí. Ahora sí que a los fuegos de la envidia lo peor que uno puede hacer es echarles leña seca.

Y pues como que se me iba abriendo la mente pero como si fuera en reversa, como si para atrás se acomodaran poco a poco las piezas de ese rompecabezas de delirios que me había contado el Agallas desde el principio, que también, lo que sea de cada quien, pues sí tenían sobre todo para alguien que vivía en la nada como yo, y que dizque buscaba aventuras e historias para lo del supuesto programa de radio y no sé qué, un toque fascinante. Aunque fueran más delirios y mentiras que otra cosa. Y confieso que ya como parte de mi delirio extendido, luego también como hacía con las pláticas con el Agallas, apunté y grabé mi recuerdo de la plática con el notario, que al fin y al cabo era como el lado A más respetable de ese pinche lado B que me había metido en todo este desmadre, sin que también yo por pendejo lo hubiera podido o querido parar a tiempo.

–Pero volvamos al cuento chino que te contó Luis Miguel. De seguro te dijo que era muy chambeador y que se ganó la confianza del notario y que hasta lo mandaba a recoger a sus hijos a su escuela y no sé qué más. Eso también es cierto. Te digo que burro, no era. Y pues ya que estamos hablando, como dicen los periodistas *off the record*, y ni modo que en dado caso tu palabra fuera a valer algo contra la mía, te acepto también que es cierto lo que de seguro también te dijo de que había chanchullos con el valor de las propiedades, y que se escrituraban más bajo y había moches por fuera. Y de los portafolios llenos de billetes y todo eso, que se me hace que ahí fue cuando se empezó a deschavetar mi pequeño hermanito. Pero pues sí, así es el ABC de trabajar como notario en esta patria olvidada por Dios.

Me acuerdo también que en mi cabeza era como si por una parte estuviera ahí, escuchando todo eso, y al mismo tiempo como si estuviera en la oficina del Agallas, escuchando su versión con su pinche voz aguardentosa, como si fuera un eco que retumbara por mi cabeza al mismo tiempo que el notario me iba contando la historia que pues, la mera verdad, seguramente era mucho más verdadera que la que en su momento me contara el Agallas.

–Y su delirio del que ya no salió comenzó, como seguro también te dijo, por su adicción a la piedra. Que sí es cierto que técnicamente yo se la di a probar, pues porque yo era joven y curioso y ora sí que medio que le hice a tocho morocho para experimentar, pero pues los atascados megalómanos como el Luis Miguel se pierden de volada en esas cosas, y pues así fue que le sucedió a él. Con el paso de los muchos años empezó a quedar claro que si yo no la cagaba y hacía lo que me tocaba, tenía buenas posibilidades de heredar el puesto del notario, porque don Julio tampoco tenía algún hijo que le hubiera salido bueno como para siquiera considerarlo. Digo, es una forma de hablar, porque supuestamente es por concurso y no sé cuántas pendejadas, pero en la práctica las notarías son como reinos, y si el rey juega bien sus cartas, puede dejar escogido a su sucesor. Y pues entre ya de por sí la envidia que Luis Miguel me traía, más las cosas que todavía leía de filosofía, y que si el bien y el mal, y ya luego cuando le empezó a entrar más duro a la piedra y los delirios que le provocaba, pues no, chavo, era obvio que la cosa iba a terminar mal.

Y ahí sí ya aunque fuera raro, podía un poco ponerme más en la situación del notario, porque eran muy parecidas a las mamadas que me había tocado escuchar de viva voz a mí.

–Yo de pendejo todavía durante un chingo de años le traté de cubrir y solapar sus chingaderas y sus robos que se salían de los que sí toleraba el notario, pues porque el problema no era robar, sino que para eso también hay códigos y formas, igualito que como lo mandan los códigos jurídicos más formales. Hasta que dije: ¡Basta!, porque además me di cuenta de que nomás por la pura envidia me iba a arrastrar a su infierno particular con él, y pues sí es cierto que yo mismo le puse un cuatro, y cayó redondito, y cuando el notario se enteró, que me lo manda directito a chingar a su madre. Obvio, chavo, que ni indemnización le dio, porque le dijo que se diera de santos que no lo refundía en el tambo, nada más porque pues como quiera que sea, sí llevaba también sus buenos más de veinte años prestándole un servicio. En el fondo te diría un psicólogo que pasó justo lo que Luis Miguel en verdad quería, porque desde entonces se mueve por esos bajos mundos que son los que le encantan. Siempre haciendo que si sus chambitas turbias para medio mal vivir, o sus delirios esos de rentar una botarga para fiestas y este tipo de mamadas. Y siempre con sus historias de que el bien y el mal y el juicio final y la venganza. Y según lo que he entendido en estos años en los que supuestamente juró venganza y no sé qué, como que hasta se le hizo bolas por el rencor la historia, y ahora mezcla la parte del notario anterior con el odio a mí, como si fuéramos la misma persona, o algo así en su pinche delirio que tiene todo de resentimiento feroz pero nada de coherencia. ¿O a poco no te suena familiar todo esto, chavo?

Amén, señor notario, pensé yo para mis adentros. O a lo mejor no lo pensé tal cual en ese momento sino ya más bien a la distancia del recuerdo, pero el caso es que en ese punto sí que lo podía entender.

–Y no me lo tomes a mal, chavo, que a lo mejor ni tan pendejo eres, pero pues siempre se anda buscando chavillos ingenuos que yo ni sé bien por qué le compran sus pendejadas, pero supongo que porque, pues sí, tiene una parte de divertido y aventurero todo esto. Y dicho con todo respeto, pero pues tampoco es que nunca se los traiga de Harvard ni la NASA ni algo del estilo, ¿verdad? Hasta que llega el día en que se los chinga, o a veces ya bien grifo y delirante hasta se los ha madreado, o de plano nomás se larga como ahorita y ya nunca más vuelven a saber de él.

Creo que pelé los ojos como de sorpresa, aunque la verdad es que tampoco tenía nada tan sorprendente escuchar algo así sobre el Agallas. Y casi como si ahora fuera el notario Gómez el que leía mi mente, siguió diciendo:

–¿Que cómo sé que ya se largó de nuevo? Pues muy fácil. Aquí mis fieles escuderos por fin localizaron el lujoso corporativo donde mi hermano puso la lona esa de «Agallas y asociados», para anunciar sus servicios de quién sabe qué chingados, y pues hoy anduvimos por ahí para hacerle una visita sorpresa. Nombre, le hubieras visto la cara cuando nos vio entrar. Se puso más blanco que la dizque hostia esa que no sé por qué chingados tiene ahí enmarcada. Y ya aquí con la ayuda de mis muchachos, que también pues no podemos negar que les gusta eso de dar sus buenas calentaditas, le saqué toda la sopa, a punta de sus buenos madrazos. Lo hubieras visto ahí tirado como rata debajo de su escritorio, pidiendo clemencia y tratando de cubrirse de las patadas que le acomodaban aquí mis canchanchanes. Yo la verdad que nada más lo veía y entre que disfrutaba ponerlo en su lugar, porque creeme que a mí nadie me ve la cara ni se burla de mí y vive para

contarlo, chavo, pero también el miserable me daba mucha lástima, porque justo con todas sus pendejadas de que si la Biblia y el bien y el mal, y tupirle tan duro al chupe y a la piedra y a la moneada, pues lo que sí es que se ha logrado crear una versión muy particular del infierno, pero en su mera cabeza, y ahora sí que de ahí no hay ninguna escapatoria. Creéme cuando te digo que no lo vas a volver a ver ni por ahí ni por acá, por lo menos en un buen rato, entre otras cosas porque así se lo comunicamos, que donde tuviéramos algún otro tipo de noticia suya, lo que pasó hoy era un juego de niños comparado con lo que le pasaría.

La verdad confieso que la idea de ya comprobar en concreto y de viva voz del notario que le pusieran sus putazos y su buena zarandeada al Agallas me dio gusto. Y también me hizo recordar en ciertos puntos de dolor corporal, sobre todo en la espalda y en las piernas, las patadas que me habían dado también a mí en la onda de las madrizas tipo callejeras. Ahora sí que como si fuéramos dobles que nos hubiera caído casi al mismo tiempo el castigo por andarle jugando a los chingones con quien no debíamos.

–¿O por qué crees que justo hoy te llamó para que vinieras aquí a la mamada esa de pegar los cartelitos? ¿Qué no le oíste la respiración toda entrecortada? Si yo estaba ahí enfrentito de él cuando hizo la llamada. A mí el que me la hace, me la paga, chavo, y en eso sí que no ha faltado el día que no llegue el juicio final.

Y pues ya con eso acabó de echar su rollo que también se veía que era como una cosa de familia, y también como la onda dramática y teatral que tenían los dos. Luego agarró de su escritorio la típica estatuilla de bronce que luego tienen los abogados, la de la justicia con una espada en una mano y una balanza en la otra. Y yo

creo que para hacerle otro poco a la mamada, el notario movía con el dedo las cadenas de la balanza, y luego veía la espada, y luego me veía a mí, y después a los matones. Me acuerdo que se talló los párpados con los dedos de la mano, como si estuviera entre fastidiado y cansado con todo este asunto, y pronunció con su tono ceremonioso una especie de veredicto:

–¿Sabes qué, chavo? Hoy es tu día de suerte. Ya ves que Luis Miguel no se calla ni un instante, ni cuando acaban de madrearlo, y pues ahí tirado y hecho bolita me contó de ti y de tu noviecita puma huelguista, que ya nomás por defender la universidad gratuita y pública, la verdad que tiene todo mi respeto. Me contó de tu obsesión con el Elvis y de cómo tú solito llegaste siguiendo a la botarga con la que se animaban las fiestas de Santo Domingo, y lo de tu sueño de un programa de radio de «El hotel de los corazones rotos» que, por cierto, es una de mis canciones favoritas del Elvis. Así que ahí muere. Lárgate y no quiero volverte a ver nunca más. Aquí mis asistentes te van a llevar a ti y al Elvis a tu casa en la dirección que nos dio el miserable ese, nomás para comprobar bien que sí vives ahí, por si te quieres pasar de vivo otra vez o cualquier cosa. La verdad que todo este desmadrito ya tampoco pasó a mayores y ya recuperé mis expedientes. Y la verdad aquí muy entre nos, hasta me sirvió todo esto para dar una lección al inútil del Ramoncito. O a lo mejor es que ya con esto de los sesenta años me estoy ablandando, pero la verdad que ni gano nada tampoco con que te pongan a ti también en tu madre. Así que no te vuelvas a aparecer por aquí ni de broma, o ahí sí me vas a conocer enojado. Y ya dejamos todo esto como anédcota que yo mismo reconozco que

no deja de tener su lado divertido y locochón. ¿Cómo la ves? ¿Juega?

–Juega, don.

Y los culeros esos todavía me medio sacaron de la notaría con unos empujones ya bastante innecesarios y me llevaron derechito a mi casa, que por suerte como ya con todo el desmadrito se había hecho medio tarde, ya casi no nos tocó tráfico. Ya mañana vería qué pedo con Milena y con todo. Ahí sólo quería echarme a dormir y a llorar, o a llorar y a dormir, o a lo que fuera para ya salirme de esa pesadilla medio irreal que me había dejado todo magullado, pero que al final no había salido tan mal como podía haber parecido. Y lo mejor era que ya se había cerrado sin que yo tuviera que hacer nada toda esa mamada de la botarga y el Agallas. Ya ni le quise dar cuerda al jueguito ese del diálogo imaginario con el Elvis y no sé qué, y mejor ya en mi casa me chingué un par de nuestras tradicionales cubas diluidas en agua y me tumbé en el sillón de la sala, para no tener siquiera que acercarme en ese momento a mi hermano por cualquier cosa. Después traté de quedarme dormido tan rápido como fuera posible, con los latidos del corazón que todavía sentía como si me fuera a reventar.

26

Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente, a eso de las 11, fue como si de golpe despertara al mismo tiempo hacia un sueño maravilloso y una pesadilla. Luego que fui entendiendo ciertas cosas fue como si en muy poco tiempo me volviera a despertar, y por más que he intentado volver a soñar aunque sea un rato los sueños maravillosos de esos meses, ya no ha habido forma, así que me la paso volviendo y volviendo a la carta y a las páginas que son para mí como si fueran la crónica del sueño, con la esperanza de algún día poder volverlo a soñar.

Tenía los párpados molidos como el resto del cuerpo, moreteado por las patadas, magullado por la cruda y por la culpa. Mi recuerdo es como si sólo los hubiera podido abrir muy lentamente, y luego todavía me tardara otro poco en enfocar la vista. Y pues cuando finalmente ocurrió, mi campo visual me comprobaba que en efecto me había dormido en el sillón de la sala de mi casa. También que al llegar de madrugada me había todavía tomado un par de cubas para el susto. Que me había dormido con el traje negro de botarga puesto, aunque por suerte sin cabeza. Elvis me contemplaba sonriente desde el sillón individual junto al sofá donde me había yo quedado dormido.

La parte de la pesadilla se presentaba como una figura al otro lado de la estancia, en el pasillo que llevaba hacia la recámara principal. Donde se veía mi papá entre medio asomado y medio escondido por

el muro, con gesto de expectación. Con los dos pulgares hacia arriba y aplaudiéndome en silencio, sin llegar a juntar las manos, como festejándome algo. Algo maravilloso. Alguien maravillosa. Milena. Que estaba ahí parada en la sala de mi casa con una caja de cartón en las manos. Sonriendo con expresión divertida ante lo absurdo de la escena. De pronto, mi papá desapareció como si fuera un *muppet* que ya hubiera cumplido con su parte del libreto. Entonces me incorporé yo también como *muppet* tirado de un hilo, mareándome un poco en el proceso. Sentía el sudor de mi pelo sofocándome la cara. La boca pastosa. Milena rompió el hechizo con su voz jovial de siempre:

–Hola, Bru. ¿Así que este es el famoso Elvis que le hizo el paro al Fredy cuando lo atropellaron en las afueras de C.U. y luego se dio a la fuga corriendo por Eje 10?

–Hola, Mil. Sí. Perdóname. Justo te iba a llamar para contarte y explicarte todo. Soy un pendejo. Ni yo supe bien cómo me fui adentrando en esta tontería. Y tú tan metida en algo tan importante como lo de la huelga. Me daba pena contarte mis mamadas, y miedo que me mandaras a la chingada.

La risa de Milena se situaba entre el nerviosismo y la ternura.

–¿Cómo crees que te hubiera mandado a la chingada por eso? Si me lo hubieras contado. Bueno. No sé bien bien a qué te dedicas en tu versión de Elvis de peluche, pero pues me imagino que no es que andes vendiéndoles droga a los niños afuera de las escuelas, ¿verdad?

Terminaba cada frase con otro pequeño torrente de risas.

–Ay, creo que estoy un poco nerviosa como para poner esos ejemplos tan tontos. Con eso me asustaba mi papá cuando era niña,

con que iban a llegar unos hombres malos a pegarnos en el brazo estampitas con droga, afuera de la escuela.

–¿Estampitas con droga?

Creo que hice esa pregunta tan tonta como para ganar tiempo y ver si se me ocurría algo, cualquier cosa, para salvar la situación.

–Ay, no me hagas caso. Mira, la verdad es que no te puedo decir bien cómo ni por qué, pero tanto la vez que me contó el Fredy lo de la atropellada, como cuando hace no mucho una prima más chiquita que vive en Santo Domingo me contó que había ido a una fiesta de cumpleaños donde contrataron a una botarga de Elvis para animarla, y que la noqueó un tío del festejado con un tablazo por la espalda, no te sé decir por qué, pero pensé que justamente adentro podías estar tú. Con eso de que te encanta Elvis y lo de la idea de tu programa de radio... Y para que veas que no te digo mentiras, vas a ver en estas fotocopias que me gustaría dejarte como regalo, que en los diarios falsos que a lo mejor querían ser una novela sale la pregunta de si esa misteriosa botarga de Elvis no pudiera ocultar la identidad de nuestro muy misterioso y tímido héroe. Que en el fondo no sabe ni que es un héroe, o ni siquiera quién es él, y a lo mejor por eso se esconde tras sus propios secretos.

No mames, me acuerdo que pensé. Pero pues era justo el tipo de cosas que yo tampoco sé bien por qué, de Milena no me sorprendían. Y yo creyendo que bien chingón le ocultaba todo.

–¿Y por qué nunca me dijiste nada?

–Pues en primer lugar porque no era asunto mío y no me gusta andarme metiendo en lo que no me importa. Yo pensé que si sí eras tú y algún día querías contármelo, ya me lo contarías. Y luego, pues tú lo dijiste ahorita, la verdad es que sí estoy con todo metida en la

huelga, y casi no he tenido ni cabeza ni cuerpo para nada más. Yo incluida. Y por eso vengo ahorita a despedirme de ti. Me voy un tiempo indefinido. No te puedo decir mucho, pero por un lado me enteré en estos días de ciertas cosas que me demostraron hasta dónde está metido Gobernación en el movimiento. Ya sabes, discusiones en corto de si es nuestro deber eliminar a un compañero que todo apunta a que es oreja. Y ondas de ese estilo. Por otro lado, obviamente un movimiento como este hace vínculos con otro tipo de movimientos que enfrentan otro tipo de realidades. Quisiera al menos conocer de cerca la realidad de la lucha que está haciendo otra gente, y al parecer ellos me reciben con los brazos abiertos.

Eran más o menos esas palabras con las que Milena me contaba que se iba. Y si por un lado sentía que el hoyo en el pecho que en el fondo ya estaba ahí desde antes se ensanchaba con cada una de sus palabras, con la cabeza la verdad es que creo que entendía perfecto lo que me estaba diciendo, y en el fondo tampoco me sorprendía. Aunque ahora que lo pienso también me doy cuenta de que difícilmente hubiera ella podido decir o hacer algo que me sorprendiera, porque si algo era, era coherente, hasta con cosas que pudiera estar pensando o platicando al menos con uno por primera vez.

–Quiero ver también de cerca el trabajo en las comunidades. Y como creo que ya te he contado, siento que aquí estamos llegando a un punto muerto que sólo se va a romper con el desalojo violento, cuando las autoridades y el gobierno nos hayan desacreditado lo suficiente como para que a todo el mundo ya le valga madres. Y lo único que quieran sea volver a la normalidad. Aunque se vuelva ahí

a madrazos, pero volver a la normalidad es lo único que le va a terminar importando a todo el mundo. Ya lo verás.

No quería sonar egoísta frente a todo lo que me estaba compartiendo, pero quería decirle que me llevara con ella, que se lo contaría todo, que a lo mejor hasta le servía para las cosas que estaba escribiendo. Le podía ayudar a volantear y a botear para lo de las brigadas. Igual y hasta si le poníamos a Elvis una camiseta de los Pumas, a la gente le parecía más divertido y donaba más dinero o ponía más atención a la causa. Igual ella me podía ayudar con lo de ya ahora sí ponerme a escribir el guion para mi programa de radio. Podíamos ver películas de David Lynch. Podíamos...

Como si adivinara mis pensamientos, se adelantó a decir con lo que creo era la misma ternura que no sé bien por qué le produje desde el día uno:

–Ya me voy, Bru. Creo que como casi todo el mundo, odio las despedidas. Además, si me quedo otro rato te voy a andar queriendo llevar conmigo. Pero no se puede. En realidad lo que sí me demuestra corroborar esta cosa de la botarga del Elvis es que no te conozco. Creo que ni tú mismo te conoces. Y yo estoy en un límite y necesito transformarme. Un poco como Orlando.

Me vino a la mente Orlando, Florida, pero seguramente no se refería a eso, pensé ahí mismo. Y si de por sí no encontraba las palabras para decir ninguna de las muchísimas cosas que se agolpaban en mi cabeza, pues menos para hacer una pregunta tan pendeja. Según me acuerdo, apenas alcancé a sonreír como entre con resignación y solidaridad ante su dilema existencial.

Y Milena continuaba, pero ya casi como acabando:

–No te quiero echar más rollos. Y además te quiero dejar esta caja con fotocopias de lo que he escrito en este tiempo, para que tú también me conozcas mejor, y veas que la verdad es que yo tampoco es que me conozca muy bien a mí misma. Y pues como manda el cliché, te escribí, o nos escribí, una carta de despedida.

Se echó una última carcajada espontánea.

–Ahí vas a ver un poco mejor a lo que me refiero con lo de Orlando, pero te cuento que es una novela de Virginia Woolf donde el personaje principal, Orlando, se convierte de hombre a mujer. Pero una cosa muy importante para mí es que antes de su metamorfosis duerme días y días, y no hay manera de despertarlo, hasta que por fin despierta transformada. Y pues no sabemos qué soñaba. O si ese sueño la preparó para asumir su verdadera identidad. ¿Sabías que hay culturas antiguas que piensan que la realidad es el sueño y que lo que vivimos cuando según nosotros estamos soñando es la verdadera realidad?

No, la verdad que no lo sabía. Pero ya estaba Milena parada junto a mí, acariciándome el pelo sudoroso, como una heroína de teatro que se prepara para su parlamento final, antes de salir del escenario:

–Ay, ya me desvié como siempre.

Y se echó otra última carcajada espontánea, que creo que es la que cada que me acuerdo de la escena sigue reverberando en mi cabeza.

–El chiste es que necesito irme a soñar un rato a otra parte y otras cosas, para ver en qué me voy a convertir durante un rato al despertar. Espero que no me veas luego ya también a mí en la tele, pero por otras razones. Pero de todos modos, aquí siento que llegué

a un callejón sin salida, y que tengo que moverme y buscarle por otra dirección.

Me dio un beso largo mientras sujetaba mi cara con las dos manos y se fue sin que a mí se me ocurriera decir nada para tratar de impedirlo.

Estuve otro rato como embotado. Desde que los matones del notario me quitaran la cabeza de la botarga, el Elvis de mi mente no había vuelto a decir ni pío. Tampoco ahorita. No se me ocurrió nada mejor que servirme una cuba, poner mi compacto con los éxitos del Elvis de verdad, y ponerme a leer ahí mismo la carta de despedida que me había dejado Milena.

México. D.F., a 6 de agosto de 1999

Hola, Bru. Hola, yo:

En nuestro gremio filosófico se repite mucho la frase esa de que la realidad supera a la ficción y no sé qué. La verdad que nunca la he entendido bien, en primer lugar porque no son competencias de quién supera a quién, pero en segundo porque pienso que esa frase contiene una cierta idea de la realidad y una de la ficción que para mí las empobrece, sobre todo a la segunda.

(Ya te veo pensando: ya empezó esta a irse por las ramas, ¿qué no era una carta de despedida? Jajaja. Pérame que ahí vamos.)

O sea que lo de la realidad a lo mejor es más obvio. Tiene que ver con la transgresión de lo normal. Todo el tiempo nos movemos bajo una idea de lo que es lo normal y hasta lo usamos como burla o como insulto para referirnos a los que no son normales. Pero la verdad es que si lo pensamos bien, lo normal no es tan normal como parece, más que a lo mejor en un sentido numérico, como eso que hace la mayoría. Pero pues no puede ser, en mi opinión, que vivamos nuestras vidas sólo según lo que la mayoría considera como lo normal.

(Ya voy, te lo juro que ya voy. Te lo juro que esto sí va hacia alguna parte. Hacia que ya me voy. Y hacia que sí me hubiera gustado a lo mejor que nos fuéramos juntos, por lo menos para viajar un rato. Pero la verdad es que las mentiras sistemáticas son unas compañeras de viaje muy pesadas.)

Entonces para mí no es cierto eso de que la realidad supera a la ficción. Es más bien que la realidad supera a la realidad. O a una cierta idea de realidad. Pero cada vez que la supera por lo bajo y nos enteramos de que suceden cosas horribles, se considera que eso es lo normal, porque es lo real, y es lo que hay, y así es el mundo. Y pues también así nos va. O nos va a la mayoría. Pero todo el tiempo se nos repite que eso es lo que hay y que así son las cosas. Y mejor agarrar cada quien su silla para no quedarnos colgados con el culo al aire. Y así llegamos a este mundo tan bonito y tan justo en el que vivimos.

¿Ya ves la típica figura esa del alien que baja a la tierra y nos contempla como desde fuera, no? Bueno, pues ese supuesto alien no tendría idea de eso de que la realidad supera la ficción, ni nada del estilo. Y entonces, ¿qué crees que diría si viera que unas criaturas, o sea nosotros, deciden organizar su vida en común de una forma como la actual, donde unos pocos tienen casi todo y la mayoría tiene muy poco? Pero no es sólo eso, sino que además de todo hay un discurso de que así es como tienen que ser las cosas, y que es lo mejor para la sociedad, y que eso es lo justo, y todo lo que ya sabemos. Pues no hay que ser muy Sherlock Holmes para saber de dónde proviene el discurso al que le parece que la injusticia es tan justa, ¿verdad? O qué parte de la sociedad sería la interesada en que se difundan y defiendan esas ideas, ¿verdad?

Ahora la aplanadora ya va también por la educación pública y gratuita. Que pues ni siquiera es que sea muy revolucionaria ni que nos haya llevado a la sociedad sin clases y el comunismo y todas esas tonterías que los merolicos de la televisión justo andan repitiendo todo el día por ahí. Pero de todos modos se lanzaron ya por la educación. Como si ni eso nos pudieran dejar a los que no nacimos en los fraccionamientos y calles privadas que cada vez parecen más cárceles de lujo para poder vivir aislados de la chusma. Que repiten también siempre que es chusma porque quiere, y que no quiere prosperar. Y que si esa chusma no paga por su educación, no la valora, y todas esas estupideces que llevamos oyendo meses todo el santo día en la televisión.

Pero en eso sí paramos en seco a las autoridades universitarias títeres del gobierno, y al gobierno títere de los grandes capitales, y a los grandes capitales que creo que ya ni saben de quién son títeres, más que de su codicia de poder acumular otros poquitos millones más, yo creo para comprarse otro departamento en Miami, u otro yate más grande, para ver si con eso logran tapar un poquito su vacío y su soledad acompañada. Pero pues sea como sea, no pasaron las cuotas en la UNAM. Ni tampoco pasarán. Van a seguir chingando con que sí, de aquí a que nos desaloje a madrazos la policía. Pero al final se van a quedar con las ganas, por lo menos por el momento, de ya poder apurar de golpe la privatización de la universidad.

(¿De qué tanto habla esta loca?, has de estar diciendo, jajaja. Lo bueno que como es carta, te puedes regresar las veces que quieras, para ver si algo de esto tiene o no sentido.)

Así que pues esa es nuestra realidad tan normal que cuando se sale de esa extraña normalidad, se dice siempre la cosa esa de que la realidad supera a la ficción.

¿Y entonces qué pasa con la ficción? ¿Por qué la insistencia en comparar si la realidad es o no lo que nos pudiera parecer más descabellada? Yo creo que en el fondo esto pasa porque casi nadie se toma la ficción en serio. Que no tienen por qué, ¿verdad?, para nada. Soy la primera en admitirlo. Pero pues hay quienes sí la tomamos en serio. Como yo. Y no sólo la ficción. También las ideas abstractas. Y la música. Y el cine. Y el teatro. ¿Que a qué me refiero con lo de tomárselo en serio? Pues a que para mí son también la vida misma, y son tan reales como lo que normalmente se entiende por realidad. Pero para mí son parte de una y la misma cosa. Y en mi cabeza el Quijote y lo que representa como forma de estar en el mundo es tan real como el Bruno de mi cabeza al que le estoy escribiendo esta carta de despedida en la que tal vez me estoy yendo tanto por las ramas para no llegar al momento en el que aunque quisiera que las cosas hubieran sido distintas, ya sé que no lo son, y tengo que irme y a lo mejor ya no volvamos a vernos. Pues si el Quijote nos inspira a defender nuestro derecho a que la fantasía transforme eso que entenderíamos como realidad, ¿en qué sentido es hoy menos real o existe menos que personajes como Zapata, o como Gandhi, o como mi amada Sylvia Plath, que de alguna manera para mí se dejó asfixiar por el gas del horno y por la campana de cristal

para que las futuras Estheres Greenwood como una a lo mejor pudiéramos evitar un destino parecido?

¿Te acuerdas del rollo ese de Nietzsche de los dados y el azar y la necesidad, y también el otro rollo ese de Schopenhauer y descubrir nuestro carácter y todo eso?

(¿Qué pesada soy, verdad? Jajaja. Es que te digo que no sé si por desgracia o para bien, pero sí me tomo muy en serio las cosas que leo, y que creo que nos hablan de nuestras vidas y de cómo vivirlas. Pero perdóname si en este tiempo de conocernos he sido muy pesada con todos estos rollos, que a lo mejor ni te interesaban en primer lugar, o yo qué sé.)

Bueno, a lo que iba, es a que todos los dados que hemos tirado y que han bailado y rebotado por ahí, ahorita resultaron en una combinación tan necesaria como nuestro carácter y nuestro destino, y pues precisamente porque es necesario, no me queda de otra más que hacer lo que tengo que hacer.

No sé si conoces la obra de teatro de Ibsen, *Casa de muñecas*, pero el caso es que al final Nora, la esposa guapa y ama de casa perfecta, sufre una terrible decepción cuando se da cuenta del carácter cobarde de su esposo Torvald. Luego, por un giro de la trama digamos que todo podría volver a la normalidad y ser como antes, pero ya que se le cayó la venda de los ojos, ella ya no puede volvérsela a poner. Y no le queda de otra más que dejarlo. Pero creo que en su caso, ni tampoco en el mío, no es por rencor o resentimiento. Es sólo porque al ver cuál es ese carácter que te digo que según Schopenhauer es destino, ya no puede seguir engañándose sobre quién es la persona con la que comparte su vida. O se echaría encima un destino ajeno, que ya que se da cuenta de todo eso, ya no le corresponde. Porque entonces lo convertiría en destino propio. Así que Nora prefiere lanzarse a la calle y perder su vida cómoda y segura, para ver lo que el destino le depara. Y con todas las cosas que me he ido enterando últimamente, pues ya no puedo hacer como si no las supiera, y ahora sí que yo también me tengo que ir de aquí para ver adónde acaba una nueva tirada de dados.

Virginia Woolf escribió que las mujeres necesitamos nuestra habitación propia para florecer. Sólo que me queda claro que ahorita la mía no estará aquí, sino en otra parte, donde espero que se sentirá justamente como más propia. No sé si alguna vez te lo conté, pero mi elemento es el aire. Y necesito agarrar un

poco de aire. Sacar la cabeza de la campana de cristal. Transformarme como Orlando, despertar en otro lado, ojalá que siendo alguien más. O, como dice mi adorada Plath, morir una muerte metafórica de esta particular vida. Con un sueño suficientemente largo, para tener luego otro despertar:

Morir
Es un arte, como todo lo demás.
Lo hago excepcionalmente bien.

Lo hago para sentirlo como el infierno.
Lo hago para sentirlo como real.
Supongo que podría decirse es mi llamado.

P.D. Gracias por todo y cuídate mucho. Vivimos cosas muy bonitas, que son las que me voy a llevar. Y no necesitas ninguna botarga de nada. Sólo date cuenta de quién eres de verdad. O, para que me entiendas mejor lo que según yo te pasa (qué metiche, ¿verdad?, opinando sobre lo que según yo te pasa, jajaja), puedes pensar lo de los secretos y eso también como lo dice el alien (¡otra vez el alien!) de una canción de Radiohead. A lo mejor te ayuda (y a mí también) a poder conocerte mejor:

Of all these weird creatures
Who lock up their spirits
Drill holes in themselves
And live for their secrets

27

Me quedé leyendo y releyendo la carta como si en alguna de las veces fuera a decir algo distinto, principalmente que Milena no se iba o que sí me invitaba a irme con ella. Aunque tampoco entendía bien si de plano su intención era unirse a algún tipo de movimiento más radical, que la verdad tampoco lo hubiera dudado porque si algo tenía era que es de esas personas que no se andan por las ramas. O si se iba a unir a alguna comunidad donde viven con reglas distintas a las del comercio y el capitalismo y todo eso, como creo que hacían en las comunidades zapatistas, y creo que también en algunas partes de Oaxaca y en otras de la sierra de Guerrero. También pensaba que a lo mejor habían recibido amenazas de los ojetes de Gobernación, y que el mismo movimiento la mandaba un ratito a otro lado para ponerla a salvo. Pero el chiste es que se iba y se llevaba con ella todos esos mundos y cosas e ideas increíbles que yo había descubierto gracias a ella. Y se llevaba esa carcajada espontánea que soltaba a la menor provocación. Y los besos tronados al saludarme y despedirnos. Y los otros besos. Y los fragmentos del Tao como si fueran un oráculo de lo que hubiera pasado ese día. Y que por razones que hasta la fecha sigo sin entender, creo que además de que sí me quería, era la única persona que me animaba a que dejara de ser un bueno para nada que iba pero si bien derechito a seguir los pasos de su papá alcohólico y bueno para nada, que por cierto se seguía asomando a

la sala como *muppet* cada tanto tiempo, hasta que yo creo que entendió que Milena ya se había ido.

Obviamente empezó a decir sus típicas mamadas como «Señor, señor, no chingue, su noviecita hasta parece un ángel. Dígame cómo le hizo, señor», pero la verdad no tenía yo ni ganas de fingir que le festejaba sus pendejadas, así que no levanté la mirada de la carta mientras él pasaba de la gracia a encabronarse porque yo no le festejaba la gracia, hasta que hizo drama y por suerte se salió como casi todos los domingos a curarse la cruda por ahí.

Cuando por fin dejé la carta a un lado, no sé bien cómo explicarlo, pero creo que me sentía entre devastado y contento al mismo tiempo. Devastado por razones obvias. Contento no sé bien por qué, porque no era tampoco que Milena se iba de viaje a Europa o algo así. O sea que no era que yo me chingaba y me quedaba sin ella, pero por alguna cosa increíble que ahora le fuera a tocar vivir. O a lo mejor sí, pero no se veía que las razones que la orillaban a tomar la decisión de irse aunque fuera un tiempo fueran lo más bonitas del mundo. Ya me la imaginaba en esas discusiones que me había dicho, de si su deber con el movimiento era chingarse al culero del que se habían dado cuenta que era oreja, porque pues le daba culpa hasta la idea de matar hormigas o una simple araña. Y seguro que esto ya eran chingaderas de otro nivel. También sí me la podía imaginar con una boina o un pasamontañas, o aunque sea alfabetizando chavitos de comunidades marginadas, y sí me daba gusto por ella, y creo que sobre todo la admiración que siempre le había tenido, porque era una prueba de alguien que sí vivía hasta el fondo sus ideas, la llevaran adonde la llevaran.

Creo que justo por eso no me sorprendía que no le sorprendiera saber lo de mi ocupación como botarga. Que en primer lugar me la imaginaba perfecto diciendo que al final es un oficio como cualquier otro, que alguien tiene que desempeñar, y más en este país en el que de alguna forma las botargas son muy importantes en el imaginario colectivo, o algo así. Así que imaginaba perfecto lo que pudiera decir. O sea, que no le parecería vergonzoso como profesión. Casi que todo lo contrario, y pues también por la parte buena de ir a entretener en fiestas y cosas así.

Luego me imaginaba que, como la enciclopedia con patas que era Milena, de seguro sabía hasta más que yo de Elvis, y de seguro hasta hubiera hecho comparaciones entre la decadencia de Elvis y mi decadencia como botarga de Elvis, y ya otra vez yo metiéndome a delirios que ahora que lo he pensado veo que me entraban justo con los temas relacionados con todos estos rollos, pero el caso es que me acuerdo clarito que me vino a la mente Milena hablando sobre la contradicción de que a Elvis supuestamente le encantaba la policía y la ley y el orden, y al mismo tiempo hiciera chingadera y media y se la pasara consiguiendo clandestinamente cantidades bestiales de drogas farmacéuticas. Que en el fondo era en un sentido y guardando las distancias más o menos lo mismo que yo hacía. Por un lado con la fachada más respetable de animar fiestas y cosas así, y luego por el otro andar ahí en los submundos turbios, oyendo los delirios del príncipe de esos submundos turbios, y prestándome aunque fuera sin querer a algo como lo de la notaría, que de milagro la cosa no había acabado en algo mucho peor.

Mientras pensaba todo esto menos entendía la necesidad de haberle dicho mentiras y ocultarle esas cosas que de seguro hasta le

hubieran resultado interesantes, porque hasta lo de su amigo poeta atropellado, pues al final como ella misma había dicho, la propia botarga le había hecho el paro. Creo que por eso entendía más su decepción, como lo que me había dicho de la protagonista del libro ese de *Casa de muñecas*, que según lo que le había entendido, no era tanto que fuera tan grave lo que le había pasado, sino que ya que se había desengañado de que su esposo era un cobarde, ya no había marcha atrás. O algo así me había dicho un ratito antes, que con cada minuto que pasaba se me iba haciendo como si en realidad hubiera sido ya semanas o meses atrás.

Creo que en ese momento fue como si me abrieran la cabeza en dos y tuve una especie de revelación, o más bien un recuerdo que se presentó como si fuera una revelación, de cuando en uno de esos delirios de que hablaba con la botarga en mi mente me sugirió que por qué no hacía la supuesta radionovela de «El hotel de los corazones rotos» poniéndola a ella, una botarga de Elvis Presley, como recepcionista. Y creo que por primera vez me pasó eso que le debe de pasar a la gente que se dedica a esas ondas, y me empezaron a llegar imágenes, situaciones y pues me imagino que todo lo necesario para que ese tipo de ideas dejen de ser ideas y se conviertan en algo más concreto.

El caso es que me empecé a imaginar una escena con el típico motel de mala muerte en una carretera en el medio de la nada, con el típico letrero de esos hoteles, con las letras rojas sobre un fondo blanco, hasta arriba de un poste. Y la botarga de Elvis ahí muy jovial atendiendo el changarro como recepcionista. De momento, el único huésped perdedor de «El hotel de los corazones rotos» pues obviamente que era yo mismo, que me la pasaba yéndome a

empedar a una cantina también de mala muerte que quedaba ahí cerca, también sobre esa carretera en medio de la nada, que tenía sus puertas giratorias al estilo del viejo oeste y toda la cosa.

Mientras veía la cabezota de Elvis sonriéndome desde el sillón me lo imaginaba ahí trabajando como recepcionista, y me imaginaba que llegaba yo a preguntar si no había tenido visitas, obviamente esperando una visita en concreto, que nomás no se aparecía por ahí. La botarga recepcionista era irónica y burlona, como con la que yo supuestamente discutía en mi cabeza, y obviamente se la pasaba también contando anécdotas del Elvis de verdad. Un poco como se esperaría de una botarga que atendiera la recepción de un motel en medio de la nada, parloteaba un poco sin sentido, pues porque de entrada toda esa situación si algo no tenía era justo mucho sentido.

Me acuerdo que desde esa primera fantasía de esa historia le contaba a mi personaje solitario y alcoholizado que lo veía en una decadencia parecida a la de Elvis, pero que no había que perder la esperanza de poder hacer también un regreso espectacular. Y la botarga recepcionista de mi fantasía le recordaba al personaje que era yo que por ejemplo estaba el caso del especial ese de televisión que fue el último que grabó, en Omaha, Nebraska, donde cuando trataba de presentar a la banda no podía ni hablar bien y se le barrían todas las palabras. Donde tenía al pobre esbirro al final siguiéndolo por el escenario con un chingo de bufandas blancas en la mano, que le andaba poniendo al cuello y Elvis las aventaba y aventaba al público, y el esbirro en chinga le tenía que ir colocando una nueva en torno al cuello. Que también, con todo y todo, ahora sabíamos que un par de días después, igual todo abotagado y pálido y casi sin poder caminar bien ni hablar, el pinche Elvis se reventaba

en el piano esa superinterpretación de «Unchained Melody», como para dejar en claro por última vez quién era el mero rey del *rock and roll*.

Ajá. Sí. Muy bien. En la fantasía de la radionovela, que creo que incluso desde ahí pensé por primera vez que pudiera llegar a convertirse en novela a secas, pues porque, ¿por qué chingados no?, mi yo de ese lugar se trataba de burlar de vuelta de la botarga, pero siempre con la cabeza puesta en averiguar si acaso había ido a buscarlo la chica ahí al mero Hotel de los corazones rotos.

O hablando de decadencia, y como si algo había en ese lugar era tiempo para matar, le contaba a mi yo de ahí la botarga recepcionista, se acordaba de otra anécdota que acabó ya siendo de las últimas del rey. ¿Quería yo escucharla? Pues obvio que sí, que tampoco es que hubiera mucho más que hacer ahí. Bueno. Resultaba que pocos días después de lo que acababa de contarme, en Wisconsin, cuando iba de camino del aeropuerto al hotel en su limusina, ya de noche, de pronto Elvis veía cómo dos chavos se estaban agandallando a un empleado de una gasolinera, y pedía que se pararan de inmediato, para según esto bajarse a defender al débil. Y todo por su cosa esa de que la ley y el orden y esas mamadas. La botarga recepcionista entonces me invitaba a imaginarme a los gandallitas que de pronto ven bajarse de una limusina a un Elvis gordo y puteadísimo, hasta su madre de tanta pastilla que se metía en ese momento ya a todas horas, pero pues que al fin y al cabo no dejaba de ser el mismísimo Elvis. Y que se les ponía en pose de karateka para hacérselas de pedo por andarse agandallando al pobre empleado de la gasolinera. Obviamente los ladronzuelos se cagaban en los calzones y se paralizaban y se iban

corriendo. Y así Elvis había a fin de cuentas logrado su propósito de hacerle el paro al débil, y sin siquiera tener que tirar un solo karatazo, que pues obviamente que ni hubiera podido. Ya luego llegaba la policía y que se daba la tomadera de fotos con el Elvis radiante, y pues todo eso de la atención y los reflectores, que era en el fondo lo que en realidad le gustaba tanto.

¿Y eso qué chingados tenía que ver con nada?, me acuerdo que le preguntaba mi yo de ese lugar a la botarga recepcionista. Pues te podría decir que es una historia de superación de las limitaciones y cosas así, pero la verdad es que no mucho, reconocía, pero pues ahí en el Hotel de los corazones rotos la vida se iba en contar historias. Y también insistía en que tampoco es que hubiera muchísimo más que hacer.

En la fantasía de ese día después siguió la escena en la que yo me iba a mi habitación a seguir empedando solo con unas cubas servidas con hielos y con Coca-Cola sin gas, rellenándolas con agua de la llave, hasta que un día tocaban a la puerta y pues obviamente que una chica hermosa llamada Milena estaba del otro lado de la puerta. Pero también desde ese primer momento en el que algo se abrió para que ya pudiera lograr poner todas estas cosas por escrito, y creo que también hasta como por respeto a todo lo que había pasado y acababa de pasar, ni modo de ponerle un final feliz y que la Milena de la historia entrara y le dijera a mi personaje que lo amaba con locura y que vivieran felices por siempre. Entonces más bien me acordé de ese cuento que me había platicado en la central de autobuses, del que ahora me había dejado una fotocopia en la caja con sus escritos, el cuento de los fantasmas que se quedaban atrapados por sus secretos, que pues no había que ser muy listo

para saber que ocultarle secretos era exactamente lo que había hecho yo con ella. Pero el caso es que la Milena de mi fantasía de «El hotel de los corazones rotos» era también un fantasma, pero no un fantasma malvado que se aparecía para torturar al protagonista. O bueno, sí, pero no con aullidos ni jalándole las patas ni nada por el estilo. Sino más bien con su presencia hermosa, el pelo que le caía como en cascada por detrás de las orejas, su camiseta sin mangas de Joy Division, y las pláticas y carcajadas espontáneas que le abrían la cabeza y la mente no en dos sino en mil a mi yo de ese lugar. Que entre más trataba de abrazarla, de besarla y de sujetarla o convencerla de que no se fuera, pues más se daba cuenta de que como buen fantasma que era eso iba a resultar imposible, y que de ahí en adelante lo único que le quedarían eran esas visitas en versión fantasma. Que ahí mismo ese otro yo mío sabía que al menos eran mejores que nada.

Así me estuve no sé cuánto tiempo entre dejándome llevar por estas imágenes y situaciones que nunca se me habían presentado con esa claridad, e intentando apuntar lo que más pudiera para aprovechar el impulso y que fuera al menos un comienzo para algo.

Y pues me acuerdo que de pronto cobré conciencia de que llevaba un chingo de horas sin comer, y también se me antojaba una cerveza superfría, entre para alivianarme por tantas emociones y también curarme la cruda. Pero no tenía ni medio centavo partido por la mitad. Creo que sin pensarlo demasiado fue que me volví a poner la cabeza de la botarga, agarré la bocina con rueditas y el discman con los éxitos de Elvis, y una colcha vieja del clóset de mi papá, para ponerla en el suelo y que me pudieran echar ahí monedas. Me salí al eje vial para irme caminando con rumbo al

parque más cercano que se me ocurrió, el parque Arboledas. En un rato de estarme ahí bailando y tirando karatazos al compás de los éxitos de Elvis, y tomándome fotos con quien me lo pidiera, saqué lo suficiente para poder ir a comer y tomarme algo.

Y creo que pensé que nada más con unas semanas de repetir el espectáculo podía juntar algo de dinero, también en lo que me recuperaba de todo y agarraba fuerzas, para ahora sí terminar la prepa abierta y escribir la novela o radionovela, y de una vez por todas ponerme ya a hacer algo de mi pinche vida, antes de que fuera ahora sí demasiado tarde.